

922
Gon.

Dr. HUMBERTO BRONX

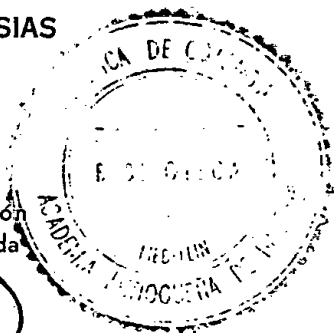
238

EL ARZOBISPO
JUAN MANUEL GONZALEZ ARBELAEZ

**Y SELECCION DE
SUS POESIAS**

2a. Edición
Aumentada

3



Publicaciones de la
ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

*“Amad a vuestros enemigos;
haced el bien a los que os odian;
benedicid a los que os maldicen;
orad por los que os calumnian”.*

Lucas 6 - 27,28.

MONSEÑOR JUAN MANUEL GONZALEZ A.

Como palabras liminares al presente estudio de Monseñor Juan Manuel González Arbeláez, ningunas mejores que los discursos pronunciados por el Excelentísimo Dr. Guillermo León Valencia presidente de la República y el Dr. Octavio Arismendi Posada, gobernador del Departamento con motivo de la repatriación y entierro de los restos del Gran Arzobispo.

**Discurso del Presidente de Colombia:
Dr. Guillermo León Valencia**

“Señores Arzobispos y Obispos, señores ministros de Estado, señor gobernador de Antioquia, señor presidente y miembros del Concejo Municipal de Rionegro, dignísima señora doña Pepita Arbeláez de Tobón, ilustre familia Tobón Arbeláez, reverendo Padre Rodrigo López, señoras y señores:

He querido llegar a esta tribuna sin un discurso escrito que tendría algo de cristalización porque deseo firmemente decir toda la emoción de admiración, de gratitud y de afecto que profeso al prócer esclarecido que acaba de perder la república.

Hacer el elogio de Monseñor González equivale a recordar una a una las excelsas virtudes cristianas, que dignifican el alma de los hombres y hacen grandes y nobles a los pueblos. Muy pocos hombres como él fueron dotados por la Providencia de todas las excelencias posibles a la precaria naturaleza humana. Su inteligencia prodigiosa, su sabiduría profunda, su conciencia incorruptible, y, ante todo, su corazón magnánimo, le dieron las dimensiones de un coloso que estaba encerrado dentro del más puro, limpio y noble metal humano, porque su silueta parecía la de un ángel que hubiera caído a la tierra para vivificarla de esperanza y de ilusiones.

Me cuesta mucho trabajo en esta emergencia dominar la emoción que me embarga, porque no puedo olvidar que fue él quien susurró en los oídos de mi padre moribundo las últimas palabras de esperanza y de consuelo. Y que fue él, también, quien en momentos difíciles y decisivos de mi vida y de mi carrera pública, me dio su respaldo, su fe y su entusiasmo y me abrió los caminos del porvenir, que me permitieron llegar a la presidencia de la república, para poder hoy venir, con los arreos del primer magistrado y como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas a presentarle el testimonio de la admiración y de la gratitud nacional y a rendirle las armas de la república.

Este joven privilegiado, descendiente de una familia procerca que ha sabido mantener las egregias virtudes de su estirpe y hoy en la ilustre familia Tobón Arbeláez las renueva para gloria y honor de la república; ese joven extraordinario, nació dotado por la Providencia de to-

das las virtudes y excelencias, y bien pudiera decirse que Dios puso desde el día en que lo lanzó sobre la tierra su mirada cariñosa para ennoblecerlo, porque no creo que haya nacido nunca en Colombia un hombre mejor hecho que Juan Manuel González a imagen y semejanza de Dios.

Desde los primeros años de su existencia se caracterizó por esas dotes luminosas que fueron creciendo con los años hasta convertirse en un halo auténtico de claridad, de virtud y de grandeza, del mismo tipo del que ciñe las siluetas de los santos. Yo tengo la convicción íntima, y como presidente de la república lo proclamo ante el país, que Monseñor González será el primer colombiano que honre a la patria con los destellos auténticos de la santidad.

Le conocí desde niño y he seguido minuciosamente la trayectoria de su vida, y no he encontrado sino excelencia de virtudes, grandeza de corazón y magnanimidad de ánimo. Desde aquellos remotos tiempos en que era estudiante, ya se distinguía por todas esas cualidades eximias, y ante todo por ese infinito corazón generoso con que abrigaba de afecto y de cariño a todos los que le rodeaban. Después vinieron sus estudios superiores de teología en el Seminario, donde se destacó de manera prodigiosa por la amplitud y vastedad de los conceptos, por la profundidad y claridad del pensamiento. ¡Era como el río de la comarca nativa: tan claro que se puede ver el fondo profundo de las linfas, y tan hondo que no se puede medir la profundidad interior!

Después viajó a Europa, y en la Roma inmortal estudió más a fondo las ciencias eclesiásticas, especialmente en la Universidad Gregoria-

na y en el Colegio Evangélico; y también estudió en París, en el Seminario de San Sulpicio, la completa organización de los seminarios. Regresado al país con tan excelentes dotes, ennoblecidas y aquilatadas en el estudio de las más altas disciplinas espirituales, y sobre todo, dignificadas por el ejercicio constante de las virtudes evangélicas, fue llamado a la dirección del Seminario de Medellín, una de las más importantes posiciones de Colombia, porque forma el clero antioqueño, que es la cabeza del más grande pueblo colombiano, o sea el pueblo de Antioquia. Hay que pensar lo que sería aquella prodigiosa labor del hombre teniendo ese medio propicio de jóvenes inteligencias, vigorosas y brillantes, que anhelaban una dirección acertada y magnífica! Allí sí que lució sus condiciones excelsas de educador y de intelectual! Quienes conocimos a Monseñor González podemos dar testimonio de un hecho auténtico: era un sicólogo profundo, era un clínico sicológico del alma humana, que la penetraba en todas sus reconditeces, y yo estoy seguro de que los estudiantes del seminario en su época debían sentirse asombrados de que este hombre, al cambiar con ellos una palabra y a veces apenas sólo una mirada, penetraba al fondo de sus conciencias y les daba consejos de tal sabiduría y de tal precisión, que los mismos estudiantes seguramente no creían escuchar la voz de su director espiritual sino oír la voz de su propia conciencia que les recriminaba los pecados, les corregía los yerros y les indicaba las rutas seguras del porvenir.

Aquí, en Rionegro, se le dio quizá el más alto y noble calificativo de todos: "Padre Juan".

Pero yo quiero entender que ese calificativo no era sólo la remembranza cariñosa al nombre ilustre del sacerdote, sino la interpretación profunda y grande del pueblo que al llamarlo "Padre Juan" quería ante todo recordar al discípulo amado de Jesús. Porque ése fue él: el discípulo amado de Jesús. Tan amado, que no lo dejó triunfar en la vida para que triunfara en el cielo!

Desempeñó con lujo de competencia el obispado de Manizales, después de ser el rector del Seminario de Medellín. Y de Manizales fue trasladado a la coadjutoría de Bogotá, con derecho a la sucesión de la mitra primada de Colombia. De allí, por los azares estrechos de la política sectaria e injusta, fue desplazado hacia Popayán, tratando de hacerle con eso una rebaja en su alta jerarquía eclesiástica. Por eso cuando llegó a Popayán, yo tuve el honor de decirle:

"Venís aquí, Señor, como un aerolito que cae cual diamante facetado de todas las virtudes. Venís aquí en actitud de punición porque habéis sido sancionado por vuestra lealtad irreprochable a la doctrina, por vuestra entereza para defenderla, por vuestro valor para no tolerar el error, por vuestra decisión heroica para luchar por la verdadera justicia. Pero estad seguro de que al caer sobre Popayán, como el aerolito, habéis iluminado en la caída el horizonte oscuro de la república".

Y desde entonces mi amistad se hizo cada día más intensa con él. Y de Popayán voló a Roma, a explicar lo que él decía un mal entendimiento que había llegado hasta la Santa Sede. Y de allá no volvió, sin que nunca se haya podido saber

por qué. Y los católicos, que todos somos hijos respetuosos y fidelísimos de la Iglesia, nos inclinamos reverentes ante la voluntad soberana de Roma; pero esperamos, al menos en el Valle de Josafat, que se esclarezca este misterio que le ha partido el corazón a la república.

Quienes hemos estudiado a fondo la doctrina católica, quienes tenemos en la sangre y en el corazón la devoción irrevocable por los ideales del cristianismo que redimieron al mundo, hemos entendido que la esencia de la doctrina está en el concepto de la penitencia, que redime y purifica de todos los pecados, máxime cuando en el caso de Monseñor González eran apenas levísimos errores inherentes a la naturaleza humana. Porque la doctrina cristiana es ante todo comprensión, es generosidad, es justicia y es amor entre los hombres. Por eso nos ha dolido, y yo tengo el valor de confesarlo, ante la faz de la nación, que hubiera permanecido desterrado durante veinte años el príncipe más grande que haya producido en toda la historia la iglesia colombiana.

Sin embargo, dentro del cristianismo, es también de la esencia de la doctrina que no sea el éxito la culminación de la existencia sino el sacrificio, la angustia y el martirio. Por eso, yo entiendo y proclamo que la más grande frustración de Colombia en este siglo ha sido la ausencia de Monseñor González Arbeláez durante veinte años del territorio nacional, porque su presencia hubiera sido aquí antorcha que iluminara las sendas oscuras por las cuales ha transitado el país en los últimos tiempos.

Cuando uno analiza pormenorizadamente esta egregia personalidad, tiene que atribuirle una importancia fundamental y decisiva al medio telúrico en que actuó, este paisaje prodigioso, este río, este ambiente de grandeza de Rionegro que ha sido almáximo de la mejor historia colombiana y que es venero permanente de grandeza para la república. Creo que no es exagerado intentar, siquiera sea en breve línea, un parangón entre el héroe máximo de la república, que fue también de Rionegro, el general Córdoba, y su excelencia Monseñor González Arbeláez.

El uno es el caudillo arrebatador que con el ímpetu de su brazo rompe la resistencia. El otro es el santo, que con la bondad de su corazón aniquila la voluntad que le resiste. El uno logró dominar por la fuerza de las armas y darle libertad a América. El otro logró enseñarle a América a entender la libertad como el máspreciado don que la Providencia le ha podido otorgar al hombre sobre la tierra. Yo, por eso, en este momento, le propongo a Colombia que frente a esta estatua egregia, donde está el héroe, levante Arenas Betancur la otra donde esté el mártir y el prócer!

Pero ésa debe ser una estatua costeada con el óbolo de todos los colombianos, donde no se reciban sumas valiosas sino mínimas porciones, porque lo que importa es vincular el mayor número de gentes a este homenaje.

Ayer, cuando veníamos con el féretro de Medellín, escuchamos una de las cosas más grandes y puras, presenciemos uno de los actos más grandes y bellos que le pueda ser dado a un

hombre, presenciar en su existencia: la multitud salió compacta al aeródromo de Medellín y lo acompañó a la catedral. Hay que saber lo que es Medellín, la ciudad capital de la industria colombiana, donde hay un conglomerado social de la más alta selección moral, espiritual y dinámica. Medellín, donde hay obreros revoltosos y violentos, se confundió ayer en un homenaje a este sabio y a este santo. Y lo hizo sin ninguna limitación ni reticencia, porque Medellín entendía que en esa caja y en esos despojos está cristalizada mucha de la gloria contemporánea de Antioquia.

El espectáculo era realmente conmovedor y consolador. Quienes no tengan fe en Colombia deberían haberlo presenciado o creer que así sucedió. Veíamos la ruta cubierta de gentes que al paso del féretro arrojaban flores y se arrodillaban. Por qué se arrodillaban? Porque a los pueblos no se les improvisan, ni se les inventan los santos; porque los pueblos no creen en más santos que aquellos que le han llegado a la conciencia y al corazón.

Pero no es sólo Medellín: es la república entera. Como tuvo la bondad de recordarlo ayer el reverendo padre Rodrigo López —que ha cumplido una de las más dolorosas y al propio tiempo satisfactorias misiones, cual es la de ir a nombre y en representación del gobierno de la república a acompañar al mártir en sus últimos días de existencia sobre la tierra y a devolverle a Rionegro sus despojos— yo tuve el honor de escribirle una carta en la cual le decía:

“Si su Excelencia se repone, quiero que sea el director del Colegio Miguel Antonio Caro de

Madrid, para que les enseñe a los selectos grupos de la juventud colombiana que por allí han de pasar la excelcitud de las virtudes cristianas, pero no leídas en los libros sino practicadas en la vida, como Su Excelencia supo practicarlas y ejecutarlas. Mas si la voluntad de Dios fija otro rumbo, sepa Su Excelencia que Colombia entera lo espera de pies, con la cabeza descubierta y los ojos llenos de lágrimas, y que regresará a la patria sobre los hombros de su pueblo y sobre los hombros de sus sacerdotes, que son la cabeza de su pueblo”.

Y así ha ocurrido, como lo preví en la carta. Y así tenía que ocurrir.

Mas, qué puede decirse del destino trágico de este gran cristiano, de este gran patriota, de este insigne prócer. No fue llamado por Dios a la vida para el triunfo fácil, para el brillo aparente y fugaz, sino para el triunfo profundo y recóndito, sin el brillo exterior y con la intensa y densa profundidad del brillo íntimo.

Monseñor González Arbeláez aun físicamente era una perfección humana realmente impresionante, era como una copa del más fino y pulido cristal, labrada minuciosamente en cuatrocientos años de civilización por la república para que en cada mañana se le pudiera brindar a la Divinidad la propia sangre del Cordero en esa copa espléndida! Porque nada hay más grande para un pueblo cristiano que asistir al sacrificio de la misa, donde el sacerdote eleva la hostia que esconde el cuerpo frágil y transpa-

rente de Cristo, tan frágil que lo rompe un pecado venial y tan transparente que permite entrever desde la tierra el cielo.

Fue llamado al destino heroico y al destino trágico, y lo asumió con un valor indomable. Yo estoy seguro de que si le hubiera correspondido vivir en la época del imperio romano hubiera sido seleccionado para que en el circo se lo comieran los leones, como tantos otros cristianos viejos que fueron el cimiento inconmovible del cristianismo; mas hubiera ocurrido el milagro del león de Androcles que se habría amansado la fiera ante la infinita bondad de la víctima.

Ha sido sumamente impresionante el proceso de los últimos días de su existencia, que me han sido relatados tan leal y generosamente por el reverendo Padre Rodrigo López. Se consumió de un cáncer óseo, y yo le decía en la carta:

“Excelentísimo señor: estais tan por encima de la pequeñez y de los propios dolores humanos, que yo estoy seguro que al consumiros en la angustia de vuestra enfermedad brilla vuestra alma con los destellos con que brilla la llama entre los leños que la consumen en la hoguera”.

Y así lo sentía yo, y así ocurrió, según me lo ha confirmado el padre López. Pero hay algo, además de extraordinaria significación e importancia. Y fue que a este hombre nacido en este apartado y glorioso rincón de la tierra colombiana, en medio de la profundidad de los Andes antioqueños, le correspondió morir en Róma, la Ciudad Eterna. Y nada menos que en

la Isola Tiberina, en el sitio donde los Césares de la decadencia colocaban a los cristianos que iban a ser devorados por las fieras. Qué extraordinaria significación tiene ese hecho: que el catolicismo colombiano le haya podido ofrecer a la Divinidad un cristiano de los tiempos de Nerón a fines del Siglo XX!

Cuando tuve el honor de compartir con él una permanencia en España, me dijo estas palabras proféticas, en el año de 1952.

“Hijo mío —como generosamente me llamaba—: la violencia no cederá en Colombia sino cuando le hayamos levantado un templo a Nuestra Señora de Fátima”.

Y yo le dije, entonces sin aspiración ninguna a la primera magistratura:

“Yo iré como senador de la república a luchar porque ese templo se levante, en la esperanza de poder conjurar la violencia”.

Y la violencia está ya casi desaparecida en el país, y el templo se levantará. Y yo he decidido que sea en el Parque de Los Mártires, frente al templo del Voto Nacional, porque si éste fue levantado allí para celebrar la pacificación del país después de las guerras civiles del siglo pasado, es justo que frente a frente de ese templo del Voto Nacional se encuentre el templo del nuevo Voto Nacional a Nuestra Señora de Fátima, y en el centro del templo irá una placa de mármol, en la cual conste que fue Monseñor Juan Manuel González Arbeláez el autor de la feliz y redentora iniciativa.

Por eso yo tengo la impresión de que si la

muerete cortó la estela espléndida de su destino terrestre, su regreso a Colombia es el símbolo de que la violencia va a terminar. Por eso lo que vamos a realizar ahora no es el entierro de un cadáver; lo que vamos a realizar es la siembra del árbol de la paz en Colombia.

Y así debe ser, y así tiene que ser para que se cumpla el sublime pensamiento de Gandhi:

“Los hombres y los pueblos sólo se purifican en la fragua del sufrimiento. Para que la fruta nazca es necesario que la semilla muera. La vida nace de la muerte”.

Excelentísimos señores:

Recibid del Presidente de la República, y por mis modestos labios de la Nación entera, el testimonio de respetuosa solidaridad en el dolor que os agobia.

Pueblo antioqueño y pueblo colombiano:

Habéis perdido un hombre predestinado por Dios para realizar las más grandes cosas en esta patria. Si no las pudo hacer en vida, las va a hacer en muerte, cuando ya purificado de todas las escorias humanas, y a salvo de la envidia humana que no le pudo perdonar su grandeza, pueda elevarse frente a Córdoba. Porque si Córdoba dio la orden inmortal en Ayacucho, cuyo eco repercute todavía en todos los rincones de América y especialmente en Colombia, Monseñor González dará la orden de la paz, del entendimiento y la concordia, que habrá de florecer en nuestros pechos porque si no fuéramos capaces de amarnos como él nos amó, seríamos inferiores al destino heroico y grande, noble y eterno, que él nos ha legado con su vida y con su muerte”.

Discurso del Gobernador de Antioquia:

Dr. Octavio Arizmendi Posada

En el año de 1933, en este mismo lugar, el pueblo de Antioquia aclamaba emocionado a un joven obispo que acababa de recibir la consagración episcopal en el interior de la basilica. 33 años después nos reunimos con sincero pesar para rendir el último homenaje al egregio pastor el cual es, simultáneamente, saludo a quien vuelve del destierro doloroso y adiós de triste partida, sin que nos podamos alegrar por su retorno ya que fue necesario que muriera para poder regresar.

El ejemplo de sus virtudes

"De cualquier modo que se la considere, la virtud es un sacrificio de sí mismo".
Diderot

Otros colombianos que le hayan conocido y tratado personalmente harán el elogio de su inteligencia superior, de su brillante personalidad, de su extraordinaria elocuencia, del atractivo de su figura, del indiscutible magnetismo personal y de otros talentos naturales que Dios derramó abundantemente sobre este hombre excepcional, que sin duda, fue uno de esos seres que el Creador se complace en llenar de excelencias como para recordarnos la omnipotencia de Su Poder.

Yo, al hacer este homenaje en representación del pueblo de Antioquia, quiero referirme,

no a esas cualidades naturales, cuyo mérito no es de quien las ostenta. Hablaré sí de algunas de sus excelsas virtudes, adquiridas con el ejercicio constante de su voluntad fortalecida por la gracia divina, y voy a referirme a algunas de ellas, de entre la corona riquísima de gemas que atesoró este varón ejemplar, con el criterio que la Iglesia quiere que observemos la vida de sus hijos virtuosos: no sólo para admirarlas sino para imitarlas.

Veamos en primer lugar la generosa entrega de su vida al cumplimiento de la voluntad divina. Monseñor González Arbeláez sabía muy bien que el secreto de la felicidad en la tierra es la disposición generosa de acomodar el propio querer al querer de Dios. Fue así como una vez conocida su vocación, primero al sacerdocio, luego al episcopado y después al martirio se entregó a ella, sin vacilaciones, sin mirar atrás con una disposición abnegada y alegre comprometió su vida íntegra y en la que puso a vibrar hasta las fibras más profundas de su corazón, hecho tan recio por el dolor y tan delicado por el amor.

Observemos su juventud, henchida de amor de Dios y deseo de servir a la Iglesia y a su pueblo, consagrada íntegramente al estudio serio y profundo de las ciencias humanas y eclesiásticas y a la adquisición de las virtudes que como otros tantos instrumentos templados en el sacrificio, afinados en el amor divino fueran medio y ocasión para interpretar la sinfonía de una vida dedicada a dar alabanza al Creador.

Evoquemos el celo ardiente que pone en el cumplimiento de los deberes emanados de su vocación sobrenatural. Trabaja sin descanso, de-

rrama el amor de su caridad a manos llenas, y, siguiendo el consejo del apóstol, "predica con ocasión y sin ella, exhorta, reprende e increpa con toda paciencia y doctrina", sin traicionar la verdad so pretexto de una falsa caridad.

Porque Monseñor González Arbeláez sabía muy bien que era perfectamente compatible el amor ardiente por las almas, con la santa intransigencia en las cosas de la fe y de la moral que son de Dios, que no está en los hombres el cambiarlas, y que constituyen el depósito confiado a los pastores.

Su vida fue un acto continuado de amor: amor a Dios que es la verdad, y amor a los hombres que pueden errar. Amor a la verdad que es fidelidad a ella. Amor a los demás que es tolerancia en lo que no va contra la Ley de Dios y es comprensión y buena voluntad con todos.

Y esa fidelidad a la verdad y su decisión inquebrantable por iluminar con ella la inteligencia de todos le llevó a hablar, a escribir y a actuar sin falsas prudencias que son a veces el ropaje de la cobardía y sí con claridad y con audacia como correspondía a su decisión de luchar para defender el patrimonio espiritual de su grey y los derechos de la Iglesia.

Es testimonio unánime de las personas que le conocieron que en Monseñor González brillaron con fulgor especial la caridad, la humildad, la abnegación, el espíritu de pobreza, la alegría y el sentido sobrenatural de la vida.

En él la caridad no sólo estuvo en su voluntad de dar y darse sino también en la dispo-

sición de comprender, como formas de demostrar su amor. Sus grandes amores fueron, en lo espiritual, Cristo, su Madre Santísima, la Iglesia y el Papa. En lo humano, su Patria y las almas que se pusieron en contacto con él, especialmente aquellas que eran el objeto de su apostolado.

Fue humilde con aquella verdadera humildad que se funda en reconocer que el mérito de los talentos personales es de Dios y que a cada uno corresponde solo como cosa propia sus miserias. Fue humilde con una humildad que lo llevó a tratar a cada uno con sencillez y afecto como olvidando su altísima dignidad.

Fue abnegado y generoso no sólo en la entrega que hizo de su vida y en la forma serena de apurar la amargura sino también en la comunicación de sus bienes personales de los que estuvo siempre desprendido.

Su serenidad se manifestó en el confiado abandono en la Providencia especialmente en la hora de las contradicciones y su habitual alegría que brotaba como un manantial desde el centro de su alma en paz, se reflejó siempre en el buen humor del que supo hacer gala hasta en la hora de la muerte, según el testimonio de su compañero inseparable de los últimos años.

En esa entrega total al cumplimiento de sus deberes episcopales en una época de encendidas pasiones políticas y vivos prejuicios, encontró su cruz y su calvario. Bien parece que Dios que lo había llenado de tan extraordinarios talentos hubiera destinado esos mismos talentos al holocausto escondido y silencioso.

El ejemplo de su cruz

"Donde quiera que esté la virtud, en grado eminente, es perseguida". Miguel de Cervantes

No hay duda de que el Señor, en su economía de salvación, escoge y llama a algunas almas a hacer sacrificio de su vida siguiendo de cerca su pasión y su dolor. Dicen los teólogos que el amor con que estas almas aman a Dios es reparación eficaz al desamor y a las ofensas de cientos de miles de nosotros. Si ésto es así, estamos ante una de esas existencias de dolor y sufrimiento ofrecidos generosamente como reparación y desagravio. Es esta una misteriosa vocación con que Dios llama a unas cuantas almas para participarles de su cruz. Yo me las imagino como pararrayos de la ira divina y simultáneamente como antenas que atraen bendiciones celestiales para el resto de los mortales.

Descubrámonos pues, respetuosos, ante este varón de dolores, probado en la persecución, la insidia y la calumnia; templado por el odio de sus enemigos, la soledad y el destierro.

Pensemos por un momento en lo que significa para un hombre consciente de las dotes de inteligencia, de voluntad y de carácter y que ha dedicado los años de su juventud á prepararse con diligencia para servir a su Patria y a su pueblo, el que, cuando se apresta a dar fruto abundante, cerca a la cumbre de su misión, deba, de repente, romper con todo lo que hace y todo lo que ama, abandonar su familia y sus amigos; el rebaño confiado a su cuidado; la Patria de sus entrañas, escenario de sus desvelos y dolores, para emprender el camino de un exilio sin retorno.

No estamos aquí ante un ejemplo acabado de sacrificio convertido en holocausto?

No evocamos ante este caso de abnegación la afirmación evangélica de que si el trigo no muere queda infecundo?

Y cuál es la actitud del prelado? Simple resignación? Mera conformidad? No: Identificación plena y amorosa con la voluntad de Dios!

Bien parece como si Monseñor González Arbeláez hubiera aceptado humildemente una nueva "vocación" de sufrimiento y de dolor para enterrar con generosidad la cosecha riquísima de sus talentos, al pie de la cruz del Salvador, en una vida recogida y silenciosa, consagrada a la oración; a la penitencia y al apostolado entre quienes le rodeaban, lejos de la Patria y de las cumbres humanas a que llegó en su carrera.

Tales frutos, enterrados en sacrificio oculto y silencioso han sido abono fecundo que fructifica y fructificará siempre en bendiciones abundantes de Dios sobre Colombia. No podemos decir que se perdieron sus talentos como no decimos que se pierde el incienso que se quema en alabanza a Dios.

Tanta grandeza no cabía en la pequeñez de nuestras pequeñeces.

El Ejemplo de su Muerte

"Tú —si eres apóstol— no has de morir. Cambiarás de casa, y nada más".

José María Escrivá. Camino 744

Para el cristiano, la muerte no es el término de la existencia sino el comienzo de la verdadera Vida; no es el final sino el Principio.

Cambiamos esta morada precaria y transitoria de la tierra por la Casa del Padre Celestial. Así lo entendió y vivió Monseñor González Arbeláez según el testimonio de sus poemas místicos y según la declaración de sus acompañantes.

Para él, la muerte sería el final del exilio. Y lo sería en un doble sentido: el arribo a la celestial mansión de sus amores tras un largo destierro en lo que para él fue un valle de lágrimas y el retorno de sus despojos a su querida Colombia y al amado valle que le vio nacer.

Y después de su penoso peregrinar, ante la cercanía de su liberación, bien pudo haber repetido aquel

“Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me torne a dar la vida”.

Y a dónde volaron su corazón y su recuerdo en aquellos días finales de su preciosa existencia?

Deduzcámolo de su última voluntad de reposar al pie de su amada Señora del Arma a cuyo tesoro destinara su precioso pectoral y del texto del poema que como testamento dejara en honor de su Señora y de su valle.

Qué hermoso espectáculo el de un grande hombre para quien los últimos pensamientos y afectos en la tierra son en honor de su amada Virgen y del paisaje de sus días infantiles en donde recibió la fe de sus mayores y la llamada de Dios a su servicio.

Quiso Monseñor González ir a reposar a los pies de aquella imagen, ante quien seguramente, como es costumbre en nuestros pueblos, fue ofrecido a Dios el día de su bautismo; ante quien sus ingenuos ojos de niño pueblerino se extasiaron en el fervor de las primeras oraciones; ante quien recitaría sus plegarias de amor el día de su primera comunión y bajo cuya maternal mirada recibiera las órdenes sagradas.

No es difícil comprender el amor entrañable de este caballero por su Dama celestial en cuyo honor su lira destiló tan suaves notas:

“Oh valle fascinante
De indecibles secretos y hermosura
Basta verte otro instante,
y brilla la faz pura
de Aquella a quien amo con locura”.

“Tus vertientes, tu manto,
De variedad bordado y de primores;
que valgan por su encanto
Cual diamantes sus flores,
Y adornen ese amor de mis amores”.

Aquí está el amor vibrante y suave, recio y delicado a la vez, de este hombre que amó con su corazón varonil de carne y de sangre que es como Dios quiere que amemos los hombres. Muchos se equivocan cuando creen que quienes renuncian a un amor humano por servir a Dios, es porque son incapaces de amar con su corazón de hombres. Y se equivocan porque ignoran que el hombre puede también llenar su corazón de amor a Cristo —perfecto Dios y perfecto hom.

bre— a su Madre santísima y a todas las almas. Tal el caso de Monseñor González Arbeláez y el de todos los que saben de amores, de los que no terminan con la muerte.

Admiremos su deseo de volver a la vieja ciudad, a esperar la Resurrección junto a su valle y su río. Allí reposará como sagrado tesoro para que sus compatriotas vayamos en respetuosa peregrinación a meditar el ejemplo de su virtud en las horas difíciles; para que atraiga las bendiciones de Dios sobre esta tierra nuestra; para que sea testimonio de su amor a Colombia y a la Iglesia y para que sintamos más cerca el influjo de su intercesión como Embajador ante el Rey del Universo, él que fue, según frase afortunada del Maestro Valencia, un auténtico Príncipe de la Iglesia.

Quede su cuerpo entre nosotros para venerarlo; el recuerdo de su existencia para honrarlo y el ejemplo de sus virtudes para seguirlo.

I PARTE

El Arzobispo Juan Manuel González Arbeláez

Niñez

Traspasemos el espacio y el tiempo; echemos atrás casi un siglo; hagamos retroceder la rueda de la historia 74 años y situémonos en el silencio de Rionegro, la ciudad asentada en medio de un edén verde y riente, arrullada suavemente por las aguas del río que pasa besando sus calles y entremos en la estancia sencilla de un hogar cristiano donde una joven madre acaricia con amor y corona con besos la frente de un niño a quien en la mañana del 28 de enero de 1.892 acaba de bautizar el Pbro Francisco Martín Henao, y entra a formar parte de la familia de Dios con el nombre de Juan Manuel de Jesús de la Concepción.

Era todavía costumbre poner varios nombres a los hijos, como una muestra externa de la piedad de los progenitores. Juan, discípulo amado de Jesús, como había de ser, por toda su vida, pues le tocó trepar de manera providencial rápidamente durante sus primeros cincuenta años a la más alta cumbre de los honores a que puede aspirar un eclesiástico en Colombia; deslumbrar como día radiante y embriagado de luz sobre la haz de la república, alegrando y fecundando las praderas de las almas en todo el país y ser indetificado después con Cristo en el sufrimiento, la

persecución y el menosprecio, por el resto de su existencia, precipitado desde la altura hacia la oscuridad y la contradicción, lejos, muy lejos de la familia, los amigos y admiradores y de la misma patria. Manuel, Dios con nosotros, cuyo es el significado de éste nombre, como había de ser siempre en todo momento, como lo sabemos cuantos pudimos disfrutar algunas veces de su trato y el influjo de ese surtidor alegre de amor a Dios. Jesús, el nombre bendito, único por el cual podemos salvarnos los humanos, porque su vida había de ser un canto de amor a Cristo, aún en medio de lo horripilante de las penas hondas interiores; y finalmente de la Concepción, porque había de ser el hombre de Dios arrebatado de amor a la Madre y Señora Inmaculada y el eterno enamorado y cantor inmortal de las virtudes y poderes de la que todo lo puede con la omnipotencia de su ruego.

José M^a González su padre, murió en Puerto Berrío en 1.894. El Excmo Sr Arzobispo Joaquín Pardo Vergara lo confirmó en Rionegro en julio de 1.894, cuando contaba dos años y medio. La fuerza del Espíritu Santo que recibió ese día, había de seguir actuando en esa alma privilegiada, dándole luces para aprender y adornar su inteligencia con excelsos conocimientos hasta descollar entre los eclesiásticos del país, como uno de sus más preclaros teólogos y místicos y la fortaleza invicta para enfrentarse a enemigos de la Iglesia, a costa de su paz, su honor y su prestigio y después para sufrir en silencio heroico por el resto de la vida, la prueba de la humillación.

Muerto su padre, pasó a vivir con su madre viuda a casa de los abuelos maternos Joaquín



Juan Manuel González Arbeláez, de Niño

Arbeláez y Obdulia Pérez, nombre éste que era también el de su madre. Allí se distinguió en toda su infancia por la inteligencia despierta, la alegría que irradiaba a toda hora y la obediencia a su madre y abuelos. En el Kinder de unas señoritas Campuzano, parientas suyas, aprendió las primeras letras y guiado por ellas entró al vestibulo del palacio de la ciencia, en el cual descubriría ya adulto, en muchos de sus apartamientos...

Luego, la primaria y la secundaria en el Colegio de Rionegro, bajo la ejida del Párroco Sotero M^a Martínez, que vislumbró en el adolescente Juan, una inteligencia precoz y un alma predestinada. Era el favorito de los compañeros, por su don de gentes y contagiosa alegría; su habilidad para la natación, deporte aprendido con gran facilidad, en las aguas del Rionegro. Más tarde, ya en el Seminario, esa habilidad le serviría para salvar a dos compañeros.

Cuentan del Pbro Sotero Martínez ésta anécdota: Por la histórica plaza de Rionegro pasaba el Párroco una tarde, y al ver a Juan dedicado al juego de las bolas con un grupo de compañeros, se les acercó. Interrumpieron el juego para hablar con el sacerdote y éste poniéndole la mano en el hombro y como pescador de vocaciones le dijo: Juancito, te vas para el Seminario? No te provoca ser sacerdote? En esa edad todavía no había apuntado la vocación en su mente y manifestó desagrado por la propuesta. Y el Párroco le contestó: "te choca Juancito? Pues te he de ver de Obispo".

En el Seminario de Medellín

Juan el adolescente de ovalado rostro y perfil hermoso, admiración de todos, entró al seminario apenas traspasados los 16 años de edad y con el ánimo de hacerse sacerdote.

Muchacho superdotado, era el comentario de los profesores y el Rector, cuando hablaban de él, pues ocupaba siempre el primer puesto en las clases, sin que, como es frecuente, se notara en él dificultad para alguna asignatura, o se le hiciera difícil entrar en la austera disciplina de entonces en los seminarios. Y lo que más le admiraban, era la manera como aunaba una gran piedad, no significada en las horas de oración en la Capilla; un entero, puntual y cristiano cumplimiento del reglamento y al mismo tiempo una alegría bulliciosa en los recreos y paseos, mezclado en juegos y chanzas correctas con todos, como el más despierto de los alumnos.

Era Arzobispo de Medellín el Sr. Cayzedo, grande entre los grandes eclesiásticos de Colombia, que no faltaba nunca los jueves en la mañana, para dictar personalmente una Clase de Urbanidad, así llamada modestamente por él, pero que era una cátedra sapiente de virtudes y cualidades sacerdotales y ciudadanas a sus futuros sacerdotes. El edificio del Seminario quedaba en Palacé, carrera cercana a los Parques de Berrío y Bolívar, en el corazón de Medellín. Uno de aquellos jueves, contaban condiscípulos del seminarista Juan, el Sr. Cayzedo se detuvo a conversar con un grupo de alumnos entre los cuales estaba él y desde que lo vió, fijó detenidamente su mirada

en él, se sintió atraído por su presencia, le dirigió la palabra, le hizo preguntas y le puso la mano anillada en el hombro.

Yo que recuerdo mis impresiones de Seminario, sé que actos como éstos de parte del Arzobispo para con un seminarista, son escasos y raros, como son raros los de amistad especial, deferente y apartada por parte de los Superiores, sobre todo el Rector con los alumnos. Y cuando se dan, todos lo consideran como signo de predestinación, a grandes cosas después, sobre todo cuando quienes los otorgan, son severos y no los conceden sin discernimiento superior. Y este era el caso del Sr. Cayzedo. Después, contra lo acostumbrado, el arzobispo quiso que el seminarista Juan llevara sotana en vacaciones, todavía un poco lejano el instante de su primera tonsura, ceremonia eclesiástica que abre por fin al estudiante, las puertas del regio palacio sacerdotal.

El gran arzobispo Cayzedo descubrió en esa charla con sus seminaristas en el patio de recreo, al para siempre famoso PADRE JUAN, después Prefecto y Rector de su querido Seminario.

Como seminarista, sus condiscípulos lo recordaron siempre por su rara y privilegiada memoria, su talento claro y sobresaliente entre todos, en todas las clases, su espíritu de servicio, especialmente con los más pobres y tímidos y su piedad extraordinaria.

Yo he oído de alguno que lo conoció entonces, que le admiraban la gran cualidad de la humildad, porque no obstante ser el primero, y el preferido de los superiores, no era petulante, ni suficiente, ni despectivo, como es cosa ordinaria en esos casos. Ni se le notaba tampoco en-

vanecimiento por los elogios que le prodigaban o por los triunfos que cosechaba cada año, al terminar estudios.

Poseyó un talento tan privilegiado para el aprendizaje de lenguas sabias y vivas, que llegó a ser el mejor latinista del seminario y logró descollar en griego, hebreo y también en italiano, francés, inglés y alemán. Estos idiomas vivos los perfeccionó después en Europa y le sirvieron en toda su vida para predicar en varios países, durante los años de su destierro y para gustar en el idioma original obras famosas eclesiásticas que agigantaron el acervo de sus conocimientos y para el apostolado en la salvación de las almas.

A la edad de 21 años y todavía sin terminar completamente los estudios teológicos fue nombrado Prefecto General del Seminario de Medellín, puesto en el que prácticamente, de acuerdo con los reglamentos de esa época, dirigía la formación espiritual e intelectual de los seminaristas menores, en los cuatro primeros años de estudio.

Apenas traspasada la mayoría de edad, compuso una de las páginas más bellas de la literatura religiosa en Colombia y par de las mejores, en la literatura Mariana universal: "El Acto de Amor a María". Quien lo lee sobre todo hoy en día, ya transcurrido su paso por el mundo, comprende claramente que cuanto le pidió a María Inmaculada, fue heroico, en grado máximo y se lo concedió pues le tocó devorar hasta el fondo, la copa del dolor humano, siendo humillado, perseguido, calumniado, considerado malo por muchos, traicionado, abandonado, tenido por inútil y perjudicial hasta esquivar mu-

chos su trato y su recuerdo, cuando antes lo elevaban a alturas inconmensurables.

Fue profesor durante varios años de diversas asignaturas, aún las más diversas y en todas fue como surtidor de ciencia, pues tenía cualidades de lo que se llama "Profesor surtidor", por la manera de transmitir sus conocimientos, con claridad y sentido pedagógico.

Sacerdote

El Excmo Monseñor Cayzedo, contra lo acostumbrado entonces, lo ordenó de sacerdote el 17 de enero de 1.915, el día preciso en que cumplía 23 años, pues su nacimiento fue el 17 de enero de 1.892. Y quiso el Sr Cayzedo que el Prefecto General de su Seminario entrara a engrosar la falange sacerdotal, en su propio pueblo y la ceremonia fue grandiosa en Rionegro, frente al camarín de la Patrona centenaria N. S. de la Concepción de Arma de San Nicolás de Rionegro.

Ungido sacerdote y radiante de gloria, al santo de los santos, comenzó a sacrificar diariamente con unción y piedad tan extraordinarios, que hasta su muerte fue espectáculo por ese prístino fervor que tan pocos logran conservar, pues, me consta, por numerosas veces, como testigo ocular, que me impresionaba siempre que el don de lágrimas lo tuvo, y hasta resultaba a veces prolongada la duración del santo sacrificio, por las lágrimas y sollozos que lo embargaban.

En Europa

En 1921 partió para París, por voluntad del Arzobispo Monseñor Cayzedo, con el fin de

que bebiera en la fuente de la piedad de los Sacerdotes famosos entonces del Seminario de San Sulpicio de París. Allí aprendió los mejores sistemas de la formación sacerdotal, que después pondría en práctica en el Seminario de Medellín. Pasó a Roma y pudo en tres años optar el grado doctoral en Teología, del Ateneo Lateranense, el 7 de Julio de 1924 y en Derecho Canónico. Tuvo por Profesores a autores de la talla del P. Tanquerey, el P. Garrigou La Grange, el P. Fillion y el P. Hetzenauer. Cuentan que el Cardenal Pompij, cuando presencié su examen final de Teología, le ofreció una Cátedra de la materia en la Universidad Gregoriana; lamentándose después de la negativa de que por ser colombiano y preciso para la formación del clero entre nosotros, no pudiera dedicarse al Profesorado en la famosa y centenaria Universidad de Roma.

Rector del Seminario de Medellín

Después de cuatro años de permanencia en las Universidades Europeas, regresó a Medellín a fines de 1.925 y fue nombrado Rector del Seminario, cargo que comenzó a desempeñar a principios de 1.926 y ocupó por ocho años completos, pues sólo se retiró de él, el 23 de noviembre de 1.933 ya consagrado Obispo de Manizales.

Con sencillez, no aceptó que le dieran el título de Doctor, que siempre se le daba entonces a cuantos se doctoraban en Roma y exigió en cambio se le llamara siempre con el nombre de PADRE JUAN, que se hizo famoso y popular sobremanera en Medellín y en toda la Arquidiócesis.

Durante los ocho años de su fecundo y áureo rectorado le dió impulso especial a los estudios teológicos y filosóficos, cimiento seguro y decisivo para la obra apostólica del sacerdote y también para los que transcurridos muchos años en el Seminario, salen después a trabajar en el mundo, dando testimonio de Cristo, en su vida laical.

No hay duda de que fue, era dorada aquella, pues sobresalían, como cumbres de inteligencia en la Arquidiócesis, sacerdotes como Manuel José Sierra, Miguel Giraldo Salazar y el Padre Juan Manuel. Cuantos rememoran las academias y sesiones filosóficas y teológicas habidas públicamente en el Salón de Actos del Seminario, no olvidan, porque era un banquete para la inteligencia, oír dialogar y objetar y volver a objetar con sutileza extraordinaria a esos tres grandes del profesorado eclesiástico, hasta poner con clarividencia estupenda, la verdad en su puesto, deshechas las dificultades.

Formado en el Lateranense con profesores insignes; arrebatada su mente por el inmenso Aquino; en las clases de Filosofía y Teología muchas veces llenaba el tablero, dicen sus discípulos, muchos de ellos hoy profesores e insignes maestros como Monseñor Henao Botero y tantos más, con objeciones y dificultades, para terminar finalmente, desbaratadas todas, con la gran verdad instilada en las mentes de los alumnos.

El Pbro Marco T. Zuluaga, discípulo del P. Juan por seis años dice sobre esa época: "Durante los seis años que me correspondió vivir bajo su tutela paternal en esa edad de oro del Seminario de Medellín pude darme cuenta como



Juan Manuel González Arbeláez, de Sacerdote

el P. Juan era la figura central para los seminaristas. Pero no solamente para quienes vivíamos dentro de los muros del Seminario, sino para la feligresía de Medellín que desfilaba por la rectoría o por la sala de visitas en busca de sabios consejos. Señores aristocráticos, obreros, lustrabotas, sencillas mujeres del servicio doméstico y damas linajudas se hacían lenguas al hablar del insigne rector que como las pupilas de sus ojos había formado y educado el gran Arzobispo Cayzedo. Quienes como yo tuvieron la suerte de vivir esos días felices, conservarán fresca en la memoria la figura esbelta y distinguida del P. Juan Manuel cuando, con pasos rápidos subía por la parte central de la capilla o llegaba hasta el comedor enjugándose el sudor con un pañuelo. Su rostro dejaba ver la fatiga de un apostolado que le copaba todo el tiempo dentro y fuera del Seminario. Pero siempre dispensándose en el servicio de las almas. Hubo veces en que predicaba más de 10 sermones o pláticas en un solo día."

Como Profesor de Teología Dogmática y Sagrada Escritura, supo adelantarse a las grandes corrientes teológicas del presente momento Conciliar. Dogmas generadores de la piedad como el Cuerpo Místico, la Inhabitación, la Gracia Habitual, la Gracia Actual, la Santa Misa como centro y sol de la Liturgia y otros, tuvieron en su permanente instrucción pastoral a los seminaristas y en las clases, el punto culminante de su actividad de formador. Jesucristo que es la cabeza del Cuerpo Místico, era el tormento inmortal de su inteligencia y su corazón; la Gracia Santificante que es su savia vital era el tema céntrico de la piedad, y la acción del Espíritu

Santo, alma de la Iglesia que la vivifica y gobierna, fueron devociones que a toda hora enseñaba. Y el amor a la Madre de la Gracia y Madre de la Iglesia, María Inmaculada, fue junto con el amor a Cristo, como la concreción sublime de su constante martillar sobre inteligencias y corazones de los futuros sacerdotes.

Insistía en un conocimiento verdadero de Jesús y la amistad íntima y personal con El, con todas sus consecuencias, como meta suprema de la perfección sacerdotal. En su biblioteca particular, fuera de las obras más famosas y modernas en diversos idiomas sobre Teología Dogmática, Moral, Sagrada Escritura, Mística y Ascética, fulgían como algo muy amado, las secciones sobre Cristo y María. Cuanto libro sabía él se había publicado sobre Cristo, en cualquier aspecto, lo conseguía; lo mismo en cuanto a libros sobre la Santísima Virgen.

El deber como Rector

Fue ejemplar en este particular, como me lo dijeron unos diez sacerdotes a quienes pregunté. Nunca faltaba, sino por enfermedad, y su salud era admirable, fuera de una gastritis crónica que sufría, y rara vez le impedía el desempeño de sus funciones. Los actos de comunidad: Misa en la mañana, oraciones y Meditación eran siempre presididos por él. Eran famosas sus pláticas de formación espiritual todos los sábados al Seminario en pleno, en las horas de la noche. Y los lunes, martes y miércoles, instrucciones especiales a los filósofos y teólogos, nombre que se daba entonces a la sección del Seminario Ma-

yor. El diálogo con los seminaristas y el contacto personal con ellos, era asiduo y cuando no daba clases, estaba siempre a disposición de los seminaristas en su sala rectoral, animándolos, instruyéndolos directamente, reprendiendo con suavidad y motivando las consecuencias de los defectos naturales del adolescente y el joven. Cuando los seminaristas no iban, por timidez, retraimiento o temor con la frecuencia por él deseada, los llamaba. Conocía a cada uno por su nombre, especialmente a los del Mayor. Hacía visitas a las clases para vigilar la enseñanza y métodos de todos los Profesores.

A mi no se me olvida una vez que visitó una clase de Castellano, en que estaba yo, acabado de entrar al seminario en su último año rectoral, y me preguntó por mi edad. Sin saber por qué, le respondí que tenía 17 años. Me miró fijamente y adivinó que le había mentido y entonces me dijo: "Tu no tienes tantos años todavía: apenas habrás llegado a los trece" Y era esa toda la verdad.

Era severísimo y exigente en cuestiones de caridad y por eso insistía, oportuna e inoportunamente, en este aspecto. Chismes, murmuraciones de los compañeros, enemistades y rencores, no los toleraba. Porque decía él, que si no se formaba el corazón a costa de cualquier sacrificio en este punto importantísimo, después sería grave el escándalo que podía darse a los fieles, Tanto más, cuanto que el sacerdote está obligado a perdonar siempre, sin desfallecer, aun calumnias y persecuciones. Y su vida entera, especialmente en los últimos 21 años, a los que es preciso añadir la época áurea de su vida Episcopal en Bogotá,

y los sinsabores y angustias que le tocó padecer de sus propios hermanos en esa ciudad, fue un sermón de perdón ilimitado. aun para las calumnias, las traiciones, abandonos y persecuciones de que fue víctima y él tuvo que saberlo todo, con nombres y apellidos.

Ocho años predicó el sermón de la caridad como Rector, insistentemente a los futuros sacerdotes antioqueños. Ocho años como Arzobispo Coadjutor de Bogotá, dió muestras entrañables de esa caridad para con los hermanos, y luego de haber tenido que saborear la deslealtad, la traición y la divulgación de cuestiones exageradas y terribles, por parte de grandes, íntimos, privilegiados y favorecidos amigos, guardó silencio. Un silencio, que es el sermón más elocuente que yo he conocido en mi vida sacerdotal, sobre la heroicidad en soportar la humillación. Porque ser perseguido, vilipendiado en la honra y la dignidad personal, con calumnias, chismes, enredos y tergiversaciones, por los que odian casi por sistema al clero o por gentes de trahilla, ignorantes y sin educación, atenaza el alma, pero a eso se le encuentra explicación. Pero el alma queda abismada y destrozada, cuando estas heridas se reciben, de los mismos; y no solamente de los mismos, sino de algunos que fueron extraordinariamente, casi exageradamente queridos y abrumados con favores y amistad sincera. Y este último pan amargo, lo tuvo que comer el Sr González. Y se lo dieron a comer muchos, casi de su misma posición.

El amor personal y de relación íntima con Cristo; la concepción unificada de la dignidad sacerdotal con base en la identificación con el

Sacerdocio Eterno de Cristo; la devoción a la Santísima Virgen dentro de un concepto cristocéntrico y de base teológica firme; el valor de la Liturgia como fuente imperecedera de formación y de piedad, sobre todo con una plática que todos recuerdan, admirable y estupenda del Pontifical Romano, para las diferentes órdenes y que él personalmente explicaba con unción y fuego apostólico en los Ejercicios Espirituales de Ordenaciones, sin que le cediera esa plática a ningún predicador de ellos. Esa cátedra fue una Escuela que tiene discípulos, hoy prez de la Iglesia colombiana. Monseñor Guillermo Escobar Vélez, Monseñor Alfonso Uribe Jaramillo, Monseñor Arturo Duque Villegas, fueron sus discípulos aprovechados sobremedida, de esa espiritualidad, instilada por esta cumbre de la patria.

Y sacerdotes de espíritu apostólico tan acendrado, y piedad mariana tan ejemplar como los presbíteros Jorge González y Fabio Restrepo, fueron también discípulos suyos.

Estímulos

El fundó dos Academias de Estudios, famosas por muchos años. Una, la "Academia de Teología y Filosofía Santo Tomás de Aquino", para filósofos y teólogos y otra, "La Academia Literaria Santa Teresa de Jesús", para los seminaristas de humanidades. En ambas ponía su entusiasmo y promovía con los miembros de ellas, discusiones, certámenes filosóficos, teológicos, literarios y premios, a fin de estimular el estudio a fondo de ciertos temas que él consideraba básicos y cimientos decisivos en esas disciplinas de la inteligencia.

Se cuenta por los sacerdotes más antiguos discípulos suyos que, en una de esas famosas fiestas de la inteligencia que organizaba en acto académico público y solemne, con alguna frecuencia, se trabó en polémica de sutilezas admirables con el famoso P. Milicua, Jesuíta español y en una tesis sobre predestinación le subsumió 101 veces, en una hora. En el sistema escolástico de mayor, menor y consecuencia, hay una manera de enlazar distingos y subdistingos, en el que muchos logran grandes malabarismos intelectuales, con estos dos estribillos, ya hoy en desuso: "Es así que tal cosa no es cierta, luego permanece la dificultad. El interpelado contestaba: Niego la menor tomada. Y el otro replicaba: "Pruebo la menor tomada"... Y así seguía lanzando sus ataques.

Estimulaba también a los seminaristas, a quienes les veía aptitudes especiales para alguna disciplina intelectual especial, y aun para labores manuales, deportistas, etc.

Dos anécdotas

El P. Marco Tulio Zuluaga, famoso sacerdote poligloto, muy conocido por sus artículos y traducciones de diversos idiomas para "El Colombiano" y que en Medellín distinguen, al instante, cuando lo mientan y dicen: "Ese Padre que confiesa en diez idiomas?", cuenta lo siguiente: "A los pocos meses de haber entrado al Seminario, fui señalado para hacer una de las lecturas reglamentarias en el comedor. Se estaba leyendo la "Historia de la Iglesia" de Mourret. Me preparé muy bien, con inmenso susto, como si fuera a decir un sermón. Recorriendo las páginas llegué a

un nombre desconocido para mi mente casi infantil y pueblerina: el del Cardenal Wiseman. Tí-tubeé y pronuncié muy duro: "Visemán". Carcajada general en el comedor. El P. Juan tocó el timbre para llamar al orden y dijo: "Este novel-seminarista no tiene por qué saber leer nombres extranjeros. Ya aprenderá a hacerlo muy bien".

De ahí en adelante, me gustaba leer y pedía esto como un honor, so pretexto de poder ir al Rector P. Juan a que me enseñara a pronunciar nombres en francés, inglés, alemán, ruso etc. En esas entrevistas el P. Juan me hablaba de la importancia que tiene para el sacerdote el conocer el mayor número posible de idiomas, por dos motivos: porque cada idioma abre un mundo nuevo y porque es la mejor manera para conocer el alma humana. Con timidez le dije un día que me gustaría saber varios idiomas como él. Con prontitud paternal tomó de su biblioteca un manual de conversación alemana y otro de italiana. Me enseñó las primeras reglas de pronunciación y me animó a seguir estudiando, sin otra mira que el servicio de Dios y de las almas. Como preciado recuerdo conservo uno de esos libros, lleno de anotaciones de puño y letra de Monseñor González.

El P. Néstor Giraldo, Sacerdote muy conocido por su apostolado con los Universitarios y Profesor de Sda. Escritura por muchos años en el Seminario, también ha cultivado el estudio aprovechado en idiomas sabios y modernos, y los traduce y habla con soltura. El comenzó por estudiar con mayor cuidado el hebreo. El P. Juan cuando se dió cuenta de esa afición suya al estudio de los idiomas, lo estimuló, contra el pa-

recer de otros superiores, que creyeron podría perjudicarlo en otros estudios. "Te impongo, hijo, como obligación, estudiar tres horas semanales el hebreo. Mucho te servirá en la vida". Y luego, me cuenta el P. Néstor, le regaló una "Antología Hebrea". Yo la he revisado y está repleta de anotaciones de puño y letra del entonces seminarista Juan, de apenas 16 años. Estas dos notas consigno aquí, del Sr González, cuando empezó a estudiar hebreo. "Hoy, 19 de marzo día de San José me puse a ver ésta "Antología Hebrea" y dije: con todo lo tapado de seso que soy yo, ni estudiando 50 años seguido solo, hebreo, no sería capaz de traducir esta antología". Después, hay otra nota del jovencito Juan que dice: "Hoy 22 de marzo de 1909 volví a hojear la Antología y hallo que no es el león como lo pintan. Un año y mal he estudiado Hebreo y ya traduzco bastante para poder leer con fruto."... Otros se antojaron a estudiar diversos instrumentos musicales, siendo seminaristas, y tuvieron el estímulo oportuno del Rector. Cornetín, violín, flauta, clarinete y piano aprendieron a tocar con aceptación suficiente muchos, hasta poder intervenir en veladas y funciones religiosas. Otros aprendieron peluquería, empastaduría, dentistería etc, hasta poder ser útiles a los demás seminaristas, desempeñando esas habilidades. Y estimulaba también a los que tenían habilidades para componer música. Todavía hoy, a pesar de soplar otros vientos renovadores en la música y melodías sagradas, al menos en Horas Santas. Salves y funciones religiosas, se escuchan en los coros de toda Antioquia, composiciones musicales de sacerdotes discípulos del P. Juan, a quienes él estimuló y aplaudió y

premió. Recuerdo entre otros: al P. Niacienceno Ramírez profesor de música del Seminario por largos años, quien musicalizó y orquestó varias poesías del P. Juan entre las cuales son famosas en Colombia todavía: "Divinitas Christi", "Sacerdos es in aeternum", "Ungido Sacerdote" ect., y otras. Numerosísimas del P. Roberto Tobón, discípulo del P. Juan, de inspiración unciosa y sentida. Varias del P. José Gómez, del P. Rodolfo Gómez, del P. Rafael Cuervo etc.

Gran Patriota

Instilaba en los seminaristas el amor a la patria y a sus grandes héroes y hombres representativos, como parte integral del sacerdote perfecto. Bajo su Rectorado se celebraban con especial solemnidad y pompa las fiestas patrias, 20 de julio y 7 de agosto, y las conmemoraciones centenarias que iban sucediéndose. Y para que todo sirviera para la formación intelectual, promovía concursos históricos sobre grandes personalidades, especialmente de la Independencia. Otras veces organizaba foros y discusiones sobre las grandes épocas de la patria. Todos los discípulos de entonces recuerdan uno famoso, en el que intervino, dando grandes luces sobre este tema: "Después de Bolívar, quién fue más grande: Santander o Sucre". Esos foros los organizaba, con el fin de hacer ágiles a los seminaristas en su lucubración mental. Otra vez, tuvo por muchas sesiones en discusión este tema: "Qué vicio perjudica más al hombre: la embriaguez o el juego".

Cuando el "Conflicto de Leticia", en 1933, el entonces Rector del Seminario pronunció en

el famoso "Circo España" de Medellín, el más famoso discurso patriótico de Antioquia en esa época, que recuerdan muchos medellinenses. Ordenó se leyera en el comedor a mañana y tarde, todo cuanto publicaba la prensa nacional sobre el problema. Y personalmente dirigió al Seminario en pleno, en desfile por las calles centrales de Medellín, mezclado a la multitud y lanzando gritos patrióticos en gesto de apoyo al gobierno e inclusive pronunció una arenga en la que llamaba con elocuencia a cerrar filas para la defensa de la patria.

La "Academia Literaria Santa Teresa", organizó certámenes, para premiar poesías, discursos, arengas, composiciones, etc. sobre el tema. Y el P. Juan, Rector Magnífico del Seminario, asistía a las reuniones y manifestaciones internas patrióticas que se organizaron, hablando y dando gritos de efervescencia patriótica. Estimulados por el Rector, varios seminaristas de 13 y 15 años pronunciaron sus discursos patrióticos en su presencia.

Ponía énfasis especial y fervor inusitados, que trascendían admirablemente, en las siguientes fiestas religiosas: Corpus Christi, Sagrado Corazón de Jesús, Semana Santa, San José y mes de mayo, junto con toda fiesta en honor de María Inmaculada.

Era un espectáculo de silenciosa predicación verlo horas enteras de rodillas, inmóvil en su reclinatorio del presbiterio de la capilla. Como lo fue siempre el conocimiento que se tuvo de que varias veces por semana, cuando los seminaristas se acostaban, entraba a permanecer hasta la media noche al pie del Sacramento del amor. Y

nunca olvidarán los sacerdotes sus discípulos, porque frecuentemente aluden a ese recuerdo, el don de lágrimas que se manifestaba incontenible en las misas de la Semana Santa, pues le era casi imposible seguir adelante en la lectura de la Pasión de Cristo. Su manera de celebrar, edificaba, por el fervor enteramente prístino de la Primera Misa de su juventud sacerdotal.

El P. Marco T. Zuluaga, al aludir a su celo por las almas dice: "Para nadie como para él valía el aforismo: "el bien es difusivo por esencia. Su espíritu apostólico se prodigaba por dentro y por fuera del seminario, aunque algunos criticaron esa actitud. Podemos asegurar que esto no fue en detrimento de la misión que le había sido confiada, porque él mantenía a los seminaristas asociados pidiéndoles oraciones por un pecador endurecido, que se resistía a la conversión; por un moribundo reacio en recibir los últimos sacramentos, por un hereje que buscaba conversión. Familiares nos fueron las conmovedoras ceremonias realizadas en la capilla cuando unciosamente derramaba las aguas bautismales sobre neoconvertidos del protestantismo o del paganismo".

Si es cierto que predicaba mucho y confesaba mucho fuera del Seminario; eso lo hacía especialmente los jueves y domingos, cuando la comunidad, como era de reglamento, estaba en compañía de los otros superiores, de paseo. O cuando los recreos, o ya los seminaristas rumbo al dormitorio, podía hacer su labor extra seminario, sin perjudicar sus deberes.

Fue también profesor de Derecho Canónico de la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia y siempre era buscado para predi-

car ejercicios cuaresmales en las diversas facultades. Muchos profesionales recuerdan todavía sus pláticas sobre Cristo, las verdades eternas, la castidad triunfante y viril frente a la impureza cobarde, etc.

Es decir, desde el Seminario, era ya aforismo popular y común afirmar vulgarmente que donde el P. Juan caía con su acción o su iniciativa, abría brecha.

El Pastor

Y llegó el día en que tuvo que abandonar por fuerza mayor su Seminario de Medellín y su Antioquia, cuando el Papa Pío XI lo escogió para la dignidad Episcopal eligiéndolo Obispo de Manizales, el 3 de julio de 1.933. Hubo fiesta de alegría en el Seminario el día en que se supo la noticia, por la merecida exaltación a la suprema excelsitud sacerdotal. No llegó este gajo de laurel a su frente deseándolo o buscándolo. El mismo, recuerdo yo, contó que más de cinco veces había rehusado la dignidad, pero finalmente tuvo que aceptarla, como lo dijo públicamente en la Capilla del Seminario en pleno, al contar la historia de su vida. Como que presentía las espinas que esa mitra había de clavarle por toda la vida.

Su consagración episcopal en la Basílica Metropolitana de Medellín, como que era un sacerdote ídolo y el centro de la atracción de la ciudad, verdadero caudillo religioso desde entonces, fue una apoteosis. Rarísimas veces se ha visto literalmente colmada esa catedral solemne, austera y grande, como en esa ocasión, 29 de octubre de 1.933.

Cumplió sus tareas de Rector hasta despedir a sus queridos seminaristas a vacaciones el 23 de noviembre, habiendo presidido, ya de obispo, los exámenes y el acto de clausura. Cuando, al terminar la ceremonia de su consagración episcopal, recorrió trabajosamente las espaciosas naves, la multitud lo aplaudió insistentemente y le batió pañuelos, cosa inusitada en un templo, mientras su brazo episcopal enjorjado con la amantista repartía las primeras bendiciones.

En el banquete que le dió el Seminario como despedida, habló con elocuencia el sacerdote doctor Emilio Botero Ramos, famoso por la claridad y diafanidad de sus explicaciones en clases de literatura, filosofía y teología. Recuerdo que a pesar de ser casi un niño entonces, se me grabaron al menos estas dos frases: la de saludo, cuando dijo: Excelentísimo Señor González: permitid que os diga por última vez Padre. Y la final: "El Excmo. Sr. González se va para Manizales. El P. Juan se queda con nosotros". Fue un espectáculo maravilloso ver ese rostro ovalado, lleno y rozagante, de perfil hermoso entre los más, que atraía hasta arrebatar fijamente la mirada de hombres y mujeres, resplandeciente siempre con rara claridad, por el destello de los vestidos rojos del obispo y el brillo coruscante del pectoral. Y mucho más verlo pontificar en el altar, por la elegancia de príncipe en sus movimientos y gestos de gran señor.

Obispo de Manizales.

El 7 de diciembre de 1.933 entró como Obispo a Manizales, para tomar posesión de su Diócesis. El departamento de Caldas se movilizó

para recibirlo y aplaudirlo. Nunca en la historia de esa ciudad se había contemplado manifestación tan unánime de cariño y veneración para un prelado: las campanas de todos los templos anunciaron con sus voces metálicas y repiques alegres la llegada; un cielo intensamente azul cubrió los espacios. Un ilustre sacerdote dijo en su discurso ese día: "La capital de Antioquia guarda sus pañuelos hoy, pesados de lágrimas, mientras la capital de Caldas los agita llena de emoción y alegría y en medio de arcos triunfales, banderas y flores recibe al Padre de un seminario que se ha transformado en el Padre de una porción crecida de sacerdotes y de fieles.

Fue su episcopado de Manizales una ráfaga de luz de corta duración, pero que alcanzó a irradiar calor vivificante a las más lejanas riberas de la vida cristiana. Y ni su clero, ni sus amigos íntimos de allá, ni sus ovejas, tuvieron la pena de lacerarlo, herirlo, abandonarlo, difamarlo o mucho menos perseguirlo con el dardo envenenado de su lengua:

Allá sus hijos nunca cambiaron el gajo de laurel para coronarlo, por la cruz del dolor, ni jamás sus discípulos le abandonaron, ni le entregaron al Sanedrín.

El P. Rodrigo López su amigo de todas las horas, describe así su apostolado en Manizales: "Durante los meses que permaneció como obispo se ganó el corazón de sus habitantes: hombres, mujeres, niños y ancianos que se apretujaban por recibir su bendición. No se dio descanso; desde el primer momento se preocupó por todos los problemas de su Diócesis y encontró respaldo para todas sus empresas. Ideó las semanas de la

Catedral para continuar rápidamente sus trabajos hasta ver muy altas sus flechas esbeltas; se preocupó del Seminario, de los problemas de la educación de la juventud y como un milagro hizo la fundación del Colegio de Nuestra Señora, entregando la dirección a sus sacerdotes diocesanos. Recorrió toda la Diócesis, hasta en sus corregimientos o aldeas, a lomo de mula muchísimas veces; predicó en todos los púlpitos con esa elocuencia arrobadora, confirmó miles de niños, estimuló numerosas obras de apostolado y de progreso; confesó como cualquier sacerdote en sus visitas pastorales y extendió su amor a María y a Cristo con sus ejemplos y su predicación. Para Manizales fueron esas dos joyas de su pluma: "La Primera Carta Pastoral", de gran profundidad teológica en que explica el lema de su escudo: Mi vivir es Cristo al amparo de María (Mihi vivere Christus auspice Maria) y la "Segunda Carta Pastoral" sobre Cristo y la Redención.

Arzobispo Coadjutor de Bogotá.

El 6 de junio de 1934 Monseñor Juan Manuel González fue electo Arzobispo Coadjutor de Bogotá, con derecho a sucesión. Era Arzobispo Primado Monseñor Ismael Perdomo, ya anciano y camino hoy de los altares, pues está introducida su causa de beatificación. Manizales se conmovió con este traslado inesperado, pero aceptó gustosa que su Obispo fuera escogido para irradiar virtud, celo y ciencia desde el corazón de la patria, con un campo vastísimo.

Antes de posesionarse como Arzobispo Coadjutor asistió con otros Prelados y Peregrinos co-



*Mons. Juan Manuel González Arbeláez
Con el Excmo. Sr. Tiberio de J. Salazar y Herrera.*

lombianos al "CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL DE BUENOS AIRES". Entre más de 200 obispos que asistieron a ese acontecimiento grande de piedad eucarística, sobresalió hasta despertar interés popular y ser ovacionado. Monseñor Luque dijo: "Con profunda complacencia y legítimo orgullo patrio, fuimos testigos en el Perú, Chile y Argentina del interés despertado por Monseñor González, naciones que están diciendo como desde el momento en que se le ve proyecta destellos inequívocos de Cristo".

Uno de los peregrinos colombianos, el historiador Dn Enrique Echavarría relata en "Libro de Oro del Congreso Eucarístico de Medellín" página 69 sus impresiones del Congreso de Buenos Aires, así: "Los peregrinos colombianos hacíamos rueda a Monseñor González; él con su arrogante figura sobresalía por su esbeltez. Entonces se me acercó un joven muy apuesto que había oído hablar de la fama de su Excelencia. Era un peruano culto, observador, versado en ciencias pero mal católico, por lo que me dio a entender. "Dígame Ud, ese es el Arzobispo de Bogotá? me preguntó. Le contesté: si señor. Y dízque es muy sabio e ilustrado y tan inteligente que habla nueve idiomas. Cómo hubiera hecho él de cosas en el mundo con semejante figura. Cómo le hubiera servido a la humanidad si se hubiera dedicado a otra cosa. Lástima grande que sea cura"...

A su regreso de Buenos Aires preparó su traslado a Bogotá para comenzar con entusiasmo de hombre celoso por la gloria de Dios, su labor apostólica en un ambiente distinto y ya con la visión panorámica de las necesidades de la re. pública.

Allí fue Arzobispo Titular de Eno, y Coadjutor de Bogotá con derecho a sucesión, desde el 16 de junio de 1934 hasta febrero de 1942, en que le fue aceptada la renuncia, y apenas se retiró de Bogotá en junio de 1942, es decir, 8 años como Arzobispo Coadjutor de la capital de la república. El mismo tiempo que como Rector del Seminario de Medellín y octuplicada su permanencia en relación con Manizales y Popayán. Y Bogotá guardó un silencio abrumador y tremendo, a la hora de su muerte; y en su entierro brillaron por su ausencia aún elementales manifestaciones de la cortesía, mientras las delegaciones oficiales eclesiásticas y espontáneas de Manizales y Popayán en todos los órdenes abundaron. Eso sí, es menester resaltar la presencia del Obispo Auxiliar de Bogotá Monseñor Isaza y la Misa con exequias frente a sus despojos en la capilla privada del Aeropuerto El Dorado de la capital.

En enero de 1935 se posesionó como Vicario General de la Arquidiócesis de Bogotá y poco después como Asistente Nacional de Acción Católica, para el cual fue nombrado por la Conferencia Episcopal. Gran temor debió sentir al posesionarse de ese cargo tan alto y tan difícil, por tratarse de un ambiente secularmente hostil a los de provincia, tan propicio a la suspicacia sutil, al chisme fino y oculto que envenena con persistencia; a la envidia de los que se creen grandes y de componendas, tergiversaciones, engrandecimiento de pequeñeces y ánimo dispuesto de los que forman Sanedrines a hacer leña del árbol caído.

Pero con ánimo resuelto a trabajar por la gloria de Dios, emprendió con entusiasmo su obra de celo por las almas. Visitó todas las Parroquias del Departamento de Cundinamarca, aun en sus regiones más difíciles, en una Arquidiócesis inmensa, promoviendo obras de beneficencia, de santificación de las almas, de catequesis, de restauración y embellecimiento de los templos y capillas. Centenares de miles recibieron de sus manos episcopales el sacramento de la confirmación en numerosas visitas pastorales. De una actividad proverbial para el trabajo apostólico parecía que el placer de hacer el bien le hacía olvidar lo arduo de su labor permanente.

Arrebatava las gentes con su predicación y los testigos presenciales de sus Visitas Pastorales recuerdan con fruición el aura de admiración rara que provocaba a su llegada a cualquier pueblo. Podía ser un Domingo de mercado público, y apenas se regaba la noticia de que el Sr González había llegado, se paralizaba toda actividad, como si las gentes estuvieran movidas por raro filtro de atracción avasallante frente a su figura, pues rodeaban la casa parroquial para mirarlo, oírlo y aplaudirlo. En muchas Procesiones en las cuales recorría las calles de Bogotá, ya fuera portando la Custodia bajo Palio en la fiesta del Corpus, ya fuera en algunas famosas de Semana Santa, las muchedumbres populares invadían las bocacalles para mirarlo largo rato interrumpiendo el tránsito. Gozaban mirando su actitud seráfica, su piedad de ángel y su porte de belleza varonil y señorial.

Dondequiera que predicaba o dictaba conferencias, y eran centenares cada mes, sobre todo

en ciertas épocas principales de la capital del país, acudían las gentes a escucharle. El fondo de sus predicaciones lo constituían la Sagrada Escritura, sobre todo el Evangelio y San Pablo; los santos padres y doctores y los grandes teólogos y místicos. Su estilo elegante, adornado, de un lenguaje brillante, con epítetos abundantes y redondeado en forma completamente personal e inimitable. Aunque leía en su lengua original muchos autores, pues dominaba varias lenguas vivas, su lenguaje no se contaminó de frases o vocablos extranjeros. No era arrebatada su oratoria, pues además de impedírsele un poco su voz de elevado diapasón prefería el tono de charla, conferencia o el convincente del avezado profesor. Sin embargo, tenía circunstancias en las cuales su oratoria subía de estilo, y el sentimiento hacía vibrar su voz con frases de extraordinario vigor y majestuosidad. Todavía es común aludir al famoso Discurso de defensa valiente y vibrante de santa ira cuando al término del Congreso Eucarístico de Medellín, leyó el telegrama por él redactado en respuesta a los cabildantes de Bogotá y lo explanó en una elocuencia tan arrebatadora y extraordinaria, que provocó nada menos que pasearlo por las calles de Medellín, desde el templete, en hombros de la muchedumbre, hasta la Basílica Metropolitana, en un recorrido de 12 cuadras.

No fue abundante su producción escrita, en Pastorales porque de los diez años de episcopado, ocho transcurrieron como Arzobispo Coadjutor de Bogotá, puesto en el cual no le correspondía, dirigirse a sus fieles. Sin embargo, en las tres que

se conservan, hay gran erudición teológica, acervo grande de citas y unción admirable.

Visitaba con preferencia las parroquias pobres y tuvo como programa semanal, visitar los barrios populares de Bogotá, rodeado de "chinos bogotanos", obreros y mujeres del pueblo, para animar, mezclarse con los pobres, oírles sus cuitas, aconsejarlos y enseñarlos.

Al Clero Bogotano le dedicaba mucho tiempo y se hizo querer de él, por su gran bondad. Grandes enseñanzas les repartió en ejercicios durante sus ocho años de permanencia en la capital. Visitaba a los sacerdotes enfermos con gran caridad; auxiliaba a los pobres y los secundaba y alentaba en sus labores pastorales o de progreso.

Como cuando era Rector del Seminario de Medellín, dictaba una Homilía que se hizo famosa a los neosacerdotes con este texto explanado con gran unción: "euntes ergo docete". Id pues y enseñad. Ya terminó la obra de vuestros padres, del Seminario, del Obispo. Ahora os toca sembrar, trabajar y santificar".

Congreso Eucarístico de Medellín

El recuerdo del gran Congreso Eucarístico de Medellín, viene siempre unido al gran Arzobispo Juan Manuel González, porque, por primera vez en la historia colombiana y americana, cruzó el cielo colombiano, en vuelo raudo vespertino, la Sagrada Hostia recostada sobre el pecho de ese serafín, entonces Arzobispo Coadjutor de Bogotá, el día 13 de Agosto de 1935, víspera de la inauguración del Congreso. Fue un número

no previsto, que desbordó la piedad eucarística de la ciudad en una apoteosis tampoco prevista con el Santísimo traído en avión desde Bogotá por él y paseado desde el campo de aviación de Las Playas, hasta la Basílica Metropolitana.

Cuando, ya casi inundada de tinieblas la ciudad, el avión trimotor Leticia de la Scadta, dio algunas vueltas sobre el aeropuerto de Las Playas, la ciudad entera se aprestó al gran recibimiento nunca visto en el país y jamás repetido hasta hoy. Como en arrebatador éxtasis fue visto al descender la escalerilla con la custodia entre las manos, mientras pañuelos y cantos y gritos de amor a Jesús Sacramentado se unían a una inmensa hoguera por el número de cirios y velas que portaba la muchedumbre. Nunca se habían visto tantos automóviles en el campo de aviación y nunca tampoco tanta gente en río humano y de fuegos ambulantes, por todas las calles, sin dirección de nadie, solamente arrastrados por la fe.

Aun cuando el Congreso oficialmente se inauguró el 14, realmente comenzó con esta apoteosis espontánea del pueblo, que no pudo contenerse de entusiasmo, al saber que el Smo. venía en los brazos de Monseñor González desde Bogotá, y en avión. Las gentes salían a las calles en oleadas interminables, que nadie dirigía y ninguno organizaba, lanzando gritos de adoración y amor. Recuerdo que, al pasar por la calle Junín, frente al que hoy es "Teatro María Victoria", un negro del pueblo se interpuso al paso de la procesión eucarística y gritó a voz en cuello: "Salva a Colombia, Señor". El Sr González, que iba al pie de la custodia, levantó los ojos y gritó en respuesta: sálvala, Señor, sálvala.

El defensor de la Iglesia

Hacia algún tiempo que el partido liberal había incluido en su plataforma varios proyectos de ley, netamente perjudiciales, por decir lo menos para la paz de la república y que tendían a arrancarle el tesoro de la fe y a destruir la unidad religiosa.

El pueblo colombiano, profundamente religioso, estaba hondamente preocupado por los intentos de revivir los peores días del siglo anterior; cuando el partido liberal había perseguido a la Religión, a la Iglesia y a sus Ministros. Los grandes directores del partido querían implantar leyes contra la Iglesia y contra el clero. Ya se combatía rudamente en la prensa, en las cámaras y entre personajes de los dos partidos cuestiones de enorme repercusión. Los católicos recibieron el reto implacable del partido triunfante hacía pocos años y apenas afianzado en el poder, por medios violentos utilizados para impedir el voto a los enemigos y así lograr la mayoría en las cámaras. Y la mente de los colombianos no había olvidado; al contrario, tenía muy presentes los días en que la impiedad perseguidora, rapaz y sanguinaria, en nombre del partido que acababa de obtener mayorías en forma violenta, había desterrado obispos, encarcelado sacerdotes, profanado sacrilegamente templos, arrojado religiosas de los conventos e implantado leyes y costumbres total y absolutamente destinadas a socavar la influencia del catolicismo y arrancar de raíz la fe de la conciencia del pueblo. Matrimonio civil obligatorio; Divorcio vincular; Separación de la Iglesia y del Estado; Reforma del Concordato; Estableci-

miento de la educación laica, gratuita y obligatoria; laicización de los cementerios católicos; secularización total de las instituciones de beneficencia como hospitales, colegios, etc. en manos de la Iglesia; supresión de las misiones catequizadoras de carácter eclesiástico y reconocimiento exclusivo de las autoridades colombianas en materias jurisdiccionales, relativas al estado civil de las personas, eran el desiderátum del partido liberal.

Cuando la celebración del Congreso Eucarístico, Monseñor González, Arzobispo Coadjutor de Bogotá, por su juventud, su elocuencia, su actividad y sobre todo por su posición y su auténtica figura de caudillo religioso, resumía toda la ansiedad del catolicismo, amenazado. Y se acababa de presentar al Congreso Nacional un proyecto de ley sobre matrimonio civil obligatorio.

Ese proyecto era el siguiente: "Artículo I. A partir de la vigencia de la presente ley, los matrimonios que se contraigan conforme a la ley civil ante un funcionario competente, sufrirán los mismos efectos civiles que el matrimonio puramente católico que existe en Colombia.

Artículo II. Para que los ministros del culto católico puedan casar conforme a sus ritos a las personas que así lo quisieren, es preciso que estas les presenten previamente una certificación del funcionario civil respectivo, en que conste que han contraído matrimonio civil entre ellos mismos. Igual precepto rigé para los ministros de los demás cultos y religiones.

Artículo III. Las contravenciones a lo dispuesto en el artículo anterior serán sancionadas con multas de quinientos a mil pesos para los mi-

nistros religiosos y con prisión de seis meses a un año para los contrayentes y demás personas que intervengan en la celebración del matrimonio católico, como testigos y padrinos.

Artículo IV. Las pruebas documentales de origen eclesiástico serán nulas. En adelante solamente se tendrá en cuenta el registro civil.

Artículo V. Las causas de nulidad y divorcio del matrimonio civil serán de competencia exclusiva de los tribunales superiores de justicia”.

El Congreso Eucarístico fue un éxito jamás soñado pues tuvo asambleas con 350.000 espectadores, en esa época, y se calcula en 250.000 el número de peregrinos venidos del país. Y el fervor y la elocuencia de los oradores civiles, enardecieron al pueblo, que sentía representado en esos laicos, su personal sentimiento frente a los males que se trataba de arrojar sobre el país.

Oficialmente, fue triste la actuación de las autoridades civiles de la república. Ni el Presidente, ni siquiera un Ministro del Despacho Ejecutivo o un Delegado especial de la primera autoridad de la nación, católica en su inmensa mayoría, asistió a las magnas festividades. Todo el pueblo interpretó esta actitud, como un desprecio del gobierno liberal al episcopado y al clero y un menosprecio del sentimiento religioso.

Para colmo de la brutalidad de algunos liberales, el 17 de agosto de 1935, víspera de la clausura del Congreso Eucarístico, el Concejo Municipal de Bogotá aprobó la siguiente proposición que fue leída después de la Apoteosis Eucarística a toda la nación, desde el Templete de Medellín: “Bogotá, agosto 18 de 1935. Illmo. Sr. Arzobispo Presidente del II Congreso Eucarístico Nacional.

Medellín. Honor transcribirle la siguiente proposición aprobada por el honorable Concejo de Bogotá en su sesión del 17 del presente:

El Concejo de Bogotá declara: Que habría votado gustosamente una proposición de saludo a los directores del movimiento religioso que ha culminado en Medellín, con la celebración del Congreso Eucarístico, siempre y cuando que los altos prelados colombianos que orientan las actividades de la Iglesia Romana entre nosotros hubieran hecho alguna manifestación en el sentido de definir los siguientes problemas que se relacionan con el actual momento histórico del país:

I. Reforma del Concordato sobre la base de equiparar, cuando menos, la soberanía espiritual de la Iglesia y del Estado.

II. Establecimiento de la educación laica, gratuita y obligatoria.

III. Adopción del divorcio vincular.

IV. Reconocimiento exclusivo de las autoridades colombianas en materias jurisdiccionales, relativas al estado civil de las personas.

V. Supresión de las misiones catequizadoras de carácter eclesiástico”.

Respuesta y oración del Sr. González

El Arzobispo Coadjutor de Bogotá Mons. Juan Manuel González Arbeláez leyó en la tarde del 18 de agosto, apenas terminado el Congreso con la Apoteosis Eucarística, la siguiente respuesta redactada por él y suscrita por todos los Arzobispos y obispos colombianos asistentes al Congreso.

Medellín, Agosto 18 de 1.935.
Concejo Municipal. - Bogotá.

“No nos hace falta ni aceptamos un tal saludo comprado con la prevaricación y el envilecimiento. Somos obispos católicos defensores de la Fe que ha hecho vivir y ha engrandecido a Colombia. Tomen nota los miembros del Concejo Municipal de Bogotá que aprobaron esa infamia, que de manera rotunda, definitiva, inflexible, rechazamos esa proposición artera, villana, insolente que llega a nuestras manos en momentos en que se lee el mensaje del episcopado colombiano al pueblo ardiente de amor por la Eucaristía y que acaba de jurar ante el Templo Eucarístico, actualmente convertido en corazón y alma de Colombia, adoración, fidelidad a Dios y amor a la Iglesia y al Romano Pontífice. a trueque del sacrificio de la paz, de la sangre y de la vida”.

Inmediatamente se desató la elocuencia del gran Arzobispo, al comentar, punto por punto, lo aprobado por los cabildantes bogotanos. A cada momento, atronadores aplausos interrumpían al excelso orador, transformado en ese momento en un Atanasio, celoso de los derechos de la Iglesia y defensor de la fe del pueblo colombiano. Hasta el último confin del país llegó, en el rapidísimo lomo de las ondas radiales la defensa elocuentísima de la religiosidad colombiana, amenazada en esos momentos gravísimamente por las aspiraciones de algunos dirigentes liberales, ansiosos de resucitar las mismas polémicas y persecuciones del siglo anterior.

Hay actitudes que cuestan mucho a quien las asume, sobre todo cuando él está muy en alto y su influencia es grande. Como Monseñor González ocupaba el primer puesto en la escala de las dignidades eclesiásticas; como estaba en la

plenitud de la juventud y era un verdadero caudillo religioso, por el aura popular que despertaba en todas partes, aun con su sola presencia; como las polémicas religiosas habían acabado de irrumpir entre los grandes políticos, e inteligencias directoras del país, frente a proyectos netamente antirreligiosos, como se colige de la enunciación de las aspiraciones de las mayorías parlamentarias y sobre todo, como había al frente de los destinos del país, un Presidente beligerante, de mentalidad netamente hegemónica y revolucionaria, acompañado de un grupo de jóvenes políticos y parlamentarios no menos beligerantes y empenachados, las cosas se pusieron al rojo vivo y el Arzobispo Coadjutor se convirtió en el blanco de los ataques. La lucha fue de varios años y muy dura y escandalosa. El liberalismo doctrinario no obtuvo cuanto quiso, porque Monseñor González Arbeláez, capitaneando la oposición gigantesca del catolicismo colombiano, todo el episcopado a una, y los grandes jefes de la oposición política tanto del congreso nacional como de la prensa toda, levantaron muro alto, compacto y granítico para detener el ímpetu irreligioso que hizo cuanto pudo por implantar los postulados enunciados por los cabildantes de Bogotá.

Con gran dificultad y sin lograr tampoco la totalidad de los deseos, finalmente lo obtuvieron con la Reforma Constitucional de 1.936. En 1.886, la Constitución, fiel reflejo de la realidad colombiana, dio a la Iglesia Católica toda la absoluta importancia que ella tiene para la buena marcha del país. El pueblo colombiano, hacía veinte años estaba viendo perseguida la re-

ligión católica y sus obispos y sacerdotes en forma violenta, injusta y sistemática, sobre todo en algunas épocas. Una ola de reacción corría entre todas las capas sociales del país, para lograr que la Iglesia católica, por fin respirara libremente el aire de la justicia y la libertad, y no el de la persecución, el odio y la tiranía que venía sufriendo.

Indalecio Liévano en su "Rafael Núñez", dice que en los momentos en que se aprobaba la parte relativa a la cuestión religiosa en esa inmortal Constitución, por el impulso popular de un pueblo profundamente religioso, el resurgimiento de la influencia de la Iglesia en la vida nacional era algo inevitable que se imponía con fuerza capaz de aplastar cualquier resistencia. Y que Núñez, en lugar de tratar de debilitar los conceptos religiosos, en contra de sus creencias íntimas, y que se reflejaban en la Constitución, prefirió llevar sus ideas a donde la discusión estuviera alejada del clamor popular: el Concordato. Y añade Liévano Aguirre: tal es el origen del hecho, a primera vista paradójico de que la Constitución del 86 hubiera sido más favorable para la Iglesia que el Concordato mismo, como lo saben todos los que tuvieron que manejar las relaciones entre las dos potestades antes de la reforma del 36, relaciones en las cuales las más exageradas peticiones al Estado las formularon las autoridades eclesiásticas fundándose en la Constitución y no en el Concordato. (Núñez, pág. 288).

Si el liberalismo doctrinario de 1933 en adelante, en su pretensión de revivir los espantosos errores y doctrinas del radicalismo, no lle-

gó donde quiso. se debe en parte al combate doctrinario que abrió y alentó Monseñor González, desde su famosa intervención en la Clausura del Congreso Eucarístico de Medellín, cuando llegó al ápice de su elocuencia.

La cuestión social

Cuando Monseñor González, desde su situación de Arzobispo Coadjutor de Bogotá, comprendió el peligro inmenso que se cernía para el Catolicismo colombiano y para la Iglesia, con la sindicalización y "Frente Popular", auspiciado por Alfonso López, con claro y nítido sentido partidista y revolucionario peligroso, se lanzó personalmente y aprovechando su prestigio de caudillo indiscutible y nacional, a la fundación de "Sindicatos Católicos". Varios centenares fundó, con clara y nítida orientación católica y adelantándose a la época. Criticado y combatido fue en exageradas formas; tenido por revolucionario. Y fue revolucionario, pero en el sentido bueno de la palabra pues abrió para la Iglesia este campo; tan propicio a la apostasia, cuando ella se descuida y deja que tomen la delantera los enemigos. Si hoy la Iglesia puede tener el inmenso prestigio y decisiva influencia en estos movimientos, con centrales sindicales que se imponen, ello se debe a que el Arzobispo Coadjutor de Bogotá, en la hora difícil del "Frente Popular Lopista", supo lanzarse, ni corto ni perezoso, aun sacrificando su tranquilidad transitoria a la palestra adonde el enemigo lo llevó.

La Prensa

"Es inadmisibile que no se valgan los católicos de la prensa para construir, cuando tanto

abusan de ella los enemigos para destruir”: éstas palabras de un Papa, hicieron reflexionar tan seriamente a Monseñor González, desde que tomó posesión de su cargo de Arzobispo Coadjutor de Bogotá, que inmediatamente se lanzó a la campaña radial escrita y a la lucha por la moralización del cine, desde un punto de vista positivo. Una revista, famosa por muchos años fue “Acción” órgano de la Acción Católica Nacional, y que él fundó, orientó y secundó en toda forma. Pensó en una editorial católica, y del pensamiento pasó a la acción rápidamente fundando la “**Editorial Lumen Christi**”, con un ideal tan ambicioso y admirable, que se había propuesto editar mensualmente un libro de importancia para el catolicismo colombiano. Y alcanzó a editar, entre otros “El Evangelio de San Mateo”, traducción de Manuel José Casas, dirigido por el mismo Mons. González y con notas exegéticas de Mons. José Manuel Díaz; “Tratado de la Verdadera Devoción a la Ssma. Virgen”, por San Luis M^a Grignon de Monfort; “El Secreto de María”, del mismo; “La Concelebración”, del P. Jesús Mejía E.; “Vivamos la Sta. Misa”; de Don Pio Parsh; “El Evangelio de San Marcos”, también traducción de Manuel José Casas, prologado por Mons. González que es junto con el de San Mateo, ambas traducciones del griego, uno de los grandes esfuerzos hechos en el país.

Quiso que el número 1 de esas ediciones “Lumen Christi”, fuera el del Santo enamorado de María, S. Luis M^a Grignon de Monfort, cuyo libro consideró siempre como todo un sistema ascético para llegar a la unión con Jesucristo por medio de María. Esa devoción fue propagada por

él desde su época de Prefecto General del Seminario de Medellín, en la vibrante juventud de sus 22 años cuando su alma marianizada brotó el famoso y heróico "Acto de Amor a María", página la más brillante de la literatura Mariana en Suramérica.

El propósito de Monseñor González, con la fundación de las ediciones "Lumen Christi", queda sintetizado en las siguientes palabras suyas al inaugurarlas: "cada día se impone a toda persona que se precie de medianamente culta, el conocimiento a fondo de los diferentes problemas relacionados con la Religión; y ahora que la impiedad unida a la falsa ciencia trabajan por minar los cimientos del edificio religioso, es urgente e imprescindible salir en defensa de nuestras creencias religiosas en todos los terrenos donde sean atacadas."

"Es preciso divulgar aquellas publicaciones que son propias para formar el criterio católico de los fieles; es necesario hacerlas llegar al gran público que tiene hambre de verdad y que falto de preparación, tiempo y dinero no puede leer las obras magistrales o las revistas científicas escritas en su mayor parte, en idioma extranjero. He aquí el fin de las ediciones "Lumen Christi". Nuestro propósito es ofrecer a los lectores una información clara, noble, verídica acerca de los temas que despiertan más la atención y agitan las conciencias. en el momento presente."

Y en el prólogo para la primera edición copiosa de la Verdadera Devoción a María, Monseñor González escribió: "Servirá este libro, como ninguno acaso, para encender y acrecentar en el dirigente y el militante de la Acción

Católica, la llama de una devoción teológica, interior, sólida y desinteresada a la Ssma. Virgen María. Estamos ciertos de que María nos dará a Jesús que es bien infinito, si; pero antes de pensar en nuestro premio, nos ocupamos en su gloria". Este librito, es con las Glorias de María, lo más encendido, denso filial que se ha escrito en los últimos tres siglos acerca de nuestra Dulcísima Señora. Obras más densas y eruditas se han publicado, pero no que tengan ese hábito de inspiración divina, como dijo Pio X, ni esa fuerza misteriosa que en él encontraba Benedicto XV y que al decir del Cardenal Van Rossum, hace, no solamente correr, sino volar por los espacios de la santidad.

Así terminaba: "Haz Madre amadísima, Señora y Dueña, que esta santa obra del Beato Grignon de Monfort tu grande apóstol, se derrame por las filas de la Acción Católica Colombiana como un río de fértiles campos y haga florecer y fructificar las almas en el amor a Ti y a Jesús adorable, la Sabiduría Eterna y Encarnada".

Empresa tan gigantesca en una época como la de 1.939, hace 27 años, hace de Mons González el iniciador en Colombia de un apostolado grande y nacional de un medio de comunicación social tan colosal y omnipotente como es el de la prensa popular que sintetizando los grandes movimientos religiosos en todos los campos, alcance a las masas y no se quede para deleite de los pocos convidados del banquete intelectual.

Pensó también seriamente en un "Diario Católico" para todo el país y pensándolo puso por obra su idea, trayendo maquinarias con ese fin. Cuando llegó la hora de su renuncia al Arzo-

bispado de Bogotá todos estos propósitos de diario nacional católico, ediciones "Lumen Christi", puestas en situación gigantesca, quedaron trunco completamente. Programas radiales de divulgación católica fueron numerosos los que auspició, dirigidos algunas veces por las Hermanas Deificadoras y elementos activos de la Acción Católica. Había entonces una actividad verdaderamente inusitada y bien planeada de utilización al máximo de ese medio de comunicación con las masas.

El cine y la radio

Con el fin de combatir el cine malo con cine bueno y saliendo desde entonces, de la actitud meramente negativa, que también recibió un impulso especial por parte de la Acción Católica que él asesoraba nacionalmente, fundó una empresa llamada "**Culka Film**", destinada a introducir material cinematográfico para alquilar a precios módicos a los teatros parroquiales y a los Colegios, películas interesantes y sin graves inconvenientes morales. Varios años duró esa empresa. Su programa en este punto fue ambicioso y lo habría puesto por obra, si las circunstancias políticas y religiosas de un grupo de políticos y eclesiásticos interesados en apartarlo de Bogotá no hubiera logrado su propósito definitivo. El pensó en fundar teatros católicos y alentaba a quienes pudieran hacerlo, dotados técnicamente de salas cómodas, equipos de 35 mm, para combatir el mal, en el mismo plano. Nadie como él comprendía el problema del cine. Por esos días de 1.940 estuvo en Colombia el Secretario Internacional de la Oficina Católica Internacional del

Cine Sr Rusoski y después de haber observado la actividad propiciada por Mons. González en este campo y sus propósitos inmediatos, quedó tan bien impresionado que, cuenta el P. Gabriel Escobar lo siguiente: "yo oí al Secretario Internacional en un discurso pronunciado en Roma en el Colegio San Luis de los Franceses decir al referirse a Monseñor González: he encontrado a un Obispo Colombiano que habla francés como un académico y conoce el problema del cine como ningún obispo europeo".

En una reunión de Juventudes Católicas, en Bogotá, el arzobispo González lanzó la idea de fundar una Emisora, dependiente de la Acción Católica, con el fin de invadir la patria, con una programación de gran agilidad y modernidad, logrando el empleo total de un medio de comunicación social tan admirable. Esto sucedió en 1939, cuando todavía estaba un poco lejano el día en que se había de fundar Acción Cultural Popular. Se nombró junta encargada de estudiar el proyecto; entró en conversaciones con la empresa internacional Glottman; se hicieron presupuestos, no sólo para adquisición del equipo para la Emisora que abarcara el territorio nacional, sino también para la consecución inmediata de 1.000 radios, con el fin de entregarlos a campesinos y gente de la ciudad, que pudiera utilizarlos para instruirse. El Sr. González elaboró el Decreto de fundación, para que el Excmo. Sr. Perdomo lo firmara y en uno de los apartes, se decía: "Encárgase a la Acción Católica Colombiana de la dirección"... etc.

La Curia Primada estudió el decreto, pero lo vetó por temor de un fracaso económico.

Algunos de los jóvenes y personas consultadas sobre el aspecto económico de la cuestión, le insistieron a Monseñor González, para que, ante la imposibilidad de convencer al Excmo. Sr. Primado, se hablara con algunas comunidades religiosas a fin de que apoyaran en conjunto una obra tan urgente y tan necesaria. Monseñor González, con una sonrisa escéptica les contestó: "Hijitos; no saben que las comunidades hacen voto de pobreza individual, pero no de pobreza colectiva?"...

Asistente Eclesiástico Nacional de la Acción Católica Colombiana

Mientras estuvo de Arzobispo Coadjutor de Bogotá ocupó el puesto de Asistente Eclesiástico Nacional de la A. C. C. cargo en el cual logró darle a los movimientos católicos un empuje tan decisivo y general en todo el país, que desde entonces no se ha vuelto a ver. Congresos catequéticos, de Señoras, de Jóvenes, de Universitarios, de la Juventud Obrera, de Hombres de Acción Católica, los promovió en diferentes ciudades del país, para despertar las inquietudes en toda la nación. Eran asambleas de un dinamismo tan estupendo, que en todas partes dejaban huella profunda y provocaban movimientos grandes de acción católica. La campaña litúrgica de participación de los fieles en la Sta Misa, que hoy ocupa puesto trascendental en la actividad de la Iglesia, él fue el encargado de ponerla en marcha en todo el país. Folletos de centenares de miles de ejemplares con títulos como estos, fueron muchos y circularon por todas las parro.

quias del país, despertando modalidades nuevas para participar en la Sta Misa con provecho: "Sigamos la Santa Misa", "La Concelebración", "La Misa Participada", "Como oír con provecho el Santo Sacrificio", etc. Las grandes inquietudes teológicas, litúrgicas, marianas, etc. con dogmas generadores de la piedad que hoy son punto principal, ya entonces estuvieron en boga, por su iniciativa y cooperación, con la inestimable ayuda de la editorial "Lumen", por él fundada. Hace 25 años, ya Monseñor González, organizó un apostolado litúrgico a base nacional con frutos admirables, Misas participadas y un constante martillar sobre el empleo del Misal Diario, como el devocionario mejor para tomar parte en el Santo Sacrificio. Celebraciones Paralitúrgicas, tan en boga hoy, como resultado del Concilio; conferencias sobre el papel trascendental de la Liturgia Pastoral y medio de ilustración de las masas, fueron actividades que Monseñor González, adelantándose un cuarto de siglo al movimiento actual, puso en actividad a todo lo largo y ancho de la república, por medio de los cuadros de la Acción Católica apostolado casi único que existía en Colombia para seglares y que de él recibió savia tan vigorosa, que difícilmente se volverá a ver igual en el país.

De Monseñor González en el Prólogo a la traducción del Evangelio de San Mateo por Casas Manrique, son los siguientes apartes;

"El exégeta Monseñor José Manuel Díaz, que ha anotado esta traducción que presenta con la más honda satisfacción la Acción Católica Colombiana, ama y vive esa divina palabra que comenta; por eso, con unción dogmática va haciendo

aparecer, a través de Sn Mateo, la silueta del Señor Jesús que es Rey (I-III), Legislador Supremo (IV-VII), Taumaturgo Poderoso, (VIII-XVIII), Profeta único que enseña, reprende y predica como nadie lo hizo jamás, para perfilar en los últimos capítulos (XXVI y siguientes), su figura de Sacerdote y víctima y dejar en el alma bien grabada la prueba de su triunfo divino en la resurrección "Ni el traductor ni el comentarista quieren gallardear de haber iniciado esta literatura entre nosotros. Al contrario, les abruma el respeto y admiración por el sagrado texto, y ese es su mayor merecimiento. Puede o no resultar muy lograda su labor: en todo caso, ellos trataron con respeto veneración y afecto esta otra Eucaristía, que nos da el Verbo de Dios en el pan sagrado del vocablo. Y la Acción Católica Colombiana bendice al Señor, que le permitió iniciar en Colombia este apostolado de difusión de la Sagrada Escritura, cada una de cuyas palabras vale más que todos los libros del mundo"...

Monseñor González captó en forma tan admirable el pensamiento Pontificio de los Papas, Sn Pio X, Pio XI y Pio XII sobre Acción Católica, que cuantos lo escuchaban en las "famosas Semanas Nacionales de las cuatro Ramas; en las instrucciones constantes que daba a los laicos apóstoles y dirigentes, para formarlos, en las muchas ciudades por él visitadas personalmente en su calidad de Asistente Nacional y en las Cartas y publicaciones que hizo al respecto, quedaban admirados de la fácil expresión, síntesis de doctrina y consejos admirables. Durante esos 8 años de Asistente Nacional de la Acción Católica, verdadera "EDAD DE ORO DE LA ACCION CATO.

LICA EN COLOMBIA”, acostumbró dictar una Conferencia diaria sobre Acción Católica, a los Sacerdotes con motivo de los Ejercicios Espirituales; personalmente empleó la Radio en Programas radiales semanales, sobre todos los apóstolados de la Acción Católica; animó y arrastró a laicos de prestancia a formar en sus cuadros renovadores y lanzó a sus Religiosas Deificadoras a una campaña subsidiaria de ayuda de formación de laicos, especialmente mujeres, en este campo. Las Religiosas de su Comunidad, colaboraron en forma auténticamente moderna, inusitada entonces, en grado tan especial, que provocó críticas de incompreensión, por la novedad.

La Catequesis al día

Monseñor González Arbeláez, desde su elevado puesto de Arzobispo Coadjutor de Bogotá con derecho a sucesión a la Silla Primada Colombiana, y por ocho años consecutivos, inició y puso en marcha un movimiento catequístico, moderno, ágil, renovador y constante. Hay que oír a los Párrocos, donde se organizaron estos apóstolados con empuje, por la cooperación encontrada, para darse cuenta de la manera como él entendió este apostolado urgentísimo. Las Hermanas Deificadoras, en este campo, merecieron el bien de la Iglesia Colombiana, como que alcanzaron, especialmente en la ciudad de Bogotá y en muchas parroquias rurales de la Arquidiócesis Primada, organizaciones de avanzada. Hubo parroquias en las que pudieron formar hasta 250 centros catequísticos. Personalmente, Monseñor González visitaba esos centros y prefería cier-

tos días de la semana, los Barrios populares de la ciudad capital. El material catequístico traído por la Comunidad Deificadora, por conducto de su Arzobispo Fundador; los adelantos y preparación de las religiosas; la cooperación lograda por el prestigio inmenso y el gran celo del Arzobispo Coadjutor de Bogotá, auguraron para el pueblo colombiano un cambio revolucionario en la enseñanza del catecismo, labor en la cual ya había dado pasos definitivos, cuando el Semáforo en Rojo de los problemas políticos y eclesiásticos suscitados en torno a su figura inmensa, detuvieron su carrera. Hoy, cuando 26 años después, por fin se ha dado un paso definitivo que apenas se inicia en la Primaria, con una renovación de la Pedagogía Catequística, debemos recordar al iniciador, al fundador de ese movimiento catequístico que fue Monseñor González Arbeláez. Sus ideas triunfaron.

Las grandes obras se siembran con dolores; el grano tiene que morir, para la germinación definitiva; pero finalmente la cosecha es opima.

El Sr. González fue el Primero en todos esos movimientos de apostolado moderno como Cine, Prensa, Radio, Catequesis renovada, Liturgia, Misa Participada, Sindicalismo Cristiano, Revistas especializadas para los católicos, desde su puesto de Arzobispo Coadjutor de Bogotá y Asistente Nacional de Acción Católica, aun cuando los resultados, que se presentaron durante ocho años tan abundantes, hayan tenido un freno inesperado, aceptado por la Providencia de Dios que todo lo permite.

En 1940 le celebraron en Bogotá las Bodas de Plata Sacerdotales, y la prensa hablada y escrita del país escribió elogios extraordinarios del

Arzobispo Coadjutor de Bogotá que, en la plenitud de la vida, sin coronar todavía la cima de los cincuenta años ocupaba con tanto brío el puesto más alto de la jerarquía colombiana, después del anciano y santo Monseñor Perdomo.

Pero ya iban creciendo las animadversiones contra él y estaba próxima la hora del calvario, después de la del Tabor. Y brilló con luz meridiana en Bogotá; y esa luz se hizo patente a todo el país, con motivo de las festividades celebradas en su honor y con motivo de sus 25 años de sacerdocio. Ya tenía enemigos; ya eran fuertes los envidiosos y le minaban poco a poco su sede arzobispal; ya tenía ingratos; ya estaban para llegar los traidores; pero sus amigos, admiradores y seguidores lo eran cada vez más fervientes. Hombres de la altura moral, intelectual y humana de Monseñor González Arbeláez inspiran amor u odio; lo que nadie puede es mirarlos con indiferencia y desprecio. Se dijo que era el ornato y el orgullo del episcopado colombiano y la cumbre más alta de la Iglesia. Que su grandeza despertaba la emulación en unos y en otros la envidia, fuente de grandes males. Y resultó verdad demasiado pronto, porque hasta el afecto y admiración con que lo mimaban sus admiradores y amigos; los gritos que se lanzaban cuando asistía a veladas y funciones públicas; el fuerte calor y auras populares que rodearon su figura, dondequiera se encontraba, fue motivo y causa de juicio, para considerarlo indeseable.

Sus luchas en defensa de la Iglesia

Desde que, con motivo de los proyectos de ley sobre matrimonio civil, divorcio vincular, escuela

laica y otros atentatorios de la paz religiosa, Mons González, tomó más a pecho la defensa de la Iglesia, y con motivo de su gran discurso del Congreso Eucarístico de Medellín, comenzó a agitarse fuertemente en el país el problema religioso y social, cuestiones en las cuales el Sr González, intervino tan activamente desde su posición de Asistente Nacional de Acción Católica, con semanas nacionales, congresos, discursos, agitación en prensa hablada y escrita, para defensa de la Iglesia, grandes personalidades del partido liberal, empeñados en reformas especiales, vieron en él un obstáculo grande y decisivo a sus campañas.

Basta recordar hechos como los siguientes: El 20 de agosto el Dr. Darío Echandía en discurso en la Cámara de representante, en 1.935, dijo claramente: "las relaciones de la Iglesia y el estado se rigen por un contrato bilateral: el país está ligado a un Concordato que le impone obligaciones que no se pueden desconocer con el ánimo ligero de los demagogos. Pero como el gobierno no está satisfecho con el Concordato, quiere proponer su revisión, el estudio de nuevos vínculos jurídicos entre la iglesia y la nación". Aquí, oficialmente quedaba clara y nítida la idea del gobierno liberal.

Armando Solano, en artículo publicado por "El Tiempo" el 20 de agosto de 1.935, se declaró "irrevocablemente amigo del divorcio vincular y de la escuela laica y el matrimonio civil." Poco después, la Cámara de Representantes aprobó un proyecto de ley que concedía personería jurídica a las sociedades masónicas. Todo eso se consideró un reto al sentimiento religioso de los colombia-

nos. Al leer la prensa nacional de entonces, se ven frases como algunas consignadas en "El Espectador" del 16 de octubre de 1.935 en las cuales se muestran los liberales **"alarmados por la propaganda de la Acción Católica colombiana, orientada por Monseñor González."**

Después de una manifestación del 1º de mayo de 1.937 organizada por la Confederación de sindicatos colombianos, se vieron numerosos cartelones con leyendas así: **"Pedimos la educación laica y la guerra religiosa"; "Con López contra la reacción clerical";** y se oyeron gritos numerosos como éstos: **"Abajo Monseñor González"; "López sí; curas no"**.

Y Gerardo Molina y otros, en el Senado, pidieron insistentemente a López que favoreciera el sindicalismo independiente, **"para contrarrestar los sindicatos organizados por Monseñor González, afiliados a la Acción Católica y que se estaban multiplicando por todo el país"**.

El 7 de mayo de 1.938 el Director de Educación Pública de Manizales, Jorge L. Vargas en un discurso famoso, dijo, entre otras cosas: **"La mayor amenaza del liberalismo es el catolicismo, que sería necio destruir, pero pide que sea liberado de la coyunda de la religión y del clero. Y no olvidemos que la Acción Católica que orienta Monseñor González es un gran poder que se asoma a todos los puntos cardinales de la república, preparando el advenimiento del partido conservador"...**

Al discutirse bravamente en agosto de 1.935 el proyecto de ley sobre divorcio vincular

en el Congreso, nuevamente Monseñor González, junto con todo el episcopado, el clero y el conservatismo, hizo la defensa de la mujer colombiana, insistiendo claramente en la grave situación que esa ley traería para la patria. Fue famosa su frase; **'en cuanto al proyecto de ley sobre divorcio vincular y matrimonio civil, apelo al testimonio de los hombres y mujeres colombianos que tuvimos la suerte de recostar nuestras cabezas de niños sobre el seno inmaculado de una madre legítima y buena'**...

Con motivo del IV centenario de la fundación de Bogotá, en 1938, y en los diferentes actos y Exposiciones entonces celebrados, Monseñor González ocupó puesto de avanzada en los pormenores y realizaciones de esas festividades. Se recuerda, la Exposición Nacional de Prensa Católica de Colombia con 44 semanarios católicos, de cien mil ejemplares de tiraje; 60 revistas mensuales y 13 quincenales. El Congreso Yocista Colombiano celebrado en agosto del mismo año del centenario cuarto de Bogotá, tuvo como mentor a Monseñor González. En agosto 27 de ese mismo año, en la **"Semana Social de Buga"** organizada con motivo de haber sido elevada a la categoría de Basílica la Iglesia del Señor de Los Milagros, Monseñor González habló en las reuniones, como fue el orador encargado de exaltar las maravillas de ese templo, desde el púlpito de la Basílica. Y poco después, en Cali, organizada por la Acción Católica Colombiana, la **"Semana Nacional de Juventud Femenina"**.

... : Loda fue su actuación en la **"Exposición Pedagógica de Colegios Católicos"**, organizada en Bogotá, con motivo de las fiestas centenarias.

Como los peligros para el catolicismo colombiano eran reales y persistían muchos izquierdistas en la prensa, la radio y especialmente en el Congreso, en proyectos de ley perjudiciales para la patria, un arzobispo de la talla de Monseñor González, organizador permanente de Semanas y Congresos, en uno y otro sitio del país, caudillo religioso, amado y seguido en todas partes fervorosamente, insistía pidiendo oraciones para que esas leyes no pasaran y creando una mística de rechazo sistemático a todos ellos.

Se ha asegurado había un grupo de eclesiásticos de alta personalidad, de grandes influencias, interesados también en que él no quedara de Arzobispo Primado de Colombia. Y es claro que, como se dice: "del árbol caído, todos hacen leña", aprovecharan los problemas de implicación política que sus actuaciones dinámicas en defensa de la Iglesia tenía con el gobierno, para sumar los que ellos consideraban defectos suyos de Arzobispo Coadjutor y Vicario General. Se ha dicho por muchos que la hiperactividad y dinamismo de Monseñor González, no se avenía fácilmente con la calma de un escritorio y las soluciones de pequeños problemas, que bien pueden resolver otros eclesiásticos, y que su actividad a base nacional de la Acción Católica, le quitaba un tiempo que muchos consideraban mejor para la obra y rutina de su despacho de Curia. Es muy humano y natural que, los más viejos o de edad, reciban a veces con disgusto la dirección de los más jóvenes. Y como Monseñor González fue criticado por muchos, por su juventud y la rapidez con que fue

elevado a tan alta dignidad, la envidia puso base también en su contra.

A eso se agrega el hecho de que algunas irregularidades de la Comunidad de las Hermanas Deificadoras, fundada por él, sirvieron de pretexto para lograr su cometido. Y aquí, en resumen y para no ahondar en un asunto que solamente dentro de muchos años se podrá dilucidar ampliamente alejados de la época y muertos todos los actores del drama, cabe decir con claridad: **"Amigos y enemigos, todos persiguen a su manera, porque hay veces en las cuales el amor de los unos y el odio de los otros es persecución"**. Tanto amor, tanta aura popular, tantos admiradores irrestrictos y constantes; tanto entusiasmo en torno a la figura radiante de Monseñor González, el Arzobispo Coadjutor de Bogotá, en una edad inferior a los cincuenta años, despertaron grandes animadversiones y envidias violentas en los que no lo querían.

El Apóstol Sn Pablo, cuando habla de sus sufrimientos, dice claramente de los **"peligros de los falsos hermanos"**. Estos los tuvo el Arzobispo Coadjutor de Bogotá, y tal vez fueron los peores. Y seguramente fueron los más dolorosos, porque nadie puede imaginar que la grandeza de alma, la cristiana resignación o el silencio heroico que él guardó siempre en este punto, quitaron a esa prueba su amargo sabor. El Señor no quiere a sus siervos insensibles como piedras, sino sufridos como hombres.

El Señor González, en forma semejante

a como le tocó a Monseñor Mosquera, otro sufrido Arzobispo de Bogotá, entre los grandes de Colombia, y tomando las palabras de Monseñor Carrasquilla, toleró los agravios y calumnias, sin queja, pero no sin dolor; sin tomar venganza, no por indolente sino por caritativo; sin perder el ardor de la voluntad, pero sí desangrado el corazón y la salud quebrantada.

En sus luchas contra las leyes que se intentaba establecer entonces en Colombia resistió como los apóstoles, porque tenía que obedecer a Jesucristo. Pero nunca desconoció el gobierno, ni le negó sumisión en lo demás, ni concitó rebeliones contra él, ni denigró de los hombres que detentaban entonces el poder. Cuantas veces pudo habló bien de ellos en lo que merecía elogio. Estando ya de Arzobispo de Popoyán, poco antes de salir definitivamente para el exilio, le hicieron un reportaje en el cual hubo una pregunta indiscreta relativa al político Alfonso López que se decía había sido uno de los que había luchado con ahinco por medios diplomáticos para que se alejara de Bogotá y contestó inmediatamente: "Tu me quieres poner una cáscara para que resbale. Sólo digo que el Dr Alfonso López merece mi respeto y mi consideración, porque entre otras cosas ha broquelado su hogar con la dignidad de una matrona ejemplar".

Mientras permaneció en Europa, políticos que tuvieron que ver con las luchas de su época de arzobispo de Bogotá, se entrevistaron con él y fueron sus amigos. De Dario Echandía manifestó varias veces, después de haber vuelto a ha-

blar con él, fuera del país, que tenía un gran sentido de amistad. De Gabriel Turbay, con quien se entrevistó varias veces, después de su fracaso político de 1.946, habló siempre con encomio. Y con él recordó muchas veces la vida de la patria.

Renuncia a Bogotá

Preocupado porque se había convertido en signo de contradicción para políticos, algunos gobernantes y algunos eclesiásticos de la alta esfera y de gran influencia, presentó renuncia de su cargo ante la Santa Sede en junio de 1941. Sólo le fue aceptada 8 meses después en febrero de 1942 y el 20 de junio de ese mismo año fue nombrado Arzobispo de Popayán. Fueron pues exactamente ocho los años de su posición elevadísima y en la cual hizo enorme bien, en medio de grandes dificultades y problemas suscitados por diversas razones ya analizadas brevemente. Desde que se le aceptó la renuncia, comenzaron los escritores, especialmente algunos de "El Tiempo", a lanzar conjeturas sobre el lugar a donde había de ser enviado por la Santa Sede. Luis E. Nieto Caballero, con sorna y desprecio decía que iría de Obispo de Jericó, porque en camino de Jerusalén a Jericó un herido había encontrado samaritano caritativo"...

Antes de partir para Popayán Monseñor González Arbeláez; el postrimer esfuerzo gigantesco que realizó en favor del catolicismo colombiano y como gema purísima de su alma maría-

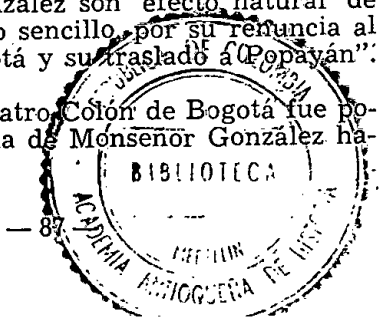
nizada, fue organizar y preparar con entusiasmo desbordante el CONGRESO MARIANO NACIONAL de BOGOTÁ". Cuando todo estaba listo para el certamen de amor a María Inmaculada, Señora de sus afectos, de su vida y de su reposo, fue el traslado a Popayán. Y el Congreso se realizó con pompa inusitada en ambas partes: Bogotá y Popayán. Pero cuantos fueron testigos de los dos, dicen que superó en todo sentido el realizado en Popayán, como que el arzobispo perseguido y aureolado con corona de mártir, por la opinión, atrajo como imán gigantesco muchedumbres de peregrinos, literatos, obispos, sacerdotes y laicos de gran prestancia. Para esa oportunidad, el inmenso e incomparable poeta Guillermo Valencia, ya en las postrimerías de su vida y a instancias de Monseñor González, compuso uno de sus inmortales poemas, en honor de María Inmaculada.

Una velada en el Teatro Colón

En un acto de homenaje al Sumo Pontífice en el Teatro Colón de Bogotá, el 29 de Junio de 1.942, pronunció un Discurso el Ministro de Educación Germán Arciniegas. Como por entonces la masonería, en forma no solapada sino franca y abierta combatía fuertemente contra la Iglesia y había acabado de pasar el despojo de San Bartolomé, Colegio arrebatado a los Jesuítas, cuestión que había provocado tremendas polémicas en la prensa, especialmente en la orientada por el partido conservador; como los debates sobre ese asunto habían sido candentes en el Senado y en la Cámara; como se denigraba duramente por el libe-

ralismo, en toda forma, privada y pública, por lo que la prensa liberal consideraba intromisión en política del Arzobispo Coadjutor de Bogotá, que el día anterior se había despedido, trasladado a Popayán, el Dr. Arciniegas fue interrumpido muchas veces. Las interrupciones que conturbaron profundamente al Ministro fueron para vivir y aclamar a Monseñor González Arbeláez, al Papa, a la Iglesia Católica y se oyeron muchos "abajos" a la masonería "disfrazada", al "robo de San Bartolomé" etc. Las razones que alegó la prensa conservadora, para justificar lo que se consideró como "expresiones de repugnante descortesía e incultura, de atrevida inconformidad con las decisiones de la Santa Sede y de gravísima e injuriosa falta de respeto a la persona del Soberano Pontífice", fueron éstas: las actuaciones de Germán Arciniegas, muy públicas y notorias, lo presentan como insincero para hacer un elogio de la vida espiritual del cristianismo, porque un ministro del régimen autor de la labor nefanda de corrupción de la juventud, no debió pronunciar un discurso abstracto y renaniano, mientras lo concreto es la corrupción de la juventud". El grito de abajo el robo de San Bartolomé es consecuencia de la protesta del catolicismo, porque, según consta en un "Acta Secreta", ese despojo tuvo entre otros motivos, lograr la Reforma del Concordato. Y los vivas a Monseñor González son efecto natural de la tristeza del pueblo sencillo, por su renuncia al Arzobispado de Bogotá y su traslado a Popayán".

El Acto del Teatro Colón de Bogotá fue poco antes de la partida de Monseñor González hacia Popayán.



Varios testigos afirman que hubo un contraste que seguramente perjudicó al Sr. González: a la entrada del Nuncio Apostólico, se pusieron de pies, en silencio. Cuando entró Mons. González; hubo aplausos atronadores y vivas incensantes a él.

CARTA DE MONSEÑOR GONZALEZ

Con ese motivo, Monseñor González le escribió al Excmo. Sr. Nuncio la siguiente carta.

Bogotá, julio 5 de 1.942.

Excmo. Sr. Nuncio Apostólico:

Acabo de leer la nota de desagravio a la Santa Sede que me envió el Excmo. Sr. Arzobispo Primado y que será publicada mañana. Quiero cumplir yo también y de la manera más explícita esa reparación y protesta y hacerla extensiva no sólo a los gritos del Colón, que se referían a mí, al mismo Sr. Arzobispo, a "San Bartolomé", a los Padres Jesuitas, etc., sino a cuantas manifestaciones públicas o privadas, habladas o escritas a mí o a otras personas, que por algún aspecto —aun sin intención de quien las emita—, puedan tener directa o indirectamente el más lejano reproche, crítica o irrespeto a la Santa Sede o a la persona de V. E. que la representa.

Aprovecho esta ocasión para decir a su E. R. que por lo que se refiere al suscrito y al reciente nombramiento para la ilustre Sede de Popayán, lo he recibido con veneración y acatamiento y con íntimo agrado de mi alma partiré hoy mismo a tomar unos días de retiro espiritual, para pedir al

Señor, gracias, beneficios, bendiciones de todo género, para los nuevos hijos que el cielo me señala y enseguida tomaré posesión del alto cargo.

Me despido de su E. R. con la mayor devoción en Jesucristo y María.

Juan Manuel, Arzobispo electo de Popayán.

Al Excmo. Sr. Carlos Serena,
Nuncio Apostólico. E. S. C.

Laureano Gómez, en "El Siglo", escribió: "sentimos repugnancia instintiva, invencible, contra la hipocresía como sistema, como táctica política, como norma de conducta privada o pública. Esa hipocresía, repugnante y nefanda, quiere convertirse últimamente en una característica del estado colombiano. Un ministro de estado pronunciando el discurso inicial en un acto de homenaje al Santo Padre, debe sugerir la existencia de un gobierno católico y un régimen de amplias y perfectas garantías para el sentimiento religioso del pueblo. A primera vista no puede creerse que las palabras del funcionario digan una cosa enteramente contraria a los persistentes propósitos del régimen a que pertenece. Pero el gobierno actual no es católico sino masónico.

"El robo de San Bartolomé no se hizo simplemente por la codicia del edificio, ni siquiera por enemistad o aversión contra los padres Jesuitas. Por fin se conoció el "Acta Secreta", según la cual aquel atropello debía votarse, según la consigna del ministro de educación de entonces, Castro Martínez, "como un acto político y no como una determinación administrativa".

Despedida de Bogotá

Fueron muy naturales, dijeron todos los colombianos que no tenían animadversión al Sr. González, los vivas dados en la noche del 29 de junio de 1.942 en el Teatro Colón, pues estaba para ausentarse de Bogotá, donde se le idolatraba por el pueblo todo. En uno de los periódicos de entonces, se dijo de él, en un editorial famoso, lo siguiente: "No sabemos por qué hálito su voz apostólica logra producir espontáneamente en las greyes cristianas una emoción espiritual que fertiliza la conciencia, una especie de temblor místico como el que conmueve a la rama cuando presente el advenimiento de los pétalos. De esta suerte sabe adoctrinar deleitando y dirigir las almas, maravillándolas primero, a semejanza de aquel Padre de la Iglesia, cuyo nombre se nos escapa, que dialogaba siempre con sus discípulos meciendo en la mano una rosa o un sencillo gajo de roble, para que la sensación de la belleza fuese el mensajero de la sabiduría"...

El 28 de junio de 1.942, una semana antes de partir hacia Popayán, se le hizo en Bogotá una manifestación multitudinaria a Monseñor González, de gratitud y de pesar. En gran mayoría eran obreros, ferroviarios, tranviarios, loteros, etc. que vivaron por las calles todas al "Prelado de la Virgen", "el mejor regalo de Dios para Colombia", «El Arzobispo de la A. C.».

Tras el recorrido, entre vítores y palmas, la manifestación llegó frente a su casa. En una tribuna improvisada en mitad de la calle, Justiniano Espinosa, habló en nombre de los obreros para manifestar la angustia de su partida "que vino a

cubrir de luto y desolación a todos y cada uno de los corazones bogotanos que han vivido, sufrido y luchado a su lado”...

Palabras con que se despidió de Bogotá Mons. González

En el preciso momento en que Monseñor González iba a contestar, con su cruz pectoral reluciente sobre el pecho, el solideo rojo sobre su cabeza y un ramillete de rosas encarnadas que acababa de recibir de los obreros, la corriente eléctrica que servía los micrófonos de la “Voz de Colombia” fue suspendida y reanudada solamente cuando terminó su fervorosa despedida de Bogotá.

Tomando pie de ese hecho, comenzó:

“No se puede usar el micrófono porque cortaron la corriente de fluido eléctrico; pero la corriente de los corazones, la que va del Prelado a los pobres, a los obreros, a los trabajadores, a los que hacen Patria con sus manos santificadas por el trabajo, sus frentes bañadas por el sudor y surcadas por el sufrimiento, se aumenta momento por momento y no puede ni podrá ser cortada por nadie, sino por Dios”.

“Emocionado profundamente recibo este homenaje, estupendo en su espontaneidad, poderoso en el número de personas que lo constituyen, nobilísimo por la manera ordenada, consciente y entusiasta al par que sublime, por el ideal religioso que en él se preconiza”.

“Venis movidos únicamente por un espíritu de fe acendrado y con prescindencia de todo móvil político, a saludar a un prelado que trabajó

ocho años en medio de vosotros y que mil veces ha sentido encadenada su alma por el más elevado afecto para con vosotros, al veros en las iglesias, apretujados, escuchando, mejor diría, bebiéndoos a sorbos la doctrina que caía de mis labios; que ha tenido la dicha de entregaros la carne llameante de Cristo en la Hostia y que os ha visto postrados filialmente cabe el tibio manto de María”.

“Me presentáis un saludo afectuoso en nombre de la nobilísima y amada Bogotá. Lo agradezco en las íntimas telas de mi alma y lo guardaré como aromado perfume en el nartésio de mi corazón; porque Bogotá es el cerebro y corazón de Colombia, la cátedra de su cultura, la fragua de sus mejores valores, la fuerza de su patriotismo, la muralla invicta de sus tradiciones, el cofre sagrado de sus puros ideales”...

“Jamás podré olvidar delicadezas invaluables como ésta, que he recibido de Bogotá, porque testimonian que ella es en punto a fidelidad doctrinal, la “SANTA FE” de pasados siglos, que si habla con el saber de una puridad clásica y si gallardea con nobles arrestos de caballeros, es asimismo la ciudad que nunca ha apostatado de Jesucristo, la ciudad del Señor de los Milagros, de la Dulce Virgen de la Peña, y de nuestra tierna Madre del Campito”.

“Todo esto me dice que más honda que la huella férrea de los corceles hispanos que pisaron fieramente nuestras breñas, hay una impronta gloriosa en las almas, la marca de Cristo por medio de Beltrán, Claver y de las Casas, que destelló cielo, luz y gracia en todas las comarcas de la república”.

“Particularmente grato es para mi este homenaje en que vienen los pobres y sencillos, sin artificios y melindres a saludarme. Me ufana representar a un Rey pobre pero Señor del Cielo; de conocer, vivir y amar y servir a los pobres, porque ellos tienen la nobleza de la virtud, el sacrificio del trabajo, la cruz inapreciable del deber”.

“Y si en esa cruz hay grietas a veces tremendamente duras; en su peso que casi se hace en momentos aplastante, y en sus esquinas aceras hay urgencia de sacrificio para abrazarla, en su medula hay grumos dulcísimos de miel divina, porque el corazón de esa cruz es Jesucristo”.

“No habré de separarme de vosotros, porque las almas son vencedoras del espacio y del tiempo; somos uno en Jesús. Apenas cambiaré de surco, pero la semilla es la misma. Serviré con vosotros al mismo Señor, porque Dios no muere, Dios no cambia, Dios no abdica”.

“Me pedís una bendición; os doy mil, que desciendan como lluvia en vosotros y vuestros hogares, como oro de consolación, como rocío de santidad, como maná de virtudes y tomaré cada día vuestras almas en un haz, las colocaré en la herida del costado de Jesús y con El en su Hostia de víctima y en su cáliz de Redentor, os ofreceré al Padre como adoración y alabanza de sus excelsos atributos y como súplica de bienaventuranza”.

Esta admirable improvisación oratoria de Monseñor González Arbeláez, pronunciada con elocuencia vibrante por la emoción de la despedida de la ciudad de sus grandezas y donde irradió en forma extraordinaria su manera genial de avisorar el porvenir, con la iniciativa de los grandes;

no la pudo oír sino un grupo reducido, porque “le cortaron el flúido eléctrico” y ni los micrófonos funcionaron ni la “Voz de Colombia” pudo transmitir a toda la ciudad la voz del Pastor, que precisamente se estaba despidiendo, como era el anhelo de los de arriba. Por la lectura del texto, nos daremos cuenta de cómo obran los santos y los grandes y cómo los pequeños.

La misma interrupción del flúido eléctrico se operó en el Salón de la Asamblea de Cundinamarca, cuando en la sesión en que se discutía una moción de despedida y de nombramiento de comisión que lo acompañara en su viaje a Popayán, hablaron varios Diputados en elogio a su virtud. No fue escuchada por el pueblo. La energía se restableció, poco después al terminar la discusión.

“Espiga”, periodiquito popular para repartir en grandes cantidades en todas partes, fundado por Monseñor González, con la finalidad de llevar en abundancia el pan de la doctrina a las clases populares y sencillas en las misas de los domingos escribió cuando se retiró de Bogotá: “Las lágrimas de los católicos cundinamarqueses han corrido y correrán abundantes en lo futuro no con la corriente arrasadora que marchita los campos sino la lluvia matutina que fertiliza. Os alejáis Sr. González; pero en medio de nosotros quedan perennes vuestro noble ejemplo, vuestras inmensas virtudes y la estela luminosa de vuestra vida de sacrificio”.

Los homenajes de despedida

Varios días duró el desfile constante de bogotanos de todas las categorías sociales, que

iban personalmente a despedirse de Monseñor, a la calle 12, lugar de su residencia. La prensa publicó constantemente mociones de duelo y despedida, de toda suerte de entidades políticas, diplomáticas, cívicas, sociales y religiosas. Después de una Misa que celebró ante una compacta muchedumbre de bogotanos, pocos días antes de abandonar la capital, y ante las directivas de la Acción Católica Nacional, habló bellamente y en similitud elocuente hizo el elogio más cálido del silencio místico de Cristo en la Eucaristía y el sagra-rio, desde donde vela y ruega por todos, para compararlo con el silencio humano que debía presidir en muchas cosas la obra de la A. C.

Un pergamino de elogios a su apostolado, firmado por numerosos Párrocos de la Arquidiócesis de Bogotá le fue entregado y en él se hacía alusión a "su labor, que señaló con su diestra pontifical, los fulgores de su anillo y el resplandor de su cruz pectoral, los mejores caminos en todos los pueblos, todos los caminos y todas las veredas del departamento extenso de Cundinamarca".

Arzobispo de la Acción Católica Colombiana fue aclamado oficialmente por sus directivas, doliéndose ellas de que su ausencia fuera en los momentos en que obras gigantescas por él fundadas, estuvieran dando los primeros pasos.

Forero Navas, Jefe del Secretariado de la Acción Social Colombiana, en público homenaje reconoció y exaltó la labor del Arzobispo Coadju-tor de Bogotá, porque "en largas y penosas peregrinaciones a todo lo ancho y largo de la república, supo llevar la palabra ardiente y eficaz para preparar un futuro más digno y más cristiano para los obreros y trabajadores, con la fundación de

centenares de sindicatos y la propagación sistemática de las doctrinas sociales de la Iglesia"...

Los universitarios católicos de Bogotá, le hicieron un homenaje público en el Colegio La Salle, con representación numerosa de todas las facultades de las Universidades, en el cual hablaron, Alberto Cardona J. y Francisco Ruiz J. Y en la misma noche del homenaje de despedida de los Universitarios, los miembros de la colonia caucana residente en Bogotá, acudieron a su residencia, le obsequiaron una bellísima gema que perteneció al Arzobispo Manuel José Mosquera. Junto con el obsequio le entregaron un pergamino firmado por todos y redactado por el gran literato Rafael Maya. He aquí algunos apartes de ese documento:

"Excmo. Sr.:

Los suscritos miembros de la Arquidiócesis de Popayán, residentes en Bogotá, os ofrecemos como prenda de veneración filial y de adhesión sin reservas a vuestra sagrada persona, la gema pastoral que perteneció al Arzobispo Manuel José Mosquera, de inolvidable memoria.

"La Providencia nos ha deparado esa preciosa joya que pasará a vuestras manos como símbolo de las numerosas afinidades que existen entre aquel Pastor ilustre y V. E. R. La misma prestancia personal, el mismo celo apostólico, idéntico espíritu de sacrificio, igual austeridad de vida y de estudio, además de la elocuente palabra y de la abundancia de doctrina. Nadie mejor indicado que V. E. R. para recoger la gloriosa tradición de aquel a quien los colombianos veneramos como a santo, como a sabio y como a mártir.

“El traslado de V. E. R. a la sede que fue cuna de Monseñor Mosquera es de notoria importancia, porque desde la blasonada ciudad que ha sido siempre una de las fortalezas del espíritu nacional, y que desde ahora y gracias a vuestra presencia en ella, va a convertirse en centro indiscutible de la actividad religiosa del país, podrá V. E. dejar oír su voz de Pastor y de Padre, ilustrada en las más puras fuentes de la tradición católica, exornada con todos los primores de las letras humanas y siempre autorizada y siempre libre, como que no consulta más que la felicidad de las almas y la mayor gloria de la Iglesia de Cristo”.

Elogio de Guillermo Valencia

En el famoso semanario de Popayán, “Claridad”, vehículo de comunicación con la patria colombiana, empleado por el inmenso poeta en sus últimos años, publicó él, el siguiente elogio cuando la designación de Mons. González, para Arzobispo de esa arquidiócesis:

“El Excmo. doctor Juan Manuel González Arbeláez no ha menester de nuestros pobres elogios. El brilla con luz propia e irradia como un faro desde la altura donde lo situó la Providencia. Su dinamismo constructivo, se esforzará por sacarnos del marasmo en que estamos a causa de vicisitudes sin cuento. Su palabra docta, persuasiva e inspirada en la caridad, reanimará el prestigio de la doctrina revelada. Su fervor por la acción católica vigorizará entre nosotros ese naciente organismo que tanto mal combate y tanto bien procura. Recobrará el culto externo su pasado esplendor y no será olvidado el cánón de la estética

en nuestros templos, tan urgidos de conservación y retoque. La sociedad entera va a sentir que a la par de un rector apostólico, tiene un amigo sin par que se dolerá de sus pesares y la ayudará con el consejo noble, afectuoso y oportuno. Afortunadamente no está solo y existe para secundarlo un cuerpo de operarios magníficos frente al cuidado de la viña. Un clero docto y virtuoso en que descuellan no pocas personalidades ilustres, espera la voz de mando y el impulso primero para continuar con más apoyo la obra que emprendieron por propia iniciativa y con muy parco estímulo.

Por lo demás, el eminente Pastor dará al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, sin mendigar las sonrisas de aquél, ni poner sordina, por cobardía o por cálculo al fuero de la Iglesia”...

Elogio de Rafael Azula Barrera

Con motivo de su traslado a Popayán Rafael Azula Barrera, publicó un extenso artículo sobre Mons. González en el suplemento literario de “El Siglo” de Bogotá, del cual tomo los siguientes apartes:

“Si fuera posible una comparación profana, yo diría que el Arzobispo González Arbeláez ha encontrado en Popayán la isla de Elba de su apostolado. No se quiere significar con ésto que se halle en el ocaso de su carrera, en vísperas de días dramáticos que encuadraron el final del gran curso. Tampoco se pretende subestimar la majestad histórica del ambiente, uno de los escenarios predilectos de la inteligencia en América. Lo que se busca expresar es que una actividad tan cauda-

losa como la suya se encuentre, por fuerza de los hechos, limitada en su alcance a un sector del país, después de hallarse habituada a dominar toda la escena. Hay algo de águila encadenada, de caudillo en destierro en este caso extraordinario de un hombre de acción trasladado al mundo eclesiástico.

“No es, empero el Arzobispo González Arbeláez un caudillo en el sentido demagógico del vocablo. Si lo despojáramos de su traje talar para imaginárnoslo, por un momento, a la cabeza de las montoneras políticas seguramente equivocáramos su sitio. Más exacto sería contemplarlo dirigiendo la actividad del pueblo desde un alto puesto de comando, en la sombra. Pero, aun así, su destino no tendría toda la trascendencia que su talento exige. El secreto de su éxito reside en que ha sabido ubicarse espiritualmente. Allí, en lo religioso, está todo él, en la medida exacta de su ambición, con toda la energía de su alma”.

“Una semana de pasión la aristocracia de la inteligencia bogotana se aglomeraba con curiosidad ateniense en las naves de la iglesia mayor a escuchar la palabra del prelado. Quienes no hallaron sitio oían en los receptores de la radio en los hogares o en la vía pública. Como en los buenos tiempos de Cortés Lee y Carrasquilla, la oratoria religiosa volvió a cobrar alientos. La voz del Arzobispo González era suave, melodiosa, susurrante. Dentro de un estilo limpio, de formas claras y asequibles discurría la enseñanza evangélica, en apretadas síntesis doctrinales con soplos de modernidad que daban al discurso un temple nuevo y armonioso, grato al oído. Cuando el sermón terminaba, sólo la solemnidad del ambiente impedía

el estallido de los aplausos. La fama de Mons. González trascendió, desde entonces, a todo el país”.

“Más tarde se produjo la reforma constitucional de 1.936. El Congreso homogéneamente liberal, realizando la frase gráfica de José Mar, rompió no una sino varias vértebras del estatuto político de Caro. Era la justificación ideológica del ascenso del liberalismo al poder, después de varias decenas de años. Cuando se debatía la cuestión religiosa los prelados de todo el país suscribieron un sensacional documento en el cual declaraban que la enmienda significaba un reto a la conciencia religiosa del pueblo. Durante la apoteosis magna del Congreso Eucarístico de Medellín, Monseñor González Arbeláez pronunció uno de los más vibrantes discursos de Colombia contra la obra reformista del régimen. El catolicismo lo aclamó con delirio como su jefe indiscutible. Y el gobierno, herido en sus carnes, reclamó a Roma”.

“El sonado incidente sirvió para descubrir uno de los aspectos más interesantes en la personalidad del prelado: su apostura de combatiente, su resolución en la lucha. Mientras severos eclesiásticos abandonando el gesto inquisitorial de otras épocas, retrocedían alarmados en busca de la línea de menor resistencia, el arzobispo González Arbeláez, gritaba el “vuelvan caras” desafiando las iras del poder y comprometiendo el éxito de su carrera de una manera impresionante. Estoy seguro de que para él esa actitud era, en aquel instante la cita con el deber que se limitaba a cumplir sencillamente con sonrisa cristiana. Ha vivido tan penetrado de su fe que, en su caso, la idea marcha siempre adelante sin que le preocupe

la suerte de su propia persona. La verdadera un-
ción mística con que practica su ministerio, así lo
demuestra. En los días más azarosos de su lucha
con el régimen lo sorprendían las primeras horas
del alba consagrado a organizar febrilmente la
"Acción Católica", que ha sido la pasión de su vi-
da. Recorría poblaciones, exponía la doctrina de
la iglesia realizando una intensa propaganda en
todo el país con resultados sorprendentes. Era
una hirviente actividad religiosa desbordada so-
bre la patria".

"En Popayán acaba de agonizar Guillermo
Valencia ante el asombro de la nación entera. To-
do el ambiente es de una majestad melancólica.
Las gentes hablan en voz baja como temerosas de
turbar, todavía, el vasto silencio producido por la
desaparición del poeta. El tráfico urbano no logra
quitarle a la ciudad el ambiente místico que la
impregna. España se asoma en cada sitio. "El
tiempo mismo, como dice Rafael Maya conserva
allí su virtud de encaje plegado. Se contemplan
los viejos muros donde en "la espada de un gue-
rrero cuelgan los hábitos de un santo"... En este
ambiente, ajeno al tumulto, vive ahora Monseñor
González Arbeláez. He ido a visitarlo. Me recibe
en la sala de su palacio, discretamente amoblada
con sillas de cuero repujado a la usanza española.
En el centro hay una hermosa talla en madera,
obra de un artista quiteño. Representa un Cristo
yacente. La cabellera es una llama viva. La con-
templo extasiado. El arzobispo sonrío bondadosa-
mente: "es la herencia del Maestro Valencia", me
dice. "El ordenó que a su muerte me la entrega-
ran. Guillermo León ha venido a cumplir su en-
cargó".

“Cuando me despedí de él en Popayán quedó de pies, sonriente y complacido entre el destello de las púrpuras. Es una especie de gran corso, sin nostalgias imperiales, enamorado de la pequeña isla de Elba, perdida en el océano de la historia de América que embravece sus costas”...

El mismo Azula Barrera, en visita que hizo en Popayán, a Monseñor González y en medio de la conversación, comentaron de varios temas. Entré ellos, se expresó así sobre el Maestro Valencia quien hacía pocos meses había muerto: “no se ha escrito todavía la página sobre él. Se ha elogiado al poeta, al orador, al estadista, pero no se ha analizado lo que valía en él por encima de todo: el hombre. Tuve la fortuna de conocerlo de cerca. Casi todos los días salíamos para hacer largos paseos por la ciudad y solía deleitarme con su conversación exquisita. Lo asistí, después, en su enfermedad y estuve cerca de su lecho, a la hora de la muerte. Era un auténtico caballero cristiano. En Popayán le servía de cicerone a todos los visitantes, por humildes que fueran. Alguna vez me dijo que él no era un poeta vocacional sino ocasional. Yo le rebatí ese concepto porque indiscutiblemente, Valencia ha sido la gran voz poética de la raza. Dejó en sus versos emoción y belleza, enriqueciendo nuestra cultura, sustancialmente”.

Luego al contestarme una pregunta que le hice sobre un renacimiento espiritualista después de la guerra europea me contestó: “El hondo desengaño que padecen los pueblos, de los sistemas políticos y sociales en que fundaron sus esperanzas de prosperidad; la quiebra manifies-

ta de doctrinas filosóficas, el extravío de rutas que se creyeron científicas, van dando la razón a la iglesia. Su filosofía perenne se impone y la corriente limpia y serena de su enseñanza será la única capaz de retratar el cielo y fecundar la tierra, mañana como ayer”.

Luego agregó: “hay mucho bueno todavía. Sin creerle al filósofo que dijo **“nous vivons dans le meilleur des mondes”**”, tampoco estamos a vueltas de perecer. Vea usted una muestra: hablando con un grupo de universitarios, dijo alguno a propósito de Nito, político, prosador elegante y poeta fecundo y que sobresalió como **gonfaloniere** de la incredulidad y la blasfemia en Colombia: Yo he leído sus escritos, me aprendí sus versos, estudié las fuentes de su incredulidad y me convencí que no estudió ningún dogma católico; no discutió una sola tesis de religión o filosofía; no pasó de Voltaire y Renán, ni siquiera leyó a su maestro Strauss. Yo sí los he estudiado, discutido, rebatido y despreciado. Nito ya no me descreta. Un poco truculento, pero honrado, e inteligente, venido desde la más lejana ribera comunista. Como ese caso, conozco muchos”.

Por la época de Monseñor González, la masonería, no era lo que se asevera ha llegado a ser hoy en día: “una institución pintoresca que hace reuniones raras” y más bien sociales; no. Era una secta que tenía entre sus miembros figuras de importancia del partido liberal y que se había propuesto dos Reformas urgentes: la de la Constitución de 1.886 y la del Concordato con la Santa Sede”. Eso no era una aseveración imprudente, sino una orden, una actividad sin sosiego y los

grandes jefes, escritores y oradores del partido liberal, lo decían a todas horas y en todos los tonos.

Monseñor González en la ocasión más grande que haya tenido un prelado colombiano hasta hoy de obrar con energía y rápidamente desde su altísima posición y en el momento preciso de la guerra intelectual religiosa a que había lanzado el partido triunfante al catolicismo colombiano, en el Congreso Eucarístico de Medellín, lanzó el "vuelvan caras", como dijo Azula Barrera desafiando las iras del poder y comprometiendo el éxito de su carrera, de manera impresionante. En esa ocasión, recuerdo que dijo Monseñor González: "Oigan los señores de la secta verde: estamos los católicos colombianos dispuestos a la lucha, a derramar la sangre y a dar la vida. Pero oíganlo bien: a vencer"...

Por eso se explican los vivas y aclamaciones que se escuchaban en las grandes manifestaciones católicas del país, como la del Teatro Colón de Bogotá, la de adhesión y simpatía de Manizales, días antes de trasladarse a Popayán como Arzobispo, y las que dieron en Ibagué, con motivo de la coronación solemne de la Virgen del Carmen de Apicalá, por el mismo Monseñor González.

El "abajo la masonería disfrazada" y "viva el Arzobispo González Arbeláez", eran frecuentes en toda reunión religiosa por esos días.

He oído a muchos que Ibagué no ha vuelto a ver una manifestación tan inmensa como la del día de la Coronación. Como fue gigantesca también y nunca vista, la de Cali, cuando Monseñor González Arbeláez coronó a la Virgen de los Remedios.

En esas tres ciudades: Ibagué, Cali y Manizales, pronunció los últimos discursos de elocuencia avasallante, pues año y medio después fue su ausencia definitiva de Colombia.

De paso para Popayán, el Arzobispo González recibió homenajes multitudinarios nunca presenciados, en todas las ciudades por donde atravesó rumbo a su última Sede. Manizales, Buga, Palmira, etc., lo recibieron con palmas de triunfo.

El Sr. Arzobispo Primado, Mons. Ismael Perdomo y el Capítulo Metropolitano de Bogotá, despidieron al Sr. González, así:

Junio 23 de 1.942

Excelencia Reverendísima:

Motivo de pena y de profundo sentimiento ha sido para nosotros el conocimiento de vuestra próxima separación de la Arquidiócesis, en cumplimiento de la voluntad del Sumo Pontífice quien ha tenido a bien el poner bajo vuestra solicitud de Pastor una de las diócesis más importantes de la república.

Ante todo, Excelencia R. es para nosotros un deber el manifestaros nuestros sentimientos más sinceros de profundo agradecimiento por la ejemplarísima y abnegada labor que durante varios años desarrolló V. E. dejando siempre y por todas partes preciosos frutos de apostolado.

Aprovechamos esta ocasión para dar a V. E. un testimonio de nuestra admiración a vuestra persona de Prelado, dotado de eximias cualidades y virtudes, de todas las cuales, y especial-

mente de la bondad, caridad y acendrada piedad, nos dejáispreciadísimo ejemplo.

Cuantos hemos conocido vuestras labores, en el ministerio y en el gobierno de la Iglesia, conservaremos siempre el recuerdo de vuestra ejemplar vida apostólica y en nuestros corazones, un afecto perdurable y sincero.

Además, Excmo. Sr. queremos ofrecer nuestras oraciones y la expresión muy sincera de nuestros votos al cielo por la ventura personal de V. E. y por el bien de la nueva grey que el Señor os ha encomendado, destinación ésta por la cual nos complacemos en felicitaros de corazón. Ismael, Arzobispo de Bogotá. Luis Andrade Valde-rrama, Obispo Auxiliar. Emilio de Brigard, Secretario. Andrés Restrepo S., Déan del Capítulo. José Vicente Castro Silva, Eduardo León Ortiz, Luis Gómez de Brigard, Jorge Díaz V., José Manuel Díaz, Jorge Murcia Riaño, Roberto Chala, J. M. Marroquín, Jorge Angarita.

Esta nota, publicada en la prensa de ese entonces, contrasta tremendamente, con el silencio impresionante que guardó la Curia Bogotana, con motivo de la llegada del cadáver de Monseñor González al país y la falta de cortesía para con un personaje, ya muerto. "El Espectador", "El Tiempo", "El Siglo", "La República" publicaron varios artículos y dieron información sobre su enfermedad y fallecimiento junto con la inserción de retratos. En cambio, "El Catolicismo", apenas dio una tardía noticia sencilla y cortésima, "Revista Javeriana", no registró el suceso, ni tampoco muchas revistas de orientación netamente religiosa, de Bogotá.

Arzobispo de Popayán

De Bogotá, como dijo el Presidente Guillermo León Valencia en su magna sentida y elocuentísima "Oración ante su cadáver el día de sus exequias en Rionegro, "por los azares estrechos de la política sectaria e injusta, fue desplazado hacia Popayán, tratando de hacerle con eso una rebaja de su alta jerarquía eclesiástica".

Fue grande la alegría y el relamerse de los enemigos de Monseñor González, comenzando por los políticos, escritores y parlamentarios liberales, que habían hecho tanto por rebajar sus méritos, perseguirlo en sus intenciones mismas y denigrarlo, son saña perseverante, desde el momento en que tomó como Atanasio, la defensa invicta y vibrante de los derechos de la Iglesia, amenazados por leyes inicuas. También algunos eclesiásticos, especialmente de los altos puestos e influencias se frotaron las manos de alegría. Creyeron que era la catástrofe de su vida y de su obra. Yo mismo escuché, la fruición con que dos de ellos, comentaban la insignificancia de la Sede que le correspondía y comparaban en forma nada caritativa, la Sede Primada de centenares de miles de habitantes, con la de Popayán, menos de cien mil.

Entró a Popayán el 28 de julio de 1.942, entre el entusiasmo delirante de esa ciudad mil veces ilustre y fecunda, Madre alimentadora de Presidentes, sabios, próceres, poetas y santos. Fue entonces cuando Guillermo León Valencia pronunció uno de los más elocuentes discursos en esa ocasión. Decía entre otras cosas:

“Venís aquí Señor como un aerolito que cae cual diamante facetado de todas las virtudes. Venís aquí en actitud de punición porque habéis sido sancionado por vuestra lealtad irreprochable a la doctrina, por vuestra entereza para defenderla, por vuestro valor para no tolerar el error, por vuestra decisión heroica para luchar por la verdadera justicia. Pero estad seguro que al caer sobre Popayán como el aerolito, habéis iluminado en la caída el horizonte oscuro de la república”.

Fue corta, su permanencia en Popayán, pues apenas alcanzó al año y medio incompleto. Sin embargo, hizo época en tan corto tiempo. En primer lugar el Congreso Mariano, que por el imán de su personalidad, resultó más pomposo, más hermoso y mejor organizado que el Nacional de Bogotá. Fue el canto del cisne, podemos decir, de su labor mariana dentro de los límites de su patria colombiana. Alcanzó a visitar la Arquidiócesis en todos sus pueblos y ciudades, dejando en cada uno, un recuerdo que nunca se borrará. Tanto más, cuando a todo el mundo se le hizo conocida su situación de punición con ese nombramiento. Fundó el **Colegio de N. S. del Pilar**, como había fundado en Manizales el “**Colegio de Nuestra Señora**”, obras que subsisten, guardando su memoria y sus ejemplos. Su obra grande de Bogotá, quedó trunca, porque circunstancias especiales y decisivas, impidieron la continuación. Tales la Editorial “**Lumen Christi**”, por ejemplo, el diario católico que estaba para comenzar y muchas otras. Sin embargo, la semilla sembrada de **Apostolado Litúrgico**, de participación en la Santa Misa, con folletos, instrucciones pastorales sobre el tema, misas comunitarias, canto

popular de los asistentes y El amor a la Sagrada Biblia y los Evangelios, propagados y popularizados, la extensión del Misal Diario, como el mejor devocionario de los fieles, sí han ido creciendo y creciendo, en forma gigantesca, hasta ocupar año tras año, en las estadísticas de todas las librerías del país, como los libros de más venta. El Sr. González comenzó ese apostolado a base nacional y perdura y crece. Se adelantó al Concilio en ese particular. Como se adelantó muchos años, entre nosotros, con el apostolado social de sindicalismo cristiano y de la participación de los laicos en la Iglesia.

La caridad y el perdón

El gran poeta Guillermo Valencia dijo de él, poco después de haberlo conocido de cerca en Popayán: "muy raras veces súmanse en un rector de almas y en grado tan eminente, mayor cúmulo de prendas que concurran a formar el verdadero príncipe de la iglesia, título con frecuencia discernido y muy raras veces en justicia aplicado. Sin agravio a la verdad, sin dar palmas a la historia, se impone a nuestro espíritu en forma tranquila y natural el hecho palpable de que el Excmo Sr González es un auténtico príncipe de la iglesia católica".

Su tercera "Carta Pastoral sobre la Caridad", fue para los hijos de Popayán un sermón admirable sobre el perdón de las injurias.

Es una joya verdadera y una respuesta de santo a tantas injurias, conjeturas y suspicacias que entonces se lanzaban contra él. Al leerla, se da uno cuenta de que para perdonar así, para ol-

vidar así, para callar así ante tanta infamia, se necesita tener alma de santo, Leamos algunos apartes: "Este amor a los enemigos se entiende en el sentido de hacerles el bien más allá de lo estrictamente obligatorio. Esto es el heroísmo cristiano; es lo que lleva a tantas almas santas a rogar especialmente, a ofrecer sacrificios, trabajos, dineros, por los que les persiguen y calumnian. Tan abnegados eran los grandes Doctores de la Iglesia, S. Francisco de Sales y S. Alfonso Ligorio en este capítulo, que las gentes decían que para ser preferido y singularmente amado por ellos, bastaba con ofenderlos. Qué incomparable ejemplo el del Maestro en Getsemani, al recibir el ósculo tembloroso de la traición. Amigo, dice a Judas, a qué has venido? y pocas horas después, colgado ante la muchedumbre infernada que le maldice: Padre perdónales porque no saben lo que hacen".

"Dios es caridad, es amor infinito, en su naturaleza y en sus operaciones. Ese amor se derrama en el portento magnífico de la creación; en el milagro de la Redención y en la efusión llameante con que el divino Espíritu santifica el mundo. "Dios se ama con soberana caridad, en su gloria; pero nos pide amor para El, mientras vamos peregrinando por el mundo; ese es su mandamiento. Quiere investirnos con el oro de su caridad; hácernos sus semejantes y amigos y familiares por ese fuego luminiscente de su amor. Es el sello de sus hijos. Es la caridad quien nos da los tesoros de su santidad y las joyas de sus dones. Es la planta que brota en la tierra pero que perfumará los cielos; la flor que embellecerá su trono; la corona que glorificará su grandeza y

nuestros méritos; la luz que hermoseará nuestras almas; el gozo que nos embriagará en su paraíso. La caridad nos levantará a su trono, nos hará beber en castísimos raudales su propia biendanza. Nos pondrá en el corazón de Dios y a El mismo le hará morar eternamente en el nuestro porque Dios es amor y el que permanece en el amor, está en Dios y Dios vive en él”.

“La caridad perdona las injurias, olvida las ofensas, serena odios, no escucha altanerías pro-caces. Hasta las mismas lacras repugnantes del prójimo y sus miserias, tórnanse perlas en sus manos y de sus harapos hace regios mantos de merecimientos y del pecado saca el heroísmo del perdón y las lágrimas”.

Esa Pastoral fue la respuesta elocuente, a lo santo, que Monseñor González dio a los detractores, enemigos y perseguidores. Precisamente, cuando esa carta comenzó a conocerse fuera de la Arquidiócesis de Popayán, en Bogotá, algo muy grave, supremamente grave se incubaba contra la Comunidad de las Hermanas Deificadoras, por él fundadas, cuestión en la cual hay tanto misterio oculto, que pasarán años antes de conocerse la historia íntima de aquello que provocó la ausencia definitiva del Sr. González.

Muerte del poeta Guillermo Valencia y Controversias sobre el Concordato

El año de 1.943 tuvo para Monseñor González grandes momentos y uno de ellos decisivo en su vida. Primero la muerte del inmenso, el incomparable poeta Guillermo Valencia. Se dijo,

cuando Monseñor González fue trasladado a Popayán, que esa ciudad, como urna preciosa guardaba los dos personajes colombianos de más valía en esos momentos: el poeta Guillermo Valencia y el Arzobispo Juan Manuel. En todo caso, Popayán era entonces ciudad visitada por gente de valor y el anhelo de muchos quedaba colmado con pasar un rato en la casa del gran poeta, platicando con esa cumbre de la inteligencia americana y otro rato en el Palacio Arzobispal, platicando también con Monseñor González. A Monseñor González le tocó recibir el postrimer suspiro del literato y poeta más grande que ha tenido Colombia en el último siglo y par de los mejores en toda la historia de la poesía española. Cuando murió, se dijo en España, por gentes que sabían lo que decían, que era en esos momentos el mayor poeta de habla española en el mundo.

En política, fue un año agitado y tremendo, porque el doctor Darío Echandía, cumplido su propósito durante su permanencia en Roma como Embajador del Gobierno Colombiano ante la Santa Sede, con el fin de revisar el Concordato y conseguir nuevos vínculos jurídicos con la Iglesia, había regresado a defender su obra y el anhelo inmenso del liberalismo: la Reforma Concordataria.

Los debates fueron grandes y tuvo nada menos que a Laureano Gómez como fiero opositor a que el Parlamento ratificara lo negociado por Echandía y aceptado por la Santa Sede.

Como Monseñor González había sido enemigo de esa reforma concordataria, porque la consideraba, como la mayoría del pueblo colombiana.

no, perjudicial para la Iglesia, se vio nuevamente envuelto en polémicas y dificultades.

Las controversias fueron de tal magnitud, que estuvo envuelto en ellas el Excmo Sr Nuncio Apostólico. Y algunos obispos del país que se manifestaron amigos de lo pactado. Hubo una división perjudicial y grave. Es tal vez la última vez que el Parlamento Colombiano tuvo debates de gran altura, de enorme elocuencia y de gran expectativa.

La república vivía pendiente de las noches de controversia, porque campeaba en el Parlamento, la figura del inmenso orador parlamentario Laureano Gómez, quien tomó junto con todo el partido por él representado, la oposición sistemática a lo pactado, pero que tenía que ser ratificado por el Congreso.

Yo no olvidaré una noche en que oí a Laureano Gómez increpando fieramente a Darío Echandía de hipócrita y mendaz, por su labor en Roma, mostrando por una parte adhesión y respeto a la Silla Apostólica y por otra, como masón grado elevado, comprometido a luchar contra el influjo del Papa. Hubo un momento en que Darío Echandía, tomando la palabra, gritó: Miente su Señoría. Para responder inmediatamente Laureano Gómez, vibrante la voz, por la ira y mostrando una fotocopia del Ritual Masónico y otra del Libro de la Logia a la que pertenecía Echandía. Luego leyó, en un silencio impuesto que impresionaba, el ritual del grado que poseía Echandía en el cual, para recibirlo es preciso dar puntapiés a una tiara simbólica, para demostrar el esfuerzo del que lo recibe, de luchar contra el influjo de la Silla de San Pedro en el mundo.

El Concordato

Con motivo de una carta del Dr. Alfonso Uribe Misas al Excmo. Sr. Carlos Serena, Nuncio del Papa en Colombia, en la cual expone las razones para que la reforma del Concordato no sea aceptada por el Parlamento Colombiano, el Sr. González Arbeláez le envió desde Popayán el siguiente telegrama:

Dr. Alfonso Uribe Misas.
Bogotá.

Admirable, sublime, soberbio. Bendígolo, abrázolo.

Juan Manuel, Arzobispo.

El comentarista de "El Tiempo", Calibán, en la edición N^o 11.142 de 26 de septiembre de 1942 escribió la siguiente "Danza de las Horas":

"Hasta dónde llegará la porfía de los cismáticos, clérigos y seglares? El cismático, desde los tiempos de Lutero, se hunde cada día más en la soberbia y no cede ni aun ante la pérdida segura de lo que pretende salvar. El Santo Padre ha hablado de nuevo en forma que no se presta a las interpretaciones rabulescas del doctor Uribe Misas. Monseñor González Arbeláez, que considera "admirable, sublime soberbia" la irrespetuosa —y mayor irrespeto hay en el fondo de las cosas que en la asperidad de las palabras—, carta del doctor Uribe Misas al señor Nuncio, seguirá bendiciendo a quien se empeña en contrariar los deseos que son órdenes del Vaticano, y quiere saber más que el Papa y los Car-

denales y los Obispos? Y el obispo Díaz, seguirá pidiendo que venga la persecución, y Monseñor Builes afirmando que el acto firmado en Roma trajo confusión indescriptible y causará a la religión y a la patria males irreparables, que sólo el doctor Uribe Misas podrá evitar?

“Sus excelencias reverendísimas han quedado en mala postura y, o rectifican sus conceptos cismáticos o incurren en grave falta contra la adhesión irrestricta y el respeto que deben al jefe de la Iglesia y cabeza visible de Dios (así en la tierra”.

“A base de todo este cisma no hay sino vanidad demoníaca de un jefe político que pretende sentarse en una mesa redonda con los jefes de la iglesia para dirigir los destinos de la catolicidad. Vanidad que ha encontrado entre los propios prelados quienes la sustentan y la encuentran digna de apoyo. El Señor Arzobispo Primado, que ha demostrado en esta cruel emergencia una grandeza de alma y una firmeza dignas de la mayor admiración, les ha salido al paso en forma terminante a los nuevos aliados que para su dañina empresa encontró el doctor Gómez. Refiriéndose a las declaraciones de Mons. Builes, acerca de la confusión indescriptible provocada por el concordato y sólo aclarada por la intervención de Uribe Misas, dice el Primado que la confusión la han creado los que siembran la desconfianza en el ánimo de los católicos, hacia la jerarquía eclesiástica en general y de la Santa Sede en particular, a la que han presentado como despavorida, medrosa y susceptible de halagos...”.

“Y el doctor Gómez y sus secuaces, clérigos y seculares, no son sumisos ni respetuosos. No son buenos católicos. Son, por el contrario, los peores enemigos de la Iglesia. Porque es obvio que el más sañudo fanatismo no le servirá de nada a la religión y por el contrario, le causará irreparables males, si obra sin sujeción a ninguna regla y pretende imponerse sobre los superiores y saber más que los obispos y ser más católico que el Papa”.

“Es de confiar que con la última advertencia de la Santa Sede, terminará el cisma. De lo contrario, vendrán el caos y la confusión indescriptibles que Monseñor Builes le atribuye al Concordato, pero que son obra exclusiva de los demagogos religiosos, secundados en un momento de insensatez por los mismos que están obligados a condenar tan nefanda actitud”.

“El telegrama ligero e imprudente de Mons. González Arbeláez y el entusiasmo que le causa la escandalosa misiva del doctor Uribe Misas, demuestran que había sobrada razón para alejar a este inquieto Prelado del gobierno de la Iglesia Colombiana. No hubiera quedado ella, en verdad, en buenas manos. Sucesor de varones santos, sabios y prudentes como los Arzobispos Arbeláez, Herrera Restrepo, Velasco y Perdomo el señor González Arbeláez? No. No podía ser...”.

Este artículo de Calibán provocó en toda la prensa del país una serie interminable de polémicas y diatribas contra él. En todo caso, de la lectura desprevénida se colige claramente que los ataques de la prensa contra Monseñor González, las polémicas en que se vió envuelto, y

el temor del Gobierno liberal de entonces, si contribuyeron, por lo menos en parte, a su salida de Bogotá, y de Popayán.

Basta recordar las cosas que se vieron después: ataques constantes a cuantos se opusieron a la Reforma Concordataria, cuya bandera tuvo hasta su ausencia el Sr. González y en la cual lo acompañaron, aun con más ímpetu, Mons. Miguel Angel Builes, Mons. Afanador y Cadena, Mons. Angel María Ocampo, Mons. Crisanto Luque, Mons. Luis Adriano Díaz, Mons. Gerardo Martínez, Mons. Pedro Ma. Rodríguez, Mons. Diego Ma. Gómez y otros, fuera de la mayoría del pueblo colombiano de catolicismo acendrado, que vieron claramente que debían oponerse y lograr que el Parlamento no ratificara lo convenido por conducto del Dr. Darío Echandía, "ad referendum". Las palabras "cisma", "cismáticos", "rebeldes a la Santa Sede", fueron epítetos usados hasta el cansancio exclusivamente por la gran prensa liberal de entonces.

Además, después fue el golpe de Pasto, el hallazgo de unas bombas en el órgano de la Catedral de Bogotá, que por rarezas de la suerte, no explotaron ni arrojándolas de pisos altos, ni prendiéndoles fuego; la prisión de los sacerdotes siguientes, en cárceles comunes: Pbro. Alvaro Sánchez, de Bogotá, Pbro. Daniel Jordán, Párroco de Cúcuta, Pbro. Julio Ernesto Duarte, de la Diócesis de Pamplona, Pbro. Egisto Giovannetti, Salesiano y el Hermano Gilberto Antonio de la Comunidad de los HH. Cristianos.

En esa prisión, como se comprobó, fué violado el Concordato, por cuanto fueron dete-

nidos sin aviso previo a los respectivos Ordinarios; por haberlo sido en lugares comunes de las Divisiones de Policía Nacional, sin haber convenido un trato especial con las autoridades eclesiásticas y por haber asumido la instrucción del sumario simples jueces de instrucción criminal, teniendo jurisdicción privativa para ello los jueces superiores de Distrito Judicial en primera instancia y los Tribunales en segunda.

Se vivía en una atmósfera de terror, tanto por parte del gobierno del Dr. Alfonso López, que miraba enemigos a diestra y siniestra, como por parte de los enemigos de su gobierno, que creían a pie juntillas, en una revolución roja, estilo la española. Yo trabajaba por entonces en Pto. Berrío; y, como era la única entrada a Antioquia, por tierra, constantemente llegaban sacerdotes de diferentes partes del país, religiosos y civiles, que alarmaban sin cesar, diciendo que se preparaba una semana roja; que había ya brigadas populares de choque en entrenamiento para promover algo semejante a lo del Frente Popular español; que los sacerdotes tenían ya comprado su vestido civil, listos para escapar, de incógnitos; que las religiosas se estaban dejando crecer el cabello y dormían con un vestido civil bajo la almohada, porque se avecinaba una persecución sangrienta contra la iglesia.

En manifestaciones públicas, eran constantes y frecuentes, por parte de ciertos liberales, los abajos a la religión católica y a los sacerdotes; las amenazas al clero y los términos desobedientes y maneras bruscas y muy irrespetuosas en numerosas dependencias oficiales, nacionales, departamentales y municipales. A mí no se me

olvidará la manera como fui recibido en la estación de La Sabana en Bogotá, cuando fui a conocer la capital del país, un policía, con fusil de bayoneta calada, me hizo abrir la valija y con la punta, fue lanzando a un lado y otro, delante de todo el mundo mi corto equipaje de turista asombrado, unido ésto a frases de burla manifiesta: "con qué los curitas van a tumbar al Dr. López"? "dizque están de conspiradores los curas en Colombia?" y otras por el estilo, seguidas de risotadas.

Desde cuando el Sr. González estuvo organizando en forma rápida y urgente los sindicatos católicos en todo el país, fue vigilado activa y constantemente por el gobierno, para ver en qué actividades subversivas lo sorprendía. Solamente de Antioquia, a donde vino, varias veces, más que todo a visitar a su madre anciana, hay datos de sacerdotes que lo recibieron de incógnito a altas horas de la noche, en la Casa Cural; de otras salió, a la madrugada. Por ejemplo en Sopetrán, Ciudad Bolívar y el mismo Rionegro, prácticamente estuvo preso, dentro de los límites respectivos, por orden gubernamental, con directivas claras de no permitirle ausentarse, sino dentro de determinado número de días, o hasta nueva orden.

A todas esas animadversiones que le tenían, el Sr. González respondía con lo que él entendía el cumplimiento entero de su deber, sin temer desafiar las iras del poder.

El 29 de septiembre de 1942, día de San Miguel Arcángel, dio el famoso Decreto de prohibición de "El Tiempo" que a la letra dice:

NOS. JUAN MANUEL GONZALEZ ARBELAEZ

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Popayán,

Considerando: - - - -

1º — Que nuestro deber pastoral nos prescribe velar por la pureza de la fe y las costumbres, en el territorio a Nós confiado (C. 334, 336, etc.); pues lo que nos hace alcanzar la victoria sobre el mundo es nuestra fe (I. Joa., V. 4), ya que cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia u orgullo de la vida, lo cual no nace del Padre (I. Joa., 11, 16).

2º — Que la lectura de la prensa periodística, no católica, es extremadamente perniciosa:

a) Porque en ella se dosifica mañosamente el error, para infiltrarlo con más eficacia;

b) Porque suele traerlo encubierto y mezclado con mil incidencias relativas a la vida social, política, científica, artística, etc., del momento actual, lo que dificulta o imposibilita la crítica saludable a los lectores ligeros, ignorantes o desprevenidos;

c) Porque con ella se abre amplia brecha en la confianza del público, que la convierte por ligereza y ceguedad, de instrumento puramente informativo, en cátedra doctrinal, por la fácil abdicación que suelen hacer las multitudes de su criterio personal y severo, y

d) Porque de todo ello se derivan gravísimos males para la fe y costumbres de los pueblos, quienes van desatendiendo poco a poco pe-

ro de manera eficaz, la enseñanza de la Iglesia, falsean y debilitan su propio criterio o norma de pensar y obrar como católicos, y van adquiriendo una mentalidad mundana, paganizante y de matices definitivamente opuestos al Evangelio; y considerando finalmente,

3º — Que en el diario “El Tiempo”, editado en la ciudad de Bogotá, con profusa circulación entre nosotros, se realizan las referidas características, con grave daño de las almas, por cuanto tal periódico en frecuentes publicaciones, hace mofa y escarnio de algunos misterios de la fe católica; irrespeta los libros santos y personajes sagrados; ataca y vilipendia la moral de la Iglesia, calumnia a la sagrada Jerarquía; ridiculiza la piedad, defiende la masonería, y viene causando con ello incalculables males acaso más que ningún otro órgano de publicidad a través de treinta años en nuestra república, lo declaramos incurso en la prohibición que de tales periódicos hace la Iglesia en el Derecho Canónico (C. 1384 número 2, y 1399 números 2, 3, 6, 8 y 9).

Es prohibido, en consecuencia, a los fieles del territorio de nuestra jurisdicción (1398) leer, retener, vender o favorecer de cualquier manera el nombrado periódico.

Deben recordar los fieles, y a ellos los exhortamos en el Señor, la estrecha cuenta que han de dar ante el Tribunal de Dios, aquellos que son causa de la pérdida de sus hermanos, porque torturan o falsean la verdad de su fe, porque corrompen sus costumbres, porque se mofan hoy del Juez que mañana los ha de sentenciar.

Dado y firmado por Nós, en Popayán, el día 29 de septiembre de 1942, Fiesta del Arcángel San Miguel.

‡ JUAN MANUEL,
Arzobispo de Popayán

El Dr. Eduardo Santos respondió en la siguiente forma en la edición N^o 11.147 de "El Tiempo":

"El Excmo. Sr. González Arbeláez, Arzobispo de Popayán, ha querido lanzar contra "El Tiempo", en los más vehementes y agresivos términos, una censura que no me puede dejar indiferente. El Sr. González Arbeláez ha querido extender su agresión a toda la vida de este diario y a cuanto él es y representa, y ello me obliga como ciudadano y como católico a asumir toda la responsabilidad que me corresponde

"Con toda franqueza declaro que ese decreto contra el periódico a que está vinculada mi vida es de una iniquidad y de una injusticia sin nombre. Contra él apelaré ante la Santa Sede, con toda la paciencia y con toda la tenacidad que sean necesarias. Llevaré allí las pruebas de cuán inicuo es este proceder que contra "El Tiempo" se ha adoptado y estoy seguro de obtener reparación y justicia... "Y sé que la iniquidad de que nos quiere hacer víctimas, no prosperará en sus manos. "Pero ni esa actitud, ni la de nadie, podrá alterar el rumbo que este periódico ha venido siguiendo y seguirá, porque ella no está sujeta sino a hondas e irrevocables convicciones muy superiores a los caprichos de la pasión sectaria".

Esta prohibición la hicieron también los Obispos de Pasto, Cali, Ibagué y Sta. Rosa de Osos.

Todos ellos se basaron en un folleto famoso, publicado en Bogotá que se llama "Labor impía y corruptora de "El Tiempo". Es un folleto de cerca de cien páginas, con reproducciones literales de artículos, editoriales Danzas, versos ramplones del entonces versificador Frailejón, comentarios de Luis Eduardo Nieto Caballero y numerosísimas caricaturas de Rendón, en las cuales aparecen deformaciones de estampas cristianas, del nacimiento de Jesucristo; la Oración en el Huerto, El Buen Pastor, etc., todas con personajes burlescos y constantes desprecios a los dogmas, y numerosísimos chistes, refranes, comentarios, etc, de sabor netamente volteriano y vulgar.

El amor que Mons. González tenía a Jesucristo, a la Virgen Santísima, a todo cuanto es y representa la Santa Iglesia y sus dogmas sagrados; el fervor religioso y sobrenatural de su vida, no podían en manera alguna quedar indiferentes ante los constantes irrespetos gráficos a lo más santo de la religión. Además, ese periódico publicaba constantemente caricaturas grotescas de Obispos y religiosos; artículos de fondo, en que se defendía el matrimonio civil, la escuela laica, gratuita y obligatoria, la supresión de las misiones catequizadoras de la Iglesia en Colombia, la laicización de los cementerios, el juramento de los Obispos al gobierno y todos los demás postulados que la mayoría parlamentaria sostenía con absoluta franqueza, como desiderátum inflexible del gobierno liberal de entonces.

Y el Dr. Eduardo Santos, sí pasó a los hechos, pues acusó formalmente al Excmo. Sr. González ante la Santa Sede.

Hoy, han pasado ya muchos años; pero todos sabemos cómo se fueron poniendo las cosas. El Dr. Alfonso López tuvo que renunciar antes de terminar su segundo período presidencial, que estuvo rodeado de una serie tan tremenda de desaciertos, que el país vivió abocado a la revolución y al desorden. "El Tiempo", tuvo que reconocer que realmente vilipendiaba a la jerarquía en forma inmisericorde; pero especialmente a los obispos, sacerdotes, religiosos y políticos enemigos de la reforma concordataria, que nunca pudo pasar. Y tuvo que aceptar que la manera torpe como acostumbraban algunos periodistas de base, referirse a dogmas, personajes sagrados, etc., era blasfema, porque amainó en el irrespeto a la religión de la mayoría del pueblo colombiano.

El Sr. González fue la víctima, como tiene que haber alguna, cuando de problemas mayores se trata. Pero hoy, ya muerto, y analizadas las cosas con serenidad, tenemos que aceptar que surtió efecto su labor y Dios que sabe muy bien que lo hizo abrasado en celo por la gloria de Dios, ha hecho reflexionar también a los escritores para que respeten y no se burlen ni blasfemen.

Ultimo viaje a Antioquia de Mons. González

El P. Marco Tulio Zuluaga cuenta lo siguiente: "Eran las 8 de la mañana del lunes 31 de julio de 1.943 y a la puerta de mi residencia en la Capellanía de Los Angeles llegaba Monse-

ñor González casi de incógnito a cumplir una cita que tenía concertada con el Nuncio del Santo Padre, Monseñor Carlos Serena. Habían convenido entrevistarse fuera de Bogotá para evitar complicaciones. Precisamente en aquellos días cuando aún ardían las brasas de la controversia concordataria. Me correspondió hacer el oficio de portero-vigilante-camarero para atender a los ilustres huéspedes durante las dos prolongadas conferencias que ese día tuvieron, en una atmósfera de serenidad y tranquilidad, como solo almas llenas del espíritu de Dios pueden vivir. Jamás olvidaré la escena que ví desde lejos cuando llegó el momento de la despedida. En señal de amor, veneración y fidelidad a la Santa Sede, Mons. González, postrado de hinojos, quiso besar las plantas de su representante en Colombia. Este no lo permitió. Incorporándolo, lo abrazó estrechamente. Poco antes de tomar el automóvil que le esperaba, Mons. González me dijo: "Bien Marquéntoni, tú qué me cuentas".

Qué hablaron? Nadie lo ha sabido. Pero por la escena que narra el Padre Marco Tulio Zuluaga, se colige que algo especial le fue recriminado. En todo caso, Monseñor González, no era partidario de la reforma. Y en todo caso, tampoco pasó.

De Medellín, siguió Monseñor González a Rionegro a visitar a su madre, quien se encontraba delicada de salud, casi en estado de gravedad. Fue la última visita a su tierra natal y a la Iglesia de Rionegro, donde fue bautizado, ordenado de sacerdote y donde cantó su Primera Misa de Pontifical. Horas de oración pasó ante la Reina y su Reicito, como decía amablemente al referir-

se a la secular imagen de la patrona de su pueblo. Varias veces salió a andar a caballo, recorrió por última vez varios de los caminos de aquel valle feliz y hermoso y confirmó a dos familiares suyos. En los primeros días de agosto, salió nuevamente hacia Popayán.

Suprimen la Comunidad de las Hermanas Deificadoras

De golpe en golpe de dolor pasó Monseñor González, ese año terrible para su alma, por más que todo lo ofrecía con amor al Señor, identificado con sus sufrimientos. De Antioquia, el hijo salió transido de tristeza, por dejar a su madre terrenal, Dña. Obdulia, debatiéndose prácticamente ya con la muerte, Jamás la volvería a ver en este mundo. La entrevista con el Excmo. Sr. Nuncio, seguramente no le trajo alegrías. Su comunidad, hacía meses ya había sido suprimida; había pasado una Visita Canónica y de repente el anuncio tremendo de que se extinguía por voluntad de la Sta. Sede. Monseñor Gustavo Eduardo Vivas, Párroco entonces de Silvia, cuenta lo siguiente: "Era ya el año de 1943 y me encontraba con Monseñor González de Visita Pastoral en mi parroquia. Habíamos entrado a caballo a tierra de los indígenas guabianos, en el caserío de las Delicias. Al segundo día mandamos un "indiograma" como llamaba él burlescamente al diario mensajero que nos traía desde Silvia la correspondencia. Al abrir un radiograma, su rostro se turbó, Se santiguó, después besó el crucifijo de su rosario y pasó enseguida a la capilla donde oró larga y devotamente. Al salir me pidió

los caballos, pues debía regresar a Silvia y tomar su automóvil que lo llevaría al Valle "a cumplir una orden Pontificia" Y partió sin exhalar una queja, sin hacer un comentario más, bendiciendo la voluntad de Dios. Después supe por el P. Valderrama, Párroco de Pto Tejada, quien lo acompañó desde su parroquia a Buga, centro principal de las Deificadoras fundadas por él, que al llegar al convento, apenas sí saludó a las religiosas con una bendición. Les ordenó subir a la capilla y expuesto el Santísimo se volvió a ellas y les dijo: "Por orden de la Sta Sede vuestra comunidad ha quedado suspendida desde hoy. Estais en libertad de volver a vuestras casas o de ingresar en otra comunidad. Bendigamos al Señor por esta amarga prueba. Hágase su divina voluntad. Después, llorando, besó el pavimento. "Y a una ex-Deificadora que se encontraba allá le oí decir: "yo me atreví a decirle: Monseñor: esto sí es la sierra de Isaías que parte por mitad". Y me contestó simplemente: era para pagar, hija, era para pagar". Después se fue a la Basílica, subió al camarín del Sr de los Milagros y allí estuvo varias horas en oración. Así obran sólo los santos.

Monseñor Vivas cuenta también que una ex-Deificadora a quien él había enviado a la comunidad le contó que, siendo ella secretaria del prelado, presenció cuando Monseñor González quemó todos los documentos que lo podrían defender de los ataques de sus enemigos. La monjita se oponía a tal desatino. Pero Monseñor González replicaba: "La Divina Providencia me defenderá". Al arrojar al fuego los versos que Monseñor había escrito, casi todos místicos y en desahogo al torrente contenido de sus penas, la

religiosa los sacó de entre las llamas pidiéndolos como un recuerdo.

Quiénes eran las Deificadoras

Fue una Comunidad que Monseñor fundó desde que fue Obispo. Ya antes, en Medellín, dirigía un grupo de señoritas interesadas en la perfección, pero informalmente, no eran religiosas, aun cuando llevaban vida especial de oración y penitencia. Pero en 1.934 ya fueron de fundación Diocesana con sede en Manizales, donde abrieron noviciado y después, poco a poco, en diez años de existencia se extendieron por varias ciudades. En Bogotá tenía dos casas: una en la Calle 11 que era al mismo tiempo noviciado y Casa Generalicia y contiguo un Colegio de Señoritas y otra en Usaquén, donde fundaron después el Noviciado Sta Gertudris. Otra en Tunja, con un "Amparo de Niñas" a su cuidado, otra en Villeta, otra en Pamplona y otra en Buga. Había dos clases de Religiosas: las de Coro y las "Azulitas" para el servicio. El Hábito ideado era de líneas modernas y sencillas, como actualmente se ha insistido, hasta hacer cambiar a varias Comunidades el hábito que usaron por siglos. Gran espíritu sobrenatural las distinguía, mucha vida de oración, pues desde que entraban tenían en su capilla el Ssmo. solemnemente expuesto de 7 de la mañana a 7 de la noche y todas se turnaban en visitar y orar ante el Señor, de a dos en dos y por turnos de $\frac{1}{2}$ hora. Recibían Clases de Sagrada Escritura, dadas por Monseñor Andrade Valde-rama; de Espiritualidad y Vida Sobrenatural, por el P. Solano y de Catequesis al día, por el P. Cancelado.

Causaron sorpresas y críticas, al principio, pues tenían algunas costumbres modernas como por ejemplo: manejaban carro, en sus visitas a dos, tres o más barrios e iglesias pobres, etc., de la ciudad de Bogotá; dictaban conferencias radiales por la "Voz de Colombia", sobre diversos temas de formación popular, especialmente de Catequesis, en programas, a principios de la noche, siempre de a dos o tres; acudían a Misiones rurales también en grupo, aun a varias leguas de distancia y a caballo. Ya hoy, vemos que las religiosas de numerosas comunidades manejan carro, e inclusive se movilizan en bicicleta y motocicleta, en las ciudades, sin sorpresa de nadie, porque esos vehículos son una necesidad para agilizar la obra apostólica.

Se dedicaban a labores educativas en Colegios; tenían Taller de Ornamentos, vasos sagrados, y enseres especiales para el Culto del Ssmo; apostolados sociales de diversa índole entre gentes de vida pobre y aun miserable; oraban y hacían penitencias grandes por las necesidades de la Iglesia, de la patria y por la conversión de los pecadores. A veces iban a las iglesias de los barrios pobres a solemnizar las Misas y funciones Litúrgicas, con sus cantos; otras recibían orden especial de llevar dotación de floreros, vasos sagrados, ornamentos y enseres del culto, a iglesias muy pobres, arreglando todo y dejando al Ssmo en orden y pulcritud especiales, por cuenta de la Comunidad. Esta modalidad la recibieron de Monseñor González quien, cada vez que salía a Visita Pastoral, por los pueblos de la Arquidiócesis de Bogotá, llevaba cantidades de roquetes, albas, etc. y todos los regalaba a las iglesias.

El apostolado en que más se distinguieron fue el de la Catequesis, para el cual disponían de material catequístico admirable y abundante.

Espíritu de caridad, alegría, oración y penitencia, fue el distintivo de la comunidad.

Después de un tiempo de progresos, problemas internos de gobierno, especialmente relacionados con la Superiora General y Fundadora, muy temperamental y bastante excéntrica, que infundía muy poca confianza en sus religiosas y se le temía sobremanera, provocaron la intervención del Arzobispo de Bogotá y luego por orden de la Santa Sede una Visita Canónica practicada por un Carmelita Español. El resultado fue la disolución de la Comunidad.

Fuentes fidedignas aseguran que la Santa Sede no quería suprimirla, sino únicamente reformar ciertos puntos y reemplazar a la Superiora General. Cuando le ofrecieron el cargo a las 3 ó 4 Deificadoras de mayor importancia, no quisieron aceptar. Por eso, al no encontrar cabeza, la disolvieron.

Fue un golpe tremendo para Monseñor González, porque a pesar de sus enormes cualidades, de su santidad de vida, su espíritu de oración y de todas las genialidades auténticas que todos los que lo conocieron de cerca le reconocen, sin embargo, como ser humano, tenía el defecto de ser ingenuo, demasiado bueno para pensar mal de los demás y los problemas internos de la comunidad por él fundada, escaparon a su conocimiento o no les dió la importancia que después le otorgaron los encargados de juzgar y dictaminar.

Que tenían excelente espíritu y vocación las Deificadoras, se prueba hasta la saciedad, porque el 80%; a los dos años de disuelta, ya estaba en diversas comunidades y han tenido 23 años de perseverancia, , con espíritu tan perfecto que muchas de ellas son Superiores de Casas muy importantes y han desempeñado cargos de gran responsabilidad. Y las pocas que se quedaron en el mundo han dado ejemplo de vida cristiana, muy ejemplar y apostólica, pues colaboran en actividades de servicio al prójimo especialmente.

Cuando fue disuelta, hacía más de medio año que el Sr González estaba ausente de Bogotá, como Arzobispo de Popayán y a él solamente le tocó hacer cumplir la orden de la Santa Sede en el Convento de Buga, como lo relatamos ya. El sometimiento del Sr González a las decisiones superiores fue absoluto y sin titubeos.

Fue este el máximo problema de su vida y que alcanzó a lanzar más suspicacias y a poner mayores dudas en muchos, sobre méritos y grandeza del Excmo Sr González Arbeláez. De allí provienen muchas contradicciones, sobre él, cuando se le juzga por unos y por otros; por estos y por aquellos.

En todo caso, se presentó un fenómeno raro: los íntimos, los que usufructuaron por años su amistad con él se convirtieron, por arte de rapidez vertiginosa, en la hora de la gran amargura del Arzobispo González Arbeláez, en detractores, o por lo menos indiferentes a la fuerza, sorprendidos hasta el abandono de su amistad y aún en temerosos y tremebundos de su recuerdo, eludiendo en las conversaciones. cuanto tuviera relación con el pasado, su Comu-

nidad extinguida y su Fundador. Y los que admiraban a distancia; los que oían de lejos el clamor popular que lo rodeaba de elogios y exultaba con sus triunfos y se enojaba con sus perseguidores y detractores; los que ni siquiera fueron sus conocidos, lo rodearon, creyeron más en él, viendo en todo, un eco o respuesta del cielo a sus peticiones de dolor. O a lo sumo, lo atribuyeron todo a su ingenuidad. Porque en los santos, en los genios, en todo ser amasado en el barro malo de la naturaleza humana hay defectos, a veces grandes, aun cuando no deslustran, sino que explican los errores y las equivocaciones que hasta los más grandes sabios tuvieron. Muchos de los que lo conocieron íntimamente me han declarado que era ingenuo y crédulo, que le costaba gran dificultad admitir maldad, equivocación o mala intención y proclividad en los demás. Esto explica sus posibles equivocaciones. Ya sabemos que el fogoso, siendo santo, sigue siendo fogoso; el nervioso, nervioso, el retraído, retraído etc.

A la hora de la gran verdad; a la hora de las dudas, a la hora en que cayó desde la altura hasta el ostracismo, los creyentes se volvieron incrédulos y los incrédulos, muchos de los incrédulos creyentes. Porque a muchos de estos últimos les oí reflexionar así: Un fingimiento, una actitud forzada, se revela y finalmente la persona que la asume, se cansa y falla. Pero un hombre como Monseñor González que fue heroico en su silencio, que jamás en 22 años habló de sus cosas ni sus asuntos para defenderse o explicar o tratar de aminorar cuanto en su contra se decía; un hombre que permanecía horas y horas, noches

y noches ante el sagrario, y esto hasta la muerte; un hombre de tan gran penitencia, que lo fue hasta la muerte, tiene que ser santo. Fingir una vida entera es imposible. Y guardar un silencio de esa clase, no es capaz de hacerlo sino un santo.

Se ausenta definitivamente de Colombia

Monseñor González se ausentó definitivamente de Colombia a fines de 1.943, cuando todavía Europa ardía en las llamas de la más colosal guerra hasta el presente.

El P. Fabio Restrepo dice que pocos meses antes estuvo en Antioquia por última vez, visitó su tierra natal y prácticamente se despidió de su madre y familia, hasta el cielo. Una noche de esas dice, encontrándome como de costumbre en La Candelaria dedicado a mi apostolado del confesionario, llegó Monseñor en busca del P. Germán Montoya. Luego, al pasar por enfrente del Señor Caído, imagen milagrosa muy venerada frente a la cual había un gran número de fieles en oración, me dijo: arrodillémonos Fabiolo para no defraudar la fe del pueblo; y en voz alta rezó con todos un Credo y unas oraciones en honor de la Pasión del Señor.

El 29 de diciembre de 1.943 salió de Popayán hacia Roma, vía Quito Buenos Aires, y resolvió decir la última Misa en suelo colombiano, al pie de la Milagrosa imagen de N. S. de las Lajas. Mons. Castro Becerra, Obispo de Palmira, entonces sacerdote, lo acompañó en una etapa del viaje. Llegaron los dos ya de noche a la Casa Curial del Santuario y después de una corta refacción, Monseñor González pidió le abrieran la Basílica.

Allá fue a orar con Monseñor Castro, pero éste abrumado por el frío y la tardanza se retiró y lo dejó orando. Subió sobre el altar por detrás y se colocó en forma de quedar tocando con su cabeza la milagrosa imagen. Esa fue la última noche en su patria: toda en oración al pie del Ssmo y de la Imagen de María.

Poco después de su ausencia fue reemplazado en el arzobispado de Popayán. Esa noticia causó una sorpresa indecible y tremenda en todo el país y provocó una serie de comentarios tan contradictorios sobre su personalidad, que todavía me siento perplejo, abrumado ante las contradicciones aterradoras sobre él y me pasmo ante la versatilidad del corazón humano. Por qué? Porque los que lo exaltaban hasta la más encumbrada altura de santidad y lo tenían por paradigma de toda perfección y virtud, siendo sus íntimos. llegando en veces a perjudicarlo, porque le copaban a veces mucho tiempo indispensable para sus labores de gobierno y los que anduvieron en pos de él y durante diez años se hicieron lenguas sobre su actividad y celo y fueron panegiristas de su grandeza y santidad, súbitamente, al ausentarse, en buena parte desataron sus lenguas con tanta saña y tan poca caridad que ya no vieron en él sino casi un leproso espiritual pues varios de ellos llegaron a esquivar con energía rara, su memoria, su nombre y todo su pasado en Colombia. Otros guardaron un silencio impresionante al compararlo con las aduaciones y respetos profundos anteriores.

A mí no se me olvida la terrible y pavorosa consideración que me hice, cuando uno de ellos, a quien yo había oído hablar maravillas estupen-

das y únicas sobre Monseñor González; que lo seguía con esa exclusividad férvida de los que persiguen a su modo con la amistad, ya ausente de Colombia. se desató en mi presencia con apreciaciones tales que prácticamente lo calificó de loco.

En todo caso, hoy como entonces, sigo creyendo que es imposible fingir una vida entera y nada menos que con cosas tan difíciles como son el don de la oración por horas enteras, noches enteras y aun días enteros, que lo acompañó hasta la muerte. Penitencias rudas, desde los 22 años hasta el umbral de los 73, edad en que murió. Silencio absoluto, insobornable y total hasta la muerte, sobre todo lo anterior. Expresiones benevolentes, delicadas y aun atenciones y exquisitices, con algunos que lo abandonaron y destruyeron con su lengua, cuando la suerte los tuvo en su presencia. Pérdida total de todo lo humano, aun de su fama, sin quejas, sin amarguras, siempre con la sonrisa del que está inundado en dicha interior. Porque a cuantos lo trataron en Europa, les sorprendió esa tónica de euforia, alegría, cortesía sin estudios que fue siempre su distintivo, por el don de gentes que poseyó en grado superlativo durante toda su existencia.

A un sacerdote de Popayán, después Vicario General le oyó decir lo siguiente el P. Manuel Gómez Párroco de Pto Berrío con quien yo trabajaba recién ordenado en ese año de 1.943: "Cuando en un viaje que hice a Bogotá a fines del año de la ausencia de Mons. González, me di cuenta de la montaña de acusaciones que había contra él, le dije: Vaya a Bogotá por Dios Excelencia que S. S. no se imagina lo que hay

contra usted. Ud. es muy bueno pero demasiado ingenuo. Y Monseñor me contestó: No seas vaca hijo mio. Yo iré directamente a Roma y allá hablaré”.

En Roma firmó la renuncia al Arzobispado de Popayán y fue nombrado Arzobispo Titular de Oxirinco. Con éste cargo murió.

Veintidós años ausente de la Patria

“A su llegada a Europa, le tocó sufrir las terribles peripecias de la guerra mundial, cuando el mundo entero gimió ante la colosal conflagración. Sufrió una dolorosa enfermedad y estuvo hospitalizado en Saint Jacks”, Hospital donde prestaba servicios una Hermana de la Presentación Colombiana quien cuenta la siguiente anécdota: “era ejemplar en la oración pues pasaba horas y horas ante el sagrario. Como le viera una vez unos zapatos raídos y destrozados me pareció conveniente regalarle unos, pues el dinero llegaba a sus manos y de éstas a las de los pobres: no tenía con que comprarlos. Con una alegría grande se los regalé. Unos pocos días los usó. Y una mañana, al oírle la Santa Misa le ví nuevamente los zapatos viejos y rotos y entonces le hice el reclamo. Me contestó: Hija, se los regalé a un pobre chofer que me prestó un servicio. A él le queda imposible conseguirlos en esta época de tanta escasez y penuria de la guerra. Y yo estoy contento así. “Durante su permanencia en Europa vivió en Roma, Lourdes y Madrid entregado a la oración, el confesionario, predicación de Ejercicios en diversos idiomas, la penitencia, la administración de los sacramentos de la confirmación y el Orden

Sagrado. Por muchos años viajaba constantemente a Lourdes, donde pasaba noches enteras en oración ante la Virgen del Milagro, cuando se lo permitía su labor de predicador de Ejercicios a toda suerte de personas. Ya en los últimos años se radicó definitivamente en Madrid, en el Convento de los Padres Agustinos de la Calle Columela. Allí, en la Capilla, en la Rectoría o en la sala atendía penitentes y consolaba tristes, daba consejos y auxiliaba pobres, a manos rotas. Esto, porque tantos y tan enormes amigos, admiradores, entusiastas por él y siempre agobiados por su ausencia y su frustración le enviaban de vez en cuando sus regalos en dinero. Muchos aprovechados abusaron de él, en numerosas ocasiones, como ocurre siempre con todo el que es generoso en regalar, tras una petición o un cuento bien fabricado. En esos 22 años vivió la Iglesia y el episcopado pobre, sencillo, sin actitudes principescas, que ha pedido el Concilio Vaticano. Son numerosos los testimonios de estudiantes universitarios pobres o varados que recibieron de él ayuda generosa, consejo oportuno y orientación en su vida en Europa.

Cuando el año Santo de 1950, hizo con un grupo de colombianos, que llegaba casi al centenar, una peregrinación a Tierra Santa, dicen algunos que estuvieron con él, que fue un verdadero regalo espiritual, verlo y oírlo a través de todos esos días. En todas partes aplicaba el Evangelio.

Al llegar, agregó otro de ellos, dijo: "Hijos: hemos llegado a la tierra santificada por las huellas de N. S." Se arrodilló y besó el suelo. Todos recuerdan las Estaciones que hicieron por las

calles de Jerusalén, con él, las consideraciones, acompañadas de lágrimas en cada una y el canto de todos los colombianos, con la melodía tan conocida del Maestro Vidal. Recuerdan especialmente el sermón u Hora Santa que les predicó en la Basílica de la Agonía y los comentarios tan estupendos que hizo al llegar a Emaus, precisamente a las cinco de la tarde.

Con alguna frecuencia y en ocasiones especiales, ese gesto de arrodillarse y besar la tierra lo acostumbró Monseñor. El P. Rodrigo López cuenta que cuando visitó como Obispo de Manizales al P. Daniel López santo y anciano Párroco de S. Diego, un pueblito perdido entre montañas, al verlo llegar a pie, a saludarlo. Monseñor, sabedor de sus virtudes, se arrodilló y dijo: "a un santo se le saluda de rodillas".

El P. Carlos E. Mesa C. M. F. sacerdote antioqueño que residió largos años en Europa, especialmente en Madrid resume así la vida de Monseñor en esa ciudad: "Desde que llegó a Europa Monseñor González fue el grande ausente y su vida la más dolorosa de las frustraciones; desde entonces empezó para él el silencio, mantenido hasta el horroismo; la soledad, amarga y el ministerio sacerdotal vivido con entera humilde y generosa dedicación. Durante veinte años me fue dado observarlo a menudo muy de cerca y a ratos en la intimidad. Muy raras veces casi nunca me habló de sus cargos, realizaciones, proyectos y tareas episcopales.. Ni una sola vez de la ocasión o los motivos de sus renunciaciones y su ausencia. Urgido, en alguna ocasión por indiscretas y urgentes preguntas se limitó a ruborizarse y responder con la recitación de unos versos de Racine, en

francés en elogio del silencio, acentuando con énfasis: le silence!, le silence!!. Uno comprendía que había para él temas intocables y hay que respetar las intimidades y expiación de los grandes.

"Jamás sépase bien, jamás un solo vocablo indignado o despectivo contra los hombres que desde la trinchera opuesta pudieron herirlo o atajarle los pasos. Hay más: presencié en Madrid en varias ocasiones el encuentro de Monseñor con antiguos adversarios que lo habían atacado rudamente en la prensa o el parlamento. De parte de Monseñor hubo el ademán hidalgo, la sonrisa amplia y la conversación amena salpicada de gracejos. Por gran señor y por cristiano dispuso de una enorme capacidad de olvido para las flaquezas del prójimo.

Con Dario Echandía se entrevistó en Madrid y alcanzó a retratarse con él. Después "El Tiempo" de Bogotá publicó esa fotografía con ésta leyenda: "Entrevista en Madrid"... Y al Dr Zulaica, casado con una familiar de Monseñor, le oí contar que una vez en Madrid al hablar de Dario Echandía le comentó: "él tiene un gran sentido de la amistad, a pesar de que yo en Bogotá públicamente dije de él que era mendaz".

Con el Dr Gabriel Turbay, también se entrevistó varias veces, después de su fracaso político de 1.946.

Su espíritu de penitencia y oración

Desde su juventud, fue hombre de oración y de penitencias corporales rudas y tremendas en veces. No hay quien lo haya conocido de cerca en Medellín, Rionegro. Manizales, Bogotá, Popa-

yán, Madrid, Lourdes, Roma, que no pueda ser testigo mayor de toda excepción en este particular. Y fueron dones que tuvo hasta la muerte. Pues cuando ya no pudo azotar su cuerpo, como fue costumbre suya durante 50 años por lo menos, Dios permitió que como última enfermedad tuviera el llamado vulgarmente "cáncer en los huesos", que causa horribles dolores. De la que fue tal vez su última carta escrita a un gran amigo de Colombia, son éstos apartes: "hijo: no me culpes de mal educado; pero no soy capaz de escribir, porque siento a veces unos dolores tan atroces que pierdo el sentido".

Muchos, después de su gran humillación, no antes, criticaron el hecho de que no ocultaba ese espíritu de penitencia. Pero era tan natural en él y tan constante, que lo miraba como decir: hice visita al Ssmo. Prueba de ello es que en pláticas a sacerdotes, y en consejos particulares aconsejaba horas de cilicio y disciplinas, como expiación por pecados propios, añadiendo inclusive que esas penitencias no hacían daño, como si lo causan comer, fumar en exceso etc. El P. Cervelló, Claretiano catalán que lo acompañó varias veces como Predicador en Visitas Pastorales por las Parroquias de la Arquidiócesis de Bogotá, declara que él personalmente lo oyó azotarse, a la madrugada por largo rato. A veces lo hacía delante del Ssmo. hasta sacarse sangre, como lo atestiguan varios seminaristas, hoy sacerdotes, cuando era Rector y también lo atestiguan sacerdotes de las tres ciudades donde ejerció diez años su Ministerio Episcopal en Colombia. Rareza? Orzullo? No. Simplemente que la atmósfera penitencial de su vida, era esa y nada de raro veía en

que lo supieran. Y si fue rareza, todos los santos las tuvieron y bien grandes, porque la gracia y la virtud no cambian la naturaleza temperamental de cada cual. El raro, al santificarse, sigue raro; el retraído retraído y el fogoso, fogoso.

En cuanto a su don de oración, también los testigos oculares mayores de toda excepción son incontables y desde su época de joven de 22 años, Prefecto General del Seminario de Medellín. Y la costumbre de pasar 4, cinco y siete horas inmóvil y de rodillas ante el Sagrario, fue hasta su muerte.

Monseñor Baltazar Álvarez que lo conoció y fue su amigo dice en su "Oración Fúnebre", lo siguiente: "difícilmente podrá encontrarse otra persona que hubiera destinado igual cantidad de tiempo al ejercicio de la oración. A este respecto son muchas las anécdotas que se refieren del insigne prelado. Encontrándose alojado en una Casa Religiosa de Roma, una noche penetraron los ladrones a la capilla. Los asaltantes pensaron que a esa hora sería imposible que alguien pudiera sorprenderlos. Cual sería la sorpresa que se llevaron cuando observaron que al pie del sagrario estaba un Prelado en oración. Este, era Monseñor González. Es precisamente a Monseñor González a quien se refiere el Padre Martín Descalzo en sus célebres crónicas sobre el Concilio Vaticano Segundo, cuando habla de un Prelado Colombiano que en los días del Concilio pasaba largas horas ante Jesús Sacramentado. A nosotros mismos nos consta que la mayor parte de las veces en que fuimos a buscarlo en su residencia de Roma, con frecuencia se nos respondía que se encontraba en la capilla".

Precisamente, una de las razones que exponían, como motivo para no considerarlo muy apto para el Gobierno de la Arquidiócesis Primada era esa: es difícil conseguirlo en veces, porque le gasta demasiado tiempo a la oración y a la mística y no es el hombre para los pormenores de una administración complicada a veces con nimiedades, pero necesarias.

Su pobreza y desprendimiento

En Medellín, durante 8 años, la portería del Seminario era sitio preferido de los pobres, porque jamás al entrar, los dejaba sin limosna. Fuera de esto, personalmente, al enterarse de necesidades en sus visitas a pobres o en confesiones y servicios que prestaba siempre en vacaciones de Rector a diversas parroquias, regalaba algo extraordinario, para el hambre y la desnudez o falta de abrigo en los hogares. De Obispo, impuso como costumbre a las Hermanas Deificadoras, fabricar roquetes, albas, ornamentos y comprar y mantener depósito de candelabros, Cristos, cálices, copones, lienzos de altar, frontales etc, para regalarlos a las Iglesias y capillas pobres. Vivía al día y daba y daba cuanto llegaba a sus manos. No se preocupaba por el mañana, Aludía, constantemente, cuando se le recriminaba por algunos ese modo de ser tan manirroto, con el famoso pasaje del Evangelio: mirad como las avecillas no siembran ni recogen en graneros y vuestro Padre Celestial las alimenta”.

Y el P. Carlos E. Mesa afirma: “los recuerdo se me agolpan, pero imposible callar su caridad de manirroto incorregible. Fue mucho el di.

nero que por vías de donativos llegó hasta sus manos; pero todo se le escurría enseguida hacia los bolsillos de los pobres o de los estudiantes colombianos que iban a llorarle sus penurias en el recibidor de su Convento de la calle Columela. Supo varias veces que lo engañaron; pero luego no sabía negarse. Gracias a él no pocos jóvenes colombianos lograron coronar su carrera universitaria y otros volver decorosamente a su patria. El por su parte vivía en pobreza, de modo que en muchas ocasiones hube de pagarle el viaje en taxis o en los populares tranvías madrileños.

**Nunca quiso volver ni siquiera de paseo.
Su amor a Colombia.**

Nunca quiso regresar a Colombia ni siquiera de paseo, aun cuando por datos que dan muchos que dicen haberlo abordado en éste punto, tuvo sus vacilaciones y esperanzas de hacerlo.

A este respecto cito nuevamente al P. Carlos E. Mesa, quien lo conoció muy íntimamente en Europa: "Para Monseñor, Colombia era una bella y TRANQUILA obsesión. Pero cuando se le hablaba de Rionegro o de su Virgen del Rosario, entonces los ojos le brillaban o se le empañaban de lágrimas. En varias ocasiones, desde su ciudad natal y de Medellín se le ofreció traerlo con viajes pagados a visitar o a predicar y dejarse ver. Uno sabe que entonces toda el alma se le encrespaba de añoranzas. Pero él entendió que no debía volver a su patria vivo. Y declinaba el ofrecimiento.... A que voy a Colombia? A trabajar por las almas? Pues también en España trabajo. Con esta diferencia: aquí en paz y solo

cosechando bienes. En Colombia, después de todo, todo lo mío: mis palabras, mis silencios, sufrirían interpretaciones y tergiversaciones. El no olvidó lo que en una de sus audiencias le dijo Pio XII... No es posible por ahora que regreses a Colombia. Allá unos te encumbran hasta las estrellas y otros te hunden hasta los abismos. Sólo serías signo de contradicción. Pero que te conste que yo nunca dudé de la inmaculada fe del pueblo colombiano. Aludía Pio XII a la nefanda palabra "cisma" que algunos insidiosos pronunciaron en los días del debate concordatario".

A algunos de los Misioneros que vinieron en 1961 a la Gran Misión les oí que cuando se despidieron de él en Madrid rumbo a Medellín les dijo con su frecuente humorismo y exageración: "no dejen de visitar a Rionegro, la capital del mundo y dénde saludes de mi parte a la Reina y su Reicito", aludiendo a la Patrona.

Seguía paso a paso todo cuanto tenía que ver con Colombia, a través de la prensa y una abundante correspondencia que mantuvo con amigos, de Medellín, Popayán, Manizales, Bogotá y Rionegro.

Todos recordamos, cómo por la época en que Colombia tuvo grandes problemas él envió desde Fátima adonde fue en peregrinación mariana, una Virgen Peregrina que recorrió el país entero y provocó verdaderas apoteosis de fervor mariano, como no se ha vuelto a ver. Inclusive, en una Carta con la cual le envió a Monseñor Wiedemann esa imagen para que recorriera todos los ámbitos de la patria le hacía ver que era costumbre colocarle unas palomitas en la peana, como símbolo de paz. Y ya recordarán los lecto-

res cuántos se convirtieron por ese simpático y estupendo rasgo de rareza, si no se le quiere llamar milagro, de las palomitas que no se apartaban de las andas de la "Virgen de Fátima" Peregrina enviada desde España por Monseñor González. Recuerdo muy bien el extraordinario gentío que colmó la Plaza de Bolívar de Bogotá y sus calles aledañas, la tarde en que llegó allá en apoteosis de fervor y de amor a María. Aquí cabe recordar lo que Monseñor le dijo al P. Rodrigo López una vez que éste le insistía para que volviera a Colombia siquiera como turista: No es necesario hijo: la Virgen me dijo: "Yo iré por ti a Colombia".

Su amor a María

Sobre este punto, basta con remitir al lector a la lectura de la Selección de Poesías de Monseñor que acompaña éste opúsculo y de su "Acto de Amor a María". No hay carta por él escrita; y en 22 años escribió tal vez miles a diversos amigos, en que no hable exquisiteces, hermosuras sobre la celestial Señora. Era tema que lo emocionaba hasta las lágrimas, durante toda su vida, hasta la muerte. No hay quien lo haya conocido, que no se haga lenguas al enunciar este punto trascendental de su vida. Amor de corazón y de inteligencia, porque el seguía con avidez los más hondos problemas actuales de la Mariología. Entre las grandes sorpresas de su paupérrimo legado, dice el P. Mesa, hay un tomo de poesías cinceladas en España: las más bellas serán las que glorifican a su Señora la Virgen María. El R. Rodrigo López, de la Arquidiócesis de Manizales, quien viajó a Europa cuando supo la seria

enfermedad de Monseñor González y organizó todo hasta lograr que el Sr. Presidente de Colombia ordenara que por cuenta del estado colombiano, su cadáver viniera a esperar en su suelo nativo, la resurrección de la carne, dice que dejó también un "Tratado de Mariología", extenso. Todos esperamos la hora de poderlo conocer y leer. Cómo será, cuando quienes conocieron su trabajo presentado a la Santa Sede sobre el Dogma de la Asunción, quedaron admirados de su belleza y perfección.

Con leer los apuntes y datos de su vida, por todas partes aparece como rasgo característico suyo el amor a María.

Las actuaciones suyas para con Colombia, fueron precisamente Marianas y con miras a mantener siempre viva la llama del amor hacia ella: Envío de la Virgen Peregrina de Fátima o Virgen de las Palomas que conmovió la república entera, como creo tal vez no se volverá a contemplar. Envío a Manizales de una Dolorosa; composición de la preciosa Novena con gozos y todo, a la Patrona de Rionegro; composición de la novena a la Patrona de Belén ambas con motivo de la coronación canónica; envío de dos preciosos mantos para la Patrona de Rionegro obra de arte y preciosísimo, admiración de todos, uno de los cuales llegó pocos meses antes de su muerte; como también el de su Pectoral de amatistas.

Para que las religiosas rezaran, cada 3 días al comenzar el trabajo de bordar el manto precioso, compuso esta oración:

El último Manto para María.

“Dulcísima Madre Inmaculada de Arma: haz que este manto que para ti estoy bordando, tenga sólo hilo de amor y oro encendido de generosidad. Que las puntadas, sean besos; que la tela argentada, sea pureza de cielo; que mi trabajo sea unión transformante en ti y que todo sea una llama ardiente, abrasadora, incandescente de amor a ti y en ti a tu Jesús adorabile. Amén”.

La familiar que viajó expresamente a España y allá permaneció casi un año, con el exclusivo fin de que junto con las Madres Adoradoras de Granada, bordara ese manto, refiere lo siguiente: “Cuando ya teníamos la tela preciosa de color azul celeste, para comenzar la obra, Monseñor González la observó y dijo: “Yo veo a Nuestra Señora de blanco; por lo tanto su manto debe ser de ese color”. Mucho anduvieron por Madrid buscando la tela preciosa que se necesitaba y no la encontraban, hasta que en un almacén, al preguntar, contestaron: tenemos únicamente un poquito de tela hecha a mano y de hilo de plata. Midieron y... ni un centímetro más de lo que necesitaban”.

En agosto de 1965, con motivo del envío del Manto precioso y vestidos blancos para la “Virgen de mis amores”, como llamaba a la patrona de Rionegro, compuso esta otra oración:

Madre Ssma. de Arma:

Este pequeño obsequio de un manto para tus hombros de Reina, va bordado por el oro del afecto y cosido por seda de ternura filial.

No es digno de elevarse hasta tu trono de Emperatriz de los cielos y la tierra, de celebrar con ángeles y santos tu grandeza sin par, tu inmaculadez ilibada, tu señorío de Reina y la ternura oceánica que se alberga en tu corazón de Madre de Dios y Madre de la Iglesia, Madre singularmente de la Diócesis de Sonsón y Patrona de Rionegro. Va simplemente como con brazos de niño para, en nombre de tus hijos, rogarte que ampires nuestra pequeñez. Se acerca con humildad de pobre, para que tu largueza nos enriquezca de amor a Dios; llega con callada intimidad de alma enamorada, para decirte que nos sentimos felices de besar tu sandalia augusta, de obedecer los preceptos de tu Hijo, nuestro rey, de servir a la "Esclava del Señor", Mediadora de todas las gracias, Tesorera de sus perdones, Espejo de santidad, Lumbre de belleza, Particionera de sus dolores, Heredera de su iglesia, Cielo de sus deleites, Trono de su Majestad, Joya de su creación, Hermosura de su Faz, y Cielo de sus glorias.

Viene para ampararse bajo el dosel de tus bondades y a rogarte que cuando cielo y tierra se cuarteen, y el mundo se consuma y el postrer momento del planeta nos exprima, como en el lagar o nos muele como trigo de sacrificio, nos encuentre fieles a la fe de nuestro bautismo, comulgando con el cuerpo y la sangre del Señor, bendiciendo el seno virginal que nos dio el regalo infinito de Jesús y celebrando la gloria inefable del Padre, que corona a la que es su predilecta Hija; de Jesús que honra indeciblemente a su Madre bendita y al Espíritu Santo que la exalta más allá del espacio en la misteriosa

y abismal grandeza de su eternidad de gloria, a Ti, su tabernáculo Santo, Arca de sus armonías, cifra de sus bellezas, María Inmaculada, nuestra madre bendita y nuestra reina augusta y soberana.

Quisiera, en vez del oro, la plata y sederías del manto, una urdimbre de corazones llameantes, de almas enfebrecidas en amor a Ti y que ellas estuvieran cabe tus plantas, cantando tu grandeza divina, besando tu hermosura estática y celebrando con gloria que desborda los cielos, que supera la creación entera; que es la flor más fragante y pura que enguirnalda la omnipotencia del Padre, que perfuma el Sacrificio de Jesús en el calvario y el Altar que engalana la fulgencia arrobadora del Espíritu Santo.

Oh María: te amamos y te prometemos eterna gratitud.

El regalo postrero de Monseñor González llegó a Colombia el 14 de septiembre de 1965 y se le colocó a la Patrona de Rionegro el 17 de octubre. Poco después se supo de su gravedad definitiva. Para su familia, envió también una cinta magnetofónica, en la que él, con su voz ya un poco cascada, recita la oración anterior y el poema a Rionegro titulado: "Mi Valle y mi María".

El P. Carlos Mesa C. M. F. cuenta: cuando vine a Colombia a preparar todo lo concerniente a la introducción de la Causa de Beatificación de la Madre Laura de Santa Catalina, visité a Rionegro e inmediatamente le escribí a Mons. a Madrid. En la carta, entre muchas cosas le decía: "Monseñor: visité y admiré su Vir-

gencita de Rionegro"... El Sr. González recibió mi carta y en forma inmediata, según reza la que me contestó bastante enojado, me regañó por mi frase. No es virgencita, ni nada de eso. Virgencita? Es la Emperatriz del universo, el Espejo de la Santidad de Dios, el Trono de la Majestad divina. Y me ensartó en la carta una letanía de hermosas alabanzas a María.

Para la Estatua de la Virgen del Pilar, en la Parroquia del mismo nombre en Medellín, también envió un bello manto, que le pidió su Párroco, al Sr. González. Cuando lo fue a enviar, quiso Monseñor, que durante unos minutos adornara la milagrosa estatua del Pilar de Zaragoza. Viajó expresamente con ese fin a esa ciudad y al hablar con los guardianes del santuario internacional, le manifestaron que no había turno, porque toda esa semana estaba ya encargada para otras personas interesadas en lo mismo. Insistió en forma muy rogada Monseñor para que leyera, en el libro de compromisos, a quién correspondía el siguiente día, con el fin de ver si él personalmente hablaba con quien fuera para que le cediera el turno, por tratarse de un peregrino. El guardián accedió y con sorpresa muy marcada contestó al leer: Manto para un Colombiano: pues no sé quién ha puesto aquí ésto; no es letra mía, pero hágase como está escrito.

Tuvo el Sr. González el privilegio de coronar, personalmente, cuando fue Arzobispo en Colombia, las siguientes estatuas, en apoteosis mariana, que se recuerda todavía en las respectivas ciudades: Virgen del Carmen de Apicalá, en Ibagué y Virgen de los Remedios en Cali.

Contribuyó con esfuerzos personales y papeleos urgentes e indispensables, para lograr la coronación Pontificia de las imágenes de N. S. La Inmaculada de Arma de Rionegro y la Virgen de Belén, en la parroquia del mismo nombre en Medellín y N. S. de Chiquinquirá de La Estrella (A.). Para las dos primeras compuso novena y versos. La más bella de todas, la más teológica y sentida, la de la Virgen Patrona de Rionegro.

Cuentan algunos que estuvieron presentes en la coronación pública de N. S. de los Remedios de Cali, en el Congreso Mariano Misional de 1942, que Monseñor Carlos Serena, Nuncio de S. S. encargado de coronarla, bregó y bregó con esa corona; sudó y le cambió de posiciones una y otra vez y finalmente no tuvo más remedio que decirle a Monseñor González, allí presente, que lo hiciera él.

Para la coronación de la imagen de N. S. de Chiquinquirá de La Estrella, envió el siguiente bellísimo escrito:

Oh Reina y Madre Nuestra del Rosario de Chiquinquirá! aquí nos tenéis postrados ante la majestad de tu grandeza y la dulzura de tu amor! Hemos fundido una Corona para que te dignes ennoblecirla en tus sienes de Reina y embellecerla al contacto de tu frente de Madre. El oro que lleva esa Corona han sido pedazos de vida, arrancados a la mina del alma y batidos en el cuenco del pecho de tu pueblo, por la veneración y el afecto, la devoción y la ternura que siente por Ti.

En unión de los Angeles del cielo y de los Santos, ciudadanos de la gloria, venimos a ofrendarte esta

modesta joya, que no es rica sino por el triple símbolo con que está consagrada: **La fe en tus misterios inefables; El amor a la Madre de Dios y Madre Nuestra y Nuestra súplica ante la Reina y Mediane-
ra para con el Señor y Dueño de todas las misericor-
dias y las gracias.**

Esta Corona te dice, María, que nosotros creemos y confesamos firmemente, que un día, el más feliz de todos los siglos, el Verbo de Dios, vistió la nieve de tu carne inmaculada, en el aula santa de tu seno, y entró en su creación el Increado, por el pórtico de alabastro de Virginitad intemerada.

Desde ese instante; Jesús, tu Hijo y Nuestro Dios, te otorga pródigamente el trono de todas las grandezas y el cetro de todos los privilegios, porque nada escapa a quien puede llamar con entera verdad a Dios; Hijo de sus entrañas, habiéndole tocado en la intimidad de su ser infinito.

Esta es, Señora, tu verdadera Corona, otorgada por la Caridad del Padre Celestial, hecho de un mar de luz divina, que es su Verbo, y tejida por el hilo de amor, del Espíritu Santo, en la azucena de tu sér purísimo, oh María!

Desde entonces te hizo su Compañera en toda la obra de la Salvación y fuiste ya Corredentora, porque nos dabas la Víctima sagrada, el Sacerdote Eterno y estabas indisolublemente unida a su Ofrenda Sacrificial, en que lavabais entrambos el alma pecadora del mundo, con su Sangre Preciosa y tus lágrimas de dolor.

Y fuiste en la misma medida, nuestra Madre Espiritual, porque alumbraste a la vida de la gracia, a todo el humano linaje, de quien Jesús era, Cabeza y jefe: He aquí a tu Madre, se nos dijo.

De esta suerte el misterio tuyo es también nues-

tro, pues lo fue para salvarnos, y el manto de grandeza que orla tus hombros, desde el blanco tul de tu Concepción Inmaculada, hasta el sol de gloria que te ciñe en tu Asunción, y tu diadema estrellada de Reina Universal, Soberana de la Creación Abogada de pecadores, Socorro de menesterosos, Auxilio de Cristianos y Medianera de todos los bienes, nos cubre bajo sus pliegues y alcanza la esplendidez de su ternura, en rocío de beneficios, a través de la Iglesia, que es tu retrato, a todos los hombres, a todos los lugares, a todos los instantes y a todas las necesidades, porque eres Arca Universal de salvación.

Todos estos títulos rubricados por la enseñanza de la Santa Iglesia, han levantado un altar de amor para ti en cada alma, y ello va igualmente simbolizado en la Diadema que está aureolando tus sienes.

Sí, Madre dulcísima, el pueblo que te aclama de hinojos, después de Jesús, por Jesús y con Jesús, te tributa el más grande y puro de sus amores. Te ama, porque Dios ha formado en ti la copia más acabada de su perfección; porque en ti labró el Corazón más santo para Madre de su Hijo; porque en ti el Espíritu Santo acumuló llamas incandescentes de caridad, para con Dios y los hombres; porque en tu alma ha constelado el cielo de todas las virtudes porque en tu sér oceánico, ondea poderosa la grandeza de su Majestad; porque se recrea en tu alma; variado jardín de dones y de gracias, y porque en tu Corazón está para los hombres el vestíbulo del cielo.

Te amamos, María, porque en ti levantó Dios el templo de adoración a su Nombre Sacrosanto; porque en él quemas el incienso de olor suave de tus súplicas y alabanzas; porque en ti hizo el azulado cristal de su pureza, la roca invencible de su poder, la flor delicada de su ternura, la armonía fascinado-

ra de sus encantos, la música inefable de sus consue-
los, la aurora de toda esperanza de salvación y por ti
vamos al día inmarcesible de la eterna luz.

Te amamos, porque del manto estrellado de tu
Maternidad, desbordan las misericordias del Señor;
en tu sonrisa está la paz, de tu mirada irradia la sa-
biduría, de tus labios fluye miel de ternura, en tu re-
gazo vive la dicha y por tu Corazón asoma el cielo.

Te amamos, porque es nuestro orgullo, nuestra
noblezza, nuestra gloria, amarte; pues en ti se conju-
gan todos los títulos imperiosos del amor: Madre de
Dios, al engendrar a Jesús, y Madre nuestra, porque
en Jesús está ya encerrada nuestra Redención, Sal-
vación y nuestra gloria. Te amamos por todos los tí-
tulos, pues nos diste a Jesús y Jesús lo es todo.

La Corona es también un haz de corazones, que
después de amar a la Madre, se acoge la Medianera
universal.

El cetro y la corona, el trono augusto y el manto
imperial, te fueron otorgados, Señora y Madre, tam-
bién para ser el instrumento de Jesús, salvando al
mundo. Se forjaron y tejieron en Nazareth y Belén.
en el Calvario y en el Cenáculo, para que presidiesen
los destinos de la Iglesia en el desfile de los siglos.
Por eso Tú vives en ella, para darle la palma de la
victoria en todos sus combates, para sostenerla en la
amargura de todas sus penas, para instruirla en la
ciencia de Dios, para alimentarla, con la Carne ado-
rable de tu Hijo, nutrirla con la leche de su gracia,
embriagarla con el vino espumoso de sus dones y co-
ronarla con guirnaldas de su gloria. Salva María a
tu Iglesia!

Tuya es también nuestra Patria, de veste lacerada
por martirios horripilantes, profanada por el trotar
del crimen en sus campos promisorios y en sus aldeas

humildes y cristianas. Unge Señora, sus heridas con el óleo de la paz, sana sus rencores con el beso de la reconciliación en Cristo, acompasa nuestra libertad impetuosa al yugo suave de su ley, a la carga ligera de sus preceptos, para no caer bajo el filo despiadado de la hoz y el aplastante peso del martillo implacable. Salva oh Madre a Colombia!

Tuyos son sus hogares, para que los mantengas trajeados por la honestidad, adornados por la modestia y la caridad cristianas, sostenidos por la columna del trabajo. Que estén en perpetuo repique de alegría los niños, en superación de generosidad, los padres y el palacio de la familia tenga el ambiente de las primeras generaciones cristianas, en que "Cristo era todo en todos".

Que nuestra Patria, conducida por tu mano bendita, bogue serenamente por la mar de la prosperidad. Que sus pueblos y ciudades marchen por los carriles del orden al progreso auténtico, que vive en las cimas del Bien Común, bajo la mirada de Dios. Que la vida pública y privada se apoye en los sillares de la ley, en el brazo del trabajo valiente, y que cada ciudadano, lleve en el pecho, cofre de valores eternos, el amor de Dios y su fe generosa.

Y Tú, Madre Divina, e inmensamente Madre, como eres, dignate bordar en las telas íntimas del alma, la Imagen sagrada de tu Jesús, con el hilo de la gracia, con las manos de tu santidad, el milagro del Espíritu, y para la alabanza de gloria al Padre de los cielos, verdad que no cambia, Luz que no se marchita y Vida que no puede fenecer... Amén.

Cuando N. S. del Rosario de Rionegro fue declarada por Decreto de Monseñor Uribe Urdaneta como Patrona de la Diócesis de Sonsón,

él luchó para que también fuera coronada por la Santa Sede. Para la fecha gloriosa de la Coronación el 8 de febrero de 1.959, compuso la famosa novena y envió el primer manto precioso, de gran valor y belleza.

A través de las cartas que por entonces envió a muchos amigos colombianos, hay una reverberación de amor a su querida Virgen de la infancia y juventud. Hasta causó tremenda sorpresa el hecho de que la autoridad superior prohibiera en estas fiestas maravillosas, mentar siquiera el nombre de Monseñor González Arbeláez. Sin embargo, otro Rionegrero ilustre en uno de los discursos allá pronunciados en esa ocasión, aludió claramente al ausente ilustre, gloria de esta ciudad cuyo nombre nos han vedado pronunciar.

El P. Juan Botero Restrepo, en la Oración Fúnebre que pronunció ante el cadáver de Monseñor en la Basílica de Medellín, dijo muy acertadamente: "En Monseñor González aparecieron conjugados en admirable armonía, el celo pastoral encendido del inolvidable Mons. Cayzedo con la excelsa distinción personal de Herrera Restrepo, con la heroica caridad de Monseñor Rojas, con la fortaleza invencible de un Riaño o un Jiménez, con el amor a la pobreza de un Mons. Perdómo con la sorprendente facilidad de expresión de un Salazar y Herrera y con la piedad delicada de un Botero González."

Su amor a España

Sobre este punto cito nuevamente al P. Juan Botero: "Hospedado con afecto por el país

ibérico en que vivió por muchos años, retornó agradecido con un culto elevado y constante por la hispanidad y por las obras e instituciones de la Madre patria. Recorrió el territorio español en todas direcciones, sembró las semillas del bien en Castilla y en Andalucía, en Galicia, en el Levante, en el vasco país y en la región insular, con la misma sinceridad de los misioneros del país. Amó entrañablemente la música, la literatura, la pintura y los inmensos valores de la gran península. Disertó sobre ellos muchas veces con una propiedad tal que hubieran prohijado muchas figuras de la intelectualidad hispana; conocía a fondo sus mejores museos artísticos y hablaba con propiedad de las pinacotecas más célebres. Era admirable oírle el elogio de la admirable recuperación o milagro español después de la civil conflagración que la dejara sumida en el más tremendo de los caos”.

Su apostolado en España.

Monseñor González, en lo religioso, estaba en la medida exacta de su ambiente. La atmósfera toda de su inteligencia, su actividad y su corazón, estaban circundados de Dios. Por eso daba a El en todo: en la mirada, en los consejos, en su porte de altar y en su sonrisa, que es la marca de los que a Dios aman. Cuantos le trataron una vez, quedaron prendados de su radiosa y espiritual figura, pues a su belleza varonil adornada con destellos de perfección espi-

ritual, unía un raro imán de atracción avasallante, que no se borraba jamás de la memoria.

Hasta la muerte lo acompañó ese imán poderoso que provocaba verdadera devoción por él. En el Convento de los Padres Agustinos de Madrid, de la calle Columela, diariamente tenía audiencias. Era como un Pontífice, pues lo buscaban, con el sólo anhelo de verlo, oírlo y hablar unas pocas palabras con él. Y después de hablar unos minutos, siempre en función de espiritualidad; de preguntar por determinadas cuestiones, de acuerdo con la calidad y número de visitantes, de diversa nacionalidad, añadía unas frases de cariño a uno por uno, seguidas de una admonición espiritual y á veces en diversos idiomas. Millares de colombianos, de los diversos sectores del país, no creían perfeccionado su viaje a España, sin lograr una audiencia con Monseñor González. Estudiantes no sólo de Colombia, sino de muchas nacionalidades de América Latina y de algunos otros países, acudían a él, seguros de encontrar ayuda.

El Seminario Teológico Salesiano de Salamanca, lo llamaba siempre para ordenaciones, cada año. Los Superiores consideraban como un beneficio de Dios, tenerlo para esa época entre ellos, con el fin de que los futuros religiosos, vieran y oyeran a un sacerdote perfecto. Allí un poco más de 300 Salesianos ordenó. He ojeado detenidamente un precioso ALBUM SACERDOTAL DE BODAS DE ORO DEL SR. GONZALEZ ARBELAEZ, obsequio que le hicieron en el citado Seminario, cuando cumplió cincuenta años de sacerdocio. Está, año tras año, exornado con el retrato, la firma autógrafa; hermo-



*Juan Manuel González Arbeláez, Arzobispo
de Oxirínco, con dos superiores de las
Hermánitas de los Pobres en Madrid*

sas poesías y dedicatorias de agradecimiento, de cada grupo de sacerdotes. Con motivo de esa fiesta sacerdotal, le regalaron, en una Velada, un caliz, un retrato del Papa y un báculo, con ésta dedicatoria: **"Para que seas Pastor entre nosotros"**.

Al principio del álbum dice:

Excmo. Sr. González:

"El Señor, a S. E., en el presente le ha privado de Catedral, de Cabildo, de Canónigos, de Seminarios, de Palacio, de Diócesis y hasta de la patria. Pero le ha concedido la porción más querida de su Cuerpo Místico: la dirección de las almas en su humilde residencia de Madrid; de la palabra divina pródiga a raudales en muchos púlpitos de España y Francia; de las emociones episcopales, al conferir tantas órdenes sagradas, extendiendo el ministerio sacerdotal a todo el mundo en las personas de los ordenados por su Excelencia Rvdma. Su Excelencia puede decir como Jesús a Pilato: Yo soy Rey; pero mi reino no es de este mundo".

Algunas dedicatorias de los grupos de ordenados, a través de muchos años, dicen: "Sacerdotio tuo, Sacerdotes Dei"; "Tus manos de Pastor son el seno que nos dió la vida sacerdotal". . .

Copié del famoso álbum, hoy en poder de una de sus familiares, los siguientes versos, que dan a entender claramente, qué era Monseñor González para las comunidades de religiosos y religiosas españoles:

Oh qué espectáculo es ver
al siervo de Dios rezando!
Es como estar contemplando
el rostro mismo de Dios.

Tú eres ansia que vives nuestro afán.
Corazón de Pastor al amor listo,
Que en rodajas de paz nos das tu pan.
Las almas de tus hijos ya te han visto,
Y a tu mente, en tropel, cantando van.

He escuchado a muchísimas personas que lo visitaron y anduvieron con él en Europa, y a otros que residieron en España y se dieron cuenta de su actividad, y todos están acordes al afirmar que la atmósfera de su vida era totalmente espiritual y de incontables éxitos para el cielo, por el número de conversiones que logró y por la manera como promovía con su predicación y sus ejemplos una vida más perfecta, en las casas religiosas.

El número de sacerdotes que ordenó en España, dado que es un país de gran cosecha de vocaciones sacerdotales y a él, lo llamaban varios Obispos a ese ministerio, pasa de varios millares. Sirvió a las Comunidades religiosas y muy especialmente a las Hermanitas de los pobres para las cuales fue como su constante protector y con celo sin igual se dedicó al cuidado de los ancianos.

De todo hacía una predicación. Hasta en la carta de mera cortesía, con que respondía a un admirador; en la dedicatoria que le ponía a un libro o una estampita que regalaba, siempre estaba el sello inconfundible del Hombre

que vive en Dios y para Dios. En la Biblia que le regaló a una señora de Medellín; escribió: "Por aquí se escucha y se ve a Dios". En la obra: "El Clamor de los Pobres", libro regalado al Dr. Jaime Uribe Echeverri puso de su puño y letra: "Para que tu los oigas y les ayudes". A una familiar, al entregarle como recuerdo la estampa de un Cristo coronado de espinas, le escribió al pie: "Señor: yo sé que me amas; pero quisiera que Tú pudieras decirme que mi amor por ti es ardiente, inflamado, desbordante, infinito; o al menos hasta los mismos linderos de lo posible y que ya toca lo imposible".

Sobre su actividad hasta 1958 en Lourdes, basta leer la siguiente carta, escrita a una familiar el 7 de noviembre de 1956.

"Antes de dejar a Lourdes, le escribo para decirle que fielmente a los pies de la madre bendita le ruego cada día vaya esculpiendo en su alma la efigie de Jesús. Esculpir no es cómodo para el mármol; es glorioso, cuando de su mole resulta un Jesús lleno de belleza y santidad. Además, María sabe inmensamente bien, cómo ha de manejar su martillo y su cincel: jamás su bondad excederá un ápice nuestra capacidad, y si quiere ir a prisa, dilatará nuestra alma, para colmarla.

"Aquí en Lourdes he terminado la octava tanda de ejercicios encerrados, de ocho días, predicados en el verano y lo que llevamos de otoño. Eso exige mucho esfuerzo, porque hay tandas de ciento; y predicar y confesar y resolver casos a tanta gente estando solo, es bien arduo. El hecho de tener que usar varias lenguas en

el púlpito y el confesonario es lo de menos. La acción del Espíritu Santo a través de la Virgen Santísima es maravillosa. Hay milagros interiores verdaderos, auténticos... María, de verdad, lleva en sus manos el poder de Dios al estrechar a Jesús como Madre.

“Estas tandas me recuerdan las de una época harto lejana en Rionegro, hacia los principios del siglo. Predicaban el P. Muñoz y el P. García; yo estaba en el Colegio del P. Martínez, y en ese mismo mes de noviembre me invitó Dn. Julio a venir al tope del P. Germancito Sanín, que acababa de ser ordenado sacerdote. Qué dulces recuerdos. Fuimos hasta la falda de Salazar y el que antes había visto con su vestido siempre negro y de civil, se me presentó ya sacerdote de Dios. Todo eso repercutía con campanadas de cielo llamándome al altar. El Padre debe estar celebrando sus “Bodas de Oro”, por eso le escribo la cartica que le acompaño en la que le digo la fidelidad de mi cariño”...

Su correspondencia epistolar fue copiosa con los amigos lejanos y con cuantos le escribían. Y todas ellas contienen siempre una espiritualidad profunda, mariana y de identificación con Jesús. Hay perfectamente con qué formar un libro extenso a base de la publicación de centenares de cartas que conservan como un tesoro, cuantos de él las recibieron. Y como su perdón fue ilimitado, les escribió, aun a algunos que lo abandonaron, lo vilipendiaron y despreciaron, y no, para recriminarlos o para defenderse de su maledicencia.

En el Concilio

Asistió a todas las sesiones del Concilio hasta la última, cuando se manifestó su terrible enfermedad. Un poco antes de la clausura, el 10 de octubre tuvo que ser llevado a la Clínica de los HH. de S. Juan de Dios de la Insula Tiberina de Roma.

Poco después de la Primera Sesión, le había escrito al P. Germán Montoya a Medellín, la siguiente carta en la que narra sus impresiones sobre el Concilio.

El Mundo, 11 de enero de 1963

Mi muy querido Germancito:

Estoy escribiendo a Pepa, mi tía, a Toño Williamson, mi primo, y como ya la familia se hace rala, —hablo de la familia del corazón y el alma, más que de sangre—, me queda aún por desearle este año de bendiciones al querido Germancito y a Fabiolo. Desde los días anteriores al Concilio debía haberle escrito, pero yo soy y seré, **ultimi possidentis, no primi** como quiere el derecho romano.

Y bien. El concilio? Fué una afirmación de la fé, la confianza, la insólita sencillez y la grandeza de alma de S. S. Juan XXIII. Con la sencillez con que lo anunció el 25 de Enero del 59, así lo empezó a preparar al otro día, lo timoneó por en medio de resistentes olas y escollos y lo llevó a la inauguración estupenda del 11 de octubre del 62. Este Papa admirable y encantador, se esconde detrás de una muralla de humildad, y le resulta

que como ésta es enorme uno tiene que decirse si tal es la nube que se necesita, **la montaña que esconde ha de ser inmensa**. Es un hombre extraordinario, no sólo por la talla de su personalidad y cualidades, sino por la manera tan sencilla de ser grande. Otros le ayudan a la grandeza por el boato, el bombo, la arrogancia: éste no; es grande sin saberlo, sin darse cuenta. El otro día me contaba el Cardenal Larraona que conversando con Juan XXIII, le dijo el Papa: Mire Ud. estos gigantes: San Pio X, Benedicto XV, Pio XII; yo no soy de esa clase, soy un humilde Pontífice, oscuro e insignificante. Ya ve qué oscuridad e insignificancia, que es hoy aclamado por millones de no católicos, y aún los comunistas de Italia están incómodos porque dicen que no saben de qué manera hacerle la fatiga a un hombre tan sencillo y bueno.

Volviendo al Concilio le diré que esas 2.550 miras eran el jardín de la fé, de la unidad de la Iglesia. El Espíritu de Dios dejaba hablar, pensar y opinar y a un momento dado se hacía sentir y era El, el dueño de todo. Las divergencias se detienen ante las puertas de la unidad, y es entonces cuando el Espíritu sopla con un movimiento secreto de céfiro blando que lleva el polen de una flor a otra como jugando con ellas y hace brotar el fruto infalible de la verdad. Había, como en el Tridentino, partidos, como en el Vaticano I. impetuosos; pero como en todos el triunfo estaba en las manos de Dios. Tengo la certidumbre de que cuando termine el Concilio, el cielo habrá escrito otra página maravillosa en la tierra. Yo he disfrutado mucho aún viendo a los hombres agitarse y moverse en el redondel de la Iglesia, en

que hubo libertad de sobra y en que los humanos llegaban a veces a creer tocar el cielo con las manos no muy enfebrecidas en el calor de la oración y del Espíritu de Cristo, sino por el entusiasmo bélico de una política, que con ser eclesial, era también política. Y quedamos emplazados para el próximo septiembre, en que la Virgen purísima desde su cuna, (8 Sept.) con una sonrisa que es más fuerte que todos los imperios, guiará la barquilla de Pedro, que lleva por dentro al mundo.

Los abrazo, Germancito y Fabiolo, y que El y Ella derramen gracias en esas almas sacerdotales. P. Juan.”

Desde el primer momento de la Gran Asamblea adquirió conciencia plena de su papel de Padre Conciliar. activo, se posesionó de su responsabilidad ante la Iglesia y comenzó a estudiar los anteproyectos con gran interés.

Era uno de los obispos del mundo más asiduo en la asistencia. Yo le oí a varios testigos oculares, que en esas largas y pesadas reuniones, Monseñor González era de los pocos obispos que aguantaban sin retirarse siquiera sus momentos a la Cafetería o Restaurante de los Obispos. Y era también de los pocos que le gastaba horas enteras a la oración durante los días de receso.

Con razón fue lamentada su ausencia de las reuniones Conciliares, cuando la enfermedad lo obligó a seguir hacia el lecho de muerte, que había de presentarse, a menos de un mes de clausurado definitivamente por Paulo VI, el acontecimiento religioso máximo de los últimos siglos.

Amor al Sacerdocio

En esto fue único y me contento con enunciar aquí dos anécdotas muy dicientes, sobre este punto, porque sobre el particular apelo al testimonio de cuantos lo conocieron. Raras veces se ha visto un personaje más cortés, delicado, cariñoso y respetuoso con los sacerdotes. Con espíritu sobrenatural en cada uno, así fuera el anciano más aplastado ya por la carga de los años, o el menos dotado externamente por cualidades naturales de atracción, o por la carga de la maldiciencia y la postración de la humillación y el castigo superior, veía una prolongación del Maestro. Por eso era intolerable cuando se trataba de gracejos, chistes, murmuraciones etc, contra el clero. Había en su vida cosas augustas e intocables: la Iglesia y el sacerdocio. Ante una burla o un chiste volteriano o vulgar, se erguía —por muy amigo que fuera el que se desmedía— y se tornaba dialéctico, incisivo y vehemente, enrojecido a veces por la ira santa.

Yo recuerdo el primer año de Seminario una noche en que un grupo de seminaristas del menor se burlaban del P. Montes, ancianito de estatura muy rebajada y de enorme volumen, la manera tan fuerte como los recriminó, hasta el punto de imponer un silencio en medio del bullicio del patio de recreo. "No sean indolentes ni villanos. Un sacerdote merece respeto siempre. Mucho más un anciano que está cargado ya con el peso de sus merecimientos".

Y al P. Carlos E. Mesa le oí lo siguiente: En una charla amistosa con colombianos en Madrid, un abogado colombiano, interrumpió la ter-

tulia para decir: voy a contarles un cuento de curas". Yo observé que Monseñor se reclinaba con fuerza sobre el espaldar de su asiento y se enrojecía. Cuando el abogado colombiano terminó su chiste clerical, Monseñor González se levantó como movido por resorte de su asiento, se le acercó y cogiéndolo de la solapa del saco, le dijo: ahora abogado imbécil tienes que oirme cuatro chistes sobre malos abogados. Y los tuvo que oír.

Nunca habló mal de sacerdotes o personajes eclesiásticos. Y cuenta que muy pocos en Colombia han tenido tanta razón, sino para lanzar contra ellos sus comentarios caústicos, sí para defenderse de actitudes tremendas que tuvieron con él. O para quejarse del abandono total, sistemático y raro, hasta no aceptar que su nombre se pronunciara en su presencia ni se trajeran recuerdos del que fue por los diez años de su Episcopado, el inmensamente admirado, el inmensamente querido, el a todas horas buscado, el a todas horas mentado. etc. etc.

Ni contra algunos que en Bogotá se fijaron demasiado en sus defectos y lo quemaron con su frecuente y no caritativa malevolencia. Y algunos que después de largos años de abandono se volvieron a ver con él, fueron saludados y atendidos como si se tratara de grandes amigos.

Cuando oigo los juicios y acusaciones que han lanzado contra Monseñor González, me acuerdo inmediatamente de Sta. Teresa de Jesús, que en una de sus Cartas, tiene las siguientes apreciaciones, hijas de una inteligencia asombrosa y comprensiva del corazón humano.

Se refiere la Santa a una visita que intenta hacer a algunos de los Conventos y termina: "No creeré, ni siquiera la mitad de lo que digan las Superiores contra mis monjas".

Y reto a cualquier lector a que entre dentro de su propia vida y haga reminiscencia clara, objetiva y sencilla sobre cuantas acusaciones haya recibido en su vida y cuantas quejas hayan lanzado contra él, desde su niñez, inclusive desde su mismo hogar, por parte de sus hermanos, vecinos o familiares; lo reto a que, si alguna vez ha sido llamado por alguno o algunos de sus Superiores, para reprenderlo o castigarlo, debido a acusaciones, diga si lo de Sta. Teresa no es nítido y claro. Siempre, el acusador, exagera, tergiversa, ennegrece. Y una de las cosas que entristece por épocas la vida, es sentirse acusado con exageración y miradas con lupa las cuestiones en que uno se haya equivocado u obrado mal. El Juez humano que no tenga en cuenta, y en forma absoluta, ese proceder de Sta. Teresa de Jesús, se equivoca y castiga con exceso o con injusticia.

Y eso que afirmo, es aun en el caso en que el acusador, lo haga, con recta intención y sin ánimo apasionado. Porque cuando hay un entendimiento ofuscado por la pasión, el odio, la envidia, el rencor o el ánimo de medrar, sobre quienes creee se lo impiden, la cuestión es de poder decir, plagiando a Sta. Teresa: "No creeré ni la tercera parte de lo que digan"....

Yo estoy seguro que Monseñor González habló ante Roma, con sencillez, pero conocedor del corazón humano y del Corazón Divino, prefirió dejar todo al juicio de Dios. Afortunada-

mente, diría él; los juicios de los hombres, no son los juicios de Dios y quien me va a juzgar definitivamente es El. Por eso tiene un significado tan profundo el final de su Discurso famoso, cuando se despidió del pueblo Bogotano, el 28 de junio de 1942: "Dios no muere; Dios no abdica, Dios no cambia".

Y comprendo lo cargada de significación que está aquella expresión famosa: "cuando oigas algo contra alguien, quítale la mitad y ten la seguridad de que todavía te han engañado".

Ultima enfermedad y muerte

Monseñor González viajó de Madrid a Roma para asistir a la última sesión del Concilio Ecuménico. Como en las dos sesiones anteriores, era uno de los más asiduos. Finalmente, desde septiembre se sintió mal y no pudo volver. Se creyó que se trataba de un desgarramiento de tejidos por una caída o esfuerzo que sufrió. Pero finalmente se declaró su enfermedad grave: cáncer en los huesos.

Según cuenta el P. Rodrigo López que lo acompañó durante su última enfermedad, por autorización expresa que le dió el Sr Arzobispo de Manizales, Mons Arturo Duque Villegas, el 1º de octubre de 1.965 rezó por última vez su Breviario.

El 10 de octubre lo pasaron ya a la Clínica de los Hermanos de San Juan de Dios llamada "Fate bene Fratelli", de la Insula Tiberina de Roma. Mademoiselle Vulhop, de nacionalidad belga

ordenó que los gastos todos de su enfermedad fueran pasados a ella, para pagarlos, pues le debía beneficios espirituales definitivos en su vida como la conversión y santa muerte de su padre.

El P. Rodrigo López manifiesta que una vez, en su grave enfermedad le dijo: "Moriré dos veces: una, cuando se deshaga esta envoltura corporal. Y ... cuando la vea a Ella moriré de amor". El quiere que permanezca todavía un tiempo aquí; pero Ella no. Y el Señor ante el deseo de Ella, pues..."

Los dolores que padeció fueron crueles y terribles, como suelen ser los de aquellas personas que son aquejadas por la enfermedad que a él se le presentó.

Por eso dice el P. Rodrigo López que a veces perdía casi el sentido por la intensidad de los dolores. Permanentemente recitaba jaculatorias y cortas oraciones de resignación, de amor a Dios y de esperanza del cielo.

Otras veces, le pedía al P. Rodrigo, que siempre ha tenido una voz muy buena de tenor, le cantara himnos y letrillas a la Virgen. El ha dicho que le encantaba oír dos canciones: una que dice:

Quiero Madre en tus brazos queridos
Como un niño pequeño adormir.

Y ésta otra:

Al cielo quiero ir
Al cielo, patria mía
Sí; yo veré a María
Oh si, yo la veré.

Lección de su muerte

Cuando predicó a los sacerdotes de Garzón unos "Ejercicios Espirituales" en 1.938, les decía en una de sus pláticas:

"Que no haya ni un solo afecto, ni una fibra que no sea de N. Señor; que no se ponga pesada, inmóvil nuestra mano. al poder del oro vil y que nuestro corazón no se abata ante las bajezas del-suelo".

Hay que quitarle tragicidad a la muerte y mantenerse más bien en la verdad, que es lo único que crece, regenera y tiene fecundidad.

"La muerte de un sacerdote santo? Nada más consolador. Si echa una mirada atrás ve toda una vida de méritos y de santidad. Trató de estudiar él a Jesucristo en la oración, en la Sagrada Eucaristía, en el Evangelio y más que eso vivió él mismo en su propia vida, la Vida de Jesús. Todos sus ministerios santificados por la abnegación, el celo y el amor. No le resta sino recibir la corona que el Justo Juez le tiene reservada. Va a entrar en el gozo de su Señor. Acabarán sus penas, sus incomodidades. Las lágrimas que derramó por los dolores humanos se convertirán en diamantes en el cielo; el dinero que repartió a los pobres, en oro que adornará la corona de su bienaventuranza. Podrá exclamar con S. Pedro de Alcántara: "Oh feliz penitencia que me ha acarreado tanta gloria. Una muerte así no debe temerse, antes esperarla con júbilo, con entusiasmo, verdaderamente como la "Hermana Muerte".

"No bien haya expirado el sacerdote santo se presentará como siervo bueno y fiel a recibir



*Monseñor González Arbeláez en su lecho
de muerte*

el premio de sus afanes en la vida. Bendito de mi Padre, le dirá el Señor, entra en el gozo de tu Señor, porque estuve amenazado en la inocencia de los niños y tu en ellos fuiste mi salvaguardia; a punto de perecer en el alma de los jóvenes tentados y tu viniste a mi socorro; en mil riesgos en la vida de los esposos y tu con tu celo me libraste de la muerte. Qué gozo para ese sacerdote entrar a unirse eternamente con su Dios por y para quien vivió.

“El sacerdote santo, en ese momento del juicio presentará toda la hermosura y todo el Bien delante de los cuales se siente forzosamente con su Dios. Y ya en el cielo, con el “lumen gloriae” experimentará que se filtran en su entendimiento y en su voluntad los destellos de la divinidad que lo inunda”.

Por eso pudo decirle a un Obispo Colombiano, gran amigo suyo, discípulo del Seminario de Medellín, cuando lo visitaba en su lecho de moribundo, un mes antes de su muerte en Roma y al verlo llorar: “No sientas tristeza hijo mio y no llores; esto es una fiesta”.

Las hermosas consideraciones anteriores, muchos años antes de morir las había predicado. Y cuando le llegó la hora de enfrentarse a la “Hermana Muerte”, lo hizo con la alegría y el entusiasmo con que había enseñado a mirarla. Fue el sermón del ejemplo, que sirve de luz para las almas fieles al servicio de Dios.

El P. Rodrigo López, su fiel amigo, que lo acompañó en los últimos meses en su cruel enfermedad cuenta conmovido la alegría que trasminaba el rostro angelical de este sufrido Arzo-

bispo, orgullo del episcopado nacional, en todos los momentos. a cuantos le visitaban.

Un colombiano que le visitó el 23 de noviembre a las cinco de la tarde en su lecho de gravedad. le contó que el P. Rodrigo López había salido para Colombia. Inmediatamente avivó sus ojos y animó el rostro. Me di cuenta de su tristeza y le dije que el P. volvería a Roma muy pronto y respondió: "Para llevarme a Colombia? y cómo?". Como Dios quiera Monseñor, le respondí "Si hijo mio, así es... No te imaginas lo contento que estoy. Nunca me imaginé que fuera tan fácil y tan dulce morir. Estoy tranquilo y con una confianza enorme en el Señor y en la Virgen".

Y cuando el P. Rodrigo López regresó de Colombia como Representante Especial del Gobierno nacional ante su Excelencia y ya presintiendo su muerte próxima, lo saludó diciéndole: "Nos vamos a Colombia, hijo? Estoy feliz, Dios los bendiga a todos". Ya le había dicho: "creo que moriré en estos días de tanta gloria para la Virgen".

Desde que se supo su gravedad en Colombia, especialmente en Medellín, Manizales, y Popayán, ciudades donde se le quiso tanto, hubo conmoción general y se multiplicaron las oraciones por él. Y también comenzaron publicaciones constantes sobre su personalidad, sus virtudes y su martirio. Por eso, cuando finalmente el 4 de enero de 1.966 se supo su muerte, varios diarios del país como "El Colombiano", "La Patria", "El Correo", "Vanguardia" etc. publicaron ediciones especiales dedicadas a su memoria. En varios se publicaron selecciones de sus poesías místicas.

El Excmo Sr Presidente de la república Guillermo León Valencia, en gesto que lo enaltece, ordenó que todos los gastos de embalsamamiento, repatriación etc. del cadáver del Sr. González, fueran hechos por cuenta de la nación. Envió una bella carta al lecho del ilustre enfermo, que oyó conmovido de labios del P. Rodrigo López.

El cadáver fue traído desde Roma y llegó a Colombia el 12 de enero. En Bogotá, y en el aeropuerto El Dorado, le hizo exequias solemnes el Obispo Coadjutor de Bogotá, Monseñor Rubén Isaza. Luego al mediodía fue traído a Medellín, donde hubo un austero, solemne, apoteósico y multitudinario recibimiento a su cadáver.

El Sr Presidente de la república, varios Ministros de su despacho, más de 15 obispos, numerosos sacerdotes y religiosas de Popayán, Manizales y otras ciudades asistieron al homenaje.

Yo hice la consideración: si después de 22 años de ausencia total, un cadáver conmueve y moviliza en esta forma tan grande ciudad; si la Basílica de Medellín, que raras veces se ve colmada totalmente, no pudo contener todo el gentío que se agolpó en torno a ese cadáver venerable; si en esta forma conmueve a una república un personaje desconocido de muchísimos, qué tal habría sido su regreso en persona?

En el atrio de la Basílica de Medellín, pronunció el Sr Gobernador su famosísimo y admirable discurso, frente al féretro del gran Prelado, sostenido en hombros de varios sacerdotes. Monseñor Tulio Botero Salazar, Arzobispo de Medellín ofreció una Misa exequial y después pronunció su

sentida y alabada "Oración Fúnebre", el P. Juan Botero Restrepo.

En Rionegro pronunciaron discursos, fuera del Sr Presidente, el P. Rodrigo López quien con elocuencia hizo entrega de ese cadáver venerando a la ciudad de Rionegro y a la república. También habló el Presidente del Concejo Municipal y Rodrigo Correa, recitó el poema "Ruega por Colombia", compuesto a Monseñor González, con motivo de su muerte, por el gran poeta Jorge Robledo Ortiz.

Pero quiero que un testigo ocular, mayor de toda excepción, con su estilo admirable y la autoridad que le dan sus merecimientos, nos relate, lo que fue el arribo a Medellín de ese cadáver y todo lo que siguió en homenajes.

Son apartes de una carta en que el Padre Fabio Restrepo Montoya, discípulo fidelísimo de Monseñor González, describe a un sacerdote amigo, la solemne recepción en Medellín y en Rionegro a sus sagrados despojos:

"Fui al encuentro de sus sagrados despojos ... qué dolor! Veintidos años esperando su regreso y recibir al fin sólo sus cenizas, una urna funeraria que guardaba el tesoro más precioso de la república. El homenaje fué espléndido, pero al fin era un mínimo desagravio, era una reparación póstuma; más y más merecía, y todo eso y más le debía haber rendido la patria, pero en otras circunstancias y para recibirlo triunfante. Lástima grande que apenas pudimos prepararle una tumba' cuando deberíamos haberle preparado un trono.

El pueblo todo se lanzó a las calles en el más solemne silencio y de rodillas vió pasar el féretro... El Presidente y varios de los ministros.

senadores, representantes, fuerzas militares, arzobispos, obispos, clero, muchedumbres adoloridas que al fin pudieron expresar lo que profesaban en el alma. Veintidós años de destierro no lograron apagar el amor del pueblo colombiano a quien al fin llegó a constituirse Arzobispo, no de Bogotá o Popayán, sino de Colombia entera!

Después de las honras fúnebres en la Basílica de Medellín, en medio de una concurrencia incontenible, se inició el desfile a Rionegro: una caravana de centenares de automóviles y una masa compacta de gentes a uno y otro lado de la carretera. Eran las gentes sencillas que arrojaban flores, agitaban pañuelos y banderines, tiraban besos y, de rodillas a lo largo del camino, en los cruces de las vías y desde las casitas campesinas, reverenciaban "las reliquias sagradas", como decían los pobres. Llegamos casi a las 7 p.m. y la espaciosa plaza resultó incapaz. El Rionegro de sus amores lloró de pena por su más ilustre hijo...

Pasé la noche entera al pie de ese cofre bendito donde estaba yacente como un lirio marchito, después de la tormenta de gloria y de dolores de su vida. No puedo expresarle lo que experimenté ante el cadáver de un santo, ante esa envoltura lívida que guardó "la avecilla de luz" de su alma; como un halo de paz sobre la frente serena; cerrada la boca, ayer cascada de elocuencia y saber y plegados los párpados que velaban el fulgor de su mirada resplandeciente, como que estaba acostumbrada a la perenne visión de los cielos en la contemplación mística; la mitra contra el pecho y en las yertas manos consagradas, fuentes de los sacramentos, el anillo pastoral de los des-

posorios con la Santa Iglesia y la imagen bendita de la Santísima Virgen, como ánora feliz de su dichoso arribo a las playas eternas... Durante la noche no se interrumpió el silencioso desfile de las gentes de toda condición y categoría que miraban, besaban y lloraban; no era el desfile de la curiosidad impertinente, sino de la veneración rendida.

Dos sacerdotes pasamos la noche en amorosa velada, varias religiosas, soldados de la república, nobles amigos y su dignísima familia. Corta fue la noche para paladear tantas impresiones y para pedir a esa alma santa por la Iglesia, por la pobre patria, por los sacerdotes; y de una especial manera para suplicarle me concediera algo del más bello carisma de su vida: la filial devoción y el fervoroso servicio a la Santísima Virgen.

Se celebraron tres Santas Misas en la cámara mortuoria que estaba presidida por un gran crucifijo que tenía a los pies un ramo de camelias, unas gigantescas coronas de orquídeas y cuatro grandes cirios.

A las 8½ de la mañana fue trasladado de la casa familiar a la parroquial, siempre en hombros de sus sacerdotes. ¡qué dulce peso! Ni la república entera podía con el peso de gloria que se guardaba en ese cofre. Llegó al atrio de la Iglesia acompañado de las autoridades eclesiásticas y civiles, incontables representaciones de distintos lugares del país y un cortejo sagrado de 20 obispos y centenares de sacerdotes y religiosas.

Allí, el Presidente, Doctor Guillermo León Valencia, hizo el más férvido, valiente, audaz, noble y justiciero elogio de Monseñor González. Y

él en Rionegro y el Gobernador de Antioquia en el atrio de la Basílica de Medellín el día anterior, fueron voceros sinceros, fieles y exactos de los sentimientos que la patria tuvo que contener en veintidos años de orfandad y de nostalgia por el Padre amadísimo; y ellos y nosotros tenían que ser, como oficiales y genuinos representantes de la república. Colombia estaba obligada a rendir a Monseñor un homenaje de justicia y reparación, aún cuando fuera póstumo. Esa página del Presidente Valencia hace honor a su gobierno, es índice de su nobilísima alma, demuestra su fervor por la justicia y merecía ser leída en las escuelas para que las generaciones venturas aprendan quién fué y qué representó para la patria el Arzobispo González Arbeláez.

Luego los solemnes oficios de Pontifical y la oración fúnebre, pronunciada con fervor y cariño por Monseñor Baltazar Alvarez Restrepo, Obispo de Pereira. El enterramiento, fijado para después de las honras fúnebres, hubo de ser pospuesto para las 4 p.m. pues el pueblo suplicaba ansiosamente unas horas más para su veneración y expansión de su filial cariño. Y no fué en medio de responsos fúnebres, sino de piadosos cánticos a la Santísima Virgen como descendió a la sagrada cripta que guardará sus benditos despojos.

Y allí duerme su sueño postrero, al fin al tibio alero de su amada comarca, a la sombra de su iglesia parroquial, al dulcísimo amparo de su Virgen del Arma que le mira y le mira y vela su reposo mortal, mientras en el cielo arroja con el mantón de oro de su ternura y belleza a quien, en su pobreza, supo bordarle mantos de oro y

plata y engastarle piedras preciosas en su corona real.

Entre tanto las gentes todas arrojan flores sobre su tumba, rezan y lloran, como si la apertura de una tumba fuera el preludio de un santuario..."

Merece destacarse el homenaje de la colonia española en Medellín, los artículos que publicaron diversos diarios Madrileños y la gran cantidad de Decretos de honores a su memoria, por tantas y tan diversas entidades del país. Recuerdo como uno de los mejores, el de Monseñor Guillermo Escobar Vélez, Obispo de Antioquia, de quien se cuenta siendo todavía seminarista, bajo la ejida del ya famoso "Padre Juan", que éste le dijo un día como profecía en la puerta de la sacristía de la Estrella: "Guillermito, tu llegarás a ser Obispo".

Impresionó vivamente e hizo derramar lágrimas, el momento de la colocación del féretro en el sepulcro, exactamente debajo del camarín de la Patrona de Rionegro, pues mientras lentamente iba descendiendo, los sacerdotes, religiosas y fieles allí presentes entonaron éstos sus cánticos:

Quiero Madre en tus brazos queridos.
Como un niño pequeño dormir

Al cielo quiero ir
Al cielo Patria mía
Sí; yo veré a María
Oh sí, yo la veré.

Entre tanto al pie de esa tumba, rosas encarnadas se renuevan sin cesar; gentes de toda

clase se arrodillan a implorar gracias de Dios por su intercesión, mientras meditan conmovidas en la vocación al dolor, que Monseñor González tuvo y en el martirio que fue su vida, desde el momento en que la Providencia lo elevó a la mayor cima a que puede aspirar un eclesiástico entre nosotros. Y yo me quedo meditando también en éstas palabras que el P. Severo Velásquez afirma le oyó en Roma a Monseñor González: **"El Señor me mostró dos caminos. Uno de luz, de gloria, éxitos y triunfos y otro de espinas, y en su término una cruz. Yo escogí la cruz, me abracé a ella y abrazado a ella espero morir"**.

PARTIDA DE BAPTISMO DE MONSEÑOR GONZALEZ

PARROQUIA DE SAN NICOLAS DE RIONEGRO ANT.

EL SUSCRITO

CERTIFICA:

Que en el libro 37 de Bautismos correspondiente al año de 1892 en el folio 714 y bajo el número 3.722 se encuentra una partida que a la letra dice: "En la Iglesia Parroquial de Rionegro, a veintiocho de enero de mil ochocientos noventa y dos, yo el cura párroco que suscribo bauticé solemnemente a un niño nacido el diez y siete, a quien nombré JUAN MANUEL DE JESUS DE LA CONCEPCION, hijo legítimo de José María González y Obdulia Arbeláez, vecinos de esta parroquia. Abuelos paternos: Juan Manuel González y Policarpa Arrubla y maternos: Joaquín Arbeláez Gómez y Obdulia Pérez; fueron padrinos: Joaquín Arbeláez Gómez y María Josefa González, a quienes advertí el parentesco y obligaciones que contrajeron.

Doy fe; Francisco M. Henao, Cura.

Tiene una Nota que dice:

"Fue consagrado Obispo de Manizales en la Catedral de Medellín por el Excmo. Señor Pablo Guiobbe, Nuncio del Papa, el 29 de Octubre de 1933.

"Expedido en Rionegro, Ant. a 26 de Enero del año 1966.

Mns. Samuel Alvarez Botero
Cura.

Segunda Parte

**SELECCION DE ESCRITOS
EN PROSA DE
MONS. GONZALEZ A.**

El Sr. González y sus enseñanzas a los Sacerdotes y amigos

Cuando Monseñor González hablaba a sus sacerdotes se deshacía en bellas expresiones, brotadas de su alma mística. He aquí algunas de ellas, copiadas de un "Diario de Ejercicios" de un sacerdote que lo escuchó: "Imaginemos a María a la media noche en el silencio de todas las cosas cuando el Verbo de Dios se hizo patente entre los hombres. Del seno de María, por modo milagroso, pasó a sus brazos. Ella estaba enardecida, enfebrecida de amor y le trasfundió su alma con besos ardorosos, se liquidó de amor. Toda era alabanzas, adoraciones, bendiciones, homenajes, agasajos, a ese cuerpo, tesoro de los cielos y arrobos de los ángeles. Hay que tener en cuenta el papel de María en la economía de la Redención. Ella no está en una serie, no es ni siquiera la primera de esa serie. No podemos decir, María, S. José, los Arcángeles. No. Ella es única y ocupa un lugar único entre la predestinación a la Unión Hipostática y la Predestinación a la Gracia, que es la nuestra. A nuestro modo de hablar, el Padre determinó que su Hijo debía encarnarse y entonces que había que tener una Madre y después escogió a la que había de ser esa Madre. Primero pensó en el oficio y después en la que había de

desempeñarlo. Fue predestinada pues María a la divina Maternidad y por tanto, ahí mismo a la Concepción Inmaculada, Natividad, Santísima, Virginitad Perpetua. Es decir todo el cúmulo de gracias buscaba ese término: la Maternidad Divina. Y María, con el fiat de la Encarnación y con los actos de su vida, glorificó más a Dios que todas las criaturas juntas, fuera de la humanidad adorable de Cristo”.

CUANDO les hablaba a los sacerdotes, como Asistente Nacional de Acción Católica, insistía mucho en la caridad y en la paciencia, de todo apóstol de A. C., especialmente del Sacerdote Asistente. Así les decía: “Sed caritativos, a toda hora y para esto hay que disimular mucho, callar y callar, hacerse el que no entiende. Los seglares no tienen las gracias, estudios, conocimientos etc, que los sacerdotes tenemos; por eso estamos obligados a ostentar la caridad en una invicta paciencia. Jesucristo ha manifestado a un alma santa que fue la paciencia la virtud que más tuvo que ejercitar en su vida pública. Recordemos la mentalidad achatada y de reptil de sus apóstoles y con todo cuánta caridad y paciencia en el trato y enseñanza de ellos. Cuánta malicia en sus mismos enemigos y en las gentes y en El cuánta paciencia en todo momento. Ese es nuestro modelo”.

“No dejéis la lucha por las almas, debido a obstáculos o pobreza de fondos. Hay sacerdotes que se fijan más en los fondos que en el fondo de la lucha por las almas. Hay otros que sienten pánico de quedar mal, de verse comprometidos en sus intereses o de fracasar. No hay que perder de

vista que todo apostolado y el de la A. C. por tanto, no florece sino dentro de las llagas del Redentor y esas llagas están atrevesadas por clavos esquinados. Debeis tener generosidad sin límites con el Señor. Muchos se sacrifican hasta cierto punto; en las cosas que han tenido costumbre de hacer, pero de allí no les saca nadie. No mis amados sacerdotes: A las obras de Dios no les podemos poner limitaciones porque El tampoco se la ha puesto a sus derechos. El bien que se impide es bien que se deja de hacer". Recordad que nadie, humanamente hablando, tuvo un fracaso más grande que N. S. durante su vida mortal. Pero dentro de ese fracaso se realizó el mayor éxito de su obra: la glorificación de su Padre y la Salvación de la Humanidad".

Cuando les hablaba sobre la manera de ser de las diferentes personas con quienes el sacerdote trabaja, con gran acierto psicológico apuntaba: "Los hombres son meticulosos, tímidos: todo lo quieren a codal y escuadra. Las señoras son a veces más generosas, pero si tienen más largo el corazón, también tienen más corta la cabeza. Los jóvenes son inexpertos e inconstantes".

Cuando hablaba a su clero de Bogotá, por numerosas ocasiones como lo hizo, en Ejercicios Espirituales, insistía mucho en el amor a Cristo. En una plática les decía: "Cristo es el Rey que nos invita a seguirle y nos dice: "Venid sacerdotes conmigo a ayudarme en la empresa que voy a acometer: he venido al mundo para procurar la gloria de mi Padre para convertir a los pecadores en justos, para vivificar, vigorizar, vitalizar, el mundo; he venido a traer la vida y la vida abun-

dante. No temáis los obstáculos, porque Yo iré adelante. Heridas, clavos, traiciones, persecuciones, nada ha de intimidaros porque todo eso antes de llegar a vosotros ya ha sido santificado con mi contacto. Contestemos a este Rey: Señor estoy dispuesto a servirte en vida o en muerte y vivo o muerto pero siempre a tu lado, siempre contigo". (1).

"N. S. invita al sacerdote principalmente a la conquista de si mismo, como la primera, la fundamental, que sin ella las otras conquistas que se emprendan, no tienen base ni fecundidad: las conquistas exteriores no son sino una irradiación de la conquista del propio corazón. Y quiere Jesús que nos conquistemos los sacerdotes en la inteligencia, por medio del estudio y en la voluntad por medio de la oración perseverante. Para eso, que el sacerdote siga estudiando toda su vida, la Teología que es la base de la predicación y de la catequesis: pero estúdiela con afán, con cariño; que no sea ella una especulación fría y muerta, que no tiene resonancia en la vida práctica. Estudie el sacerdote los dogmas generadores de la piedad firme y robusta, para que esa piedad sacerdotal no sea dulzarrona, de florecitas románticas, de ascetismo falso, sino una piedad sólida robusta y varonil. No hay panorama más espléndido ni hermoso para la inteligencia que el de la Sagrada Teología. Allí están todas las verdades y bellezas del cielo, exprimidas por medio de ella sobre la tierra".

"Sacerdotes de Cristo: estudiad con cuidado la Teología Moral, pero no solamente por el lado del pecado, sino también por el de las vir-

(1) Las negritas son del autor.



*Monsenor Juan Manuel González Arbeláez
rodéado de palomas.*

tudes no preocupándoos tanto por saber hasta donde llega el pecado; o cual es el lindero resbaladizo entre el venial y el mortal, sino para darse cuenta de la voluntad de Dios. Que no se convierta este estudio en mera casuística, fría y sin alma”.

“Estudiad la Sagrada Liturgia, pero no únicamente en el formulismo de los ritos, como hacen algunos, hasta disecarla en su espíritu, sino para entrar en el panorama hermoso de su enseñanza al alma, para arrastrarla a la práctica de todas las virtudes y a la contemplación del gran fenómeno de la historia de Dios Salvador, y Glorificador”.

“Estudiad con amor y constancia la Historia de la Iglesia”, que ella es nuestra gloria y sobre todo en la viviente realidad de sus manifestaciones de santidad. Os recomiendo las vidas de S. Vicente, S. Juan Bosco, D. Cottolengo, S. Francisco de Sales, Sta Teresita y la incomparable del Santo Cura de Ars”.

“Pero, amados sacerdotes; por sobre todas las disciplinas estudiad la Sagrada Escritura con mucha asiduidad que es la Palabra de Dios, enunciada por los Patriarcas, cantores, historiadores y Profetas del A. T; revelada en las Epístolas y vivida por el Verbo de Dios en el Evangelio. Pero, siempre y en todas parte, sed los “Hombres de la Oración”, amados sacerdotes que sin ella todo es inútil.”...

“En vuestra oración meditad sin cesar la Vida de Cristo, en toda vuestra vida. Todo lo que se roza con esa vida adorable tiene una fecundidad admirable para nuestro ministerio. Cada vez que meditemos en la persona adorable de Cristo,

adoremos en El la palabra del Padre, acallada y silenciosa en su infancia; la luz indifícil, eclipsada; el Todo convertido por nosotros en nada como dice S. Pablo. Adoremos al Padre que no dudó en darnos a su Hijo y entregarlo por nosotros. Al Espíritu Santo que ha realizado allí en Cristo la mayor obra de su amor. El ha satisfecho ya el anhelo de los Patriarcas de tantas generaciones. Pidamos en nuestra oración a Cristo que venga a hacer una nueva encarnación en nosotros, y a convertirnos en una Eucaristía viviente que nos comuniqué mucho de su ser humano y la integridad de su ser divino”.

Sobre el conocimiento de N. S. decía:

“De la contemplación de la adorable Persona de Jesucristo, ha de alimentarse toda la vida sacerdotal. Fijémonos en El; de paz acabada e imperturbable serenidad ya que nunca se descontroló y siempre fue dueño de sí mismo aun cuando era calumniado, hostilizado e incomprendido y signo de contradicción. Nada en El de tristeza, abatimiento melancolía. Cuando entre los suyos no encontraba sino persecución decía: Padre: Te glorificaré y te volveré a glorificar”. En cambio, sentía complacencia del bien, como cuando regresaban los apóstoles de sus correrías o cuando decía: “venid a mi todos los que estais cargados de penas que yo os aliviare”. Experimentaba ternura, con los niños y posaba sobre sus rubias cabecitas sus manos adorables y los sentaba sobre las rodillas”.

“Se condolía y sentía pesar, como ante la tumba de Lázaro. Todo éso no eran más que tonalidades de su sensibilidad rica y exuberante, profundamente pacífica y tranquila”.

“Nada en El de proclividad concupiscente sino el señorío y el equilibrio más cabales. Seamos así nosotros, amados sacerdotes y pidámosle que se digne curar nuestra sensibilidad enfermiza ya que a veces somos exaltados en las alegrías, abatidos en las pruebas, con ternuras excesivas a veces, con durezas amargas más allá. Pidámosle que castifique nuestros cuerpos al contacto con el suyo, infinitamente puro; y alivie y enriquezca nuestra sensibilidad con los afectos y movimientos tan ordenados y tan puros de la suya”.

“Pidámosle un rayo de esa luz de su entendimiento soberano para poner a cubierto el nuestro del error, de la duda y de cuanto le amenaza; imitémoslo en la humildad y recordemos que pudo desempeñar su ministerio en Roma, Atenas o Alejandría. Pero ni el Capitolio, ni las Sinagogas famosas de Damasco o Jerusalén lo sedujeron; el eco de sus palabras hubiera podido satisfacer todas las sabidurías de entonces y sin embargo limita su ministerio a Galilea, región despreciada. Este es ejemplo para nosotros, que debemos preferir los pobres y estar contentos, si nuestro ministerio carece de importancia ante los hombres”.

Sobre el Apostolado decía Monseñor González:

“No olvidar que la definición de A. C. dada por el Papa se traduce en formar laicos que le ayuden al sacerdote a salvar almas. No fijarse mucho en apostolados extraños o desconocidos. En cada parroquia, en cada colegio donde al sacerdote le toque trabajar, los apostolados los dirán las circunstancias y problemas particulares.

No olvidéis, queridos sacerdotes, que tenéis que tener a María en vuestros apostolados muy por delante. El papel que muchos hacen desempeñar a María es casi nulo y hay que tener en cuenta que Ella es el camino regio y seguro para llegar a Jesús. El otro es la devoción al Espíritu Santo, porque a El le toca dirigir, iluminar, ayudar. Con la fortaleza del E. S. pueden venir fracasos y dolores; PERO ACORDEMONOS QUE LA DIADEMA QUE TEJAMOS CON FRACASOS Y DOLORES PARA LA GLORIA DE DIOS VALE MAS QUIZA QUE LA DE LOS EXITOS". Neque qui plantat est aliquid neque qui rigat, sed qui incrementum dat, Deus. "Numquid Paulus crucifixus est?".

"El apóstol tiene que ser hombre de oración porque la vida de unión con Jesús, hace milagros en el apostolado. Si es posible, el apóstol debe hacer penitencia, sobre todo el sacerdote: unas horas de cilicio, tomar una disciplina; eso no hace daño a la salud ni acorta la vida; se acorta más la vida con otras cosas: comiendo mucho, fumando mucho, por ejemplo. Que nuestro apostolado es sencillo, humilde, sin humos de apariencia? No importa, porque de nuestra vida ordinaria, inaparente, monótona, en la soledad y el olvido, en el trabajo y en la pena, de Dios solo conocidos, podemos labrar un dorado pedestal para nuestra gloria en el cielo. Y no olvidemos que los sacramentos, nos dan oportunidad de pensar muy en grande. Por ejemplo, no olvidéis al bautizar que hay allí un panorama rico de belleza y de sentido sobrenatural; se está fabricando un templo a la divinidad; arrojando al demonio e inyectando una naturaleza divina en un alma.

Al hablar sobre las actividades propias de hombres y mujeres decía: "Los hombres pueden ayudar con gran éxito en formación familiar, conferencias para novios, catequesis, beneficencia y caridad y en la moralidad. Que sean exquisitamente cristianos para que no se dé ese contraste lastimoso y bochornoso entre la vida privada y la pública. Lograr que sean católicos perfectos, donde quiera estén y donde quiera actúen. Educar y formar a los que puedan llegar a ser futuros legisladores en Cámaras, Asambleas, Concejos, Congresos de diversas actividades de la vida ordinaria del país para que se porten como cristianos perfectos en esos casos. Lograr que los apóstolados no se dediquen demasiado a exigencias y papeleos o a reglamentos férreos, en los que sea preciso gastar, papeles, influencias, etc.

"Para mujeres, es bueno luchar en la catequesis porque la formación catequística es el alma del apóstolado. Formar centros catequísticos en todas partes".

En reglas prácticas para los sacerdotes anotamos éstas del "Diario de Ejercicios", de un sacerdote que asistió a unos dirigidos por el Sr González:

"Debemos estar atados estrechamente a Cristo, con los lazos del amor a través de todo, acumulando divinidad en nosotros para trasmitirla a los fieles.

Hay que tratar con amor al pueblo infundiéndole confianza, pero sin vulgaridad, sin extravagancias bajando de nuestro nivel".

"El oficio divino ha de ser como un grumo de miel que apretamos diariamente durante lar-

gos ratos en los labios, para exprimir toda la poesía, todo el encanto, toda la dulzura de esas estrofas inspiradas para nuestra contemplación.

“Debemos estudiar, después de las verdades eternas la Verdad Eterna por antonomasia que es Cristo. Somos un punto entre dos inmensidades: Dios Creador y Dios Redentor. Del poder de Dios vamos al amor de Dios. Fuera de los gajes para crearnos, qué de ternuras y delicadezas, qué gracias no encierra la creación de un Sacerdote. A cada uno de nosotros nos dice: *In Gloriam meam creavi te*”.

“Los sacerdotes no estamos desheredados; somos los mejor participados, los más ventajosamente dotados y no nos hizo sacerdotes para dejarnos solos; está con nosotros, nos ama y se preocupa por cada uno más que nadie. Por eso debemos acudir a El, desahogarnos en El.

“Ordinariamente debemos tener tres medias horas inalienables: antes en y después de la Misa. Ese tiempo no se lo quitamos a los fieles, porque allí nos enriquecemos para después darles gracias, consuelos, consejos, y fuerza en las luchas.

“El Sacerdote está expuesto a la calumnia y a la pérdida de su honor. Y qué duro y terrible. Pero Dios tiene el derecho de exigir a algunos sacerdotes ese sacrificio. No hay que decirle pues: “Señor, todo menos mi honra sino, Señor, Todo hasta la honra. Si llegare ese caso aceptemos ese tremendo sacrificio como una reparación.

El sacerdote es un hombre acosado, estrujado, despedazado por las gentes. Pero así tiene que ser; su sacerdocio no le pertenece, es de las almas. Tiene que someterse a las inoportunidades

con paciencia, porque si las pobres gentes tuvieran que esperar oportunidades nunca llegarían; el pobre siempre es inoportuno”.

“El sacerdote tiene que sentir odio al pecado mortal, porque se expone a sacrificar en pecado y cometer el sacrilegio y esta es una mostrosidad: darle el ser sacramental a Cristo para excarnificarlo. Hay mucha malicia en el pecado mortal del sacerdote debido a la gran luz que tiene sobre él ya que predica constantemente sobre su fealdad y malicia”.

“El sacerdote por la Misa diaria en que comulga debe hacerse deiforme. Llenémonos entonces de los sentimientos de María. Se dice que el arcángel Gabriel, envuelto en finísimo lienzo llevó el pan consagrado a María que estaba en una sala contigua. Era Jesús que por una nueva encarnación se restituía a su madre. Convirtámonos en una Eucaristía viviente y sepamos convertir la vida eterna en una perpetua acción de gracias, como María lo hizo. En la comunión Jesús nos domina y va transformándonos en El, si somos fieles “Non ego mutabor in te; sed tu mutaberis in me” dice S. Agustín. “Qui manducat me et ipse vivet propter me”

Sobre la devoción a la Ssma Virgen, fue un gran apóstol de la “Verdadera Devoción” del gran Santo Luis M^o Grignon de Monfort, tanto para los seminaristas, como para los sacerdotes, y militantes de Acción Católica. Hasta su muerte fue apóstol de ella.

Así decía él: “Esta devoción es la aplicación práctica del dogma glorioso de la Mediación universal de la Ssma Virgen. Ella, dueña de Je-



*Monseñor Juan Manuel González Arbeláez
Baja de un avión de la Scadta con el Santísimo en 1935*

sús en El nos lo ha dado todo. Asimismo, si Jesús vino del cielo a través de María, quiere que por Ella nos lleguemos a El; puesto que no habrá camino más humilde, más fácil, más seguro y rápido para subir a El, que el regazo de María, adorable en su viaje al mundo”.

Maestro en enseñar a sufrir por amor, de acuerdo con el lema de toda su vida que fue: **Al mayor amor de Dios** y porque él era maestro en dolores del alma sufridos y soportados con heroico silencio supo aconsejar y consolar almas atribuladas poderosamente por la incomprensión de los mismos.

A una religiosa, Superiora de una Comunidad en Buenos Aires, que pidió consejo, por grandes penas que sufría de sus mismas hermanas, le escribió así desde Madrid:

Madrid, marzo 29 de 1.959

Rda Madre:

Recibí su excelente cartita. Dios se lo pague. Me doy cuenta de la difícil situación porque atraviesa su alma. He rogado mucho en la santa Misa y en la oración para que Jesús, por la mano bendita de su Madre, se digne sacarla más pura y más perfecta de esa inundación de aguas amarguísimas. La persecución, sin embargo y si es de los propios amigos, aun más tiene por parte de la Providencia el fin de dejarnos más hermosos y ricos ante el Señor.

Este baño de suciedad, es un crisol de fuego que hermosea. No se inquiete. Ya sabe usted que la felicidad no está en la buena opinión que tengan de nosotros. La Bienaventuranza es conocer y amar al Dios verdadero y a su Hijo ado-

table Jesús, en el Espíritu Santo. Ese conocimiento y amor empieza a darnos gotas a veces torrentes de dicha aquí mismo y por la unión con Dios en la oración y la vida de gracia. Eso nadie lo puede quitar: ni la calumnia, ni la traición ni la doblez. Sólo el pecado si lo guardamos en el alma puede podrirnos ese granito de oro de la alegría y la paz. Así que por este lado guarde su calma y verá cómo resucita la flor de la tranquilidad regada con el agua amarga del dolor.

Le diré aun más: acuérdesese del Santo viejo Tobías y de su nuera, también ejemplar, Sara la esposa de Tobías hijo. Ambos fueron perseguidos por la incomprensión por la injusticia; ambos fueron después bendecidos copiosamente por el Señor, quien había **permitido** sus padecimientos para que la belleza de las joyas se hiciera más lustrosa y más estupenda.

Pasará la tormenta y vendrá una gran calma. Cómo? En esta forma: ud va a entregarse más y más íntimamente a Jesús en la oración. Esto no es un misterio. Basta decirle: Señor: me entrego totalmente a tu amor infinito y para tu gloria. Basta que en su presencia **mantenga esa actitud de entrega total a su querer divino**. Se lo repite mil y mil veces aunque nada entienda de las cosas que pasan, ni vea ni oiga. Después, en cada ocupación del día Ud la emprende porque eso quiere El para su gloria. No piense siquiera en Ud; basta permanecer en la entrega a El y hacerlo todo porque El lo quiere y El se lo pide. Ruéguele a la Inmaculada Madre la sostenga en esa posición sin dejarla pensar en que la quieren o aborrecen, la calumnian o alaban. Únicamente esté mirando el querer de Jesús y en

María, dentro de su mirada, dentro de su voluntad maternal, dentro de la fuerza de su corazón inmaculado.

Además de la oración que tiene por regla procure robarse ratitos en que vaya a los pies de María y le dice: "Señora, dentro de tu corazón inmaculado, que es lo mismo dentro de ti, de tu persona, de tus virtudes de todo tu ser me entrego a Jesús contigo. Tenga fe en este ejercicio de santidad y mirándolos a ellos sin jamás volver a mirarse a si misma y ocupada siempre en amarlos y hacerles su querer adorable.

Ellos la guarden y bendigan siempre. Animo y confianza

‡ J. M. G. Arbeláez.

A otra la consolaba, también desde Madrid, en 1.955 (7 de junio) con éstas palabras: "Piense que cada mañana en la Santa Misa, subo al altar con el ramillete de intenciones tuyas, dentro del cáliz. Allí bañada embriagada en Sangre preciosa, la presento al Padre Celestial. Qué podrá El —bondad infinita— negar a quien se presenta con la púrpura de la sangre adorable de su Jesús que es también nuestro?

La cruz es a veces tan pesada que es de oro. Quiero decir que su precio son los méritos de Nuestro Señor, que allí se guardan, su santidad, quien la perfuma, su contacto quien la santifica, su hermosura quien la hace atrayente y su divinidad toda quien a través de ella redime todavía y salva. Claro que sinsabores terribles los hay; pero bien vale la pena de sufrirlos, en semejante

compañía. Donde hay una cruz, no solamente está la huella del Maestro, sino todo El. Hay que saber hallarlo y para eso, abrazarse bien a la cruz, pues dentro de ese tabernáculo de dolor, se encierra El que es la dicha.

“Haga mucha oración, para que el Señor se complazca en su alma. La oración, aun la que es dura, difícil, enojosa, es santa y santificante. Hacer oración es ser consciente de la presencia de Dios en nosotros; con esa presencia viva, real actual, penetrante, vigorosa con que la Ssma Trinidad está en nosotros.

Cuando vengan mil pensamientos de su mismo oficio basta que sin volverse a pelear con ellos, los ponga en Dios, para que El haga de eso lo que sea su querer divino. Cuando vuelvan otros mil, haga lo mismo, no se vaya tras ellos, sino sumérjalos en Dios”.

En otra carta de Septiembre de 1.955, insiste a un alma religiosa en aceptar sin murmurar, ni desesperar, la cruz así:

“No se abata por las responsabilidades. Alguien las ha de tener. Y si el Señor carga sobre los hombros de usted esa cruz, sepa que es pesada porque es de oro. Oro porque lleva méritos, porque es parte de la que El mismo llevó, porque El le ha comunicado sus bendiciones y la ha santificado y ennoblecido con su mismo contacto; oro, finalmente porque dentro de esa cruz de Ud, ha encerrado El los cristales de sus lágrimas y los grumos de su sangre adorable.

Ciertas incomprendiones, tropiezos, enojos, críticas, y aun calumnias no deben detenerla ni

siquiera inquietarla. Ya al Maestro Divino lo regalaron con esos y peores palos El dijo que nosotros habíamos de serle igual.

Es pues un signo de familia, el perfil del crucificado que se labra en nosotros; signo de nobleza divina y nada más.

El tomó, asumió la naturaleza humana en María para unirnos consigo y para comunicarnos su divinidad a torrentes”.

En otra dice: “el amor con que amamos a Dios aquí en la tierra es el mismo con que le amaremos en el cielo y el mismo en que hoy se inflaman la Virgen María y los santos en presencia de su majestad soberana. Hay diferencias, claro está, puesto que aquí le amamos alumbrados por la fe que apenas nos hace entrever a Dios; allá le amaremos con la certidumbre y el gozo de poseerle siempre. Aquí le amamos en veces con esa llama apagadiza de un amor débil, estrujado por mil vientos de pasiones que lo pueden extinguir; allá no; será el amor triunfador y eterno que jamás se podrá separar del Sumo Bien.

El Señor se reserva almas escogidas, aun fuera del estado sacerdotal y religioso, que le sirven con esmero, le aman con fervor exquisito y llegan a las alturas de la perfección. En nuestra gente del pueblo no faltan bellas almas, en las que Dios se complace, porque están cortadas a la medida de su corazón.”

De una carta escrita desde Madrid en septiembre de 1961 a Dn. Carlos Vélez R. entresacamos los siguientes apartes sobre la “Gran Misión de Medellín”.

Mi querido Carlitos:

Ud. es fidelísimo y abnegadísimo, portador de las cruces que otros se echan auestas ante el público. No se enoje por ello, que día vendrá en que Ud sea coronado no por la opinión sino por el Maestro adorable.

Jamás le olvido y le encomiendo fielmente en la Sta Misa.

Han llegado hasta aquí los ecos suavísimos de la "GRAN MISION". Medellín está estrenando alma y ha refrendado ante el altar su título de ciudad ejemplar. Los padres misioneros narran y no acaban las bellezas morales y espirituales de nuestra gente. Si ese fruto copioso pudiera ser estable a través de equipos apostólicos y se completara todo con una fiel y honda aceptación de la "Mater et Magistra", la obra sería perfecta.

Mi querido Carlitos: el cielo lo guarde y bendiga con todos los suyos y que pueda seguir haciendo el bien sin ruido, con amor, en el sillón descarnado de la humildad; el "Pater tuus qui est in coelis, reddet tibi" El lo guarde: ese Padre infinito en el ser y en el amor.

En Jesús y María J. M. González A. Arzobispo de Oxirinco.

Desde Madrid escribe también al Dr Horacio Restrepo Montoya. Médico Psiquiatra.

"Quiero arrimar un granito de arena a su fábrica espiritual que ojalá sea un rascacielos.

Al Médico, acaso más que a otro profesional le sale a cada día al encuentro la miseria moral y

física; el dolor en sus formas más crueles y despiadadas y ello es constante invitación para dentro de su Medicina, poner una **fábrica de caridad**.

Eso que con toda verdad siembra de incomodidad el camino hará más fresca y más florida la corona de gloria”.

Al Padre Fabio Restrepo, cuando le da el pésame por la muerte de su mamá le dice:

“La muerte es el último capítulo de un libro, al entrar en la habitación, mientras los demás estamos en el vestíbulo. Qué poco se conoce de un Dios que hizo el viaje desde la eternidad, desde el trono de su gloria y desde el mar de luz de su eterno Padre para hacerse matar por nosotros. Y que luego se crea que está escondido detrás de la puerta para darnos la estocada. Con razón que el pecado que más le duele después del odio formal a sus majestad sea el de la desconfianza en su misericordia.

“A la Hermana Muerte” la visten de negro cuando debieran vestirla de rosa, de blanco o a lo menos de rojo encendido para dejar ver el atuendo suntuoso de una novia que va a las nupcias eternas. Despojándola de toda poesía llorona y quejumbrosa con que a veces la adornan, debiéramos ser más amigos de ella en el sentido de tenerle simpatía, saberle sonreír y aun desearla, no como una liberación de las penas de acá, sino como el velo rasgado, la puerta abierta que nos dará paso franco a la gloria. Detrás de ella se ven ya los preparativos de la fiesta sempiterna.

“La voz de Cristo no es mechaqueo regañón de un papá enojadísimo sino la mansedumbre de un Dios que murió por nosotros y pasa la es-

ponja adorabilísima de su sangre sobre nuestras imperfecciones, deja caer una sonrisa y todo queda ultraolvidado, transformado, perfeccionado”.

Junto con la carta de pésame le envió la siguiente oración compuesta por él.

“Oh Dulcísima María:

La orfandad que nos cubre con manto de tristeza, se atenúa y aun desaparece, cuando pensamos que en tu corazón inmaculado hay ternura para todos los huérfanos; en tu mano poderosa consuelo para todas sus necesidades; en tu mirada luz para sus caminos; en tu alma un cofre de joyas para engalanarnos y enriquecernos de gracias. Tu, al darnos a nuestro Jesús, nos otorgas en El todos los bienes y nos haces penetrar en el real palacio de tu maternidad espiritual y allí a través de los cristales de la fe, estamos unidos con nuestra familia del cielo en la luz de la misma gracia y las llamas de idéntica caridad y esperamos ser un día particioneros de su misma dicha.

En realidad, no somos huérfanos, pues en el nido de tu regazo y en el hogar de tu corazón tenemos padre y madre, hermanos y amigos. En Ti María empieza el cielo”.

Su veneración por los sacerdotes se comprueba en ésta carta escrita al P. Germán Posada Escobar, cuando cumplió cincuenta años de sacerdocio.

Madrid 27 de septiembre de 1.961

Mi querido Padre Posadita:

Hace mil años quiero escribirle y hace mil uno que yo soy olvidadizón, tardío empedernido y mal corresponsal, pero quiero decirle que sus bodas de oro fueron para mí también porque su pluripresencia llega hasta Europa y pervive en mi alma.

No olvidaré —y quién podrá no recordarlo?— que su ministerio sacerdotal es una joyería prodigiosa de bellezas y valores estupendos. Cuánto podría yo disfrutar con usted reviviendo aquello de “Posadita, Posadita; son las cuatro y media, ponga los huesos de punta”; lo de “Buena hora, buena hora” cuando el retardo era del otro: lo del globo de Salvita en la estación, los desayunos a las dos de la tarde, el desmayo en el púlpito; aquellos ferrayolos flamantes que se gastaba al confesar a todo herido, a todo accidentado que resultaba, el gasta mañanas enteras llevando el Amo adorable desde la parroquia a la calle del infierno”, el confesionario hasta la media noche, el delicioso canto suyo entre nasal y trémulo para dar mayor efecto, hasta el mechón alegre y elegante que se descolgaba (estudiadamente) por su frente imperatoria. Etc. etc.!

Cómo quiere Usted que lo olvide y cuando del cariño trajeado de la broma penetro a la medulosa zona de su ser interior, de su alma sacerdotal, allí lo haría de rodillas y en admirativo silencio porque el Señor permitió que Usted, consciente o no, cubriera con aspecto —déjeme usar esta bella palabra— de piadoso Arlequín para



*Juan Manuel González Arbeláez, de Obispo
con el Padre Germán Posada*

ocultar y disfrazar miles y miles de actos heroicos de un ministerio abnegado, sacrificado por Cristo y por las almas encendidas en rojo blanco en el amor de Jesús y de María, en las personas de los más humildes fieles.

Estos tesoros, el mundo los ignora por no valorarlos, pero son perlas de oriente, son esmaltes al fuego que adornarán por siglos la Historia del Clero de Medellín y que lucirán pestañeando gloria en el manto de la Reina, su Virgen del Perpetuo Socorro.

Posadita: Con qué amor le envió en el cofre del alma de su tocayo un abrazo de cariño, de casi veneración en Cristo y María.
Juan Manuel González A. Arzobispo de Oxirincó

La última carta que escribió a una familiar, está ya con rasgos trémulos por la fiebre y los dolores.

Roma, 12 de noviembre de 1965.

Querida hija:

“Más bien que recoger una brazada de quejas y pesadumbres, le abandono mi alma a la divina Madre, para gozoso, decirle: gracias María dulcísima, Reina: in manibus tuis sortes meae; en tus manos están mi ser y mi alma y todo.

Dios N. S. le pague cuanto su amor ha hecho por cambiar esta criba de pensamientos anímicos de otoño, en rosas mullidas, rojas y perfumadas, empurpuradas de sacrificio. Usted conoce el valor de esas joyas. Derrámelas a ca-

nastadas a sus pies y que Ella, bondad y ternura, amor y santidad, sobre el raso azucenado de sus pies, les haga el regalo de aceptarlos. Cuántos sacrificios, penas y angustias nos dio. Cuántas bellezas logradas y desprecios aparentes. Mil veces la he bendecido, clavado.

“Mi enfermedad es decir que sí a Jesús con toda el alma: “El es mi primera víctima del Concilio. Aun sufrirás más, pero el bien es inmenso”. Gloria, gloria, gloria a Jesús y a María y a esa Trinidad adorable. Estoy ya muy bien. Mil bendiciones con el corazón divino e inmaculado.

P. Juan”.

Acto de Amor a María

Madre mía! Permíteme que te diga que te amo! Sí, te amo mucho, muchísimo, Madre mía! Te amo con todo mi corazón, con mi alma toda, con mi vida y mi ser, sin que quede una partícula, un átomo, que no se abraza en tu amor, y si tuviera mil corazones y mil vidas, ellos fueran una sola llama ardorosa, que se quemarían a tus pies. Te amo oh María! Y quiero amarte con amor cuya duración trascienda todos los tiempos y todos los siglos y se confundan con la eternidad, cuyos límites sobrepasen el horizonte y el cielo y los espacios hasta llegar a hundirse en los ámbitos de lo inmenso, con un amor tan poderoso que caldeé las rocas, hierva los témpanos de hielo, encienda el seno de los mares, que derrita el corazón de los montes y collados y que todo lo convierta en fuego, en ardores, en llamas abrasadoras y luminosas.

Pero más aún, Madre mía, quiero un amor puro como un ángel, diáfano como la luz, bello como el cielo, suave como el reclamo de un ave, que tenga perfumes de flor, rosicler de aurora, susurros de auras, el encanto de las mañanas, la placidez tranquila de las noches, la opulenta serenidad de un día radiante y embriagado de luz: amor noble, generoso, batallador; abnegado y alegre en el sacrificio; constante y esforzado en las pruebas; tierno y blando hasta las lágrimas y el sollozo; inflamado, encendido y enloquecido hasta el delirio y el éxtasis; humillado, abatido, anonadado hasta los pies de Judas, del demonio, más allá del infierno, hasta la nada. ¡No he dicho nada, Madre mía! Un amor que tenga las misteriosas ternuras de una madre; la discreción prudente, la magnanimidad de un padre amor envuelto en cendales de inocencia, que tenga ímpetu santo y gallardía casta de juventud; la fidelidad y constancia de una vida proveya y la espiritualidad y el sello augusto de la vejez.

Quiero para ti un amor de santo —como suena Reina y Madre mía— de santo: el amor de Juan, tu discípulo, tu amado, tu sacerdote, tu apóstol; el generoso de Pedro; el ardoroso de Pablo; el corazón y el alma de esa Iglesia primitiva caldeada por el Espíritu Santo, y con ellos el amor de todos los mártires. Y sus cadenas? lazos de tu amor; y sus persecuciones? dulces requiebros de tu amor; y sus tormentos? caricias de amor; y las espadas? rayos de tu amor; y sus mazmorras oscuras, pútridas y hambreadas, qué, María, sino el aula regia de tu amor, el perfume más delicado y exquisito, y regalado almíbar?



*Monseñor Juan Manuel González Arbeláez
En el momento de la Consagración*

Y el circo con su arena, sus leones, sus rechiflas, sus desgarramientos, su sacrificio, su muerte, los quiero para mí, y no son sino las bodas, el festín de amor que rebosa exultación divina en medio de los dolores y me ciñe jubiloso corona de espinas que por dentro son laureles de gloria, y al empaparme en su sangre me cubre con imperial manto de púrpura y al abrevarme hasta las heces de dolores y saturarme de oprobios me embriaga en las delicias del cielo.

Pero me falta mucho todavía; yo quisiera ese jardín de azucenas figurado por los corazones de todas las santas vírgenes para que fuera la flor de mi amor a ti, y quisiera también ceñirme la cándida estola de los confesores, vivir con Juan en Efeso a tu lado, ser el arpa de Efrén para derramarme en torrentes de armonías y de arpegios para ti; el Damasceno y cantarte; los labios de Bernardo y predicarte; el corazón de Buenaventura y morir por ti. Y quisiera más: tener el trono de todos los pontífices, la mitra de los obispos, el poderío de todas las naciones, la riqueza de todos los reinos, las armas de todos los ejércitos, la espada de todos los guerreros, el saber de todos los doctores, la grandeza de todos los grandes, la ambición de todo lo apetecible, lo fantástico, lo quimérico, lo imposible y por modos que yo no sé, o si sé, encerrándole en el crisol de mi pecho, derretirlo todo y hacerlo cristalizar en un acto puro, hermoso, supremo de amor a ti, ¡oh María! Te amo, te amo muchísimo, quiero ser un fuego, una ascua quemante de amor a ti.

Voy a decirte esto: dame todo el ardor de los odios, de las pasiones, de todos los pecados

humanos de todos los tiempos, y que los trasmuta en fuerza, dulzura; en generosidad, en pureza castísima principalmente. Madre mía y todo de nuevo en amor, y que ese amor sea canto, sea alabanza, sea perfume, sea incienso, sea oración, sea sacrificio, sea todo, María! sea amor, amor a tí. Escúchame, María: quiero amor a tí, pido amor, necesito amor, vida de amor, trabajos de amor. Que todo el mundo universo sea corazones, esos corazones llamas y esas llamas incendio y ese incendio escriba tu nombre en mi pecho, con sus ardientes lenguas y se encierre en mi corazón y estalle yo a la fuerza, al empuje loco incontenible de ese amor.

Amo tu nombre excelso: amo tu dignidad divina; amo tu grandeza estupenda; amo tus alegrías extáticas; amo tus dolores amarguísimos, amo tu belleza pura; amo tu ternura encantadora; amo tu vida santísima, amo tu feliz tránsito; amo tu gloria eterna, incomparable, casi infinita. Te amo en la mente de Dios eterno; te amo en las profecías e imágenes; te amo en las bellezas indecibles de Nazaret, en los gozos inefables, supremos de Belén, en Egipto te amo; en la infancia, en la vida, en los trabajos, en la muerte de Jesús te amo. Te amo en la Iglesia a través de los siglos, en tu acción sobre las almas, en tus maravillas, tus bondades, tus consuelos, tus revelaciones, tus intimidades felices con las almas santas: te amo en tus templos, en tus altares, en tus himnos, en las flores y en las gasas, en las armonías, en las ondas del himno santo, en todo te amo, a través de todo; a todo quiero que lo inflame, lo aliente, lo vivifique mi corazón, mi fuego, mi delirio por tí María.

Más aun no estoy satisfecho, Madre mía! Déjame desahogarme y decirte más. Te amo. Te amo con un amor reparador, con un amor celoso de tu gloria a trueque de mi paz, mi bienestar, mi felicidad aquí, mi vida y todo absolutamente todo. Y por verte glorificada y amada por todos cuantos puedan, cuanto tú mereces, cual Dios lo quiere, yo te doy y acéptamelo, te lo ruego, mi sangre, mis lágrimas, mis afanes, mis suspiros, mis ilusiones, mis amistades, mis cariños de familia y espirituales, y los quemo como sagrado holocausto en el fuego de mi amor ante el altar de tu gloria.

María dame almas; o más bien haz que te las dé yo, pero muchas, muchísimas almas, todas las almas. Que lleguen al cielo bañadas en sangre divina de Jesús y cubiertas con tu manto immaculado; almas aunque sean a precio de todos los dolores y sacrificios humanos, los acepto y te los pido: Quiero ser víctima suya y por la gloria tuya, que es la de Dios. Almas, y que excepto el pecado y la separación de Dios; vengan después las maldiciones del paraíso, que me aneguen las aguas del diluvio y las amarguísimas de la desolación y que me abraze el fuego de Sodoma, se aposenten en mí las plagas de Egipto, la aridez asfixiante y el hambre y el ardor calcinador del desierto; almas, y en cambio la tempestad del Sinaí, las guerras incesantes, la vida tormentosa del pueblo de Israel: almas, muchas almas, todas las almas y que resuenen las trompetas amenazadoras de los profetas, la sierra de Isaías me parta por mitad, me aplasten los carros orgullosos de Babilonia; almas, y que me burle el cinismo de Nínive, y me tiranice Antíoco; almas, y que la bota



*Monseñor Juan Manuel González Arbeláez
De Padre Conciliar — 1964*

férrea de Roma me humille y sojuzgue, que sea el ludibrio, el deshecho, la fábula de todas las gentes, el leproso de todos los campamentos, el pródigo, el criminal, el vilipendio del mundo; almas y perdóname si soy atrevido, que vengan todos los anatemas sobre mi cabeza todos los hierros y prisiones y cadenas a mis pies, todas las torturas al corazón, y las aflicciones, desconuelos y martirios al alma inclusive tus siete espadas, tus lágrimas, la noche de la pasión, la mañana y el día de la crucifixión y la tarde del calvario; dame almas, aunque sea a trueque de parecer como Tú, dolorosísima con el cuerpo exagüe de Jesús entre tus brazos, que es el supremo dolor!

Sí, María, todos estos dolores pero transformados en amor por Tí, en un amor, lo repito, supremo, sin igual, sin términos, inexplicable, indecible, pero verdadero, ardiente compendioso de todo y purísimo.

Yo diría una palabra Madre Mía: permíteme que arrodillado en mi nada, tome el Sacratísimo Corazón de Jesús en mis manos y diga: quiero amarte con este corazón divino y con el amor misterioso con que te ama la Augusta Trinidad. Y porque te amo así? Porque mi Jesús lo quiere, porque es tu gloria y la gloria de Jesús, porque yendo por tí llego pronto y fácilmente a El, porque cumplo aquello: todas las cosas son vuestras; el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro; vosotros DE MARIA, MARIA DE CRISTO Y CRISTO DE DIOS. Porque sólo contigo y en Tí te amo, adoro y sirvo como debo y perfectamente. Por eso quiero en tu corazón morar, vivir, obrar, sufrir, morir y todo, para ser todo y perfectísima.

mente de mi Jesús. Así lo amaré a El, que es mi todo.

¡Madre mía santísima! Te amo con toda mi alma, con todo mi ser. Quiero amarte toda mi vida y por toda la eternidad, con el ardor de todos los ángeles, hombres y todas las criaturas que existen, existieron y existirán y aun con el amor de las meramente posibles y con el sumo grado que ellas hubieran podido alcanzar. Te amo con el amor de tu Divino Hijo Jesucristo y con el amor con que te ama la Trinidad Beatísima.

Quiero para Tí todo el honor, la gloria y la alabanza, las grandezas y privilegios, el culto y el servicio, el homenaje y el rendimiento que el Señor quiere para Tí. En Tí, contigo y por Tí quiero asimismo todo el amor, la gloria, la alabanza, bendición, caridad, acción de gracias, adoración, reparación y triunfo infinitos que el Señor merece, por ser El, en sí mismo, el Sumo y Eterno Bien. Acepta mis buenos deseos, oh María! y bendíceme clemente y bondadosa, con tu Divino Hijo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén. VIVA MARIA.

Algunos apartes de un Diario de Monseñor, escrito en España.

Comenzó a escribir una obra en España, sobre la Santa Misa. De unos apuntes personales que posee una familiar de Monseñor, en Medellín, tomo las siguientes notas, escritas de su puño y letra. "Croquis para el librito sobre la Santa Misa. Será una obrita

muy densa, muy amena, para educar a las elites de la Acción Católica, en la Santa Misa. Tendrá tres partes, que se desarrollarán, paralelamente, en capítulos. Cada uno tendrá: 1º Enseñanza dogmática. 2º Estudio litúrgico y 3º Aplicación práctica.

Octubre 4 1.946. Importancia de la Santa Misa. Ningún tema sobrepasa en importancia a la Santa Misa. Ella es la redención aplicada en sus frutos riquísimos. El Altar es el calvario vestido de blanca hostia, es Jesús crucificado, a su modo, en el altar, sacrificado cada vez. De ahí resulta que la Misa está como precioso arcaduz o canal por donde corre la sangre de la redención, vinculada esencialmente con todos los sacramentos, para vivificarlos. Así mismo, la Santa Misa contiene en el mar de sus aguas, todas las gracias y cada una de las que santifican las almas. Toda la gloria que resplandece en las coronas de los santos y la inefable aureola de María, adquiere sus destellos en la Misa, al pasar por el Corazón de Jesucristo que se inmoló una vez redentoramente y cuyos méritos prolonga y esparce en los siglos y en las almas, la Misa.

“La iglesia misma tiene en su base la cruz para sostenerla. Mas la cruz encierra su tesoro de amor y poder en la hostia. La esencia toda, la eficacia universal, la fuerza de la cruz se da por la hostia, como culto a Dios y como perdón y santificación para el hombre. Por ella vive la Iglesia. Su existencia es la plena glorificación de Dios. Bastaría esta reflexión para comprender que la hostia lo es todo.

“Nada, fuera de Dios, es infinito, nada tiene valor sin Dios. Mas en la Misa, entre la hostia está Jesús, Dios Hombre, que adora, ama, agradece y pide, por-

que siendo como es persona infinita, sus actos tienen valor infinito.

“La sublimidad de la Santa Misa es como todo lo de Dios; se envuelve en las formas de la sencillez: un altar y una hostia. Para adivinar algo de la Misa hay que mirar a la infinitad de la gloria del Padre, plenamente honrada en ella; a la infinitad de su Verbo, absolutamente anonadado en ella, al Espíritu Santo que encierra su omnipotencia en ella. Después, la miseria incalculable de la humanidad, salvada en una sola Misa, que demuestra la bondad de Dios en darnos, para que seamos felices, el don infinito de su Hijo para que sane heridas, pague deudas, cumpla obligaciones ajenas.

En la Misa hay: cuerpo, sangre, expiación, muerte, rescate, salvación, méritos vale decir, calvario, cruz, muerte de Jesús. Aquí de nuevo, el gran misterio, el inmenso misterio redentor y aplicatorio, que sólo el cielo nos mostrará en su luminosa claridad. Aquí adivinamos respetuosamente bajo la guía de la S. Escritura y la Tradición. La teología estudia, la piedad medita y el misterio permanece. Confesémoslo con alegría.

El Señor es oblador, que ofrece al sacerdote una víctima para el sacrificio. Es sacerdote, mediador entre Dios y los hombres por el sacrificio que ofrece y víctima porque se inmola.

“La iglesia y nosotros somos obladores secundarios. El aquí y en la cruz es cabeza de la humanidad, ofrece la víctima, celebra el sacrificio y se inmola como cabeza del cuerpo místico.

La iglesia ofrece: a) el pan y el vino; b) lo hace

antes y después de la consagración; luego ella, en Cristo y por Cristo continúa su ofrecimiento; c) pero ya se ha agregado la transubstanciación y por eso, ofrece también "per ipsum et cum ipso et in ipso". Es oblación en El y por eso no es la principal la de la iglesia, ni la nuestra, sino la de Jesús que es la que tiene valor y valoriza las nuestras. Lo principal en la Misa no es: yo me ofrezco, sino, Jesús se ofrece a su eterno Padre para su gloria, (Primariamente, porque aun la expiación y la propiciación son menores que la adoración) y por mi bien. Nuestra ofrenda es moral y no específicamente sacrificial.

"El acto sacrificial tiene valor intrínseco y *ex se*. Sepamos o no, él es de valor objetivo e infinito. Es un consuelo para nuestra incapacidad y miseria. Qué tal que la Misa se mensurara por lo que conocemos!

Por eso:

"En ese mar de amor, sea yo una gota
Que entre sus ondas muere aniquilada.

En ese rútilo incendio, chispa ignota,
Absorbida en la inmensa llamarada

Viviendo en el misterio que me agota,

De un Dios que ama a un Dios, desde la nada..."

Estos apuntes que acabo de transcribir, los he leído en una especie de diario. Inmediatamente después de ellos, aparecen estas otras anotaciones en días distintos, así:

Octubre 6 y 7. N. S. del Rosario. Virgen rodeada de flores, pero toda enriquecida por la presencia en Ella de la Ssma. Trinidad. Ella no hacía sino dejarse inundar de Dios, sumida en la adoración y en el amor.

Octubre 8. María no puede estar en un alma, ausente el Espíritu Santo. La devoción, el amor a Ma-

ría son prueba de que ella está en gracia, o por lo menos que el Espíritu Santo opera en ella, para llevarla a la gracia.

Octubre 9. La presencia virtual de María en el alma o la vida del alma en María facilita, acelera e intensifica su santificación, porque el Espíritu Santo puede trabajar más y mejor, comunicando entonces sus dones, dado que el espíritu de María expresa al alma de sí propia y de sus malas tendencias, especialmente el orgullo. En la medida que María está en el alma, El Espíritu Santo opera.

Octubre 12 y 13. En la oración, El obra en nosotros el querer y el perfeccionar. Qui operatur omnia in omnibus. Y luego como todo es suyo: el porvenir, el mover, etc., y su acción ininterrumpida por divinizar las creaturas.

Octubre 15 y 16. Esta acción es amorosa y constante: "Pater meus usque modo operatur et ego operor". Y como el gran oficio del alma es entregarse a esa acción amorosa de El en todo. La acción es constante, de modo que, a decir verdad, la oración no se termina. Es un continuo orar a través del día, en plena dependencia de Dios. Esto es pasivo en cuanto uno lo recibe; pero es de inmensa actividad, por cuanto la entrega amorosa y confiada a esa acción es de fuerza incontrastable, ya por la atracción de Dios, ya porque asumida en Cristo se hace una con El, para adorar, amar al Padre, en cierta manera infinita.

Octubre 19. Igual que antes. Además: la experiencia positiva de que Dios, en su caridad hacia los hombres es quien opera la santidad, la perfección, en nosotros. Aquí viene esa certeza a dominar el alma, tanto que aun sin que ella sienta, sabe que Dios N. S. opera poderosamente y se entrega a su acción,

a su voluntad santificadora. Nada desea sino Dios y en la forma que El quiera comunicarse. No hay sufrimientos: es un deleite suave y amoroso.

1º de Noviembre. El acto de entregarse a la caridad de Dios, en sí misma, sin pensar en premio, únicamente para su gloria y para el establecimiento de su reino en el mundo, es la perfección cristiana. Si este acto llega a ser habitual, estado de alma, ella será perfecta. Es la caridad de benevolencia; la más alta que pueda haber. El Señor lo quiere para los sacerdotes y las almas elegidas para su apostolado en el mundo.

Noviembre 10. Dios es quien santifica el alma. A ésta le basta entregarse sin reservas a su caridad infinita. Que él opere según su beneplácito divino: *Fiat voluntas tua*. Es para su gloria: *adveniat regnum tuum*. Dios nos santifica como y cuando El lo quiere. Sea en la oración, los sacramentos, la Santa Misa, la causa eficiente de la santificación es El; la causa formal, su gracia. Todo el negocio mío está en permanecer en El, en la adhesión plena y constante, cualquiera que sea la ocupación, dependiente de su caridad, infinita, ojalá actualmente. Y esto dice, depender de Dios en cuanto es *summum bonum in se*. Que El me santifique en su medida y modo, sin inquietud mía, ni el menor afán: "*Ipse cura est de nobis*". Por eso: "*omnem sollicitudinem projicientes in eum*".

Noviembre 12. Aquí desaparece la dualidad del apostolado, es decir cómo si fuese algo distinto de obrar en Dios, entregarse a Dios, vivir en Dios. Cómo? El apostolado no es, no puede ser, santificar nosotros a los demás, ni menos disipar nuestras fuerzas, nuestra atención, dándolas a los demás. El apostolado es la misma adhesión permanente y aun

actual (ojalá siempre actual), al amor infinito que nos amó primero. Y entre sus manos o entre sus llamas, prestarnos, como El lo quiera: escribiendo, orando, predicando, recetando a una acción suya que establece su reinado en el mundo. La unión a El será el único cuidado y por lo demás tan único y tan solo que es el verdadero abneget semetipsum (niéguese a sí mismo el hombre), tollat crucen suam (tome su cruz diariamente) et sequatur me, (y sígame). El reinado suyo está asegurado en una empresa o en mil; en un alma o en mil, cuando uno está en constante adhesión a El, cuando su caridad opera en nosotros.

Noviembre 11. Fundar la Academia Colombiana de Mariología. Buscar fuentes para los temas Mariológicos.

Noviembre 12. Legión de María. Es un Apostolado Mariano accesible a todo el pueblo por su gran sencillez; fomenta el espíritu de oración y humildad por el rosario rezado en cada reunión; forma la vida interior por la plática, el ofrecimiento de sacrificios y el ejercicio obligatorio de un apostolado obediente y sacrificado; estimula a los socios con la práctica de la vida interior y las industrias en el cielo.

Noviembre 13. La Santa Misa del Cielo. El cielo es la patria no sólo de nuestra felicidad sino principalmente de la perfecta glorificación de Dios: "Te creé para mi gloria". Allá, como aquí, como en todo y siempre —y diré, más que en todo y siempre—, la gloria del Padre será toda: "por El mismo, con El mismo y en El mismo, en la unidad del Espíritu Santo. De modo que la recapitulación de todas las creaturas será hecha en Cristo, el Cristo total, en el cual todas las cosas están encerradas o contenidas", in quo omnia constant... El dará unificación a todo

lo que ha sido creado, lo tocará de su divinidad, para ofrecerlo al Padre, en El mismo: in ipso. Esa suprema glorificación se hará con el acto más perfecto de adoración, alabanza, amor, bendición, etc., que la creación puede ofrecer, que es el sacrificio de suavidad infinita, en que el Cristo, Persona Divina ofrece a su Eterno Padre un homenaje también infinito en todos sus valores. Cómo será este sacrificio? No podemos decirlo sino con las palabras de San Juan. "vidi agnum stantem tamquam occisum", vi al cordero que estaba como muerto, esto es: no muerto, sí como equivalente a muerto: **sacrificado**. He ahí sacrificado, la misa del cielo, o sea, la adoración, el reconocimiento de la excelencia del Padre, su alabanza, la plenitud de su gloria en la creación. Más, cómo pensar que el Cristo, esté sin su totalidad? Sin todo lo que será su sér pleno y perfecto si el cielo es patria de perfección? No. Allí estará todo Cristo, en su sér físico y místico; incorporado en El, todo el sublime cortejo de aquellos de quienes es cabeza; los ángeles y los santos.

Y María no estará allí? Ella que por sí representa el mayor triunfo, la más espléndida gloria de Cristo y de la creación? "Está la Reina a tu derecha". Redimida más sublimemente y con más copiosidad que nadie. Ella, que voluntaria y libremente dio el sér humano a ese Sacerdote y a esa víctima; que fue su compañera (socia), que ofreció y ofrece perpetuamente la plenitud (en extensión y profundidad) de estos homenajes, asociada a El, secundaria pero directamente. Ella estará allá, como en el calvario, como en la misa, de todos los altares de todos los días en el altar del cielo y en la misa de la eternidad.

"El ser socia por uno y mismo decreto (uno eodemque decreto) a la Encarnación y a la reparación

del mundo por este misterio, no la unirá eternamente a El y sus maravillosas manifestaciones? No concelebrará con Cristo, con su Cristo más y mejor que todo el resto de la creación, la que está unida a su persona en el orden hipostático, más y mejor que nadie? No como los sacerdotes ministeriales, sino de manera más elevada y excelsa. Ella participa de su sacrificio y le coofrece en el cielo como en la tierra. Le faltaría mucho a su gracia si no tuviese tal participación. Su triunfo sería menor contra la serpiente, si mientras su Jesús ofrece, Ella estuviese ausente. No sería la segunda Eva la nueva madre de los vivientes si en el mayor homenaje de la creación, no ofreciese su corazón glorioso, lo que ofreció su corazón martirizado. Oh sí! Sin duda, en el cielo, Cristo el centro y a la cabeza de todo; será la plenitud de la gloria de su Eterno Padre; y a su lado, cual compañera y Reina, María!

“La resplandescencia de la gloria de entrambos, revestirá de púrpura virginal la creación entera”. Esa será la dichosa Misa del Cielo, en que nuestro corazón, sin desmayos ya en la devoción, sin distracciones en el amor, arderá en la misma llama de adoración con el Corazón divino y el Corazón inmaculado.

Podemos desde ahora, gozar en algún modo nuestro futuro cielo, uniéndonos a los homenajes que esa misa eterna presenta al Padre: el cantar, admirar, amar, celebrar y ofrecernos desde aquí con Jesús y María, es ya empezar nuestro cielo: Por el mismo ofrezcamos una hostia de alabanza siempre a Dios. Así, toda creatura que exista en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra y las que están en el mar, a todas las oí diciendo: bendición y gloria y honor y

poder por los siglos de los siglos al que está sentado en el Trono y al Cordero...

Noviembre 14. El Segundo Secreto de Fátima. El espectáculo y la devoción de Fátima son únicos para el peregrino. Allí rebosa como en ninguna parte del mundo el fervor cristiano. Recitar el santo Rosario, las manos juntas y rodillas en tierra, con un sol calcinante o un frío aterrador, es lo usual. Entrar de rodillas por la explanada del santuario, a vista de millares de personas es hecho frecuente. Nadie piensa en qué dirán los demás; el traidor respeto humano desaparece hollado por una devoción sencilla, sincera, llena de transparencia de cielo.

Aun las personas que llegan con espíritu curioso de turista, salen con el alma tocada por la gracia y muchas veces derramando lágrimas.

Son más frecuentes y más estupendas en Fátima que las curaciones de los cuerpos, las resurrecciones de las almas. Fátima es una piscina probática para Portugal y España hoy, que llevan allí sus peregrinos. Mañana, quizás, para todo el mundo... (Esto lo escribió Monseñor González en 1.946, recién pasada la guerra europea segunda).

"En medio del ambiente severo y aun austero que allí se respira, hay una secreta consolación en todos. Un vivir seriamente la doctrina cristiana y la vida. Nada más hermoso que esos nobles campesinos que llegan a Fátima en el día 13, pobres, humildes, cansados, por varios días de camino a pie, olvidados de todo, hasta de sí mismos, por pensar en Nuestra Señora del Rosario de Fátima a quien desean obedecer, glorificar y desagraciar. Una explanada cubierta por reverente muchedumbre, de diez, veinte mil personas, quienes después de pasar la noche en adoración al Santísimo Sacramento (que permanece de



*Monseñor Juan Manuel González Arbeláez
Con 2 Obispos Agustinos en Roma 1965*

manifiesto) al día siguiente a la hora de la Santa Misa, reciben todos el cuerpo adorable del Señor en contenida devoción para marcharse luego a sus pobres hogares, es cosa indescriptible. Más convicción, más honda fe, que las que demuestran estos campesinos portugueses que viven para N. S. de Fátima no creo que haya en el mundo. Es más: esas almas sin dolo, esos pechos llenos de fervor, esa devoción a María, ese amor a Jesucristo que da y mantiene Fátima; esa como presencia de María que parece perfumar el ambiente, es, a mi entender, el **SEGUNDO SECRETO DE FATIMA** que explica en gran parte, si es que no del todo la paz y la prosperidad de esa nación, que hoy más que nunca se puede llamar tierra de María y se vio libre de la guerra que acaba de pasar.

Noviembre 15. Jesús es Dios, es la perenne bondad, es la **fideliad inmutable**. Nosotros los mortales somos una taifa de infelices, de incapaces, de pedazos de nada. El es la solución de todos los problemas; es la paz que no se altera, es la bondad que no se agota, es la sabiduría que no falla nunca; es el amor, el amor, el amor que nunca, nunca engaña, que se da íntegro, que se entrega siempre"...

"Todas las torrenteras de vidrios y aunque fuesen de espadas y cuchillos, de llamas y azufre no tienen derecho a aniquilarnos. El permite la prueba, el sufrimiento en todas sus formas y como si fuese una depilación del alma. Todo eso, empero, y aun la oración insípida y la vida que parece frustrada, y la soledad del alma y cuanto se invente en la gama de la tortura, jamás valdrá lo que una comunión serena, en que el alma se da a El, sincera, sencillamente, como un niño, porque en El está todo; mejor, El es todo y lo demás nada!"...

La manera segura de hacer frente a ese turbión de pesadumbres es la unión a El, que se obtiene particularmente en la oración. Allí el alma, en una entrega de amor a Dios, bebe en su fuente la santidad. Esta crece a medida que el Señor se adueña del alma. El va como hincándose más y más, como arraigando en ella y esa va siendo la divina comunión del Santo por esencia. Claro que cuando El invade al alma va despojándola de cuanto le estorba a El su reinado: todo amor propio, todo apego humano, todo chamizo de orgullo que uno tiene enredado en las telas del alma. Esta ha de empobrecerse para que El la enriquezca.

“El proceso es muy duro, porque la inyección divina es como la que ponen a los enfermos: tiene que hacerse por entre los tejidos y eso es doloroso”.

Noviembre 16. Mirar a Dios; entregarme sin reservas a su amor, a su acción y permanecer allí sin dejarme desviar de El por nada. He conocido almas que esterilizan toda una vida, mirándose, examinándose, barriendo sin cesar un polvo que con su misma escoba levantan...

El siguiente es un **fervorín**, pronunciado en el Santuario Nacional del Pilar de Zaragoza, España.

Saludamos hoy emocionados, desde este sutil templo del aire, a la Reina de los cielos, honor y prez de España, genitora de sus grandezas, torre almenada de su fe, relicario augusto de sus tradiciones, la guardiana de su historia, vida no agoseada de su raza, obstinado secreto de sus heroísmos, a la Virgen Ssma. del Pilar.

A Ella debe España católica el prodigio de riquezas espirituales que unos admiran y que envidian

otros. Por sus manos sacrosantas de Dispensadora universal de las gracias de Jesucristo, han pasado, como por un puente de oro, cuantos bienes nos mereció el Señor. Enclavado su Pilar en el solar hispano, se tornó en vigoroso árbol de fe y vida cristiana, que dio frutos espléndidos y copiosos. De él brotaron los mártires de la primera época; de ese Pilar bendito los grandes obispos y monjes de la segunda, y de él la robusta vida cristiana española de siempre, con sus doctores y maestros, con sus reyes y labriegos, con sus señores y su pueblo, hasta engarzarse espontáneamente con los mártires de ayer que todo el mundo contempló atónito y los bravos luchadores de hoy, que el mundo alborozado saluda.

A esta epopeya de fe hay que sumar el proceso gigantesco de América y Filipinas. Porque si millones y millones de fieles cantan y adoran en católico allende los mares, ello fue porque el árbol del Pilar extendió sus ramas en un arco iris de gloria y derramó en esas inmensidades la exuberancia de sus frutos. España, lo reconocemos y proclamamos nosotros los hispanoamericanos, por la pujanza de sus conquistadores y guerreros, sí; pero antes que nada por la fe y el apostolado de sus Reyes y de sus misioneros, y hasta de sus mismos soldados, que bajo la reciedumbre de sus corazas alentaba poderosa la de sus almas, creó el más grande de los imperios que supervive por encima de todas las adversidades y egoísmos, porque es fuerza espiritual indomable, hecha a prueba de todos los azares y se llama el imperio sin legiones de la Hispanidad. Si se busca la conexión legítima de estos hechos, hay que llegar más allá del comercio, que es bien limitado y de la política hartamente varia y tornadiza, hasta la comunidad de lengua y sangre; pero más la lengua y sangre de las

almas que es el credo, la unidad de fe, el hallarse estos pueblos cobijados bajo el manto adorable de María.

Todo el patrimonio insuperable de su historia, ya casi dos veces milenaria, como el renacer milagroso del presente y la exuberancia que ya se presiente de incontenible porvenir, España la grande, España la noble, España la imperial, lo recibió de María, cuando la divina Señora posó sus plantas benditas y clavó su Pilar en la augusta Zaragoza. Aquello fue como hundirlo en el propio corazón de esta tierra mariana, si las hay, para que desde ese instante España comprendiese que todo lo sobrenatural le viene de María.

La nación ha sido fiel a su vocación de nobleza, a tal punto que la historia multiseccular de España se ha forjado, bordando un imperial manto con el oro de hazañas y cantares, de santuarios y apostolados y heroísmos cristianos, para colocarlo en los hombros de la que ha sido por siempre su Emperatriz, su Soberana.

El doce de octubre no es solamente la culminación de una raza, es asimismo el día de Nuestra Señora del Pilar, para España y las Américas, porque nuestras patrias nacieron al empuje ciclopeo de Iberia, pero arrebuñadas dulcemente en las faldas del manto de María, acariciadas por sus manos de Madre y con el beso de su amor sobre la frente, que fueron las aguas lustrales del bautismo.

Ni aquí, ni allá podríamos divorciar este tríptico sagrado: España, América, María. Y por María, a Jesucristo, a Dios.

Apartes de la **Oración Fúnebre de Don Marco Fidel Suárez** (Bello 1.927).

La justicia que pide un reconocimiento; la memoria, que exige un homenaje; la virtud que impone un tributo; la grandeza que despierta admiración, y el dolor que necesita un desahogo: he ahí lo que nos congrega esta mañana.

Es que el Capitolio y el Vaticano, el templo y la bandera, han vestido de luto; la prensa y la tribuna han clamoreado lamentando; el correo y el telégrafo, la ciudad y la aldea han dado tristes voces; el ejército y la escuela, la magistratura y el clero, las ciencias y las letras, el corazón inmenso de Colombia, han sentido un estremecimiento de amargura, una herida de dolor, se han arrebuñado en sudario de luto, porque Don Marco Fidel Suárez ha muerto.

Cerca de aquí, en abatida choza, cual bella piedra que sale rasgando la entraña del carbón, como vivida estrella que hiende nube de tinieblas, vio la vida. Ni riqueza, ni linaje engalanaron su cuna; ni ilusión o lisonja doraron su porvenir no los hubo menester; su genio le bastaba, guiado por el dedo de Dios, para alzarse a recorrer el espacio inmenso de la celebridad, en el cielo de la grandeza.

El hombre mediano se forma, el genio más bien se revela. Por eso a vueltas de breve tiempo la talla intelectual y moral del Señor Suárez lo hizo hombrearse a pesar suyo con los primates más ilustres y penetrar por derecho propio, que no por ajena valía, en las más respetables asambleas y ocupar sillón en las más elevadas corporaciones.

El Señor Suárez no fue un diletante; pues esa inmensidad de saber, exprimida por milagro de ingenio sobre la punta diamantina de su pluma, logró escribir obras maestras con un lenguaje y en un es-

tilo no superados por ningún contemporáneo y apenas pareables con lo más depurado y selecto, lo más aquilatado y fino del oro que brilló en los veneros de la España clásica hacia las postrimerías del siglo XVI y casi todo el XVII.

En su estilo hay que reconocer el hilo dorado de la lógica que va engarzando mágicamente frases y períodos, que corren tan espontáneos como discurre la primorosa fuente, serpenteando y desmenuando la madeja de sus cristales en delicioso prado. Con ello viene la transparencia en que más bien se ve el fondo del remanso lúcido de su pensamiento que se leen las palabras. A esto se junta la facilidad y facundia con que las frases más brotan que se construyen, y el lozanear de la gracia y la corrección, mezcladas con la donosura y la arrogancia. A par va la sencillez sobriamente aparejada, pero al mismo tiempo con una tan distinguida y tan señorial galanura, que no sabe uno si es el pensamiento quien exorna la frase o es ésta quien realza el pensamiento.

La vida del Señor Suárez se ostenta ante la Iglesia y la Patria como columna por la fuerza de su doctrina y virtud; caudal arrollador por sus enseñanzas múltiples; arma triunfadora esgrimida por mano de la más pura lealtad; cumbre erguida, azotada de rayos pero blanca de nieve y embriagada de luz; jardín ameno y pradera encantadora de las letras; huerto sagrado de virtudes; ejemplar de mandatarios; molde de patriotas; ornamento de la república; lustre y prez de todo el continente; honor de la raza y antes que eso, servidor fidelísimo de la Reina del cielo, rendido adorador de Jesús Sacramentado, amador de su bondad, cantor de sus glorias en la más hermosa oración, que es eterno monumento amasado

de sabiduría y fe, de amor y lágrimas, de luz y belleza, de corazón y entendimiento, bañado en sangre divina y clavado al pie de la cruz.

La Providencia le llevó a la capital. Al llegar el Señor Suárez a Bogotá debió experimentar q' un inmenso panorama se presentaba a su vista en aquella ciudad que era cuna de la nobleza colombiana, áurea urna de sagradas tradiciones, molde egregio de todo patriotismo, protagonista de nuestra historia, consagrada mil veces con sangre de héroes, acariciada por los númenes de la ciencia, decorada por manos de las artes bellas, guardada por el derecho, ilustrada por la filosofía, educada por la política y la diplomacia, arrullada por los cantares de sus poetas excelsos y glorificada por la gallardía eximia de sus incomparables oradores.

Ciudad religiosa y mística, jubilosa y ardiente cuando se postra ante el Dios sacramentado y dulcemente rendida al coronar de oro las sienas de la reina de Colombia.

Sí, él debió de reconocer lo que gustosos aceptamos y proclamamos todos, que aquella ciudad es la ática heredera del buen gusto, la noble señora del castizo decir, la a un tiempo almenada torre de la valentía y regalado jardín de la gracia castellana. En ella viven y vivirán siempre la magnanimidad de Caballero y Góngora; los nobilísimos empeños de Arias de Ugarte, para embellecerla; la caballeresca penitencia de Folch y Cardona, la santidad de Margallo, los martirios heroicos de Mosquera que la consagran; el coraje de Nariño con los ecos encendidos de Acevedo y Gómez y los tonantes acentos de Torres, entreverados con los haces de luz del sabio Caldas que la hacen inmortal y legendaria. Ella debió presentarse al espíritu y al afecto del Señor Suárez del modo que

a nosotros hoy, como la gota más pura de la sangre de la patria, relicario de todas sus grandezas, colocada tan adentro que es el corazón y tan alto que es el cerebro de Colombia.

La última producción escrita, de Monseñor González

Antes de la tercera reunión del Concilio Ecuménico, hizo un viaje por toda España y visitó, tal vez presintiendo el final de su existencia, todas las casas religiosas de España, de diferentes comunidades masculinas y femeninas, donde era tan amado y admirado por su vida de absoluta y total entrega a Dios, por la elocuencia y sabiduría de sus predicaciones, por el don avasallante de gentes que poseía unido a un grado de amor al prójimo en Dios y por Dios, que todo el que lo trataba quedaba prendado y convencido de que lo amaba y estimaba con especialidad.

En el Seminario Teológico Salesiano de Salamanca, de la Calle Colombia escribió, antes de partir rumbo a Roma la siguiente página, última en prosa que salió de su pluma.

El Día de la Caridad

Caridad es amor sobrenatural. Es fuego, es luz, encendidos en el alma. Caridad es amor a Dios, Bondad infinita y por eso, el sacramento del altar, aun antes de ser nuestro alimento es nuestro sacrificio, el sacrificio de Jesús al Padre.

Sacrificio primero, que es anonadamiento, destrucción, muerte, inexistencia. Jesús, cargado, abru-

mado de merecimientos y riquezas que están envueltas en sus dolores, humillaciones, tormentos y muerte, sube al Padre, obséquiale su vida y en ella la nuestra y toda la creación. Es la parte latréutica o adoratoria, cuyo grito es un himno que dice: "Dios es el que Es, la Vida, el Poder, la Inmensidad, la Belleza. Canta el poema de su perfección infinita y lo canta en el tiempo de su muerte y su anonadamiento, su sacrificio. Es la caridad para con Dios: acción de gracias, alabanza, admiración.

La caridad con nosotros está también encerrada en el tabernáculo de su sacrificio porque adora, da gracias, bendice y canta, paga y ofrece, ruega y ama encerrando el nuestro en su Corazón y también a la creación entera. Todos, como cuerpo místico suyo, estamos en El y con El en algún modo concelebramos.

Y luego, el tercer aspecto es que, su sacrificio es banquete, es alimento y bebida, es manjar y embriaguez para el alma que se abraza, se unifica con Jesús recibiendo el don infinito en su pecho.

Por eso la Eucaristía no es sino la memoria viviente, la reproducción y prolongación de la muerte de Jesús, su perenne muerte en los siglos y eternizada en el cielo.

De aquí resulta que hay aun otro aspecto en esta vida multiforme de la caridad y es el amor que en Cristo y por Cristo hemos de tener unos por otros, los hermanos. No sólo los que vivimos bajo un mismo techo, sino los que estamos bajo la influencia de su amor. Y como Cristo nos ama a buenos y malos, como derrama sus gracias actuales de salvación en unos y otros; como busca a la ovejita perdida, como ama y compadece al hijo pródigo, como bendice y ruega aun por sus enemigos, así nosotros debemos

extender la llama de nuestra caridad a todos, malos y buenos pues Dios su Padre a todos nos dió a su Hijo como víctima de amor infinito.

Nuestra actitud ha de ser un acto de amor al Padre nuestro del cielo que nos dió a Jesús su Hijo divino y redentor nuestro que paga no sólo las deudas de nuestros pecados sino también nos colma de todas las celestes bendiciones. Y dentro de un corazón ardido en llamas está el amor a Jesús nuestro todo, nuestra salvación y nuestra gloria. Y luego en El y con El debemos el amor a nuestros hermanos, santos y pecadores, buenos y malos, porque todos están bañados por sangre divina y son el objeto delicado de su amor.

La capa, el manto dorado y llameante de nuestra caridad debe llenar cielo y tierra como el amor de Jesús, sicut dilexi, vos, como yo os he amado. Como el lirio fresco de su amor, como el purísimo cielo de su amor, como la cruz, su amor sacrificado, como la Hostia del jueves santo, su amor íntimo, como el amor de su Sagrado Corazón, amor inefable en lo humano y amor adorable en lo divino.

Por eso digo:

Oh, si el mundo ver quisiera,
Lo que esconde este portento
Del Altar y el Sacramento
Que te llama y que te espera.
En la blanca balsamera,
De una hostia que no es trigo,
Sino que es el pobre abrigo
Del amor en que llamea
Tu Jesús de Galilea
Que es tu Dios y tu mendigo.

Oraciones compuestas por Mons. González.

A la Divina Providencia.

Señor y Padre mio creo firmemente en tu Providencia y la adoro en lo íntimo de mi corazón.

Ella es la mirada sapientísima que todo lo prepara desde la eternidad, ella, la solicitud paternal que envuelve en amor cuanto sucede en el tiempo. Ella tiene para el pobre, ya cortado el pan de tu cariño, servido el vino de tu ternura, listo el abrigo de tu defensa y hasta el abrazo de tu perdón.

En tus brazos, Providencia amorosa de Dios mi Padre, depongo toda ansiedad por mi y por los míos y dejo en tus manos omnipotentes y amables, la vida y sus intereses, la muerte y sus misterios, el tiempo y sus mudanzas, la eternidad y su gloria.

Se que tu no quieres sino mi bien, que no haces sino mi bien, porque eres Dios y solamente Dios. Amén.

Para año nuevo.

En la ruta del año que empieza Señor, te ruego nos hagas la merced de tu mano amorosa. Su bondad nos conduzca, su sabiduría nos ilumine, su vigor nos defienda; su lealtad cariñosa nos dé ánimo. Que este nuevo año no sea simplemente una cadena fría de días que nacen y mueren sino el bordar delicado en el lienzo del alma de los ejemplos de Nazareth, hechos de fe y confianza, de sencillez y obediencia, de humildad y pureza, de amor, mucho amor a Ti Padre del cielo, como lo hicieron Jesús, María y José, nuestros modelos perfectos.

Para después de la Comunión.

Divinitas Christi, deifica me
Humanitas Christi, transfunde te in me
Intellectus Christi, illumina me
Voluntas Christi, roborá me
Anima Christi, sancta, perfunde te in me
Cor dulcissimum Christi, transfige me
Charitas Christi ardens conflagra me
Corpus Christi sacrum castifica me
Totum esse Christi conglutina me
Pater Christi Caelestis ama me
Spiritus Christi sancti inflama me
Ad instar Matris tuae dulcissimae
perficie me
Ut consumer totus in te
aeternaliter. Amen.

Traducido pierde mucho de la fuerza y vigor del original latino, pero lo transcribo, para conocimiento del lector popular:

Divinidad de Cristo, deifícame
Humanidad de Cristo traspásame
Entendimiento de Cristo ilumíname
Voluntad de Cristo fortaléceme
Alma santa de Cristo conviérteme en ti
Corazón dulcísimo de Cristo traspásame
Caridad ardiente de Cristo enciéndeme
Cuerpo sagrado de Cristo castifícame
Todo el Ser de Cristo conglutiname
Padre Celestial de Cristo ámame
Espíritu de Cristo santo, inflámame
A semejanza de tu Madre dulcísima
perfeccióname
Para que me consuma todo en ti
Eternalmente. Amén.

De unas letanías a la Ssma Trinidad re-
cuerdo estas exclamaciones:
Dios de misericordia y de amor. Te adoramos y
te amamos
Hermosura embriagadora
Ternura delicadísima
Sencillez encantadora
Sublimidad inconmensurable
Cielo augusto de los mismos cielos
Deliciosa eternidad del amor
Gloria sin par ni medida
Mar sin riberas y sin fondo
Fuente suprema de dichas y bienes
Sol lucentísimo de rayos cegadores
Piélago iluminado de toda perfección
Embriaguez dichosa de las almas santas
Torrente limpidísimo de dones y de gracias
Fuego sagrado caldeante de ángeles y de hombres
Dios mi todo y mi riqueza
Señor y Amo de mi vida.
Serenidad triunfadora de luchas e inquietudes
Recompensa colmada de los dolores todos.
Realidad preciosa de ilusiones y de ensueños.
Logro feliz de inmensas ambiciones.
Felicidad suprema de los corazones ansiosos
Dios que deíficas a las almas habitando en ellas.
Océano inmenso vaciado en el alma de María.

III PARTE

MONSEÑOR GONZALEZ POETA MISTICO

La prosa de Monseñor González, brillante, repleta de epítetos primorosos, de imágenes grandiosas y de elevada inspiración poética aquí y allá, ha sido siempre la admiración de quienes la leen. Es inconfundible el sello de su forma literaria, inimitable y personal. A veces recargada, sobre todo en algunas páginas más conocidas del público que fueron fruto de su juventud. Como poeta, no es conocido, porque cuanto escribió en verso, fue de inspiración mística y sobre todo su vena en este aspecto le sirvió para verter su amor al sufrimiento, su resignación heroica y su amor a la cruz.

Hay árboles que exhalan perfumes al azotarlos como el zándalo y flores que al marchitarse, envuelven en atmósfera de aromas sutiles y encantadores el ambiente que las circunda.

Al hablar de Monseñor González como poeta, es preciso afirmar que cuando más ruda y tremendamente le azotó la adversidad hasta convertirlo en ludibrio y escándalo; y cuando su fama y su prestigio se marchitaron aparatosamente, provocando inclusive la separación sentimental de grandes y entrañables amigos que usufructuaron un tiempo su amistad personal, como signo de importancia y privilegio ante los

demás, su estro poético inundó de hermosos e inmortales campos, el jardín poético de Colombia y de América. Yo estoy seguro que los futuros críticos de la literatura, tendrán en cuenta, por lo menos muchas de sus poesías, para colocarlas en elevado sitio muy cerca de los grandes poetas castellanos.

Las poesías siguientes son eco del martirio interior, pero al mismo tiempo la aceptación total del dolor.

SOLO CON CRISTO

Que se lleven todo,
Y me dejen mi Cristo;
Pues quien ya vio sus llagas,
Su Cruz; todo lo ha visto.

Que me arranquen el alma;
Para todo estoy listo;
En pedazos y trizas,
Más me allego a mi Cristo.

Arrastrado y convulso
Sangraré; pero insisto
Porque así me parezco
Más y más a mi Cristo.

Pinta en mí tu dolor,
En rogarte persisto,
Cuánto más y mejor,
Yo seré un otro Cristo.

Todo ya se acabó
Y aun yo mismo no existo;
Para mí ya no hay nada;
Todo y yo, somos Cristo.

En la siguiente ya hay mucha pena que
estruja el alma, pero con sed de padecer, como
los santos.

M O R I R

Oh qué dulce es el morir...
Pero si es morir total
Con ese morir del alma
Que es más bien aniquilar.

Más que la luz que se extingue
Más que el aura que se va
Más que el eco enmudecido;
Un morir que sea integral.

Ese morir sin protestas,
Sin dejar huellas atrás,
Al porvenir, al pasado
A sí propio y lo demás.

A la fama y a la estima,
A los lazos de amistad,
Morir al amor de padres,
Oh qué horror! Pero aún más:

Morir desgarrado en trizas
A tu dulce intimidad
A tu voz, a los consuelos
Dios mío! pena infernal.

Y morir sin restricciones
Sin pensar resucitar
Vuelto el pecho dura lápida
De mármol de eternidad.

Morir en Ti más no a Ti;
Porque en Ti mi vida está.
Morir por vivir tu vida:
Que esa es mi felicidad.

En 1940, por diciembre, ya está terminando un año más, el séptimo completo de Arzobispo Coadjutor de Bogotá, sede que fue para él un calvario y un signo de contradicción para eclesiásticos y laicos, en buena altura por cuanto tomó la defensa de la Iglesia y de las instituciones, con celo caldeante y resuelto.

De diciembre 23 de 1940 es la siguiente poesía, medio único en que vertió su dolor, inmortalizándolo.

DESAMPARO

Cual se deshoja la rosa,
Y su perfume se va,
Marchita su gallardía,
Así la flor de la vida,
Deshecha está.

Como si en erguida torre
El penacho de un fanal
De repente se extinguiera
Así el alma, sin Ti, queda.
Y oscura está.

Cuando música lejana
Que arrulla en la intimidad.
Enmudece; la caricia
Fue sólo fugaz primicia...
Y sola está.

Como un grumito de miel
Que apretaba el paladar
Se deshizo, se perdió
El azúcar del sabor...
Y amarga está.

Cuando una visión de cielo,
De dicha muestra su faz,
Y al mirar bien, nada vemos;
Así el alma sus anhelos,
Y triste está.

De este dolor, yo no sé
Cual será la intensidad
Su duración, ni su estrago
Sólo la fe tiende el brazo
Y en paz está.

Como el niño que se aduerme
En regazo maternal,
Al amparo de María,
Que sea noche, que sea día
Tranquilo está.

Perfecta y consciente es para él toda la manera de sufrir y al compararla con tanta pompa y brillantez, como tuvo la mañana de su exaltación, presente perfectamente el mediodía, tedioso y sofocante. Pero con la fe y el amor a María, tranquilo y en paz interior está.

Esta otra poesía, fechada en enero de 1941, revela el tremendo hervir interior de su alma, acometida por tantas fuerzas enemigas, que ya está próximo el momento, en que tenga que re-

nunciar a su cargo, para amainar un poco el furor de una borrasca, que solamente encuentra en él su valladar.

Y se siente abandonado de los hombres, pero con un refugio seguro: María.

A B A N D O N O

Si brotan hirvientes
Y acometen furiosas
De este mundo perverso
De pasiones las olas;
Oh mi dulce María,
Me apretujo a tu pecho.
Pues que tú eres mi roca.

Si huracanes furentes
Mis espaldas azotan,
Y estuviere entre sirtes
Mi barquilla ya rota;
A todo ello sonrío,
Me rebujo en su manto
Son sus pliegues mi popa.

Si cayeren segadas
Por la hoz que destroza
Flores, frutas y plantas,
Las personas y cosas;
Realidad infinita
Tu regazo es María...
Y en él no hay congojas.

Cuanto guarde el futuro
Como incógnita ignota,
De amarguras y penas,

De traiciones dolosas:
Todo es jugo de mieles
Si me estrechan tus manos,
Que son paz, son victoria.

Nada importa que todo
Como en mar que lo ahoga
Se deshaga y se pierda,
Si yo tengo en cada hora
Una herencia sagrada
Que enriquezca mi alma,
Si te tengo a Ti sola.

Desde que estoy abrazado,
A mi dulce Señora
Nada ansío ni temo,
El dolor no se asoma,
O es cumplida alegría,
Y la muerte ya es vida
La cruz ya me es gloria.

En la siguiente, fechada también ya por marzo de 1941, como que se queja dulcemente en su interior, de la paz y tranquilidad de la vida oculta, que ha perdido hace unos años cuando fue elevado tan alto. Pero siente y saborea que en todas las cumbres hace frío y ellas atraen los rayos.

Y siente la fatiga tremenda por la carga de la incomprensión.

EN MARIA

Cual mariposa errabunda,
Que no ha hallado aún su flor,
En donde libe y embriague
De néctares, luz y sol:
Ya su vuelo descaece
Así estoy yo.

Ha rondado noche y día
Con su nostálgico son:
—El palomar está solo—
Sin poder hallar su amor
Llora y canta al mismo tiempo,
Así estoy yo.

Vuela abeja laboriosa
Tras la celda que dejó,
Ni miel, ni colmena encuentra
Perdió ya la dirección:
Cielo y tierra se han cerrado
Así estoy yo.

La pobre ovejuela busca
Por doquiera a su pastor;
Ni silbo, ni cantar, ni flauta,
Nada responde a su voz;
Todo es soledad amarga:
Así estoy yo.

No has oído que María
Te dice con tierna voz:
Ven a mí mariposilla,
Que en mi tallo germinó
Jesús, Flor de todas las flores
Ven a mí, yo te lo doy.

Siempre el enamorado de María, que con ella encuentra la única paz que puede darle Dios a sus víctimas. Continúa todavía así:

No es el alcázar quien se abre
A tus reclamos de amor:
Es mi manto, es mi regazo
Quien atesora a tu Dios
Para dársete ha nacido
Ven a mí, yo te lo doy.

Abejita, si tú quieres
De ese almíbar el sabor
Acuérdate que en mi seno
En ricos grumos cuajó
Ese panal de los cielos
Ven a mí, yo te lo doy.

Por qué te has quedado sola
Ovejuelita de Dios?
No llores, pues que aquí tienes
A Tu Divino Pastor,
Sin riesgo de zarza y redes:
Ven a mí, yo te lo doy.

Ya está contento, porque todo lo que se sufre con paciencia, lo premia Jesús.

En la siguiente, fechada en septiembre de 1941, cuando ya hacía poco había presentado renuncia a su cargo de Arzobispo Coadjutor.

ENCUENTRO EN JESUS.

Ya mi jardín feneció
Y es un erial mustio y solo,
Ni flores gayas ya tiene
Fuentes, perfumes y todo,
Como era mío, era nada;
Ya ni tristeza me da,
Ya ni reclamo socorro.

El huerto que antes lucía
Pomas, peras y manzanas
Todas frescas y lozanas,
Hoy de asqueantes alimañas
Es la oscura madriguera.
Como eran cosecha mía
No eran fruto, sino nada.

Y el palacio tan vistoso
De cristales, oro y llamas,
Alhajado, embellecido
Todo luz, alfombras, galas
Tiempo ha que se vino a tierra.
Como era factura mía,
Humo vil y pompa vana.

Estoy pues al ras del suelo
Demolido, hecho polvo;
No maldigo; sé que viene
Desde lo alto de su trono
Una voz potente, y suave
Que en el punto en que él lo quiera.
A esta nada la hará todo.

Otra vez pensil florido,
Lirios y rosas seré,
Huerto cargado de frutos,
Palacio suyo también!
Y obra sólo de sus manos.
Por eso con fe yo le digo:
Ven Domine Jesu, Ven.

Septiembre 8 del /41.

En la siguiente, de diciembre de 1941 se lanza enteramente al amor de María, su Señora y la que arrebató siempre su corazón de hijo muy amado, sin importarle ya nada del mundo y sus hechizos, que tanto le rodearon, pero comienza, ya lo presente, la hora del desamparo.

TODO PUEDE SER

Todo puede ser,
Pero que no olvide
Tus divinos rasgos
Donde quiera esté.

Todo puede ser;
Pero que tus ojos
Castos, pudibundos,
Me alumbren doquier.

Todo puede ser,
Pero que Tu imagen
Jirón de los cielos
Me guíe hacia el bien.

Todo puede ser,
Pero que tu seno,
Aula en que Dios vive
Me acoja también.

Todo puede ser,
Pero antes mil muertes
O dejar de amarte
Que serte infiel.

Todo puede ser,
Pero que María
Vida de mi vida
En mi alma esté.

Todo puede ser,
Pero Tú, María...
Sélo todo en mí,
Y lo demás qué?

Sotaquirá, diciembre 17/41.

En la siguiente, como que el alma del santo Arzobispo, reacciona valientemente. Por eso, si las anteriores poesías, son lágrimas quemantes de un alma perseguida y acongojada, que se arrebruja en el manto de María y hacia ella como Madre acude, para librarse de la desesperación, en esta que sigue, como calmado ya por María, la Reina del Dolor, se lanza atrevida y heroicamente, como armado con armas invictas, a pedir más y más dolor... Esta poesía que hacemos resaltar, viene a ser un resumen de su "ACTO DE AMOR A MARIA", cuando tenía 22 años apenas. Ya, al escribirla, siente claramen-

te que lo que en su juventud vibrante pidió, se lo está dando el Señor. Y entonces, se lanza a pedir más tristeza.

TODAVIA, SEÑOR

Todavía, Señor, no he bajado
a la sima que me urge llegar,
más dolor, más angustia y oprobio,
ignominia, tormento y penar.

Hiende, taja, golpea, atenaza,
aniquila, atomiza este sér;
que no quede una huella ni un hálito
de este humo, esta paja que fue.

Abrevar hasta el fondo las heces,
en mil trizas el alma rasgar,
y que todo sean mieles jocundas,
y el martirio inclemente, solaz.

Que la Cruz que horripila y espanta,
me sea apenas un jugo de amor,
que en sus nudos, su peso, sus grietas,
beba a sorbos tus fuegos, Señor.

Dame amar con locura las penas,
dame estar remachado al dolor,
dame infiernos y mares horrendos,
pero en llamas hirviendo de amor.

Después de leer poesías como ésta, me siento inclinado a decir que Monseñor González es el poeta místico colombiano que ha cantado más bella y heroicamente las dulzuras de

la cruz. La universalidad del amor heroico al dolor, rasgo característico de los santos, que se trasluce en esta poesía y en su "Acto de Amor a María", muy conocido y popular, hace que de lírico y personal, pase a retratar el drama más hondo, aterrador y divino cual es el del amor al padecimiento en las almas heroicas en santidad.

Era hombre y como tal, de alma sensible y que sentía hondamente los dolores. Y más le dio el Señor. Porque es difícil, casi imposible imaginarse lo que fue para él, en la plenitud de los cincuenta años cronológicos y cuarenta sicológicos, por la ardiente vibratilidad de su cé- lo hiperactivo y siempre en función de empre- sas grandes, alejarse de su patria y vivir en la soledad del desasimiento de todo lo terreno: co- sas, hombres, amigos, familiares, admiradores y la propia patria, con la conciencia clara y nítida de su valor, de sus cualidades y de sus anhelos de servir.

Unas veces en María busca refugio y con- suelo, como buen hijo. Otras acude a Jesús, el "Varón de Dolores", que supo lo que es pade- cer. Así se dirige a Jesús:

EL SEÑOR ES REFUGIO Y FUERZA

Oh Señor, mi esperanza;
Tú mi infrangible y bien bruñido escudo,
mi noble espada y lanza
que en lid ninguno pudo
quitar al pobre pan, dejar desnudo.

Tu palabra es verdad,
tu pecho enhiesto alcázar torreado.
Qué podrá la impiedad
qué alcanzará el malvado
que lucha contra mí desesperado?

Allí estoy yo seguro:
que dardo ruín o artera la acechanza
—ante ese cielo puro
de paz y bienandanza—
estériles serán, nada me alcanza.

Allí yo abroquelado
cuando todo retiembla y descaece,
a tu amor abrazado
siento que la ola mece
y que un punto después desaparece.

Cuanto más la tormenta
brama loca y el viento, que devora,
sus furoros aumenta,
a cada nueva hora.

También en la **poesía más humana** que brotó de su mente, estrujada violentamente por la envidia, atenzada y partida por mitad, por la calumnia; herida y sangrante por la emboscada y la traición de los amigos; acorralada por la ira y las maldiciones de los enemigos de la Iglesia, se irgue y se agiganta como un coloso, este portento de la raza y de la religión, para dejar a sus perseguidores con las piedras en las manos, mientras emprende vuelo silencioso hacia la oscuridad y el destierro y se lanza en ascensión aquilina hacia el cielo, desde donde hoy ya ni siquiera se ven sus detractores, traidores

y enemigos. El está muy alto, glorificado y premiado por Dios, terminado ya el martirio de la tierra. Muchos de sus enemigos, todavía tienen que devorar penas y hondas amarguras; ser roídos por la envidia, tal vez ser traicionados y calumniados. O ya lo han sido.

Equivocadamente la han titulado Autorretrato. Yo más bien llamaré esa elocuente y altísima cumbre de la lírica colombiana de todos los tiempos,

CANCION DEL DESTIERRO

Pobre ira, que arrojas
polvo y lodo a la cara;
que maldices y gritas
babeante de sañas;
—tu coraje no llega—
a este mar de zafiro,
en que boga mi alma.

Tú, calumnia, eres presa
de amarguras amargas,
llevas podre en el seno
eres tinta, eres lava;
cuantas hieles vomitas
no deslustran el brillo
del diamante de mi alma.

Y le dije a la envidia:
hiere, mata, desgarras,
que tu diente felino,
que tu baba y tu zarpa
ni envenenan ni acedan
el tesoro infinito
que hay de mieles en mi alma.

Tú también que me acechas
en aleve emboscada,
oh traición fementida,
cruel, dolosa; cuanto haya
de pequeño, de innoble,
nunca apaga este cielo
de oro y luz de mi alma.

Indecible es la dicha
que no tiene de humana;
que se instila cual gota
exprimida en el alma,
de la esencia infinita
de ese Dios que es el Bien,
de ese Dios que nos ama.

Qué me importa a mí entonces
de inmundicia esta charca,
si el cerúleo horizonte,
en un vuelo de garza,
ebria cruza de dicha
enrutada hacia el cielo
la avecilla de mi alma?

Ya sentimos el dolor que tremendamente
moja y violentamente sacude un alma grande;
ya saboreamos la amargura honda que tuvo que
beber esa cumbre de la inteligencia y la vir-
tud; ya comprendimos claramente que el dolor,
y la calumnia, y la incomprensión, y la traición,
y la ira, y la saña con que a veces nos persiguen
los humanos, a muy pocas personas perdona.

Y sobre todo, aprendimos, en deslumbradora
lección de lírica inmortal, que acaba de
entrar por la puerta ancha de la publicación al

Jardín eterno de la "Poesía Colombiana y Universal", que este mundo malo en que vivimos no es la patria del alma y tenemos que consultar, en la hora del dolor, oráculos eternos y buscar en Jesús y María Inmaculada, "Reyes de los Mártires y del Dolor", el único consuelo y el único refugio que los hombres jamás nos podrán arrebatarnos.

Ahora, solacémonos, con la vista puesta detenidamente en flores bellas de poesía sentida y delicada, brotadas juntamente con las anteriores, en la hora de la tristeza, como aroma suave.

LA ESPIGA

No me digas orgullosa,
Porque en el campo alfombrado
Yo, la espiga, como reina
Yergo a queste airón dorado.

Es que pienso si algún día
Una mano cariñosa
Me ha de tomar, y al molino
Me lleve: suerte dichosa,

Y qué? Pues sólo pensarlo
Me hace toda estremecer,
Tienes miedo? Al contrario:
El gozo embarga mi sér.

Es que pienso que hecha Hostia,
En los lienzos del altar,
Presas de inmensa embriaguez
Pueda a Dios mi pecho dar.

Y que este grano hecho carne,
De su divino Creador,
Salve el mundo y que del Padre,
Sea sacrificio de amor.

ACCION DE GRACIAS EN MARIA.

Llévale a la floresta
de enhiestos cinamomos perfumados,
y allí con El en fiesta,
de nadie molestados,
le dé tu amor tesoros no igualados.

Al lado de la fuente
que quiebra sus cristales de agua pura,
le besarás la frente,
los labios con locura,
y cantarás, oh Madre, su hermosura!

De la miel de la roca
le darás en el cuenco de tu mano,
o con tu misma boca
un licor soberano
le brindarán más célico que humano.

Y si finas endechas
avecillas pulsasen y canciones
otras, que no han sido hechas
de humanos corazones,
a su oído dirás, en efusiones.

Y al murmullo del viento,
teniéndole en tus brazos adormido
y con tu dulce acento,
mi bien será cumplido
de estarme allí en silencio recogido.

Le contarás que le amo,
le ceñirás immaculadas flores,
y cual si fuese un ramo,
en tu seno de amores
ensoñarás salvando pecadores.

No será el mejor canto
dejarme así absorber en la armonía,
en el secreto encanto
de su sér en María
donde en su plenitud El es el Santo?

En esa augusta calma
de tu amor insondable y de tu cielo
yo le toco en tu alma
y, rasgado ya el velo,
le veo aunque sin verle y me consuelo.

No hay misterios en Tí.
Dios, todo luz y Caridad inmensa!
El misterio está en mí;
cuando en tu amor se piensa,
nos basta un corazón, una fe inmensa.

A JESUS POR MARIA.

Es Jesús perfume
de madera fina,
es incienso y áloe,
de entraña divina:
si quieres su aroma,
el arca es María.

Es oro el más puro,
esmeralda rica,
imperial diamante

de una regia mina:
deseas esta joya?
la mina es María.

De todas las flores,
por su gallardía,
su fragancia y garbo
la más exquisita:
pero está en el tallo,
y el tallo es María.

Es fresco rocío
que del cielo envía
una casta nube
nacarada y limpia,
si quieres sus perlas,
la nube es María.

Luz con que la estrella
nutre y acaricia
de santos ejemplos,
y sabia doctrina:
El es la luz bella,
la estrella es María.

Es el blanco trigo
que nos vivifica,
cocido en el horno
de la Eucaristía:
pero de esta hostia
la espiga es María.

Es de erguida roca
una fuente limpia,
que refresca toda
la humana familia:
si beberla quieres,
la roca es María.

El es la miel dulce
que todo lo alivia,
pues viene en la celda
de abeja divina:
hecha de pureza,
tu seno, María.

Todo eres, oh Cristo:
senda, luz y vida;
más, para alcanzarte,
mi alma necesita
llegar al regazo
puro de María.

LAVANDO ESTABA MARIA.

Lavando estaba la Virgen,
en una fresca mañana,
las ropitas de su Niño
en una limpia fontana.
Por aquel mismo sendero
tres pequeñuelos holgaban,
y al pasar por el arroyo,
guijas sacaban del agua,
limpias, lucientes y bellas,
cual si fueran de oro y plata,
y pececillos veían,
que inquietos serpenteaban
visos haciendo y cambiantes
que a los cielos remedaban.
Pero de repente observan,
que de cristales la masa,
se torna en luces de cielo,
copos de ángeles y gasas.
Alzan ansiosos los ojos,

y en el mismo instante hallan,
a la bendita Señora,
que les da dulce mirada
y termina su faena
para ganar la montaña;
y que toma ya en su seno,
al pequeño sol que estaba
como una flor de belleza,
en el cojín de la grama.
Quién sois, Señora, y quién El?
hermosuras sobrehumanas?
Si es que provoca rendirse
de hinojos para adorarlas.
Esos rizos son divinos,
esas maneras son santas,
esa frente es la inocencia,
esas manos son de nácar,
esos ojos luz celeste
de lucientes esmeraldas;
las mejillas arreboles
y primorosas granadas.
Quénes sois, decid, Señora,
por amor una palabra?
Ella sonriente les mira,
y con su voz argentada
—cual salmo de ángeles— dice:
El es mi Dios yo su Esclava
Tanto fervor y alegría
corre al punto por sus almas,
que postrados en la tierra,
rezan, adoran, alaban,
y fuera de sí arrobados
un éxtasis les embarga...
Cuando nuevamente vuelven
y la suave visión pasa,

de nuevo en la pradera,
de azucenas perfumada,
de lirios florida y rosas
y nardos engalanada
y un sabor indefinible,
como de Dios en el alma.

FRACCION DEL PAN.

Partir tu pan conmigo,
llegando aquí, bajo mi pobre techo!
Qué traza tan de amigo!
Qué generoso pecho!
Formar alcázar el tugurio estrecho!

Manjar traes sabroso
por banquetear de mi alma en compañía,
y un vino misterioso
que en tu vida la mía
funden y la deleitan a porfía.

Y a fuero de discretos,
me enseñas en silencio reposado
tus divinos secretos,
que el silencio es sagrado
y es idioma del que habla enamorado.

Ni admites mano extraña
que presente esta vianda regalada,
pues tan blanda es tu entraña,
qué tu mano horadada
la extrae de tu pecho ya guisada.

Y bodega del vino?

Sí: la tienes colmada, exuberante;
pues borbota divino,
generoso, espumante,
si acerco el labio al Corazón amante.

Oh qué dulce manjar!
Qué vino embriagador, no imaginado!
En cuál otro lagar
pudiera ser labrado
que en el Tu Pecho por mi amor llagado?

Qué gusto tan de cielo!
Qué sabor indecible, regalado!
Cómo calma su anhelo,
cuál se siente saciado
el corazón al tuyo recostado!

Oh mi huésped divino!
Pagarte no pudiera
por tan noble y tan fino,
mil abrazos y besos que te diera...
Te doy mi corazón; pónlo en tu hoguera.

Mas ya entiendo el portento,
digno apenas, Señor, de tu grandeza;
que el árrobo que siento
de tu carne es belleza
virginal y de tu sangre es pureza!

Que calle mi palabra
torpe y fría y de hablar desatinado;
que mi labio no se abra
y ante Tí enajenado
sea mi silencio el himno enamorado.

Y al seno de mi nada
vaciarle quieran de celestes sonos
la armonía no igualada
que en divinas canciones
te ofrendan los empíreos escuadrones.

Oh! Tuviese otro cielo,
si posible otro Dios loco de amores,
y te daría este suelo,
oh Señor de Señores!
de una gloria infinita los fulgores!

DESCENDIMIENTO.

La dura Cruz estaba florecida
con la flor de Jesé, un lirio yerto
que tiene aún el dulce pecho abierto,
cáliz al Padre para darnos vida.

Le destila el amor por cada herida.
dulzura y paz, cual bálsamo de un huerto;
y es tan vivo y triunfal su cuerpo muerto,
porque la faz de Dios lleva escondida.

No profanéis ya más esa hermosura;
y aun cuando sea así, todo maltrecho,
entregadlo a quien lo ama con locura.

Que, prisionero en un abrazo estrecho,
le dará por augusta sepultura
el mármol blando de su casto pecho.

La parábola del "Hijo Pródigo", perla y corona de todas las evangélicas, verdadera tragedia de reconciliación en movimiento le inspiró la siguiente poesía:

PRODIGO

El pródigo de ayer
Aquí viene Señor
Por manto sus harapos
Por cayado, un bordón.

Su carne lacerada,
Su rostro, un baldón
Su alma, hecha girones,
Sangrante el corazón.

Nada más yo te pido
Que tu dulce perdón
Que un grumito en la grieta
De esa cruz de Dolor.

Que yo bese siquiera
Esa llama de amor,
Que te abraza en sus fuegos
Clavos, cruz, aflicción.

Que a lo menos me mires
Porque el beso del sol
De tus ojos, mis llagas
Sanarán, serán flor.

Y alargando su mano
Me apretó el corazón
Y dijeron sus labios
Hijo mio, pecador:

Bebe aquí hasta embriagarte.
De infinito perdón:
Ya no más de tus culpas,
Habla sólo de amor.

La siguiente poesía, parece inspirada en un paseo matinal campesino, mientras, un día radiante y embriagado de luz, embellece todas las cosas:

SEMPER ET UBIQUE.

Vengo a decirte,
Gracias, Señor,
Por tu ternura,
Bondad y amor.
Pues de la aurora
Entre las gasas
Yo encuentro lumbres
De tu claror.

Y cuando regio
Con palio de oros,
imperialmente
Asoma el sol,
Allí espejea
Entre sus rizos
Augusta y dulce
Tu faz mi Dios.

Si aves y cosas
Cantan, musitan
Ebrias de dicha
Con vario son;
Es tu armonía
Que desde el cielo,
Ha vuelto loco su corazón.

Si mariposas
vistoseando
Junto a un estanque
O bella flor,
Lucen inquietas
Sedosas felpas,
Turquies y granas;
Ello es Señor,

Tu fina mano
Quien dibujó
Galas y encantos
Fausto y color.

Y si en selvas
Mirtos y cámbulos
Laurel y orquídeas
Dan grato olor,
Y en los verjeles
Rosas y nardos,
Clavel y azahares
Brindan dulzor,
Son tus perfumes
Que desde el cielo
Trascienden toda,
La creación.

Si en los cristales
De la fontana
Sus mil colores
Refresca el sol,
Y hermoso día,
Noche serena
Tarde apacible
Rojo arrebol;
Del regio manto
Que de tus hombros,
Imperial pende,
Las orlas son.

Cielos y tierra
Ríos y mares
Roca y verdor,
Nieves heladas
Quemante estío

Aves y plantas
Frío y calor
Todo Dios mio
Es el trasunto
La imagen sacra
Huella veloz,
O chispa viva
De esa hermosura
Sin par, sin lindes,
De tu esplendor.

A ti te canten
Javhe de mi alma,
A ti amores,
A ti loor.

LA ROCA DEL PARAMO.

Aterida de frío
Silenciosa e inmoble
Cómo vives, no mueres,
Pobre roca, cual torre
Olvidada, desierta,
Sin cantares ni soles?

Viento helado y rocío
En conjura día y noche
En el rostro y la espalda,
Te acribillan de azotes,
Y tu, tesa e inerte
No protestas? Responde.

Y sin agua parlara,
Sin azul, sin olores
Que embalsaman tus grietas

Sin un manto de flores?
Humedad y silencio...
Esto es pena sin nombre.

No maldices tu suerte,
No das quejas al monte?
No lamentas la aurora?
Tu garganta no esconde
Mil rugidos de rabia
Amargura y reproche?

¡Oh mezquino viandante!:
Qué menguado horizonte
Tus pupilas alcanzan
Qué pequeña y qué pobre
Se me asoma tu alma:
Por tu bien, pára y oye:

No menses lo inmenso
Do el misterio se esconde;
No imagines mis males;
Que soy roca y no hombre;
No estoy fría ni sola
Ni azotada ni pobre.

No soy ave, ni aura,
Ni me importan canciones,
Ni me atraen calores estivos
Ni luz necesito, ni amores,
Ni mi carne es tu carne
De malicia y de podre
Tengo todo y aún más;
Formo parte de un orden
pues soy nota preciosa
De la gama del orbe;
Soy parcela de un Dios,
Como el ángel o el hombre.

Yo le adoro obediente,
Y en su seno me acoge,
Y sirviéndole sienta,
—A mi modo—, sus dones,
Que me agobian; su dicha
Y su paz, sus amores.

Casi todas las poesías que escribió Monseñor González tienen al principio unas iniciales que significan A mayor amor de Dios. A.M.D.A. Ad majorem Dei amorem”

DARSE A MARIA.

Es muy poco un corazón,
Para amarte a tí, Señora,
En quien nos sonríe la aurora,
Por quien el sol se nos da.

Mil tuviese, que caldeados,
A tus pies los derritiera,
Como aljófara, blanda cera
A la fuerza de tu amor.

Porque en tí como en un cofre
Enjoyado de bellezas,
Mares derrama en riquezas
La infinita profusión.

Te hizo rosa, en lo gallarda,
En pureza, como el lirio;
Pasionaria, en el martirio;
Violeta por la humildad.

Mármol y nácar la frente;
Minas de luz en tus ojos;
Carmines, los labios rojos;
El rostro de serafín.

Oro bruñado en lo linda;
Corazón... rubí quemante,
Y hermosísimo diamante
Por alma te dió sin par.

Quién ante tí, cielo abierto
Flor y luz, perla divina,
Adorando no se inclina,
A Dios a través de tí?...

Fiel vasallo, hijo, esclavo,
Mi dulcísima María,
Juro serte, vida mía,
Por tiempo y eternidad.

Morcá — Monguí — Leiva
Septiembre 1.938.

Los subrayados o negrita de la siguiente son del mismo Monseñor González, y sirven para contrastar admirablemente el poder de Dios que se esconde en la impotencia del niño recién nacido:

CONTRASTE.

Gloria a Dios, dicha cabal.
Angeles, todos, venid.
Montes todos, retozad.
Que la tierra ha florecido.
El lirio de Navidad.

Es un **niño** primoroso;
Pero es el **Dios** inmortal;
Queman su paja y pesebre
Rayos de divinidad.

Es un **capullito** fresco
Que **hoy** acaba de brotar
y sus pétalos son **siglos**
De inmutable **eternidad**.

Es tan **débil** que no puede
su cabecita menear;
y rige su **cet**ro, mundos
con un poder imperial.

Ni una **palabra** balbuce
y es Sabiduría abismal;
El **pensamiento** del Padre,
Su palabra sustancial.

Tan **pobrecito** y no tiene
En dónde se reclinar,
Y está en el Seno del Padre
Como en un **trono** real.

Tan **desnudo** que su madre,
Le ha puesto pobre pañal,
Y augusto ondula en hombros,
El **manto** de majestad.

Humilde, que en esa cueva
Ha escondido su beldad:
El cielo en éxtasis forma
Su **corte** regia, sin par.

Encarnarse fue el abismo
Que anonadó su Deidad:
Y es aún todo en el cielo
Y todo al hombre mortal.

Sotaquirá, Diciembre 26/41

EL PERDON

Aunque fuera de mieles,
De licores de amor,
Aunque exprima placeres,
Todo el mundo no vale
Lo que vale un perdón.

El sentirse la oveja,
En tus brazos; Pastor!
Que la oprimen, la besan,
Sin reproche, tus labios
Su ya blanco vellón.

Eso es Cielo, eso es gloria,
Eso nadie entendió,
Que se sienta ella loca,
Porque tu al abrazarla,
Haces uno de dos.

Que tus labios turgentes,
Que tu carne de Dios,
En un sér se entrebeban
En un nudo apretado
En un rapto de amor...

Es tan grande esta dicha,
Es tu pecho prisión
Tan feliz y tan rica,
Que yo digo en tus llamas:
Qué feliz quien pecó! ! !

Bogotá, Enero 25/42

ESTA SEÑOR MI ORACION.

Yo no acierto que será...
Este misterio en que vivo,
Una ansia de hablar contigo
Y... en tu presencia... callar.

Viviendo fuera, yo miro
Hacia aquel mundo interior,
Pero entro, y a lo mejor,
El castillo está vacío.

Ni muchedumbre ni ruido
Me sacan fuera de aquí;
Media alma siempre hay en mí
Hablando a tus pies contigo.

Hablando? No: sin hablar,
Y viéndote no te veo,
Te gozo? No: te deseo,
Te me quedas y te vas.

Aspiro el sutil perfume
Pero sin hallar la flor;
Me apresa un hilo de amor
Pero el cazador se huye...

Tú lo sabes, Dueño Santo,
Y eso le basta a mi fe,
Gózate tú, aunque yo esté
Por siempre crucificado.

UBERE DE COELO PLENO.

Como un estanque de conchas,
En que las nubes del cielo,
Sus níveas perlas vaciaran,
Vuelto néctares su seno:
Así en éxtasis te brindas,
Ubere de coelo pleno.

Fina azucena, alba rosa,
Que de noche en el secreto,
El aljófara de sus cálices
De pureza recibieran:
Hoy lo exprimes abrazándole,
Ubere de coelo pleno.

Como celeste alabastro,
De copos de ángeles hecho,
Y que todo El destilara
Aloes, nardos, inciensos;
Así lo entregas tu vida,
Ubere de coelo pleno.

Amor, ternura, paz, dicha,
Encanto, dulzura, afecto,
Besos, ardores y cantos,
Cuanto hay en el universo.
Adorándole lo dabas,
Ubere de coelo pleno.

Que la sangre de la cruz
Y las lágrimas del huerto,
Y esa carne de azucenas,
Cocida en el sacramento,
En tus labios instilabas,
Ubere de coelo pleno.

Cuanto existe en pasmo adore
Sagrado abismal misterio,
Que un manantial de ambrosía
Al que es mar, espacio y cielos,
Goteando perlas sustente,
Ubere de coelo pleno.

SER POBRE

Oh cuán bello es ser pobre!
Aunque con hambre y sed, estoy contento;
y el que nada me sobre
y me vea harapiento
es mi rico caudal, es sacramento!

Porque así mi confianza
con abandono dulce en Tí confía:
dolor, desesperanza,
no sois la herencia mía;
pendo sólo de Dios, más cada día!

La veste ya raída
disimular no alcanza mi indigencia;
mas mi labio en tu herida
—ya que me das licencia—
se baña y me empurpura tu clemencia!

Siento el frío, Señor,
que me muerde los pies y los costados;
mas caricia es de flor;
para mí son brocados
el tu desnudo pecho y pies clavados!

Tú sabes no me atrevo
a pedir en tu nombre una bellota.

Con eso acaso abrevo
de amargura una gota,
que ella misma es dulzor, pues de Tí brota.

Es grato no hacer falta
en la boda suntuosa, en el convite
ni a la fama que exalta,
ni al grande que se irrita;
el pobre ocupa un trono: el escondite.

Cuando esquivan al verme,
no me amarga sentir el latigazo;
deshechado e inerte,
siente el alma otro abrazo
y me estrecha amoroso otro regazo...

Porque el pobre bien puede
sin esquivez, remilgos ni recelos,
hasta tu augusta sede
soltar su voz en vuelos:
Padre, Padre bendito de los cielos!

Qué más me da si, estrecho,
no alcanza el pan cuanto mi labio ansía?
No se aflige mi pecho;
otra es la herencia mía:
Pan y Vino de amor, tu Eucaristía!

Hermano de la nada,
ser pobre es ser humilde y ser pequeño,
es cotejar una hada
de misterioso ensueño,
clavada de una cruz al duro leño.

Ser pobre es cuando el alma
tras duro invierno, despoja la éra,
con orar mucho, en calma,
se viste por doquiera
con la gala interior de primavera.

Al fin yo soy dichoso:
sin verte, sin oírte, yo te estrecho,
oh Dios, del alma esposo!
Te has fabricado un lecho;
en el hondón te siento de mi pecho!

Quédate pues allí,
palacio de oro de tan casto dueño;
y muerto todo en mí,
mi alma tendrá empeño
en nunca despertar del dulce sueño:

Que un día la crisálida
sembrada en el estiércol del martirio,
ni marchita, ni escuálida,
mas con alas de lirio
probará fue verdad el su delirio...

MI VALLE Y MI MARIA

Aquí le canta al valle de Rionegro donde pasó
sus primeros años.

Oh valle de esmeraldas!
De montañas azules guarnecido!
Que de sus frescas faldas
El bosque mullido
Y el cantarín te dan cristal fluído.

Cuán largo y generoso
Contigo fue el Señor de las grandezas
Acumuló gozoso
En sus manos riquezas
Y en tí volcó su cofre de bellezas!

Un cielo limpio y puro,
Embriagado de luz y de armonía,
Sin esquivéz, ni oscuro,
Que allá en su lejanía,
Hace escuchar augusta melodía...

De un secreto cantar;
Quiere ver en sus mágicos espejos
—A quien sabe soñar—
Que filtran desde lejos
Del Dios de paz suavísimos reflejos!

Tu perezoso río
Corta zigzagueante la llanura,
Fecundando el plantío,
Y al pasar, con ternura
Besa el césped y adorna la espesura.

El la vida da al maizal,
Exuberante, prieto y aromoso
Y acaricia al rosal,
Que le sonríe gozoso
Fecundo como Dios y generoso.

Qué plácido dialoga
Al desdoblar su cinta de cristales,
Con el pato que boga
O escucha los turpiales
Que le arrullán con trinos musicales

Eres mágico artista
De encantados paisajes estivales;
Eres rey que conquistas
Bellezas a raudales
Porque tus pies adornen, divinales:

Qué flores más hermosas!
Milagros de primor, oh tierra mía!
Tus camelias, tus rosas...
Florece, yo diría,
Tu mismo corazón para María!

Tu cielo y tu grama
Tu poleo, tu añís, tus sietecueros,
Todo ello es en tí llama
Que en áureo pebetero
Quemas al que es y fue mi amor primero.

Oh Valle fascinante,
De indecibles secretos y hermosura,
Basta verte otro instante,
Y brilla la faz pura
De Aquella a quien amo con locura!

Todo a Tí! Oh María!
Cantares, alegrías y bellezas,
En sin igual porfía
Celebren tus grandezas
Que son todas de Dios, són sus larguezas.

Que este Valle fecundo
Cual tapiz policromo,
Centelleante, en tu pie pudibundo
Como un rendido amante,
Lo bese con ardor a cada instante!

Y el perfume de fiesta,
Que corre por los campos aromados
Del bosque y la floresta
Y trinos orquestados;
Himnos sean de tu amor, bien compasados!

Tus vertientes, tu manto,
De variedad bordado y de primores;
Que valgan por su encanto
Cual diamantes sus flores,
Y adornen ese amor de mis amores.

Todo tuyo es María:
Cabaña y campo el prado y el jardín,
El Valle y la armonía
De su cielo sin fin:
Es tu belleza el imperial festín.

Dios de tu alma hizo un cielo
Y en su pecho colgó los pabellones
De su amor; que en este suelo
Oh Reina de Naciones!!!
El mismo sea tu incienso y tus canciones!

Oh Reina, pues tu gloria,
Es el emblema de esta tierra amada,
Obtén esta victoria:
Que tu Imagen Sagrada
Lleve cada alma en fuego cincelada.

La siguiente es una alegría y felicidad que embarga su alma, ya todo lo humano y todo lo de grandeza terrena, abandonado y perdido. En María todo lo tiene

CAMBIO FELIZ.

Madona divina,
qué quieres de mí?
cuanto soy y tengo
yo ya te lo dí.

Zumo de placeres
alejé de mí:
hastío y veneno
encierran en sí.

Oropel y visos,
riquezas de aquí,
por ser polvo y cieno
todo lo barrí.

Fama mentirosa
me arrullaba, sí:
a pompas y loas
la espalda volví.

Ya que me has lavado
de humos y de fangos
y oro baladí,
dáme ese Niñito,
gracioso y bonito
que tan guardadito
en tu mano ví.

Las dos poesías que siguen saben a ajeno
y a dolores inmensos, pero todo hace que en Cris-
to crucificado encuentre fuerza, luz y paz.

UNA CRUZ LLEVO CLAVADA.

Una cruz llevo clavada
en mitad del alma mía,
Dura, silenciosa y fría
que me hiende sin cejar.

Larga noche sin aurora
sufro ahora y en lontananza
una espada de venganza
fulge amenazante y cruel.

Es hierro, puñal, es daga,
clavo fuerte, recia espina,
mano tan fuerte y tan fina
que hace siempre agonizar.

Del pasado nada queda,
mérito y virtud no existen,
todo es un recuerdo triste,
neblina, huella, desilusión.

Qué sigue de aquí? No acierto.
su poder es adorable,
es su esencia lo inefable
y de justicia es gran Rey.

Llamo y responde el vacío;
gimo, busco, todo inerte;
habré, pues de aquesta suerte
hasta el infierno llegar?

Quiero abrir en mi agonía
los brazos de mi esperanza
y en arranque de confianza
asirme a El y morir.

OTRO DIA

Otro día, Señor,
con la cruz a los hombros,
desgarrado y exangüe,
entre espinas y abrojos,
en olvido y dolor?

Otra vez soledad
y el amargo desvío;
otra vez el misterio
y el oscuro vacío,
otra vez el penar?

Serás Tú mi dolor
y mi duro tormento,
que trituras y muelas
alma y ser? Ya no acierto
a expresar este horror.

Si tu mano es capaz
y feroz, tremebunda,
me desgarras y me hiere
cual de infierno me inunda,
sea mi pecho tu altar.

Me resigno sin más...
Resucita esta muerte,
y sin fuerzas, yo pueda,
y sin luces, acierte,
y esta guerra, sea paz.

FUENTECILLA

Oh, qué dulce va corriendo
sencilla esta fuente de agua,
con sus cristales espejos
que mira curiosa mi alma.

Filtró el pecho de roca
que se yergue en la montaña,
y es blanda más que la cera,
más dócil que la lana.

No tienen color sus ondas,
y porque es de linfas castas,
en su limpieza los cielos,
puros y azules retrata.

Ni forma siquiera tiene,
si la acribillan, se agarra,
de piedras y abrojos triunfa
porque, besándola pasa.

Qué humilde cuando en silencio
lame los pies de la grama;
qué alegre si ritornelos
en verde llanura canta!

Es generosa, pues siempre
su jugo al huerto regala;
y los jardines reviste
de finas y hermosas galas.

Es perenne, es pensativa,
vive en soledad o avanza
entre ruido impertinente
sin protestas, siempre mansa.

Es discreta y cuanto sabe
de los montes y las auras,
nunca revelan sus ondas
sino al que sabe escucharlas.

Sin errar jamás su senda,
llega del mar a la playa,
y en abrazo a lo infinito
muere, goza y se calla.

Oh fuentecilla tan bella
que estás hecha de oro y plata,
en tus perlas y cristales
baño gozoso mi alma.

Eres de María la imagen
en sus grandezas sagradas,
de su Concepción el iris
que el sol formó de tus gasas.

Toda Virgen, toda Pura,
toda Madre, toda Santa,
y tú, fecunda como Ella,
todo, como Ella, lo lavas.

Medita yo, oh Dios mío,
oh grandeza no igualada,
los secretos infinitos
que guarda una gota de agua.

Sotaquirá, 10 de Enero de 1942

DULCE NOMBRE DE JESUS.

Escucharte es melodía
que me alivia el alma enferma,
más que el canto de las auras
de embalsamada floresta,
que el arroyo crepitante
que del monte baja en fiesta,
irisándose en los juncos,
desgranándose en las piedras.

Oirlo me evoca al punto
a Belén y a sus riquezas;
las pajitas encendidas,
los pañalitos y piedras,
el manso buey y el pollino,
José, pastores y a Ella,
vuelto llamas el regazo
y su casto seno, perlas.

Con evocarlo se enciende
en mi pecho extraña hoguera
que tortura y martiriza,
que derrite y que deleita,
pues recuerdo que una cárcel
el amor le dió en la tierra:
de cielo porque está El,
de dolor por mi miseria.

Sus cinco letras son flores
de pensiles las más bellas;
más perfumadas que todas,
encarnadas, puras, frescas,
con pétalos de rubíes
sobre cálices de seda,
reventaron en un tallo,
de clavo duro y madera.

Bañan triunfantes, espléndidos
los rayos de su pureza
a mundos, cielos y espacios,
de infinitas riquezas;
cuando este nombre es un haz
de inmolaciones inmensas
en la persona de Cristo,
que al morir, ya lo fué nuestro.

En el seno está del Padre,
con halo de luz eterna,
magnificencia y de gloria
reluciente, su Cabeza,
en que los cielos adoran
con himnos, incienso, orquesta
su humillación que fué abismo,
y su gloria, que es inmensa.

Sotaquirá, 5 de Enero de 1942

Las siguientes poesías, fueron escritas, poco después de terminar la Acción de Gracias de una Misa, en el Convento de las Deificadoras de Bogotá y salvadas del olvido por una religiosa que las aprendió de memoria, poco después de extinguida la comunidad, ya que todo cuanto había de Monseñor por escrito en poder de la comunidad, fue entregado a las llamas.

ANTE MISSAM

María: te ruego que me des tu mano
Cendal de nácar en que va la aurora
Y este tu rostro celestial Señora
Riente, acariciador, virgen, humano

Tu manto en que se esconde este pantano
Tu boca que panales atesora
Tu alma, cielo que al de Dios decora
Tu corazón de amores hondo arcano

Tu pecho blando, como musgo de oro
Tus besos, tus reclamos maternos
Extasis llanto, todo ese tesoro.

De gracia y santidad vierte a raudales
Y que El te vea en mí, cuando le adore
Dios hecho pan, para curar mis males...

POST MISSAM

Y estás en mi Jesús. Oh qué contento
Muérame de amor y de ventura
No puedo resistir tanta ternura
Cómo has hecho Señor éste portento

Recuerdas que momento tras momento
En la cruz he clavado tu hermosura,
He pisoteado con mi planta impura;
Tu sangre virginal? qué vil intento!!!

Y truecas Tu mi infierno en alegría
Y haces de ésta miseria un templo santo
Otra vez tu regazo mi María

Pues nada atino ante el misterio santo.
Toma este corazón Señora mía
Y entrégaselo a El bañado en llanto.

La siguiente, también fue salvada por la memoria de otra religiosa. Hay que tener en cuenta que las poesías místicas de Monseñor González, eran compuestas al calor de la oración y al pie del Ssmo. solemnemente expuesto en sus largas horas de oración. Y muchas veces el mismo día de escritas, eran entregadas a una religiosa Deificadora buena para la música, que inmediatamente se ponía a musicalizarlas. Con frecuencia, cuentan muchas religiosas de diferentes comunidades, antes Deificadoras, al otro día se estrenaban, canto

y poesía, en la Misa de Monseñor. A veces, dicen ellas, interrumpía breves momentos el santo sacrificio, bañado en llanto, pues el don de lágrimas, sobre todo al celebrar, lo tuvo toda la vida.

A LA PUERTA.

Es verdad Pastor mío
Que has tocado a mi puerta
Recibiendo en silencio,
Porque no te fue abierta,
El relente y el frío?

Será cierto mi dueño
Que pasabas en vela
Y través la rendija
Mas que fiel centinela
Vigilabas mi sueño?

Y que el agua corría
como en muda querella
Y la mano golpeaba
Con amor, en aquella
infeliz casa mía?

Y que el agua y la sierra
Con la brisa y la noche
Entre si platicaban?
De otro amor tal derroche
No hemos visto en la tierra.

Y yo agrego Señor:
¡Ni tan cruel rebeldía!!!
Pues, Dulcísimo amante:
No era infame porfía
Desdeñar tal favor?

Pastorcito: perdón.
Te suplico de hinojos
Abatido, a la puerta
Y arrasados los ojos.
He aquí el corazón.

SER SANTO

Ser santo hilo es de luz
Colgado siempre del cielo.
En que cantan los ángeles
Se trasparenta Dios.
Aunque lleve por dentro
Cruz de dolor

Ser santo es ser jilguero
Que enriquece con oro
De trinos y cantares
La mañana y la noche
Aunque sienta estar solo
Que nadie le oye

Ser santo es como el agua
Desmadejar cristales
Y fecundar los prados
Y reflejar el cielo
Aunque entre pedregales
O sobre cieno

Ser santo es ser la rosa.
De perfumado seno
Si la pisa el viandante
Si la arranca o deshoja
O luzca en el florero
Da siempre aroma

Ser santo es armonía
Entre el tumulto loco
Es llevar luz por dentro
En mitad de las sombras
Y aunque perdido todo
Nada importa

Ser santo es dar al Padre
Un jugoso racimo
Que molido en sus labios
Le dé un jugo tan rico
Que dulcemente encierre
Sabor de Cristo

Esta otra fue compuesta con motivo de una Navidad, cuando ya tenía grandes problemas y tristezas y mostraba una alegría eterna contagiosa, que provocó la musicalización inmediata.

SOÑANDO

Acurrucadito al seno
Cual rosa primaveral;
Como un rebujo de cielo
Ella y El de gracias llenos,
Dormitaditos están.

Ella dulcemente sueña
Con un mundo sideral;
De estrellas todo enojado,
Glorias, músicas y cantos,
Esmaltado en luz y paz.

Cruzan allá serafines
Como llamas de cristal

Angeles, tronos, querubes
Rasgan ágiles los tules
De esa azul inmensidad.

Y se oye de cítaras de oro
Y arpas regias el sonar
Los coros, las armonías
Cual sagrada epifanía
Que preparándose está.

Entonces en los cantares
De esa orquesta celestial
Despierta ella del ensueño
y cual descorriendo un velo
Se postra para adorar.

Pero advierte al mismo instante
Que la abate su humildad
Que el cielo no está en el cielo
Sino que está entre su seno
Y es ese Niño sin par.

Algunas poesías escritas en el destierro.

DIVINO TRUEQUE

Trueca, Señor, te ruego, en finas perlas
Cuanto humano encuentres en mi ser.
Y que surja un palacio de estas ruinas
y haz mi noche, radioso amanecer.

Pues pareces mil veces más augusto
A la mirada humilde de mi fe
Cuando sanas, perdonas y redimes
Dando a la nada el beso de tu Sér.

EL DIVINO QUERER

Señor: que adore yo tu querer
que es cielo augusto de luz y miel.

Parece fuera martirio cruel
Y es suave hechizo de paz y bien.

Quemante fuego que mata en El
aroma y zumo de rosas es.

Flor de abismo eres, extraño edén
mata oh misterio pero a mí ven.

Y en los raudales de tu querer
sacie mi alma su íntima sed.

Si sabor tiene de una acre hiel
juro que entonces seré más fiel.

Clave y derruya, hiéndeme, pues,
filo divino de tu querer.

Perdiose todo, y ello a mí qué
ante el tesoro de tu querer?

Y en tus lagares mi altivo ser
se exprima en jugos que a Ti te den:

Triunfos y loas, himnos, placer,
gloria e incienso, mi Dios, mi bien.

Y si el infierno viene después,
ebrio lo abrazo con que allí estén:

Como martirios que me caldeen,
el fuego y llama de tu querer.

DIVINO DESEO

Que yo vuele al azul misterioso
De tu inmensidad
A beber los tesoros ignotos
Que tiene ese mar,
De hermosura, de paz y de dicha
Cual ave caudal
Que se arroja dichosa en los senos
De tu alba deidad.
Que yo sea palomica amorosa
De tu palomar.
Donde Tú, entre arrobos divinos
Que no admiten par
Ya roto en cascadas fulgentes
Ese ígneo cristal,
En torrentes de luz y de dicha
Al alma te das.

Y que en trueque al arrullo secreto,
Al pobre cantar
Que te ofrece esta alma inmolada
Vuelta ara de altar
Tú me des que yo beba en tu cáliz
Sangre divinal
Que me embriague y transfunda en el mío
Tu sér inmortal.

¿NO SERA AMOR LO QUE SIENTO?

Yo no sé que será,
Este suave tormento
Que me quema cual llama
Y me escüece allá adentro
En el fondo del alma.
¿No será amor ésto?

Y el buscar tu mirada,
Donde quiera me encuentro,
O un rasgo siquiera
De tu rostro y cabello
O tu mano ligera;
¿No será amor ésto?

Y la tierna quimera,
Y el vivir en acecho
De escuchar esa voz
Que me diga un secreto,
Que mil veces he oído:
¿No será amor ésto?

Y cuando alguien te nombra
Se dilata mi pecho
Cual buscando un escape;
Alguno que allí preso,
Por amarte estuviera.
¿No será amor ésto?

Y vivir con afanes
De buscarte y te encuentro
En los copos y espigas,
En las nubes y cielos
En las aguas y brisas,
¿No será amor ésto?

Y cuando oigo cantares,
Bajo un cielo abierto;
De aves y fontanas
Resuena al punto el eco,
Que dice en mí: María!!
¿No será amor ésto?

Y nunca hallo descanso
A todo esto que siento;
Es ardor y es dulzura;
Suave ñaga por dentro
Y es caricia amorosa;
¿No será amor ésto?

Es algo que no deja
un instante, un momento
Sin que piense en tus gracias
Oh divino tormento
Oh María dulcísima
¿No será amor ésto?

LA VANIDAD

Una tarde veraniega
Sobre un copudo arrayán
Estaba un cardenalito,
Vestido de mariscal.

Portaba flamante kepis
Bastoncillo y un fajín.
Dorada, argentada espuela
Y hasta de bozo un perfil.

Un modesto pinchecito
Que volaba por allí
Al ver semejante lujo
Respetuoso le habla así:

Mi admiración, mi entusiasmo
Mis servicios, mi lealtad,
Cual siempre, muy más ahora,
A vuesencia obsequiarán.

Hoy tendremos gran parada
Pues todo así lo hace ver,
Músicas, aviones, soldados,
Se mueve todo el cuartel.

Fuera de aquí animalucho,
Tonto, vulgar, malandrín,
Ni te conozco siquiera,
Ni quiero nada de ti.

Ya llegaron las escuadras,
Aviones, todo está aquí.
Un sólo servicio pido:
No verte cerca de mí.

.....
Cariacongojado el pinche
Del cortejo se alejó
Y abrumado de vergüenza
Piaba en un árbol sin flor.

Y meditabundo decía:
Hice mal acaso yo?
Querer servir es ofensa?
Ser leal no es gran honor?

.....
Ya la tarde iba cerrando
El crepúsculo fugaz;
Y marchose cabizbajo
Volando rumbo a su hogar.

Mas, qué encuentra en la avenida,
Donde estaba el cardenal?
Que éste pretendía, vistoso;
Por la vía atravesar.

Al peso de sus arreos,
En la tierra vino a dar,
Un ala rota y sangrante,
La cabeza en la mitad.

Y es lo peor, que una lechuza
Sonriendo a la par decía:
"Ni siquiera él tiene culpa,
De este suceso fatal".

EL LEON Y EL ALACRAN

Por un senderillo estrecho,
un león y un alacrán
Manos a boca se hallaron.

Qué desgracia! Este patán,
Ambicioso, cruel, terrible,
Va sin duda a hacerme pán
Entre su hocico sangriento,
Dijo el reptil al sultán.

Mas sin enojo, ni alarde
Responde éste con desdén:
Pasa, bicho repugnante.
Yo hiero y mato, más tén
Presente que en noble lid,
Cara al sol, y óyeló bien:
Ni a traición, ni cual cobarde,
Cuando dormidos estén.

Lo que te duele de mí,
Harto bien, yo me percato,
No es el mal, es la nobleza
Con que en la lid me bato...

Madrid — 1949

LAS ROSAS

Un secreto se esconde
En sus pechos de nácar
Y en sus copas de aurora
Gualdas, rojas y blancas.

Son suntuosas, sin duda
Opulentas, gallardas;
Son las reinas erguidas
Del perfume y las galas

Por qué, pues, tanto gozan
Consumiendo calladas,
Ante ti sus atuendos
De fineza y de gracias?

Y exhalando un perfume
En que exprimen el alma
Deshaciendo sus vidas,
Como el cirio su entraña?

No será que son bellas
Con frescura ilibada
Pero al verte, comprenden
Que ante Ti son nada?

No será que un rubor
Al mirarte las baña
Y proclaman, muriendo,
Que sola Tú, eres santa?

Exquisitas, triunfales,
Vida y muerte consagran,
A cantaros con voces
De un silencio divino,
Rosa y lirio de mi alma.

Suennens 1.946

EL BURRO Y LAS NIÑAS

Estaba un burrito viejo
En una esquina parado,
Lamentando ser tan feo
Tan pobre y tan mal hadado.

Cuando una elegante dama
Con tres pequeñitas pasa
Y al verlo, allí se detienen
Le acarician y le abrazan.

Mira, mami, qué hermosura
Qué mansedumbre, qué encanto
Entre besos y chocolates
Tiernos requiebros y canto.

Dámelo mami, lo llevo
Y le doy de mi comida
Y le defiendo del frío
Y le guardo toda la vida.

El borrico se decía:
Puede ser que no sea cierto
Lo que ven las azucenas;
Pero, cuán bellas son y cuán buenas.

Silos, agosto 6 de 1964

MARIA, RAZON DE MI ESPERANZA

Porque Ella es lo que es: la toda hermosa,
El cielo azul en que tu faz se asoma
El arca de oro, llena de tu aroma,
Flor de tu pecho, gaya y pudorosa.

Por su Maternidad inmensa, que osa,
Robarte Oh Dios; porque lial paloma
Milagro es virginal y porque toma
El Cáliz de tu cruz y bebe ansiosa.

Y porque a todos nos engendra, pura
Y al dársenos, Jesús, dice: "os perdono,
Os bendigo y os salvo" y su ternura

Le hace el pecho sangrar miel sin encono,
Y en Ella, Oh Dios! nos das toda ventura,
No la resisto más, yo me abandono.

SEÑORA: TE AMO

Te amo Señora con un ardor tal
que el solo pensarlo me quita el penar.

Es un amor fuerte y suave a la par,
es llama y es aura, caricia y puñal.

Es amor constante cual de un hijo fiel
que a trueque de todo vivirá a tus pies.

Puro y transparente como agua y cristal
suave e impalpable cual luz matinal.

Un mayo es de flores que en mi pecho está
colores y aromas sin cuento te da.

Al carbón la llama encendió por fin
en áureo penacho se funden así.

Ello es cual si fueses. Direlo?... Oh sí!
"Que tu misma vives y te amas en mí".

Sobre la poesía mística de Monseñor González cabe anotar que casi todas eran escritas al calor de la oración, como he oído de boca de varias ex-Deificadoras. Una de ellas manifiesta que con frecuencia, después de la Misa, cuya acción de gracias, cuando no tenía urgentes actividades se prolongaba hasta por dos horas, al ir a observar el estado de los cirios que ardían ante el Ssmo. solemnemente expuesto, como costumbre diaria a veces pedía papel y sacando de su bolsillo su estilógrafo comenzaba a escribir, lo que había pensado en esos momentos. Otras veces, era el fruto de sus oraciones nocturnas, generalmente prolongadas hasta la media noche y aun hasta la madrugada.

Fueron muchas las poesías que compuso, unas con rima perfecta, otras con sus imperfecciones, como fruto del instante y sin pulimiento; unas letrillas sencillas y otras de mayor estro. Casi siempre eran musicalizadas por dos religiosas: una que tocaba el piano y otra que trasladaba a nota.... En la Santa Misa del día siguiente, se estrenaba la poesía.

Cuando se dió orden de suprimir la Comunidad, todo escrito en poder de las religiosas, fue de comisado e incinerado. Pero como eran poesías musicalizadas y cantadas frecuentemente, muchísimas de ellas fueron reconstruidas por diferentes religiosas, que apenas llegaron a su hogar, cogieron papel en sus manos y transcribieron lo que había sido solaz en sus años de Comunidad. Otras, fueron conservadas por algunos sacerdotes, más o menos allegados a las Deificadoras y al Sr González, que a pesar de la incineración a que casi to-

dos los otros sometieron los apuntes numerosos y cuidadosos que llevaban de cuanto oían de Monseñor, no lo quisieron destruir.

Porque si cuanto dijo Monseñor en sus pláticas espirituales se hubiera conservado y cuanto religiosas y sacerdotes apuntaban cuando le oían, hoy tendríamos tal vez volúmen grueso. Pero eso si quedó todo reducido a pavesas.

Al terminar esta selección de poesías de Monseñor González, que no ha podido ser estrictamente sino de las que escribió en Colombia, y apenas algunas de las que escribió en Europa, durante los 22 años de su ausencia de la patria, cabe hacer algunas consideraciones.

En los hombres ambiciosos de gloria humana, una serie sucesiva de fracasos humanos produce en ellos una gran insatisfacción y un malestar y ansiedad generales que los lleva a una lucha con el dolor que los desespera y llena de dudas. En Monseñor González, ocurrió todo lo contrario, por la intensa vida interior, el don extraordinario de oración que poseyó hasta la muerte y la comprensión del dolor humano, permitido por Dios para purificación del alma.

Los faltos de fe y de piedad, cuando se ven estrujados por el dolor se vuelven escépticos, materialistas o ansiosos de buscar en la ciencia la respuesta a su dolor. Pero la ciencia desespera sin curar. En todos los caldos de cultivo de los laboratorios, no han podido fabricar la pílora que cure de la ansiedad o la tristeza. Y en todos los mundos siderales, nadie ha podido decir si hay seres o lugares para revivir un día. En cambio,

inteligencias como la de Monseñor González, levantada a oráculos eternos y eternas esperanzas, de oración remontada y de místicas contemplaciones, se lanza al canto, al himno, al encomio al dolor, siempre con la mirada puesta en los reyes del sufrimiento: Jesús y María.

Tiene prosaismos, tiene imperfecciones, como sucede siempre en el poeta fecundo que muchas veces se deja llevar de la urgencia de exteriorizar la inspiración. Pero qué riqueza de epítetos; qué variedad de temas y qué sentimiento de amor, esperanza y valor, el que trasminan todas esas poesías.

Imita con admirable maestría a los grandes poetas españoles del siglo de oro. Parece a veces que uno lee algo de Lope de Vega, Calderón de la Barca, Sta Teresa de Jesús o Tirso de Molina.

La mayoría de las poesías aquí transcritas llevan el sello del amor al sufrimiento y del santo, enamorado, de Jesús y de María. Una misteriosa audacia, que no entienden los profanos y amadores del placer, hay en muchas de ellas, para pedir y buscar y aceptar el peso de las cruces todas. Con tono unas veces lírico y otras épico, ellas despiertan la admiración más profunda, pues llevan el sello de una belleza clásica y florida, de epítetos muy suyos, erguidos como banderas de triunfo, en medio del naufragio de la grandeza y poderío humanos.

En medio de ese impulso hacia el sufrimiento, su espíritu halló siempre el consuelo y la ternura de La Mujer, hermosa entre las mujeres, que calmó sus amarguras.

De joven, apenas traspasado el lindero de los vibrantes 21 años de existencia, compuso un poema inimitable y heróico, al dolor por amor a las almas, escrito en prosa brillante y coruscante, muy propia de la fantasía del recién entrado a la mayoría de edad cronológica. Pero ya hay allí garra de poeta y de poeta grande.

A personas que lo conocieron íntimamente, les he oído decir que cuando más problemas y penas tenía, más eufórico, retozón y alegre se mostraba. En ocasiones, con aquella memoria feliz y extraordinaria que poseyó, se ponía a recitar bellas poesías de su propia cosecha. Otras hacía que le cantaran letrillas y canciones alegres.

Cuando la ola de la tribulación se lanzaba sobre él, se erguía y se lanzaba a mecerse sobre ella, mirando siempre la inmensidad del cielo de luz y fe que divisaba en lontananza. Nunca se dejó hundir ni permitió que el resentimiento, la amargura o la maledicencia lo envolvieran. Es uno de los rasgos más admirables de su poesía: el entero y absoluto entregamiento a la vocación al sufrimiento y al dolor, para asemejarse más a Cristo paciente.

A través de la lectura de sus poesías, ve uno claramente que presintió cruces y amargas y no solamente las aceptó sino que las pidió y las llevó con alegría sobre los hombros.

Monseñor Baltazar Alvarez, Obispo de Pereira que lo conoció íntimamente dice: "imposible describir la cantidad de espinas y cruces que rodearon este varón de dolores y esto hasta el último instante de su existencia. Y a esto se agrega

el espíritu de penitencia pues los que lo conocimos de cerca sabemos muy bien de sus frecuentes ayunos, sus agudos cilicios. Sus ropas aparecían frecuentemente salpicadas de sangre a causa de las fuertes disciplinas y eran tales los azotes que se daba delante del sagrario que muchas veces los paños del altar aparecían salpicados de sangre. Las hondas penas y los profundos sufrimientos que padeció Monseñor González parece como que el mismo los hubiera presentado desde los días de su juventud, cuando compuso su **Acto de Amor a María**. Esa página enoblece la literatura colombiana y puede figurar al lado de los más grandes místicos de la lengua castellana”.

Lo mismo podemos decir de sus poesías místicas: tienen un fondo tan admirable, están llenas de frases tan castizas, exquisitos vocablos y enjoyada en tal brillantez de imágenes, que son un banquete espiritual para la inteligencia y para el corazón que ama a Dios y a María.

Del amor a María que resuman todas, tenemos pruebas casi póstumas, pues la Novena a N. S. de Belén fue compuesta por él. Y los versos que en ella están, fueron de los últimos y a los que puso tal cuidado, que ya en su lecho de moribundo, todavía le envió un recado al P. Carlos Mesa, manifestándole que le cambiara tal verso, en otro distinto, como se lo envió.

El caudal poético de Monseñor González es abundante: más de 340 poesías, sonetos, letrillas, elogios al dolor y a la cruz, alabanzas a la Virgen y al Niño, a las fuentes, al Páramo, etc.

Fecundidad, devoción profunda, gracia y galanura, gallardía castellana éxtasis constante de amor ante la belleza humana y divina de Jesús y de María y una piedad tan de santo en su inspiración religiosa, que caldea sus letrillas y cantares; estribillos, villancicos, diálogos y enigmas, sonetos y octavas, idilios y endechas.

Hay a veces una mezcla admirable de lo jovial con lo místico, lo tierno con lo sublime lo exquisito con lo rudo en la expresión de humildad, que llenan de embeleso al lector cuidadoso.

Nadie como Monseñor González Arbeláez ha cantado en Colombia y creo que ni en América, las dulzuras del dolor; los misterios del sufrimiento y los secretos de la humillación, permitida por Dios. Y es porque nadie en Colombia, subió más alto, en más vertiginoso vuelo de victoria humana, adornado con más atributos de inteligencia, corazón, cerebro, naturaleza y aura popular, apenas en la radiante plenitud del varón de cuarenta años gloriosos, para caer definitivamente y por el resto de 22 años de silencio heroico, en la soledad, el destierro y la oscuridad.

Esta selección de poesías que hemos presentado junto con la que se publicará, todavía desconocida, nos colocarán en el Panteón de los Grandes Poetas Místicos del habla española, a Monseñor Juan Manuel González con derecho propio.

LAS MANOS DEL DIVINO SALVADOR

(En honor al Excmo. Dr. Juan Manuel González, para ofrecerle el anillo pastoral, recuerdo de los Superiores, profesores y alumnos del Seminario de Medellín. (1933), octubre).

Manos del Salvador. manos divinas
que acariciaron rubias cabelleras
de niños inocentes; mensajeras
de paz y bendición; manos divinas.

Manos que al escribir sobre la tierra
la sentencia fatal, de los escribas,
cambiaron de la adúltera la pena
en manantial perenne de aguas vivas.

Manos que bendijeron placenteras
al tierno niño, de Jesús testigo,
para hacer de su carne pura, trigo,
que molerán los dientes de las fieras.

Manos que al bendecir los cinco panes
y los dos peces, los volvieron miles,
para saciar el hambre a los humildes
que por Cristo olvidaron sus afanes.

Llenas de indignación manos que a tantos
infunden miedo... vibran los cordeles
para arrojar del templo los infieles
que profanan los lugares santos.

Manos que libertaron del abismo
a Pedro que dudaba... y que se hundía
para enseñarle a ser piloto y guía
en el mar de impiedad y de egoísmo.

Manos que a la ovejuela descarriada
llevan sobre los hombros con dulzura,
para darle después el agua pura
y el exquisito pasto de la Amada.

Manos de un Dios que sin oír las rudas
protestas del Apóstol se humillaba
hasta lavar los pies a los que amaba:
a Pedro y a Santiago, a Juan y a... Judas.

Manos que repartieron amorosas
y llenas de Piedad la Eucaristía;
Manos intensamente dadivosas
pues dieron a Jesús, cuanto tenían.

Manos clavadas en la Cruz con clavos
de ingratitud y de perfidia y dolo,
manos clavadas para siempre... solo
de amorosa locura hacen esclavos.

Manos que al de Emaus el velo arranca
con la nobleza en el partir del pan;
manos Blancas, eternamente blancas
que a nadie quitan y que a todos dan.

Manos del buen Samaritano, puras
como la luz y como almíbar suaves
para el alivio de todos los pesares
con el óleo de todas las ternuras.

Así serán las manos Pastor Santo
que el rito ha consagrado más sublime;
entre ellas dulce verterán su llanto
todos aquellos que el dolor redime.

Para esa mano modeló el artista
áurea sortija, talismán divino,
al que realza en vez de un amatista
la imagen de la Estrella del Camino.

La imagen de la Madre Inmaculada
entre el fulgor de nítidos diamantes:
son lágrimas sentidas y quemantes
de vuestra triste grey desconsolada.

La Virgen Madre os llevará a la cumbre
del áspero sendero que hoy empieza,
y os guardará su virginal pureza
contra las furias de la muchedumbre.

Bernardo Jaramillo Martínez
Pbro.

EPILOGO

Creo, al terminar esta corta Biografía y selección de poesías de Monseñor González Arbeláez, que su grandeza fue tal y lo dotó Dios de tantos dones que necesariamente tenía que provocar, admiración, adulación, entusiasmo delirante, por parte de unos y envidia, con todas sus secuelas, por parte de otros.

También, sucede que personajes de un filtro de simpatía de esa naturaleza; de una atmósfera de grandeza tan natural y espontánea; con dones extraordinarios y únicos de toda especie, aun humanamente hablando, son rodeados con oropeles y aura de propaganda, por muchos que solamente perciben los pormenores. Por eso muchos no lo comprendieron y llegaron a odiarlo porque lo involucraron con la categoría de los seguidores de pormenores de su personalidad y no con la categoría de los seguidores de su espíritu.

Al P. Hernando Barrientos le oí decir de Monseñor González, ahora después de la apotheosis del regreso de su cadáver: "Si quieres acertar en una biografía de Monseñor González Arbeláez, obsérvalo a través de sus amigos verdaderos y admira sus virtudes; y a través de sus caricaturas y observa sus defectos; al Sr. González triunfante a través de sus caricaturas y al Sr. González humillado a través de sus

amigos fieles. Ahí encontrarás: santos, instintivos, pero finalmente siempre amigos; amanerados y pequeños; calculadores; negociadores; deseosos de medrar a su sombra; ingenuos y de buena voluntad; preocupados por la virtud; curiosos y explotadores de su prestigio. Ahí encontrarás: Juanes, Judas, Natanaeles, Santiagos y Pedros. Y te digo más: muchos de ellos si valen hoy algo, es por haber sido amigos de Monseñor González; y si son pequeños y tienen pequñeces es por haber sido enemigos de Monseñor González... Yo nunca pude entender a los amigos a través de los triunfos de Monseñor González, y que lo seguían en detalles; pero los conocí en la hora de su humillación a través de sus planteamientos de fondo”.

“Se ha asegurado por muchos que Monseñor González era ingenuo y crédulo. Se equivocan por la mitad de su barba. Era perspicaz, sagaz, conocedor de los hombres. Lo que pasa es que tenía un concepto de la caridad, tan grande, tan inmenso, tan ancho y tan profundo que prefería dejarse engañar a sabiendas, antes que herir esa virtud. El, el manirroto incorregible que todo lo daba, sabía que muchos lo estafaban y se reía interiormente, al ver que se iban convencidos de que lo habían estafado, cuando él, por caridad les daba para gozar.

“Eso de decir y explanar ante la faz de la Nación en el momento más solemne de la república y cuando él está en el pináculo de los honores y lo tiene todo en sus manos: “No aceptamos ni queremos un tal saludo comprado con la prevaricación y el envilecimiento. Y se-

pan los señores del Concejo de Bogotá que aprobaron esa **infamia** que de manera **definitiva, rotunda, inflexible** rechazamos esa proposición **artera, villana e insolente...**, etc.... Eso no es ingenuidad. Eso es de un Príncipe que ante la verdad y el honor de la Iglesia, vulnerados se lo juega todo y se siente grande; es grande por la gracia de Dios”.

“Eso de prohibir bajo pecado un periódico como “El Tiempo”, de Bogotá, cuando hace poco el partido que ese periódico defiende ha obtenido mayoría en las Cámaras Legislativas, eso no es ingenuidad. Eso es jugarse todo por defender los derechos de la Iglesia, frente a leyes que se quieren aprobar, y ese periódico defiende con persistente y virulenta sagacidad.

“Eso de traerse al Santísimo para la apoteosis única de la América, hace 31 años, en un avión, contra el parecer de algunos apegados a la letra que mata, porque no ha llegado de Roma un permiso que se supone, porque sabe que las glorificaciones a la Eucaristía se agigantarán más, eso no es ingenuidad... Eso de recorrer partes importantes del país robándole a su sueño y a sus actividades de Arzobispo de la Arquidiócesis Primada, con el fin de fundar rápidamente centenares de Sindicatos católicos, para oponer al Frente Sindicalista orientado contra la Iglesia y dirigido por mentalidades netamente marxistas, eso no es ingenuidad. Eso es mirar hacia adelante y no a través de los velos calculadores y cobardes”.

“Eso de lanzarse en un ambiente de pobreza y sin recursos a fundar una editorial y

una empresa de películas, hace 31 años, eso no es ingenuidad. Eso de entender el amor a la Acción Católica en forma tan impresionante que promueve Congresos, Semanas Nacionales en una y otra capital de Departamento, sacudiendo el marasmo de muchos católicos y lanzando al apostolado, a laicos de prestigio, eso no es ingenuidad; eso es entender para qué le han hecho un nombramiento que se llama Asistente Nacional de A. C.”.

“Eso de no tratar de quedarse en el ambiente rutinario de un escritorio administrativo, donde hay elementos que no lo quieren, que lo envidian, que en su pequeñez, creen que los va a relegar y más bien los deja tranquilos en la posesión de su felicidad, eso no es ingenuidad; eso es caridad”.

“Eso de obrar con independencia y valentía como obra él en una ciudad que reúne todos los defectos de las provincias como Bogotá y donde tener ciertos apellidos es más que tener méritos, eso no es ingenuidad; eso es ser grande por naturaleza y no tener miedo de perderla con tal de cumplir un deber”.

“Así como Bogotá no producirá otro hombre de la categoría de Miguel Antonio Caro, Antioquia tampoco producirá otro hombre de la categoría de Monseñor González Arbeláez, recificación osada del ambiente que le tocó de marco. Ese marco le resultó pequeño, porque era un hombre que se sobraba. Por eso he admirado las siguientes frases de Monseñor Guillermo Escobar Vélez, gran amigo de Monseñor González a quien nunca le dió por buscarlo en

la hora del Tabor, pero lo defendió en la hora del Calvario, como varios otros auténticos amigos de él. Cuando el Seminario de Medellín le hizo al Sr. Escobar Vélez el homenaje con motivo de su Consagración Episcopal, al responder el discurso de agasajo, entre muchas otras cosas dijo: "Veintisiete años de mi vida se vivieron en esta santa casa de Dios, mi Seminario. Decidme si la tengo que amar. El Seminario revivido en mis primeros años con la venerable figura del ilustre rector P. Guillermo Gómez, ciencia vasta y profunda; piedad tierna como de niño; hermano hasta con el mínimo sacerdote; puro y noble en el ejemplo. El Ilustre Prefecto General de aquellos años, el Excmo. y Rvdmo. Sr. Juan Manuel González Arbeláez, Arzobispo y Obispo titular, por plebiscito de todo el clero colombiano y de los fieles, de todas las arquidiócesis y diócesis de Colombia".

"Inclusive, pienso que Monseñor González Arbeláez, fue grande hasta en la amistad, que es la pasión más grande que hay en el corazón humano, porque un amigo verdadero es un hermano que se escoge con la inteligencia y a veces exige tremendos sacrificios, no abandonarlo".

"Finalmente Monseñor González sufrió con toda la intensidad posible en una personalidad avasallante como la suya, en medio de la alegría, una alegría contagiosa, rara, única, impresionante verdaderamente para quienes lo tratamos en su destierro de España, sabedores de todos sus magnos sufrimientos y humillaciones. Y que sufrió, pero con la esperanza del

premio del sufrimiento, me lo prueba esta anécdota con que doy por terminada esta charla contigo, mi estimado Jaime.

“Una tarde anduve con él en Madrid, mucho, porque le encantaba y después que hubo terminado un concepto que él me expresó sobre la urgencia grande de que Colombia se dedicara con alma, vida y corazón a la educación, su más grande necesidad y después de haber hablado del Magisterio y la Pedagogía en términos que me admiraron, le dije: Monseñor: si Ud. no se vuelve para Colombia, a luchar por eso que me dice, va a sufrir purgatorio, cuando muera. Me apretó el brazo y entre una sonrisa, que más bien tenía de ironía, me contestó: más purgatorio? más?...”.

La Biografía completa de Monseñor González Arbeláez, todavía se demora. Será necesario esperar algún tiempo, cuando ya el personaje esté como decantado. Como muy bien se ha dicho siempre: un personaje verdaderamente grande, para apreciarlo históricamente, como sucede con los cuadros célebres, hay que mirarlo a distancia, para poder percibir el ambiente. Cuando uno viaja en tren, las cosas que están al pie de la carrilera se ven al mismo vaivén; las montañas se ven inmóviles.

La perspectiva histórica que da la distancia, tenemos que esperarla, por muchas razones. Otros analizarán al personaje haciendo de él la perfecta Biografía. Lo nuestro, apenas ha sido “Algunos Datos para la Biografía de Monseñor Juan Manuel González Arbeláez”.

APENDICE

Algunos Documentos sobre la Reforma Concordataria de 1942

Los puntos que provocaron tan tremendas discusiones fueron, en resumen, los siguientes:

Artículo Segundo: Los obispos deben presentar al Presidente Colombiano el siguiente juramento: "Juro y prometo fidelidad al Estado Colombiano. Además, juro y prometo que no participaré, ni permitiré que mi clero participe en ningún acuerdo o consejo que pueda perjudicar al orden público o a los intereses de la Nación". A este juramento se debe añadir la frase: "como conviene a un Obispo".

A esto se objetó por los enemigos de la reforma, que la expresión, "orden público", es vaga en las nociones de derecho público y de esa ambigüedad se puede abusar por gobiernos mal intencionados o despóticos. Además, es deprimente para la dignidad episcopal dar un juramento cuya fórmula específica no se exige a ningún colombiano.

Artículo Cuarto: "El Estado colombiano, acatando las tradiciones y sentimientos religiosos de la nación, reconoce plenos efectos civiles al matrimonio católico, celebrado en conformidad con las normas del derecho canónico".

Artículo Quinto: "Los contrayentes están obligados a dar oportuno aviso al competente funcionario civil de su intención de contraer matrimonio católico, al efecto de que dicho funcionario pueda ordenar también las proclamas o publicaciones de carácter civil".

Artículo Séptimo: "Antes de la celebración del matrimonio, el sacerdote que deba asistir a él, exigirá a los contrayentes la presentación del certificado auténtico en que conste que el funcionario encargado del registro civil ha sido citado para el día, hora y lugar en que deba efectuarse la ceremonia".

Artículo Octavo: "Inmediatamente después de la celebración del matrimonio canónico, el sacerdote explicará a los esposos sus efectos civiles y les leerá los textos de la ley que definen los derechos y obligaciones de los cónyuges. La Santa Sede y el Gobierno determinarán los textos de la ley civil que el sacerdote debe leer a los contrayentes".

Artículo Noveno, inciso 2º: "Uno de los ejemplares del acta matrimonial será transmitido por el párroco al funcionario encargado del registro civil, dentro de los seis días siguientes al matrimonio". Luego en las notas cruzadas entre el Secretario de Estado de S. S. y el Embajador colombiano se convino, como explicación a estos artículos sobre matrimonio, en que el registro civil del matrimonio católico es condición indispensable para que dicho matrimonio produzca efectos civiles. El Embajador colombiano explicó también que en las leyes y decretos reglamentarios se "incluirá una disposición que establezca la necesidad de dicha inscripción y declararán las sanciones civiles para el caso en que ella no se haga".

Artículo 10: "La Santa Sede consiente en que las causas de separación de cuerpos sean juzgadas por los jueces del Estado".

Artículo 11: "La Santa Sede y el Gobierno convienen en que la administración de los cementerios del país, que actualmente está a cargo de las autoridades eclesiásticas, pase a las civiles, reconociendo a la Iglesia el derecho de velar, de acuerdo con éstas últimas, porque se observen el orden y el decoro debidos en esos lugares".

Todos los opositores a la Reforma hicieron, entre muchas, las siguientes observaciones a este régimen sobre matrimonios, en los numerales 4 a 10. "No existiendo para los católicos la obligación de unirse por el matrimonio religioso, síguese que se establece para ellos el matrimonio civil llamado facultativo, porque la ley civil lo ampara y le concede efectos civiles. Entre muchos gravísimos inconvenientes resultará el siguiente: cuando uno que se ha casado civilmente y por tanto con matrimonio válido, quiera arreglar su vida, en conformidad con las leyes divinas y pida el matrimonio católico con conyuge distinto, ¿qué se hará?

Sobre proclamas civiles, se objetó que una gran mayoría de matrimonios, se celebra con dispensa de esas proclamas.

El requisito que se exige de inscripción del matrimonio católico en la oficina de registro civil, para que produzca efectos civiles, se presta a que por el sólo hecho de descuido, malicia o venalidad de un funcionario civil, esa inscripción no se haga, y el matrimonio canónico pueda caer en desprestigio.

La exigencia de un certificado del empleado público, indispensable para que el sacerdote asista a la celebración del matrimonio católico, aumenta

trabas al matrimonio y bien puede suceder que en numerosas ocasiones, un funcionario caprichoso, interesado o vendido, cosa tan frecuente en ellos, ponga esta traba para la celebración.

El Artículo Noveno expone a que jueces civiles obren en forma interesada y no logren lo que constantemente se logra por el camino de la persuasión o sea que cónyuges en disputa, vuelvan al camino de la pacífica convivencia.

En cuanto a los cementerios, no aparece claro si será un despojo práctico de propiedades, sin indemnización o sea ¿será a título oneroso o a título gratuito? La vigilancia de los cementerios por parte de la autoridad eclesiástica de acuerdo con la civil será ocasión de continuas dificultades porque en una y otra existen criterios absolutamente diversos.

El Dr. Alfonso Uribe Misas, en una carta famosa al Excmo Sr. Nuncio explica por qué los parlamentarios conservadores (64); un grupo fuerte de Obispos y Arzobispos, casi toda la prensa conservadora y numerosos juristas también conservadores, se han manifestado inconformes con la Reforma y están convencidos de que no obran en forma que ni de lejos se pueda considerar "cisma" ya que el mismo Sr. Nuncio en otra carta famosa advirtió "que los parlamentarios conservadores podrían influir en el sentido de procurar que esa aplicación o reglamentación de la reforma sea lo más conforme a los intereses de la Iglesia".

Y "¿cómo podríamos influir, dice el Dr. Uribe Misas, los católicos en el ánimo de un gobierno masonico que ha logrado hacernos retroceder al siglo pasado? Por eso estamos convencidos que nuestra misión debe cumplirse en forma preventiva, cuando la reforma se discuta en el Parlamento, única oca-

sión que tendremos para impedir la consumación del grave daño por venir”.

“Mi insuficiencia, (dice el Dr. Uribe Misas) no ha podido entender Excmo. Sr. por qué el Estado que es una de las partes contratantes no puede discutir libremente la reforma ya aprobada por la otra parte, que es la Santa Sede”.

El representante del Estado colombiano fue el negociador Dr. Darío Echandía, que no es más que un agente provisional o accidental que negoció “ad referendum”, esto es, con la condición de someter a la futura discusión y aprobación del Estado el acuerdo celebrado.

“Y el Estado, ¿por conducto de quién expresa en definitiva su última y deliberada voluntad? Tratándose de Colombia, estado republicano y democrático, por conducto del Congreso Nacional, ante quien el Ministro de Relaciones Exteriores presenta un mero proyecto, suscrito por el Embajador y aprobado por la Santa Sede, a ver si también el Estado colombiano lo aprueba. Y mientras el Congreso no discuta, libremente y apruebe ese proyecto, es evidente que lo acordado hasta el momento, carece en absoluto de mérito jurídico”.

“Al obrar así, Excmo. Sr. los parlamentarios católicos vamos a ejercitar un derecho que nos otorga nuestra Constitución y que la misma Santa Sede nos refrenda al someter a nuestro estudio un pacto negociado “ad referendum”.

“Nuestro “orgullo”, es el de ser católicos sinceros y que profesamos filial cariño a nuestra Madre la Iglesia. Al obrar así, no proclamamos “rebel-día” alguna, ni provocamos “cismas”, porque hijos

sumisos, somos y seremos siempre de la Santa Madre Iglesia”.

“Parécenos más bien señor Excelentísimo, que al discutir libremente la reforma concordataria, nos sentamos en cordial mesá redonda con nuestros Pastores a colaborar con ellos en la solución del magno problema de conciliar los intereses de la Iglesia y del Estado. Es la colaboración de los laicos tan ardientemente deseada y solicitada por los Pontífices, especialmente por la Santidad de Pío XII”.

“Nosotros, obrando, como supremos negociadores por parte del Estado colombiano, vamos a dialogar cordialmente con nuestros Pastores para decirles: “Los puntos de vista expuestos ante la Santa Sede por el actual gobierno colombiano no constituyen el auténtico anhelo nacional. Las ideas que el Embajador colombiano expresó a la Santa Sede en nombre del Gobierno, no son las ideas de todo nuestro pueblo. El ambiente social que el Plenipotenciario civil, pintó ante el Negociador Eclesiástico, no es el verdadero ambiente en que vivimos. El Gobierno se extralimitó en sus peticiones, al instruir a su plenipotenciario para que solicitara concesiones que nuestro pueblo no necesita, ni anhela, sino que rechaza abiertamente”...

La carta, de la cual transcribimos apartes apenas, termina así: “Podrá decirse que, negada la reforma, vendría la vindicta persecutoria del Gobierno. Que venga Excelentísimo Sr., que venga. De las hogueras de Nerón surgió el fénix redivivo que abrió con sus alas los infinitos horizontes del cristianismo; y de los vastos piélagos de sangre martirizada, emergió siempre inmortal y eterno, el espíritu de Dios”...

Documentos del Excmo. Sr. González y del Excmo. Sr. Nuncio

Con motivo de todas estas violentas y tremendas disputas sobre la Reforma, hubo manifestaciones claras y de trascendental importancia, que dan mucha luz al problema.

El Sr. González, en carta de septiembre de 1942 a Monseñor Nereo Piedrahita, Vicario General de la Arquidiócesis de Popayán, en la cual protesta por las publicaciones de "El Tiempo" contra su Arzobispo y le pide normas para obrar, contestó así:

Muy querido y estimado Monseñor Piedrahita:

Sabe Su Señoría hasta dónde me obliga su comunicación de ayer, fiel reflejo de lo que es su noble alma sacerdotal, ejemplo de virtudes, merecedora del agradecimiento de la Arquidiócesis.

En relación con las normas que S. S. me pide para el clero y para los fieles en estos días en que las potestades del mal tratan de esparcir confusión en el ambiente, con sumo gusto y cumpliendo un deber sagrado, paso a indicarle brevemente lo fundamental.

En la capital cuestión del Concordato, debemos mantener una filial y segura confianza en que la Santa Sede ama y defiende la causa católica con la asistencia divina y con la sabiduría suma. Si ella ha pasado al legislador colombiano el Pacto en curso para su debido estudio, es nuestra obligación esperar y aceptar lo que, una vez llenadas todas las tramitaciones, ella nos ordene y disponga la ley de Colombia. Ante todo, instemos con súplicas constantes al Altísimo para que se digne iluminar los entendimientos y esforzar las voluntades de quienes han de decidir

en tan trascendental negocio, a fin de que en su solución definitiva prevalezca la mayor gloria de Dios y el mayor bien de la Iglesia, que es el de las almas.

En la Arquidiócesis no se ha pronunciado ni escrito en cuatro siglos de vida que tiene la nación una sola palabra de cisma o herejía; la inmaculada fe romana, la inquebrantable disciplina para con esa Santísima Sede, es nuestro blasón de orgullo, nuestro broquel más firme. Las apreciaciones irreverentes y calumniosas de la prensa masónica no alcanzan a desviar el sano criterio de los fieles que sí aman y sí obedecen sinceramente a Jesucristo en la persona sagrada de Pío XII y de su ilustre representante entre nosotros. La división de ánimos en el episcopado colombiano no es un hecho sino un vivo anhelo mal disimulado de los enemigos de la iglesia entre nosotros, como dondequiera. Puedo, en el caso concreto asegurar a S. S. que todos los preladados colombianos amamos, admiramos y veneramos a ese noble anciano que admitirá pares, no superiores en virtud, en celo por las almas, en generosidad y abnegación por servir a Dios y que levantado al paves de la primera sede de la república es también dueño del respeto y del acatamiento de todos nuestros fieles.

La atonía moral de la francmasonería no puede turbar el poderoso ritmo de la vida cristiana que alentamos: en Jesucristo somos un solo corazón y una sola alma.

Con respecto a "El Tiempo", transcribo a S. S. la parte de un decreto emanado de esta Curia. (Aquí los apártes).

Con el afecto más paternal y sincero, me repito de S. S. affmo. en J. y M. Juan Manuel Arzobispo de Popayán.

Declaración del Excmo. Sr. Nuncio.

El 29 de octubre publicó "El Catolicismo" de Bogotá una extensa declaración firmada por el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico Mons. Carlos Serena. Es una carta en que aclara y rectifica al Dr. Laureano Gómez, por algunos fuertes comentarios sostenidos la noche anterior en un discurso del Senado. La fuente de donde tomo este documento es "El Pueblo" de Medellín y por eso me perdonará el lector que únicamente transcriba fragmentariamente.

El Sr. Nuncio Apostólico comienza diciendo que, en vista de las declaraciones hechas por el Dr. Laureano Gómez en su discurso de ayer en el Senado, cumple con el deber de rectificar, por volver por los fueros de la verdad, gravemente lesionada en ellos y porque tales cargos alcanzan directamente a la Santa Sede, de la cual él es representante. Advierte que es "falso e injurioso el cargo de indiferencia y desprecio por la nación colombiana y mucho más por sus intereses espirituales, cuando a ellos ha consagrado sin descanso todos sus esfuerzos y desvelos.

De aquí en adelante transcribimos textualmente los otros puntos expuestos entonces por el Excmo. Sr. Carlos Serena.

Cuarto.— Respecto a los asuntos sobre los cuales se ha expresado la inaudita pretensión de exigirle al representante diplomático de Su Santidad públicas informaciones, que a ningún otro diplomático se atrevería nadie a exigir, como en lo que se refiere al "agrement", sólo cabe la declaración más enfática de que el Nuncio ha cumplido con su deber de informar plenamente a la Santa Sede y hoy mismo nada tendría que añadir.

Quinto.— Siempre que la Santa Sede solicitó informes previos acerca de la celebración de la convención reformativa del concordato, el Nuncio los dio después de consultar el parecer de la comisión constituida, con el consentimiento de la Santa Sede, para ese efecto. De ella formaron parte varios excellentísimos prelados y eminentes sacerdotes y religiosos, versados en derecho canónico y conocedores de la situación político-religiosa del país.

Además, cabe tener presente que después de la conferencia episcopal de 1936, fue, al respecto, nombrado un representante del excellentísimo episcopado en Roma, en la persona del egregio colombiano R. P. Juan María Restrepo R., S. J., actualmente teólogo penitenciario, conocedor de su patria y especialista en materia concordataria.

Además, prevenimos oportunamente al eminentísimo secretario de Estado de la llegada de los señores obispos colombianos a Roma, con ocasión de la visita ad-limina, para que ellos pudieran ser oídos con toda libertad sobre los puntos de la reforma concordataria, por si la Santa Sede juzgaba oportuno interrogarlos. Evidentemente, todos los informes y conceptos podían ser expresados en la Curia Romana "ad referendum". Es sabido que la Santa Sede se reserva privativamente la negociación de pactos concordatarios, hasta el punto de que en algunos casos, como en el del concordato celebrado por Benedicto XIV con España, ni siquiera se comunicó al Nuncio en Madrid sino cuando se habían concluido las negociaciones.

Sexto.— Es absolutamente falso que el Nuncio haya manifestado a nadie, ni directa ni indirectamente, a algún eclesiástico o seglar, que se debía

formar un grupo parlamentario que tratara de impedir la aprobación de la reforma.

Alguna persona expresó al Nuncio el deseo de que por razones de oportunidad se solicitara al gobierno el aplazamiento de la presentación de la reforma ante el congreso; el Nuncio respondió que él no podía hacer esa solicitud, pero no se opuso a que otros la hicieran, ya que no tenía en ello premura, y ese aplazamiento daba más espacio para el estudio de la reglamentación ulterior de las estipulaciones acordadas.

No sería raro que, abusando de la idea de que el Nuncio "no se sabe expresar en castellano", se hayan alterado, de palabra o por escrito, sus conceptos, como sucedió en el caso de la conversación con el doctor Uribe Misas. A él le habló el Nuncio de "aplicación"; y esa expresión se ha cambiado por la de "aceptación", como lo hizo ayer el doctor Gómez.

Se dice que hay una carta en que constan estos conceptos del Nuncio, pero, ¿por qué esta carta se ha mantenido secreta hasta hoy?; ¿por qué si invariablemente, desde la publicación del texto de la reforma hasta hoy —y tengo mil testigos— he recomendado siempre a todos "hacer buen ambiente" a dicha reforma, ninguna de las personas que son contrarias a la misma nunca ha alegado la existencia de tal documento, cuya noticia cayó hoy como un bolido? ¿Quién, fuera del autor misterioso de la carta, al cual, si como se afirma es un sacerdote, no puede menos de conceder el atenuante de la equivocación por estar quizá excitado y dominado por el propósito de hacer retirar por la Santa Sede el texto de la reforma, podría afirmar tal cosa? ¿Quién de los adver-

sarios de la reforma, me ha hablado de tal carta, cuando hubiera sido muy oportuno alguna para refutar mis argumentos?

Ni es explicable la afirmación de que el Nuncio hubiera sugerido la conveniencia de promover la oposición parlamentaria a la reforma, cuando por otra parte se afirma que debido a esos informes la Santa Sede la pactó.

Séptimo.— El Nuncio no podía recibir oficialmente el memorial de los honorables congresistas con objeciones contra un pacto ya firmado por su eminentísimo superior; pero indicó al doctor Uribe Misas y a monseñor Ocampo la manera como ellos podían enviarlo a la Santa Sede, por intermedio de la Nunciatura, en la forma ordinaria en que cualquier obispo puede enviar a la Santa Sede sus comunicaciones.

Tan cierto es que el Nuncio no tenía interés en que el memorial no se enviara a Roma, que tan pronto como tuvo en sus manos el memorándum mimeográfico del doctor Gómez, que ya circulaba antes de ser publicado en la "Revista Colombiana", lo remitió a la Santa Sede, como trasmitió también cablegráficamente las objeciones del memorial de los congresistas. Podemos anotar que, después de enviados esos documentos, la Santa Sede no ha modificado su concepto sobre la conveniencia de la reforma.

En relación con la negativa del Nuncio de recibir una comisión de parlamentarios, he aquí la comunicación en que se explicaron a los interesados los motivos de su negativa.

“Nunciatura apostólica en Colombia.
Número 5658.

Bogotá, septiembre 5 de 1942.

Honorable señor doctor Darío Botero Isaza,
presidente del directorio nacional conservador. La
Ciudad.

Honorable señor: con relación a su apreciada
carta del dos del presente, debo atentamente comu-
nicarle que ya he encargado al doctor Alfonso Uribe
para explicar a usted y a sus distinguidos colegas
que no podría recibir oficialmente la representación
de un partido político que quiere entregarme un do-
cumento con observaciones sobre el texto de la re-
forma concordataria, ya firmado por mi eminentísi-
mo superior, el señor cardenal Secretario de Estado
de Su Santidad.

Esto no excluye que tenga yo mucho gusto de
recibir en forma extraoficial y privada la amistosa
visita de usted o de cualquiera entre sus estimados
colegas.

Aprovechando la oportunidad, me es grato
ofrecer a usted y a los otros firmantes el sentimien-
to de mi distinguida consideración.

(Fdo.), CARLOS SERENA Nuncio Apostólico”.

Octavo.— Al cable dirigido por el directorio
conservador a Su Santidad, la Santa Sede no dió
contestación directa, sino que dió instrucciones al
Nuncio para hacer obra de persuasión, explicando
las ventajas de la reforma y expresando la confianza
de la Santa Sede en la filial adhesión de los católicos
colombianos. Es, pues, injusta e infundada la exi-
gencia de que se entregara al directorio conservador
un cable de la Santa Sede que no estaba dirigido a

él, sino al Nuncio Apostólico; con instrucciones que su eminentísimo superior creyó oportuno comunicarle.

Noveno.— A los excelentísimos señores obispos, a quienes se dijo que el Nuncio les había impuesto un forzoso e interesado silencio, él no ha hecho otra cosa que transmitirles las instrucciones recibidas de la Santa Sede.

Nos haríamos interminables si quisiéramos rectificar todas las inexactitudes e injustas apreciaciones contenidas en el discurso a que nos hemos referido.

¶ Pero no podemos menos que protestar enérgicamente, en nuestro carácter de representante del Sumo Pontífice, por los calificativos tan irreverentés e injuriosos, como el de "infame", lanzados en nombre de sentimientos católicos contra una convención pactada y firmada por la Santa Sede.

La Santa Sede y el Nuncio Apostólico siguen esperando que de la más estrecha colaboración entre la Iglesia y el Estado, en cuyo propósito se inspiran los nuevos pactos, se derivará, en lugar de un retroceso, un mayor adelanto religioso en los diversos sectores de la nación.

Cuando ayer tarde se arrojó sobre Nos todo aquel cúmulo de acusaciones y de vituperios, y considerando la reserva y moderación que nos impone nuestro carácter de diplomáticos de tan alto poder espiritual, hemos implorado fuerzas, para contenernos, del Santo mártir y maestro Casiano, de quien cuenta la historia que, atadas las manos, fue expuesto a ser atormentado con estiletos de hierro por sus mismos discípulos, lo que acrecentaba inmensamente su dolor. También acrecienta nuestro dolor el considerar que las heridas nos venían de aquel sec-

tor del senado en donde están aquellos que han hecho siempre profesión de especial afecto a la Santa Sede, a quien represento.

El Santo Mártir de Roma nos dará también fuerzas para sufrir las injurias, sin odios, pero también sin temores, confortados como estamos por nuestra conciencia, que nos dice haber obrado en esta nuestra misión en Colombia, teniendo siempre en mira la paz, la concordia, el amor, con el anhelo incesante de aportar el exuberante beneficio de la Iglesia a todas las clases y a todos los partidos.

CARLOS SERENA, Nuncio Apostólico.

Documentos importantes

La "Danza de las Horas" de Calibán en la cual lanzaba el título de "cismáticos", "rebeldes", "insubordinados a la Santa Sede", "soberbios", "imitadores de Lutero" a todos los obispos, parlamentarios, conservadores y periódicos que se habían lanzado contra la "reforma concordataria", provocó un plebiscito general de desagravios a los obispos así calificados. Y como en esa misma "Danza" manifestaba, en términos despectivos, su fruición y la de todo el liberalismo, porque Monseñor González había sido alejado de Bogotá, éste recibió un plebiscito de desagravios de todo el país.

Calibán lo comentó así en otro artículo: "Si yo fuera vanidoso, estaría de plácemes por el colosal escándalo que han provocado media docena de sencillas palabras mías, relacionadas con el excelentísimo Señor González Arbeláez. El insigne prelado me dedica una circular y hace de "El Tiempo" objeto de una censura local; otros señores obispos se

airan y protestan contra mis supuestas irreverencias; parte del clero de Boyacá y del Tolima me pone cual no digan dueñas; el maestro Valencia, que ha sido una de mis debilidades, me llama danzarín masónico y esclavo; representantes conservadores del Cauca dejan en la cámara encendida protesta contra mí. Finalmente, el cismático Uribe Misas me pinta como una especie de diablo encaramado en la cima de la prensa para arrebatarme a Colombia los principios religiosos. Pero yo, modesto por naturaleza, no me envanezco con tanta gloriola. No”.

“Los cismáticos le están buscando al cisma una cabeza visible. No otra explicación tiene este plebiscito de los curitas y los seglares de la secta para desagaviar a Monseñor González Arbeláez”

La Masonería contra los Sindicatos Católicos organizados por Monseñor González.

Resolución de la Logia: **“Estrella del Tequendama”**.

Estrella del Combeima.

Ibagué.

V;: H;:

Tengó el honor de transcribimos la siguiente proposición aprobada por unanimidad por este TLL; en enero del presente año 1938. “La Logia **“Estrella del Tequendama”** N° 4 invita a todos los cuerpos Masónicos del país a organizar una campaña sostenida y tenaz contra el fascismo internacional, regímenes totalitarios y principalmente contra la labor organizada en Colombia por el señor Gines de Albarreda con la colaboración de los partidos de oposición al actual gobierno y la del Arzobispo González Arbeláez, creador de los grupos facciosos y subversivos denominados **“Sindicatos de Acción Católica”**.

Os ruego acusarme recibo y aceptar el saludo atento de vuestros h;

Carlos Saúl Hernández. Visto por nos. Carlos Castro Movilla"...

Cuando leemos y admiramos estos debates y violentas diatribas, que se referían a la defensa de valores espirituales, amamos más a Colombia, país donde se combatía en 1942, con las armas de la inteligencia y el corazón, mientras el mundo europeo se mataba en salvaje certamen de odios, amontonando millones de cadáveres, con las armas materiales.

Y que laicos famosos por su ciencia, y escritores y oradores, juristas, periodistas, profesores y hombres de negocios, todos ellos seculares, hubieran tomado con ardentía la obligación de defender el patrimonio religioso y moral del Catolicismo, frente al esfuerzo del régimen, que puso todo el peso formidable de su gente, para inclinar la balanza a favor de sus ambiciones anticristinas, satisface el ánimo.

Si hoy Colombia aparece ante el mundo como uno de los países que al lado de España, Portugal, Italia, no se ha plegado a las corrientes materialistas que han convertido el régimen matrimonial, en juego de pasiones e intereses de placer, ello se debe al gran esfuerzo de esos laicos, alentados por obispos y sacerdotes.

Hubo una víctima, escogida adrede por su prestancia e influencia; pero toda redención auténtica la necesita.

Estúpido sería el proceder de quienes trataran de desempolvar estos problemas, para lanzar al

país nuevamente a disputas que impedirían el trabajo en otros aspectos más urgentes.

Recordemos únicamente el espectáculo vergonzoso del Parlamento de 1965, que mientras la angustia económica del pueblo, pedía a gritos su intervención urgente, le dió las espaldas al problema verdadero y discutió un proyecto sobre divorcio vincular en un país, donde lo más urgente es enseñarles a los 300.000 padres, de hijos naturales abandonados al hambre después del placer, a cumplir su deber. No es divorcio lo que hace falta; es matrimonio, para los millares de hombres irresponsables. Paternidad, paternidad responsable y no adúlteros legalizados.

“Decreto de Honores .

a la memoria del Excelentísimo y Reverendísimo
Señor Doctor Don

JUAN MANUEL GÓNZALEZ ARBELAEZ

Nos Guillermo Escobar Vélez

por la gracia de Dios y voluntad de la Santa Sede
de Obispo de Antioquia,

Considerando:

I — Que el cuatro del presente murió santamente en Roma el Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor Doctor Don Juan Manuel González Arbeláez, Arzobispo titular de Oxirincó.

II — Que la ejemplaridad de su virtud, la erudición de su saber y la indecible paternidad de su autoridad hacen inmortal su recuerdo en la historia de la Prefectura y de la Rectoría del Seminario Conciliar de Medellín que ennobleció su personalidad privilegiadamente dotada por el Señor.

III — Que su ministerio sacerdotal por la predicación, la dirección de las almas y la abnegada ayuda a los menesterosos y a los sencillos será siempre paradigma para quienes con mayor ambición apostólica anhelan ser embajadores de Cristo ante los hombres.

IV — Que la Sede Episcopal de Manizales y las Arzobispales de Bogotá y Popayán guardarán con admiración y respeto, con gratitud y veneración la memoria de quien gobernó, enseñó y santificó con el único anhelo de que los hombres lo pudieran estimar como a “ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios”.

V — Que en más de cinco lustros que vivió fuera de su patria dignificó a Colombia con la santidad de su vivir, con la brillantez de su ciencia, con el inextinguible caudal de su bondad que, para cada uno, lo hacía sentir “luz del mundo y sal de la tierra”.

VI — Que en palabras, en acciones y en intenciones deja, como Pastor de la Iglesia, el riquísimo testamento de una heroica caridad que todo lo supo soportar, lo hizo tan paciente como benigno, de nadie le permitió pensar mal y

le llevó a dar con prodigalidad, a todos, los bienes de que estaba rica su alma; y a cuantos demandaron la añadidura de lo temporal, hasta más de lo que la Providencia ponía en sus manos jamás afanadas por lo que "roban los ladrones y destruye la polilla".

VII — Que aunque en el sentir de sencillos y de doctos llevó vida con caracteres de martirio y aunque su privilegiada inteligencia y la exquisita finura de sus sentimientos conocieron, ponderaron y saborearon cuanto las mudanzas de los juicios humanos pueden brindar, supo vencerlo todo mirando al cielo, orando con asombrosa insistencia, enmarcando su vida en ambiente de inalterable placidez y diciendo con la paz de las obras en la martirizante ausencia de la Patria: "por lo que a mí toca, muy poco se me da el ser juzgado por cualquier juicio humano; ni aún yo me juzgo; mi juez es el Señor".

VIII — Que, por gracia de Dios, brilló los últimos días de su inmólación con el brillo más puro de las preseas que enjoyaron su alma: sentido sobrenatural de la vida, que parecía revelar su hondo y pacífico mirar de ese más allá siempre tan ardientemente ambicionado; inextinguible amor a las almas, que pugnaba por salir del pozo siempre lleno de su corazón, a través de los evangelizadores labios resecos, en piadosa palabra apagada pero unguada con nutritivo aceite de sinceridad; fiel esclavitud a la Reina del Cielo que ostentó por la piadosa atadura del cuello y del enérgico brazo con la dulce cadena del Rosario cuyos eslabones pocas almas, como la suya, han forjado con más fue-

go de ascuas; mientras la moribunda diestra pontifical, ataviada con la fidelidad del anillo pastoral, hacía de incansable sitial una sencilla imagen de la Madre de Dios: timón, red, áncora y faro de un proceloso navegar; único símbolo en la luchadora diestra que venció tempestades, y al llegar a la definitiva playa sintió la alegría de haber dado todo a Dios y a las almas, hasta la despedazada nave de su propio cuerpo, mientras embriagaba de luz su alma inmortal, la Estrella de la mañana de la eternidad que ilumina con luz perpetua.

Decretamos:

I — Exhortar al Clero diocesano y a los fieles a dar gracias al Padre de las luces y Dios de todo consuelo de quien procede toda dádiva perfecta, por haber enriquecido a la Iglesia con un Pastor según su corazón y a la Patria con el don de un varón perfecto.

II — Concelebrar, dos veces, en la Basílica de Antioquia, con el Clero diocesano actualmente reunido en ejercicios espirituales, en sufragio del alma bendita del eximio Arzobispo.

III — Proponer al venerable Clero la personalidad pontifical del Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor Doctor Don Juan Manuel González Arbeláez como ejemplar de las virtudes que comprobaron la verdad de su lema episcopal: "Mihi vivere Christus est, auspice María".

IV — Guardar en la historia de los religiosos recuerdos de la Diócesis Madre, la memo-

ría del Excelentísimo y Reverendísimo Arzobispo González Arbeláez con la veneración con que se tutela lo sagrado, con la solícitud con que se guardan los tesoros, con el cariño con que los hijos buenos cosen a las entretelas del alma el respeto y el afecto que siempre profesaron al inolvidable padre desaparecido.

Dado en Antioquia a catorce de Enero de Mil Novecientos Sesenta y Seis.

† **Guillermo Escobar Vélez**
Obispo de Antioquia”.

INDICE

	Página:
Discurso del Presidente Guillermo León Valencia	5
Discurso del Gobernador Dr. Octavio Arizmendi Po- sada	17
Niñez del Sr. González	27
En el Seminario	31
Sacerdote	34
Rector del Seminario de Medellín	35
Obispo de Manizales	50
Arzobispo Coadjutor de Bogotá	52
En el Congreso Eucarístico de Medellín	58
La Cuestión Social	67
El Cine y la Radio	71
Asistente Nacional de A. C.	73
Lúchas en defensa de la Iglesia	78
Renuncia a Bogotá	85
Una Velada en el Teatro Colón	86
Palabras con que se despidió de Bogotá	91
Arzobispo de Popayán	107
El Concordato	114

Prohibición de "El Tiempo" y respuesta del Dr. Santos	120
Quienes eran las Deificadoras	128
Se ausenta definitivamente de Colombia	133
Veintidós años ausente de la patria	136
Su espíritu de penitencia y oración	139
Su amor a María	145
Su apostolado en España	157
En el Concilio	164
Ultima enfermedad y muerte	170
Lección de su muerte	172
Partida de bautismo de Mons. González	183

SEGUNDA PARTE

SELECCION DE ESCRITOS EN PROSA

DE MONS. GONZALEZ

Sus enseñanzas a los sacerdotes y amigos	187
Acto de Amor a María	211
Algunos apartes de un Diario de Monseñor, escrito en Madrid	219
Fervorín en Zaragoza, España	231
Apartes de la Oración Fúnebre a Marco F. Suárez ...	234
Ultima producción escrita de Mons. González	237
Oraciones compuestas por Mons. González	240

TERCERA PARTE

Monseñor González, poeta místico	243
Morir	245
Todavía Señor	255
El Señor es Refugio	256
La Roca del Páramo	272
Esta Señor mi oración	278

Ser Pobre	280
Mi valle y mi María	282
Fuentecilla	288
Ser Santo	295
Algunas poesías escritas en el destierro	298
Divino Deseo	299
No será amor lo que siento	300
La Vanidad	302
El león y el alacrán	303
El burro y las niñas	305
Señora, te amo	307
Epilogo	317
Algunos Documentos sobre la Reforma Concordataria de 1.942	323
Documentos del Sr. González y el Sr. Nuncio	329
Decreto del Excmo. Sr. Guillermo Escobar Vélez, en honor de Mons. González	340

**Agotada rápidamente la primera edición de
este libro, se terminó de imprimir
esta segunda, aumentada, en
los talleres de Editorial
Granamérica de
Medellín, el
1º de Julio
de 1.966.**